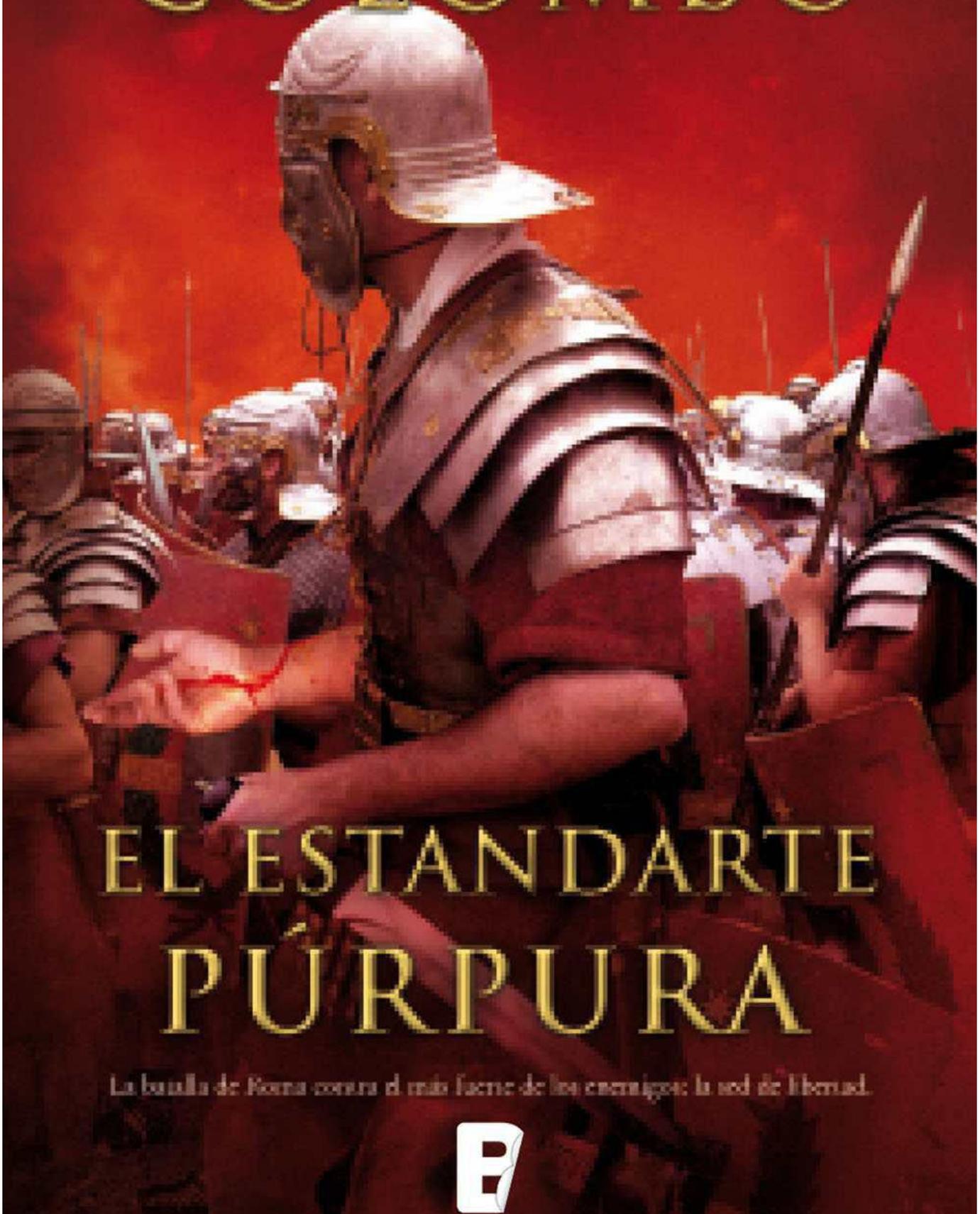


# MASSIMILIANO COLOMBO



## EL ESTANDARTE PÚRPURA

La batalla de Verona contra el más fuerte de los enemigos: la sed de libertad.



## Massimiliano Colombo

Traducción de Juan Carlos Gentile Vitale



Título original: *Il vessito di porpora*  
Traducción: Juan Carlos Gentile Vitale  
1.ª edición: febrero 2015

© Massimiliano Colombo y Edizione Piemme, 2011  
© Ediciones B, S. A., 2015  
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)  
[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

DL B 3546-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-962-6

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

[Almas inmortales](#)

[I. Impetus](#)

[II. ¡El rey ha muerto, larga vida a la reina!](#)

[III. Missio causaria](#)

[III. Murrogh de los trinovantes](#)

[V. Las palabras de un padre](#)

[VI. La isla de los sepulcros](#)

[VII. Colonia Claudia Victricensis](#)

[VIII. Signa inferre](#)

[VIII. Ultraje](#)

[X. Rhiannon](#)

[XI. Ira](#)

[XII. Manadas de lobos](#)

[XIII. Delirio](#)

[XIII. Devastación](#)

[XV. Defixio](#)

[XVI. Camulodunum](#)

[XVII. Hispana](#)

[XVIII. Londinium](#)

[XVIII. Verulamio](#)

[XX. Viroconium Cornoviorum](#)

[XXI. Manduessedum](#)

[XXII. Fragmentos de existencia](#)

[Vae victis](#)

[Glosario](#)

[Notas](#)

[Agradecimientos](#)

*A Claudia, que me ha sacado del mazo,  
y a Filippo y Cesare, que me han vuelto a poner*



Romanos  
(en cursiva los que realmente existieron)

- Marco Quintinio Aquila** – Veterano de la Vigésima Legión. El nombre Quintinius Aquila ha sido tomado de una inscripción encontrada en Caerleon. En realidad era un centurión de la Segunda Legión Augusta de los siglos II-III d. C.
- Cayo Suetonio Paulino** – Gobernador de Britania desde el 59 d. C. Buscó una agresiva política de sumisión de las tribus de la actual Gales. Condujo espléndidamente la campaña contra Boudica, pero luego ordenó durísimas expediciones de castigo contra cualquier foco de resistencia, devastando las tierras de los icenos.
- Cayo Antonio Vindilo** – Comandante de la caballería auxiliar. El nombre ha sido extraído de un fragmento de una estela funeraria, de proveniencia milanesa, de un soldado perteneciente a la Novena Legión, ascendido por méritos militares a la carrera ecuestre (Albucio, hijo de Vindilo). El apellido del padre delata aún las influencias celtas.
- Lugovalos** – Jinete bático, brazo derecho de Cayo Antonio Vindilo.
- Cato Deciano** – Procurador de la provincia. A Cato Deciano se le imputa la chispa que desencadenó la rebelión.
- Petilio Cerial** – Legado de la Novena Legión caída en una desastrosa emboscada. Es posible que la derrota, que causó pérdidas equivalentes a un tercio de la legión, fuera imputada, de algún modo, a Cerial, pues no prosiguió en el *cursus honorum* y no obtuvo el cargo de cónsul.
- Tito Ulcio Falcidio** – Prefecto de la guarnición de Camuloduno.
- Penio Póstumo** – Prefecto de campo de la Segunda Legión Augusta; se suicidó después de la rebelión.
- Pablo Celio Amplio** (llamado **Tauro**) – Colono, *exoptio* de Aquila en la Vigésima Legión.
- Fuvio Durio** – Colono, exlegionario de Aquila en la Vigésima Legión.
- Aulo Tranio Fibreno** (llamado **Decano**) – Exlegionario de Aquila en la Vigésima Legión.
- Marcelo** (llamado **Catulo**, «cachorro») – Hijo de Fibreno.
- Marco Ferrio** – Colono, exlegionario de Aquila en la Vigésima Legión.
- Molerato** – Colono, exlegionario de Aquila en la Vigésima Legión.
- Quinto Curio Fidio** – Colono, *exstgnifer* de Aquila en la Vigésima Legión.
- Antio** – Capataz griego.

Britanos  
(en cursiva los que realmente existieron)

- Prasutagus** – Rey de los icenos. Probablemente ascendido al trono por los romanos como rey cliente después de la represión de la primera rebelión icena en el 47 d. C. A su muerte, en el 60, los romanos ignoraron su deseo y se adueñaron de todo el territorio y de sus riquezas. Esto provocó la rebelión antirromana guiada precisamente por la reina entre el 60 y el 61.
- Boudica** – Reina de los icenos.
- Mor** – Hija menor de Boudica (se desconoce su verdadero nombre).
- Aine** – Hija mayor de Boudica (se desconoce su verdadero nombre).
- Miridin, el sabio** – Viejo consejero de Prasutagus.
- Cathmor** – Guerrero iceno.
- Ambigath** – Druida iceno.
- Murrogh** – Jefe tribal de los trinovantes.
- Dunmor** – Hijo de Murrogh.
- Rhiannon** – Hija de Murrogh.
- Corann** – Jefe tribal de los ordovicos.
- Govran, el sabio** – El viejo druida.
- Efin** – El curtidor.
- Yorath** – El bardo.
- Alis** – Mujer de Efin, el curtidor.
- Ethrig** – Noble iceno.
- Quinn** – Lobo Cazador, el espía.
- Rey Rhuadri** – Jefe tribal de los icenos.

## Almas inmortales

*Imaginad que vivís en un tiempo en que la libertad no es un derecho adquirido, sino una condición que hay que conquistar por la fuerza cada día. Imaginad que el futuro de vuestros hijos está constantemente amenazado por la sombra de la esclavitud y que todo lo que habéis construido con una vida de sacrificio está ligado a un delgado hilo que solo vosotros podéis defender, empuñando la espada, mientras tengáis fuerza, aullando al mundo vuestro derecho a vivir como un hombre libre en la tierra de vuestros padres.*

*Imaginad que vuestros seres queridos no hayan dejado nada de vosotros y que vuestros enemigos os hayan dedicado palabras que han atravesado la noche de los tiempos, dejando una impronta que los siglos no han conseguido borrar. Vuestras gestas, disputadas entre falsos testimonios y autores fiables, se han insinuado en los profundos pliegues de la historia entre verdad y mentira, heroísmo y crueldad, retratándoos con razón o sin ella como un ser infame.*

*Imaginad todo esto y seguid a la reina guerrera allí donde las gestas de los antiguos se confunden entre escritos y hallazgos, allí donde aún hay una justicia para quien ya no puede hablar, allí donde su paso ha quedado impreso indeleblemente en el suelo como testimonio de la furia que se desencadenó en el 61 d. C., allí donde los héroes aún no eran almas inmortales.*

*Olvidad quiénes sois, olvidad qué año es: estáis en Britania en el 60 d. C. y el emperador Nerón reina sobre la Ciudad Eterna desde hace seis años. La isla está sufriendo la ocupación romana desde la invasión del emperador Claudio, en el 43 d. C., y está subdividida en territorios que pertenecen a tribus orgullosísimas de la propia independencia, pero, al mismo tiempo, poco o nada propensas a unirse para hacer frente común contra el invasor.*

*El sentimiento de nación o de patria está aún muy lejos de estos días del primer siglo después de Cristo. Las poblaciones locales de estirpe celta que hacen voluntario acto de sumisión son dejadas en un estado de semiindependencia bajo el gobierno de los respectivos reyes, poco más que jefes tribales. Algunas están aliadas entre sí, otras, en conflicto; algunas han obtenido ventajas del comercio con Roma, otras han combatido abiertamente el avance del ejército imperial.*

*La presencia romana, que en algunos territorios es tolerada aunque no querida, está garantizada por cuatro temibles máquinas de guerra: la Segunda Legión Augusta, la Novena Hispana, la Decimocuarta Gemina y la Vigésima Valeria, que, en el curso de estos diecisiete años de invasión, han batallado contra Carataco, rey de los catuvelaunos, y han sofocado una primera rebelión de los icenos en el 47 d. C.*

*Las riendas del mando en Britania acaban de pasar a Cayo Suetonio Paulino, gran estratega y ejemplo de firmeza absoluta, llamado a sustituir, en el 59 d. C., a Quinto Veranio, gobernador de la provincia fallecido mientras desempeñaba su cargo.*

*Suetonio busca una política extremadamente agresiva orientada a alcanzar la sumisión de las tribus que habitaban la actual Gales, ya iniciada por su predecesor; este sistema expansionista, unido a la injerencia romana en las cuestiones locales, ha causado más de un abuso por parte del gobierno provincial, algo que, sumado a los repetidos episodios de violencia y a la expropiación de algunas tierras para la instalación de los veteranos, no ha tardado en hacer saltar la chispa de lo que después se ha transformado en un incendio espantoso que ahora vosotros estáis a punto de afrontar, el que los libros de historia nos han transmitido como «la rebelión de Boudica».*

## Impetus

*Manduessedum, territorio de los coritanos  
Finales de agosto, año 61 d. C.*

Si no puedo mover el cielo, agitaré el infierno.

PUBLIO VIRGILIO MARÓN

El estandarte de púrpura ondeó en el cielo, donde nubes oscuras se disputaban un horizonte de jirones azules.

Una ráfaga de viento se desprendió de la llanura, trazando una ola en la hierba, y remontó hasta nosotros para traspasarnos, fría como una hoz de cristal.

—Mantened la distancia.

Un cúmulo se disolvió en el sol y una hoja de luz acarició nuestras filas, haciendo centellear miles de yelmos. Allá arriba los dioses estaban librando su batalla, y pronto también nosotros, aquí, les ofreceríamos el espectáculo de la nuestra.

—¡Quietos!

La cresta del centurión de la Sexta Cohorte se movió entre la selva de lanzas mientras su mirada, oculta por las protecciones de bronce, recorría sin detenerse la alineación en armas, comprobando que cada hombre estuviera en su puesto. Con un vistazo habría podido someter al más duro de los veteranos, con una palabra, desencadenar una lluvia de puntas aguzadas. Impuso el orden con un gesto a un grupo de legionarios que se burlaban de un joven de la tercera fila, con el rostro marcado por el miedo. Luego sus ojos atravesaron la masa de yelmos para alcanzar nuestras filas más retrasadas. Durante un instante, su mirada se cruzó con la mía y se detuvo. Sabía que oponía al enemigo a veteranos encallecidos, pero también que no tenía a todos los hombres que habría querido.

Observando nuestro estandarte recordó que no tenía un buen apoyo en el propio sector, y sus ojos enrojecidos traicionaron la desazón suscitada por nuestra presencia. Devolvió la mirada a los suyos, que comenzaban a mascar insultos rabiosos, levantando la voz.

—¡Esos bastardos tienen las enseñas y los escudos de la Hispana! —bramó, furioso, un legionario de la segunda fila.

—¡Silencio! —gritó el centurión por encima del vocerío airado de los hombres, que empezaban a sentir la presión—. Conservad el aliento para después, lo necesitaréis.

El rumor se atenuó, pero los ánimos permanecieron calientes y los nervios tensos. No dudábamos de que al final de aquella jornada la colina estaría cubierta de cadáveres. ¿Nuestros o ajenos? No lo sabíamos. La cresta roja se dirigió hacia el enemigo, mientras todos tratábamos de ver qué estaba sucediendo al fondo, más allá de la explanada de Manduessedum. En un coro de alaridos y aclamaciones un carro de guerra se había desprendido de la inmensa multitud, para recorrer toda la alineación de los guerreros.

Un trueno penetrante y largo hizo de eco a aquella cabalgata, y alguien detrás de mí susurró con ansiedad, en el dialecto local, que quien conducía el carro era la reina. Un estruendo se elevó de sus filas para perderse en el viento, y sobre el carro de guerra entreví una figura de larga cabellera roja que señalaba nuestra formación, mientras miles de soldados alineados hasta donde llegaba la vista a sus espaldas aullaban incesantemente un himno a la victoria. Su grito de guerra llegaba a nosotros como las olas del Oceanus que se estrellan sobre el rompiente, y como el Oceanus no se veía el fin.

Desde nuestro centro un grito rompió el silencio, asateando entre los manipulos: *Milites!*

Con la cabeza descubierta, montando su magnífico semental bereber, el general Suetonio, gobernador de Britania, apareció de la nada delante de nuestra formación. La respuesta fue un estruendo que se alzó en toda la línea, hasta dispersarse en los bosques que protegían nuestras alas. Los hombres sacudieron los escudos y blandieron las lanzas ensalzando al general, mientras el caballo golpeaba nerviosamente los cascos sobre el terreno lleno de hierba.

—Oigo voces de mujer a lo lejos y llantos de niño —dijo el general a voz en cuello, señalando al enemigo—. Y veo más mujeres y niños que combatientes.

El silencio volvió a caer sobre las centurias, mientras una nueva ráfaga de viento tironeaba los estandartes.

—Veo del otro lado icenos y trinovantes que se protegen detrás de los escudos de la Novena Legión, pero los veo mal armados y mal adiestrados. —Hizo una pausa, estudiada para añadir *pathos* a su discurso—. Serán buenos en tender emboscadas y depredar aldeas, en incendiar ciudades y torturar a prisioneros, pero no para batirse en una llanura como esta. Aquí no. Aquí no cambiaría a uno de los míos por diez de los suyos. —Otro estruendo hizo desviarse de lado al semental y Suetonio, tirando de las riendas, lo devolvió a la posición frente a nosotros—. Han sometido a hierro y sangre Camuloduno, Londinium y Verulamio. Han masacrado a civiles y tendido una emboscada a la Hispana, pero nunca han luchado contra los hombres de la Gemina, la Valeria y la Augusta. —Con un gesto de la mano sofocó un nuevo alarido por parte de los legionarios—. ¡Hace al menos diez años que los icenos no tienen permiso de portar armas! Los jóvenes las están empuñando por primera vez contra nosotros. En cuanto a sus guerreros más valientes, hace demasiado tiempo que no se enfrentan a un enemigo a campo abierto. Aúllan como perros rabiosos y agitan las armas ensalzando a esa bruja de pelo rojo, pero no saben qué sucederá, si se deciden a dar la batalla.

Se interrumpió de nuevo y un soplido de viento levantó la capa púrpura como las alas de un águila, mostrando en todo su esplendor la coraza cincelada.

—Solo debemos estar unidos, las filas compactas, y combatir como lo hemos hecho siempre. Debemos arrojar las lanzas y luego prepararnos, cargar y golpear, golpear a la cara. Sus mejores hombres serán los primeros en caer, los que sigan quedarán entrampados entre nosotros y su propio número. Son demasiado numerosos para combatir en el restringido espacio que les hemos concedido. —Suetonio observó la alineación. Sí, podía funcionar, si los hombres no se dejaban influir por la enorme diferencia de número. Se había ubicado en una posición magnífica y el único problema que temía era el de una situación de estancamiento, que habría puesto en peligro a su ejército. Desde hacía dos días había hecho alinear a los suyos, porque durante dos días seguidos un río de britanos afluía sobre la llanura frente a ellos. Un río, pues en verdad eran muchos.

Por un instante, el pensamiento lo golpeó como una puñalada en el estómago. Luego examinó la masa enorme y compacta de bárbaros, al fondo de la planicie. Observó a los guerreros que, como posesos, golpeaban las armas contra los escudos y miró más allá. Pasó revista a los centenares de carros rebosantes de todo tipo de cosas, a las familias de los guerreros que desde hacía tiempo seguían a los rebeldes con todas sus posesiones. ¿Cómo se habría alimentado toda aquella gente, que desde meses atrás no cultivaba campos y rebaños? Su única posibilidad era alcanzar los depósitos de las legiones, pero no podían permitirse dejar a sus espaldas a alguien como él al mando de más de diez mil hombres. No, deberían haberse jugado el todo por el todo, deberían haber atacado. Si no atacaban morirían de hambre, y debían hacerlo de inmediato, antes de que desde el mar llegaran los refuerzos.

Se volvió hacia los suyos. Era el momento de hacer sentir pánico al enemigo que era tan arrogante como para desafiarlos.

—Siempre son pocos los que deciden el resultado de una batalla —gritó—, hoy nos toca a nosotros, y cuantos menos seamos, mayor será la gloria para cada uno. No os dejéis impresionar por el número, en la batalla la elección del lugar y el valor de los hombres cuentan más que el número.

Recorrió con la mirada a los hombres del centro, los temibles veteranos de la Gemina y a aquellos no menos valerosos de la Valeria. Sus palabras no se dirigían a ellos. Eran hombres templados por años de ásperos peligros y pruebas al límite de la resistencia humana. Para ellos los adiestramientos eran batallas sin sangre, y las batallas, adiestramientos con víctimas. Y esta no sería distinta de las otras.

Suetonio condujo al semental frente a las unidades auxiliares sobre la izquierda; esos eran los hombres a los que había que convencer.

—Mirad allá abajo; detrás de aquel revoltijo de bárbaros mal armados hay un número infinito de carros en los cuales están amontonados todos sus bienes, mujeres e hijos. Según parece, han abandonado sus aldeas para venir a buscarnos y se han traído todo lo que tenían. —Los miró a los ojos—. Por desgracia para ellos, nos han encontrado.

Las centurias alineadas soltaron una carcajada estruendosa.

—No pueden combatir con la mente serena, saben que a sus espaldas están sus mujeres e hijos, que pueden convertirse en esclavos. Ellos lo saben, y vosotros también debéis saberlo..., porque ese será vuestro premio. Seguid a vuestros comandantes, avanzad con las enseñas y los gritos de guerra se convertirán pronto en gritos de terror. Nada podrá privarnos hoy de la victoria y el botín, porque al final de la jornada todo lo que veis allá al fondo será vuestro. ¡Os doy mi palabra!

Los gritos de entusiasmo de los legionarios resonaron de manípulo en manípulo. Suetonio miró alrededor, con expresión satisfecha en los ojos astutos, mientras resonaba en torno a él el eco belicoso de su nombre. Se colocó el yelmo, examinó a los auxiliares y gritó a toda la alineación:

—¡Os pido tres enemigos por cabeza! ¡Tres! ¿Me daréis tres enemigos por cabeza?

El suelo pareció temblar ante la respuesta de los diez mil. El general desenvainó la espada y, blandiéndola, exclamó:

—¿Estáis listos para combatir?

—*Sumus, sumus, sumus!*

La respuesta se alzó por encima de un bosque de lanzas. El general dirigió el caballo hacia el enemigo y se alejó de la alineación, como para desafiar solo a los britanos. «Adelante, avanza, maldita —pensó—, mira qué bonito corredor te he preparado.» Detuvo al majestuoso caballo por la crin y señaló con la espada a los enemigos, buscando con la mirada el carro de la reina.

—¡Ven a cogermel! ¡Ven a cogermel, maldita bruja, si quieres tu reino!

»¡Silencio!

Los alaridos de entusiasmo disminuyeron de pronto, y todas las miradas se posaron de nuevo en la cresta del centurión, convertido otra vez en el dueño de su sector mientras el corazón enloquecido ya se había lanzado a la reyerta.

—¡Realíneaos!

Los hombres recuperaron su posición, mientras en las primeras filas cada uno aferró el talabarte que sostenía el *gladius* del hombre de delante, para restablecer la justa distancia.

—¡Os quiero inmóviles!

El tono de la voz era firme, tan alto como para llegar a cubrir las filas de su centuria.

Suetonio regresó al puesto de mando detrás del centro, donde un corredor permitía alcanzar todas las unidades. Entre las crestas emplumadas que lo esperaban, había un hombre de mirada gélida sobre una espléndida montura. El jinete le dejó el sitio y, tras saludarlo, se marchó para alcanzar su unidad, seguido por una *turma* de germanos fuertemente armados. El general miró a los oficiales restantes, echó un rápido vistazo a la disposición del águila y de los intérpretes de *cornicen* y por fin examinó a los correos, armados con una lanza en cuyo extremo lucía una gran pluma blanca. Serían ellos los que entregarán los mensajes durante la batalla, los oficiales se moverían para desplazar hombres en ayuda de los sectores en peligro, o para espolear a los manípulos que no mantenían el paso de la formación, porque ningún plan, por perfecto que fuese, sobrevivía indemne al contacto con el enemigo. El comandante dirigió la mirada más allá de la llanura azotada por el viento. Allá abajo no había nada de eso. Ningún mando central, solo un montón de guerreros dispuestos a combatir por sed de venganza, sin nadie en condiciones de guiarlos, de hacerlos marchar o de ordenar detenerse. «Adelante, avanzad», pensó... y, como si lo hubieran oído, los britanos al fondo de la llanura comenzaron a moverse, aullando, mientras los cuernos de guerra resonaban en el abismo. Los ojos le brillaron y el corazón palpitó con violencia debajo de la coraza. «Ha llegado la hora.»

—Vosotros no sois hombres —dijo en voz alta el centurión—. Vosotros no tenéis nada de humanos, sois estatuas de bronce cubiertas de hierro, y como tales deben veros. Nada pueden contra nosotros. Se adelantarán gritando y verán un muro de escudos y yelmos, inmóvil y silencioso.

Los carros de guerra serpentearon entre la multitud.

—Un muro de acero, sin rostro ni piedad.

La horda variopinta comenzó a correr a través de la planicie.

—No quiero ver lanzas desperdiciadas en el suelo, tirad los dos *pila* solo cuando yo lo diga. El primer lanzamiento largo y alto, el segundo directo al cuerpo.

En la masa que se aproximaba se distinguían guerreros que llevaban corazas, junto a otros desnudos como gusanos. Algunos blandían escudos y lanzas, otros, hachas o simples horcones. Muchos de ellos se habían embadurnado el pelo con cal y se habían teñido el cuerpo de turquesa, asumiendo un aspecto espectral.

—¡Cargad después del lanzamiento, a mi orden, y golpead en el rostro!

A medio camino, los caballos que arrastraban los carros de guerra partieron al galope por la loma, incitados por los carreteros y los alaridos de los guerreros a su lado.

—¡Quietos!

Una ráfaga de viento silbó sobre las cabezas; las balistas habían comenzado su batalla.

—¡Quiero ver golpes en la cara! ¡Vacíadles los ojos, hundid la hoja en la boca, los de atrás deben quedar impresionados!

Las piedras arrojadas por las máquinas cayeron sobre la masa que se aproximaba, desapareciendo silenciosamente entre la multitud que avanzaba entre gritos, y el terreno comenzó a vibrar bajo los cascos lanzados al galope. Las piernas se pusieron rígidas y no pocos sintieron un nudo en el estómago.

—Listos para defenderse —gritó el centurión.

El aire se llenó de un zumbido familiar, detrás de nosotros los arqueros habían dado inicio a la más larga jornada de ese verano. Levanté la mirada y por encima de mí vi pasar una nube de flechas. Después, el alarido del centurión:

—*Ad testudo!*

Miles de escudos se elevaron, formando un techo que se extendía a lo largo de toda la línea.

—¡Cerrad filas, cerrad filas!

Se oyó el ruido seco de las lanzas al golpear contra la madera, el aire comenzó a llenarse de polvillo y en el estudiado silencio de muerte de nuestras líneas llegaron los alaridos de los atacantes. Estaban cerca. Cubierto por los escudos, en el estruendo cada vez más cercano, capté el sonido de una plegaria murmurada con un hilo de voz, y la respiración tensa de los combatientes, listos para el enfrentamiento.

—*Decumbere testudo!*

Observé frente a mí, con la pierna izquierda adelantada, el hombro tras el escudo, y dirigí una mirada al estandarte sucio de sangre, luego una gota de agua me dio en el pómulo.

—*Impetus!* —gritó el centurión.

La llovizna sutil y molesta me araña el rostro, devolviéndome a la realidad. Un estremecimiento frío baja por mi espalda, acompañándome fuera del campo de batalla que he recorrido con la mente. Las gotas de agua han penetrado en la capa y han encontrado un hueco entre la túnica y la coraza. El pésimo inicio del otoño se deja sentir, y de vez en cuando de las crestas de las colinas desciende el viento de septentrión, transformándose como entonces en olas que se deslizan sobre la hierba alta, hasta alcanzarme y traspasarme, para después desaparecer en la nada a mis espaldas.

Estoy aquí desde los tiempos del divino Claudio y para él he vigilado, durante diecisiete años, las nubladas tierras de más allá del Oceanus. He luchado por cada milla recorrida bajo este cielo oscuro, adentrándome allende las selvas del norte en regiones inexploradas, misteriosas, que en vez de alejarme me han fascinado y seducido. He obligado a rendirse a Carataco, rey rebelde de los catuvelaunos, y luego he sido mandado de nuevo a combatir hacia occidente, para dominar la primera rebelión de los icenos. He enterrado a Quinto Veranio, gobernador de la provincia, y he tenido el honor de prestar servicio a las órdenes de su sucesor, Cayo Suetonio.

Sin embargo, todo eso no es nada en comparación con lo que estoy a punto de contaros.

La capucha del *sagum*, ahora empapada de agua, se desliza por mis hombros, dejando que se me moje el pelo aún empastado de polvo y sudor, después de los enfrentamientos y las cazas del hombre de los últimos días. Mi caballo se sacude la lluvia y luego se detiene, desganado, con la cabeza baja sobre el borde del sendero,

para contemplar el trigo que se pudre en los campos infestados de malas hierbas. Los dedos fríos tardan en desatar el nudo del cordoncito de cuero del yelmo, calado de humedad, colgado del *cingulum*. Lo cojo y por un instante percibo mi rostro en el reflejo lechoso del bronce, antes de que la lluvia deforme su imagen. Estoy cansado, sucio y viejo. Detrás de mí un gran pasado y delante ningún futuro. El manuscrito nunca redactado de mi vida me describiría como este trigo, que ha llegado a su máximo esplendor y que después se ha marchitado en el suelo bajo su propio peso, sin que nadie pueda disfrutar de la cosecha.

Llevo el yelmo. El cuero gastado, custodio y testigo de tantos episodios de mi vida, me envuelve las sienes y la nuca, dándome una leve sensación de tibieza, que desaparece cuando veo recortarse sobre la cima, delante de mí, la silueta de un jinete bático. Desciende la colina como un espectro que se desliza entre las olas sobre la hierba, y se dirige hacia mí bordeando las ruinas ennegrecidas de un caserío.

Como todos los de su raza, es corpulento, vigoroso y brutal. Esencial y extremadamente ignorante. Tiene todos los requisitos para formar parte de la caballería auxiliar y lanzarse al galope sin reglas, para romper la mayor cantidad de cabezas posible. Además, es joven y parece tener cierto ascendiente sobre sus semejantes que lo convierte en un innato jefe de manada. Un día, probablemente, siempre si sobrevive a este oficio, será licenciado con una pequeña suma y la ciudadanía romana. Pero ese día aún está lejos, muy lejos.

El jinete tiene el pelo del color del trigo maduro, que le cae empapado sobre los hombros. Me indica la colina de la cual acaba de bajar.

—Los hemos encontrado; habían buscado refugio en el bosque.

Asiento con la cabeza, antes de volver grupas en esa dirección y atravesar un campo abandonado y sin arar, como todos los campos de esa región.

—Están más allá de la cresta. En la hondonada encontrarás un estanque, te esperan allí. Son ocho hombres y dos mujeres. Es más, eran.

Ante esas palabras, le dirijo una mirada dura, que choca con su sonrisa irreverente, bajo la pelusa que tiene en lugar de bigotes.

—No te inquietes. Siguiendo tus órdenes, te hemos esperado para las mujeres.

Azuzo mi montura y atravieso el aguazal fangoso que nos separa de la colina, para luego remontar la cuesta hundiéndome en la hierba mojada. El grupo al que estamos persiguiendo desde ayer ha caído en la trampa y, por lo que afirma el bático que ahora me pisa los talones, entre esos fugitivos hay dos mujeres.

Como comandante de este destacamento de esbirros me corresponde decidir su destino. Si entre ellos hay una mujer alta de cabello rojo, debo escoltarla personalmente ante el gobernador, aunque esto no sea de mi competencia. En caso contrario, puedo decidir la suerte de aquellos al instante, si pertenecen a las tribus de los trinovantes o de los icenos.

En el mejor de los supuestos, puedo destinarlos al mercado de esclavos, pero no es fácil tomar semejante decisión, porque comporta organizar escoltas hacia nuestros campamentos, a un día y medio a caballo desde donde nos encontramos hoy, y a dos de donde estaremos mañana. Quisiera renunciar a hombres valiosos, sobre todo ahora que nos estamos alejando peligrosamente de las guarniciones occidentales, como manadas de lobos en caza. Y he de admitir que tengo dudas sobre cómo se desarrollaría el viaje de dos mujeres en compañía de alguno de estos baticos. Temo que la mercancía llegase a su destino mucho más deteriorada de lo previsto, o que ni siquiera llegase.

En la linde del bosque, antes de adentrarme entre los árboles, me pregunto qué haría si allí, de rodillas, con la punta de una espada en la garganta, encontrara a la reina guerrera. Me pregunto si alguien como yo puede disponer de la vida o de la muerte de aquella cuyo nombre será transmitido de boca en boca, en las noches en torno al fuego, durante centenares de años.

Lo decidiré en cuanto la mire a los ojos, sabiendo que esto tiene ya poca importancia. De todos modos, cualquiera que sea mi decisión, ella estará para siempre a la cabeza de su reino, mucho más allá del tiempo que nos será concedido a mí y a vosotros.

## ¡El rey ha muerto, larga vida a la reina!

*Venta, territorio de los icenos  
Un año antes, otoño del 60 d. C.*

No cedas ante los riesgos; avanza con más ímpetu.

PUBLIO VIRGILIO MARÓN

Arawn entró en la estancia precedido por un soplo de aire gélido que, antes de disiparse, alcanzó a la mujer y le adentelló los sentidos. En un instante, aquella mordedura la devolvió al presente, y miró alrededor, confusa, antes de que la vista volviera a nublarse y sus percepciones se extraviaran de nuevo en la telaraña de los pensamientos. Sentía caer sobre ella, en aquel momento, la mirada de los hombres y de los dioses, y trató de ocultar al menos a los mortales lo que experimentaba, dejando que el dolor solo se trasluciera en la mirada. Después inclinó la cabeza, escondiendo el rostro pálido y enmarcado por la espesa cabellera, mientras el fuego ardía lento a pocos pasos de ella sin conseguir calentarla.

Las manos de Prasutagus, rey de los icenos, que apretaba entre las suyas, ya estaban heladas, pero no tenía ninguna intención de entregar a su marido al mezquino, cicatero e innoble recién llegado. Sabía que Arawn, que anidaba en algún antro oscuro, la observaba disfrutando del momento. Después de un profundo suspiro, levantó la cabeza mostrando toda su dignidad. Permaneció así, con la cabeza alta, inmóvil, como si quisiera encararlo rudamente, los ojos verdes fijos en el infinito, hasta que una gota se deslizó por su mejilla y cayó sobre las manos, deslizándose entre los dedos del soberano.

Boudica frunció el ceño, siguiendo el recorrido de aquella lágrima que había brotado del corazón, y por unos instantes su rostro se contrajo en una máscara triste. Sin embargo, a pesar del momento y de los sombríos pensamientos, su fascinación se mantenía intacta. Con treinta y seis años recién cumplidos, era alta, tenía los colores de su tierra en otoño y la tez clara de sus gentes. En su posición debía afrontar preocupaciones y sostener el peso de decisiones que le habían marcado el rostro. Pero su espíritu había sacado de ello más fuerza aún, y estaba intacta aquella humildad con la que desde siempre se había ganado el amor de los icenos.

Prasutagus había hecho un trabajo ejemplar como rey y había fundado un reino próspero y con una cierta estabilidad. Había sido un buen padre y un buen marido, pero ahora, en ese preciso momento, debía abandonarlo todo para seguir a Arawn, el Señor de ultratumba.

Boudica dejó las manos del soberano y se levantó cansada, como si sintiera sobre los hombros todo el peso de aquel reino que le había caído encima. Sin embargo, sabía desde hacía tiempo que este momento llegaría. La enfermedad del rey había comenzado a finales de la primavera y había empeorado poco a poco durante todo el verano, hasta el desenlace final, producido justo con ocasión del Alban Elved, el primer día del otoño.

Una mano se posó sobre su hombro. Un apretón delicado, para recordarle que no se había quedado sola. La mujer reconoció el roce y, como respuesta, apretó los nudillos nudosos del viejo Miridin, el sabio, consejero de su difunto marido. Luego, antes de volver a ser la reina de los icenos, también acercó a él la mejilla, humedecida por la única lágrima que no había podido contener. Inspiró para darse ánimos y se volvió asintiendo con la cabeza, en señal de gratitud.

La mirada de Miridin era tan profunda como su ánimo, y Boudica leyó en aquellos ojos azules e inmensos como el cielo todo el dolor que el anciano experimentaba por la pérdida de Prasutagus, junto a quien había estado siempre. El pobre Miridin había sufrido un duro golpe. Mirándolo, parecía aún más viejo que sus ya muchos años. Apartando la mirada de Miridin, Boudica se dio cuenta de que los nobles del clan se estaban disponiendo en silencio a lo largo de las paredes de la estancia. Tragó saliva con dificultad, esforzándose por devolver a sus ojos su brillo natural. Recuperó el ánimo cuando entre los numerosos rostros reconoció los de sus dos hijas, que lloraban. Se acercó de inmediato a ellas y las abrazó, como si quisiera infundir en aquel único abrazo toda la fuerza y la esperanza del universo. Después, ciñéndolas por los hombros, las condujo a la cabecera del tálamo para que diesen un último saludo al gran rey, su padre, que había transcurrido los últimos meses de su existencia angustiado por el pensamiento de asegurar a su gente y a su descendencia un futuro pacífico en aquellos tiempos difíciles. Su muerte dejaba un peligroso vacío de poder, que podría hacer cambiar de humor al gigantesco moloso sentado a las puertas de su reino, una fiera nunca saciada venida de lejos, cuyo nombre era Roma.

El rey se había ido, pero antes de seguir a Arawn al reino de los muertos había tratado de poner orden en su dominio terrenal. Había dejado un testamento con el fin de tutelar tanto como fuera posible la dinastía y el reino. Solo Boudica y Miridin, el sabio, conocían sus últimas voluntades. El viejo consejero había compartido plenamente la postrera decisión de su soberano, y la mujer había aceptado sin pestañear, si bien con tristeza, las disposiciones de su marido moribundo. Sabía que aquello se había decidido por el bien de sus hijas. Las dos jóvenes heredarían la mitad de todas las posesiones reales, pero sería la madre quien las administraría hasta que alcanzaran la edad de ocuparse de ellas. La otra mitad de las posesiones y del tesoro, en cambio, iría al propietario de la fiera, antes de que ella reclamara su parte haciendo rechinar los dientes. La esperanza de Prasutagus era obtener la protección del emperador Nerón para su gente y su familia.

Una figura se acercó a Boudica, que suspendió sus reflexiones sobre el futuro. Sin siquiera volverse, la mujer percibió a su lado la mole de Cathmor. También él, como Arawn, había traído consigo un soplo frío, junto al olor de la turba que tenía encima. Se lo imaginaba allí, ceñudo, mientras la contemplaba, el rostro enmarcado por el largo cabello oscuro y los densos bigotes caídos. Era consciente, incluso sin observarlo, de su mirada hosca, de su irritación, porque el tránsito del rey se estaba produciendo entre sollozos de niñas y ojos húmedos de mujer.

Cuando decidió volverse, las pupilas cristalinas de la reina no se detuvieron en aquella mirada inexorable. Sabía que había llegado el momento de alejarse, para permitir que los otros saludaran dignamente al soberano antes de disponerlo para su viaje al otro reino. En cuanto a Cathmor, siempre se había opuesto a Prasutagus y a ella desde los tiempos de la insurrección de los icenos, trece años antes. Una rebelión de la que Cathmor había salido vivo, pero después de haber perdido a su padre y a su hermano mayor, además de un ojo y buena parte de un pómulo. Él, que se había batido contra los romanos, no podía ni quería entender el arte de la diplomacia. Había vivido escondido en los bosques durante un tiempo, y cuando las águilas imperiales aflojaron la presa, había vuelto a la tribu, donde pasó los últimos años como una fiera herida. Una fiera ansiosa de vengar aquella vieja herida que se había cerrado solo en la superficie y que cada día, al despertar, volvía a abrirse.

Prasutagus había sido fuerte y sabio, y ahora estas cualidades se encontraban repartidas entre las dos figuras más cercanas a él: el sabio Miridin, que siempre había gozado de la admiración del soberano, y el fuerte Cathmor, amigo de la infancia perdido y luego recuperado, que siempre le había recordado con nostalgia los buenos tiempos pasados. Y la pesada tarea de equilibrar a dos hombres tan alejados pronto recaería sobre los hombros de Boudica.

La reina salió al aire libre, donde continuó cruzando miradas de duelo. Inspiró el aire frío de la tarde, siempre estrechando a sus hijas, y se deslizó lejos de aquellos que se estaban reuniendo en torno a la casa, hasta que la oscuridad la volvió anónima. Alcanzó la antigua encina detrás de aquella que antaño había sido la casa de Ambigath, el druida. Escondida por el poderoso tronco y el pequeño refugio de los caballos, ahora abandonado, pudo finalmente dejar por un momento de ser reina. Se arrodilló y, sin contener y con las lágrimas, consiguió dar y encontrar consuelo entre los brazos de sus hijas.

Todos los acontecimientos importantes de la vida de Boudica estaban de algún modo ligados a aquel árbol secular. A su sombra había jugado de niña, allí se había desposado con Prasutagus y, siempre allí, siguiendo las enseñanzas de Ambigath, se había convertido en sacerdotisa de la diosa Andrasta. ¡Cómo lo habría querido a su lado en aquel momento! Habría bastado una palabra, una mirada, un gesto del viejo Ambigath, para que todo pareciera más sencillo y soportable. Estrechando a las dos niñas, volvió la mirada al cielo terso, a las colinas que se recortaban a lo lejos, contra los restos de un ocaso de color rojo fuego. El día del Alban Elved, el inicio del otoño, estaba acabando. El dios Sol dejaría pronto espacio a las divinidades lunares, concluyendo el ciclo del año, y la oscuridad vencería sobre la luz.

—¿Dónde estará ahora mi padre?

En la mirada de Mor, la más pequeña de sus hijas, Boudica se vio a sí misma muchos años antes. La misma mirada rebelde y penetrante, la misma determinación, que desde siempre la distinguía, y la sonrisa, que escondía toda su tenacidad. Aine, la mayor, era más dúctil, sensible y delicada, carente de la obstinación de su hermana. De las dos, aquel día, era ella la que más necesitaba a su madre. Boudica le secó las lágrimas y compuso una expresión serena.

—Está con la diosa Epona, la guardiana del inicio y el fin de todo.

—¿Será ella quien le ayudará a encontrar el camino hacia el otro reino?

Un escalofrío recorrió su espalda. La mujer tragó, asintiendo, antes de enjugar sus propias lágrimas.

—Sí, Epona conoce el camino de los abismos y tiene las llaves sagradas para acceder al otro reino. Cabalgará con él y lo protegerá de cualquier peligro.

—¿Dónde lo esperará Arawn, el rey de los muertos, aquel que hace lo imposible para apoderarse de las almas?

La reina esbozó una sonrisa y luego su mirada se perdió en el cielo ya oscuro.

—Prasutagus era fuerte y sabio, tal como Arawn, y como él fue un rey. Verás, no tendremos que preocuparnos de nada, al contrario, le dirigiremos nuestras plegarias, para que nos permita el acceso a la sabiduría de tu padre.

Dedos de hielo le atravesaron el alma. El enésimo soplo de viento gélido, que acompañaba el inicio del otoño. O quizás era Arawn, que le recordaba que un día también vendría a buscarla a ella.

## Missio causaria

*Territorio de los trinovantes  
Catorce millas al oeste de Camuloduno  
Invierno del 60 d. C.*

Cuando has necesitado mi brazo, he acudido en tu defensa y no he mandado a otro. Cuando has necesitado mi espada, he golpeado y no me he protegido tras el escudo. Cuando has necesitado mi felicidad, me he quedado y no he aceptado el dinero o las promesas de otros. Ahora yo, César, te pido que me licencies y me pagues la sangre que he vertido. Yo siempre serviré a Roma y a ti, oh, emperador, en cualquier circunstancia de paz o de guerra.

Fórmula de solicitud de licenciamiento de un legionario de la primera época imperial

La tierra tembló bajo los cascos y la hierba cubierta de escarcha fue azotada por el paso del caballo lanzado al galope contra el aire frío de la mañana. Marco Quintinio Aquila había dirigido la mirada hacia el penacho de humo que se alzaba en el frío cielo azul, y una vez superada la cresta de la colina había comenzado a descender, cortando en dos el prado que centelleaba a la luz del sol. El camino que serpenteaba en la hondonada, y que de oriente llevaba a Camuloduno,<sup>2</sup> se reducía en aquel punto a poco más que un trazado de surcos dejados por los carros en el suelo helado. Algunos de ellos se desviaban hacia el sur, en dirección a un caserío solitario de techos de paja que, junto con otro árbol sin hojas y a una valla, desafiaba la nada que lo rodeaba.

Aquila pronto cumpliría cuarenta años, pero su rostro aparentaba alguno más, si bien conservaba esa rapidez de reflejos que siempre había sido su principal característica. Azuzó al animal con un golpe de riendas, acompañado por un breve y perentorio reclamo con la voz. Sintió que la capa se hinchaba, mientras el caballo aceleraba. Había movimiento junto al caserío y su ojo experto no tardó en identificar las siluetas a lo lejos. Seis, siete jinetes y unos diez carros arrastrados por bueyes y algún mulo. Un octavo jinete alcanzó a los otros. Su comandante debía de estar en el interior de la vivienda, junto con los dueños de las bestias y los vehículos. Detrás del edificio, de planta circular, aparecieron unos niños, que empezaron a perseguirse entre risas.

Solo él faltaba por llegar.

Aflojó las bridas y el caballo recorrió el último tramo del sendero al trote, hasta un centenar de pasos del caserío, donde volvió a aflojar con un bufido. Un hombre envuelto en una gastada capa militar se asomó al umbral, protegiéndose los ojos del sol, y miró a Aquila con una expresión cordial en el gordo rostro ovalado. Luego se echó un borde de la capa a la espalda y fue hacia él con paso decidido. Aquila ya lo había reconocido, aun cuando estaba medio escondido por la sombra dibujada por la jamba. Aquel rubio rizado de miembros achaparrados y poderosos no podía ser otro que Tauro, el eterno *optio* de la Valeria.

El caballo bufó agotado, babeando. Tauro procuró tranquilizarlo con unas caricias en el cuello, mientras con la otra mano cogía las riendas.

—He venido lo antes posible.

Tauro asintió, con expresión triste y los labios apretados. Observó las marcas dejadas por el caballo en la escarcha.

—No hay ninguna fiesta, Aquila —empezó, mirando a su excomandante, con los ojos verdes perennemente apretados entre los párpados—. Con este frío, incluso habríamos podido esperar.

Marco Quintinio Aquila bajó del caballo de un salto y estrechó el antebrazo del veterano con la mano entumecida. Luego volvió los ojos oscuros y centelleantes hacia los soldados de caballería, que charlaban a poca distancia. Un soplo de viento helado le arrojó a la cara el olor de los caballos, mezclado con el acre aroma de cuero y metal engrasado que aleteaba en torno a los auxiliares.

—Germanos —dijo Tauro—, probablemente frisonos o caucios. Según parece, son los que mejor se adaptan al tiempo asqueroso de estas tierras.

Los jinetes dejaron de hablar y examinaron con arrogancia al recién llegado. Todos eran grandes y corpulentos, y estaban bien equipados. Tenían espléndidos yelmos taraceados y corazas escamadas de excelente factura, como la de las espadas que llevaban al costado.

—Qué extraña es la vida, ¿verdad, Aquila? Tú quisieras estar en su puesto, y ellos en el tuyo —dijo el veterano, y soltó una carcajada.

El antiguo comandante esbozó una sonrisa. En el rostro lívido por el frío, descollaba aún más la cicatriz. Un surco de piel arrugada que descendía desde la sien izquierda hasta cortar en dos la ceja, para luego acabar en el pómulo.

—¿Estás seguro de que haría el cambio?

Aquila se desplazó un poco hacia la entrada del caserío, apretando los dientes por el dolor que le producía apoyarse sobre aquella pierna.

—En verdad, creo que sí —refunfuñó Tauro para sus adentros, mientras conducía el caballo a la empalizada—. En verdad, creo que sí —repitió.

Fue necesario un breve lapso de tiempo antes de que las pupilas se adaptaran al cambio de la luz cegadora del exterior por la oscuridad del interior. Aquila pasó revista a los presentes, pensando que aquel lugar nunca debía de haber visto tantas personas reunidas. Saludó con un gesto de la cabeza a los que ya conocía, sin ignorar algunos rostros que nunca había visto.

El primero en captar su mirada fue Fuvio Durio, de ojos pequeños, gélidos, carente de toda emoción. Aquila se sorprendió por su presencia, no esperaba encontrarlo allí. Y advirtiendo el gris de la áspera barba que enmarcaba la mandíbula cuadrada de Durio, se preguntó cuánto hacía que no se veían. El viejo Fibreno fue a su encuentro, saludándolo con afecto. El buen viejo Aulo Tranio Fibreno, el Decano, como lo llamaban los veteranos, también él, como Durio, del primer *contubernium*. Alto, enjuto, nervioso, incansable, cuarenta y seis heridas en batalla y nunca una queja. Si su cuerpo era templado, aún más lo era su temperamento. Dúctil para adaptarse a la nueva situación, Fibreno vivía con la mujer que desde siempre había sido su concubina y que incluso le había dado un hijo. Marcelo, que estaba jugando fuera con los otros niños, debía de tener ocho o nueve años.

Inmediatamente después llegó el saludo de Marco Ferrio. Estaba en buena compañía. Hela finalmente aquí: Aquila había oído hablar de ella a Tauro, pero nunca había visto a la britana que se había casado con el atolondrado del grupo. Y las sorpresas no acababan ahí, porque la mujer apretaba un hatillo que no paraba de gimotear. Nadie habría apostado un as por la supervivencia de Ferrio en la legión, por no hablar de su descendencia en tierras de Britania. Y en cambio... Ella no era una belleza, pero estaba entrada en carnes y tenía un aspecto sano, y su vientre era fecundo. ¿Qué más podía querer alguien que durante veinte años había dormido en una tienda de piel con otros siete hombres que apestaban a una milla de distancia?

—Cuando lo encontré, advertí enseguida a Tauro —dijo Fibreno.

Aquila asintió.

—¿Cómo ha muerto?

—No lo sé, estaba en la cama. Creo que borracho.

—¿Está todo en orden en la casa? ¿Falta algo?

—Está todo en orden, Aquila, Fidio se ha ido solo, sin luchar contra nadie, ni siquiera consigo mismo. Quizás a causa del frío, después de haberse quedado dormido ebrio.

El excomandante asintió, observando el cadáver. Debían de haber pasado algunos días desde la muerte, dadas las condiciones del cuerpo y el olor dulzón que despedía, un olor al que casi todos estaban acostumbrados. Era triste ver morir así precisamente a Fidio tras combatir sin pausa de África a Germania y concluido su carrera como *signifer*. Sí, era triste. Aquila suspiró, procurando encontrar una aceptable explicación para aquel desenlace.

—Quizás había llegado su hora —dijo—. Quizá fue la vejez.

—O quizá la soledad.

La voz solemne de Tauro, a sus espaldas, hizo caer un silencio glacial sobre la habitación. El excomandante se llevó el dedo índice a la cicatriz. En jornadas tan frías, le provocaba dolorosas punzadas en el ojo. Hizo un guiño antes de levantar la mirada y echar un vistazo a los presentes. Había varias mujeres, un par de niños y algunos veteranos de la Vigésima Legión, que conocía de vista, pero de los que no recordaba el nombre.

—¿Desde cuándo vivía aquí solo?

Tauro lo pensó un momento.

—Creo que la mujer con la que estaba murió durante el parto —repuso—, el pasado verano. El niño no quería nacer, y no consiguió venir al mundo.

Aquila permaneció pensativo mirando a Fidio, inmóvil a dos pasos de él, sobre aquel lecho mugriento e infestado de piojos. Se preguntó qué designio de los dioses había detrás de su desaparición. Levantó la mirada observando aquellos rostros ásperos y los volvió a ver apretados en los yelmos, sudados, sucios de polvo y sangre. Se preguntó por qué Fidio había sobrevivido a todo para luego acabar así, solo, borracho y lejos de los suyos. Por qué no se había marchado algunos años antes, en el campo del honor, como lo llamaban ellos, a manos de alguno de los rebeldes de Carataco.

Después de la batalla los suyos montarían el campamento, entrarían en el *contubernium* como siempre y allí verían su espacio vacío. Nadie se aventuraría a ocuparlo, ni a apoyar nada en él, porque durante mucho tiempo aún aquel trozo de tierra sería el sitio de Fidio. Advertirían la falta de su voz, de su presencia, de su vida y se sentirían culpables. Una culpa que expiarían al día siguiente, haciendo en silencio, entre siete, el trabajo de ocho, rechazando un reemplazo, evitando a los superiores, odiando a cualquiera que hubiese sido mandado a ocupar aquel espacio vacío. Los miró a la cara, se preguntó qué estarían pensando detrás de aquellas expresiones pétreas, en lo profundo de sus corazones de hierro oxidado. Observó a Ferrio, el más rápido con el *gladius*, el más duro. Quizás una mujer y un hijo le habían abierto un nuevo mundo, quizá ya había conseguido someterse al código absurdo de quien había elegido combatir y morir por una antigua fidelidad.

—Diría que podemos proceder, Tauro.

El *exoptio* echó un vistazo a los otros, que salieron en silencio de la estancia para disponer la pira funeraria donde habían recostado el cuerpo de su viejo camarada.

En el movimiento, desde el fondo de la estancia en penumbra emergió el rostro maduro de un oficial de caballería, seguido por el resplandor pálido de su rutilante coraza. Un rostro nuevo para Aquila, que nunca lo había visto, aunque era, evidentemente, un veterano encallecido. Quizás acababa de llegar a la provincia, pero con seguridad no era un novato. Debían de tener la misma edad. Aunque el cabello del otro, corto y oscuro, tendía al gris en las sienes. El rostro marcado, la mirada decidida, los movimientos ágiles, todo indicaba que era un hombre de carácter que se adaptaba a cualquier situación. Aquila había intuido de inmediato que se encontraba ante un reflejo de sí mismo.

—Mi nombre es Tito Ulcio Falcidio, soy el comandante de esa manada de lobos hambrientos de allí fuera. Estamos en la guarnición de Camuloduno. Y tú debes de ser Aquila.

El excomandante le estrechó la mano. No se le había escapado la rápida mirada del oficial a su pierna lisiada, mientras se acercaba.

—Soy Marco Quintinio Aquila y también he comandado a un buen número de bestias, de diversas razas —dijo, abriendo apenas los labios—. ¿Ulcio? ¿Eres originario de Hispania?

—Sí —respondió el otro con una sonrisa complacida—. De la soleada Hispania a la fría Britania.

—Este es un invierno extraño, poco lluvioso y muy frío. No todos son así.

—Eres un gran conocedor de esta región, por lo que veo. ¿Cuánto hace que estás en Britania?

Aquila se frotó el ojo, que le latía, y contestó:

—Desde los tiempos del desembarco... ¿Cuántos años hace? ¿Diecisiete?

—¿Diecisiete? —dijo el oficial con expresión de sorpresa—. Mi enhorabuena por tanta perseverancia.

—He estado en sitios peores; en Germania, por ejemplo. Y ¿qué me dices de Camuloduno? Hace meses que no paso por allí.

—Todo marcha a la perfección. Ahora que el templo está casi terminado, la ciudad empieza a tener el aspecto de un asentamiento romano. El comercio está en claro ascenso, continuamente llegan nuevos mercaderes a ofrecer las mercancías más disparatadas y, como se hacen buenos negocios, aumenta también el número de los que deciden vivir allí de manera estable. Todo lo que entra y sale de Britania pasa por Camuloduno, y los nuevos britanos son los primeros en gastarse los cuartos para tener las novedades del continente.

Aquila asintió y, tras una pausa, decidió que había llegado el momento de entender qué hacía allí, en medio de la nada, un prefecto con su escolta de esbirros.

—¿Qué te ha traído tan lejos de tu guarnición?

—Estoy aquí por orden del procurador Deciano.

El veterano miró fijamente al oficial, luego le hizo señas de que lo siguiese fuera y cojeó hasta la puerta de acceso, donde fue engullido por la luz exterior.

Tito Ulcio Falcidio salió a su vez, y le bastaron unas pocas zancadas para alcanzar a Aquila sobre el sendero de la colina. Los dos recorrieron un tramo en silencio, con el prefecto caminando al ritmo que imponía Aquila, sin mirarlo, para no traicionar su propia incomodidad.

—Debería usar el *vittis* como bastón —dijo el veterano, mientras renqueaba por la subida.

—Tu nombre aún corre fuego tras fuego en los vivacs de los soldados, Aquila.

Respiraban entrecortadamente, despidiendo densas nubes de vapor por la boca.

—¿Mi nombre? —dijo el veterano entre risas—. ¿Cuál? *Missio causaria*?

—Quiero decir, sé que tu familia es muy apreciada en el ejército, que tus antepasados...

—Sí, claro, han vengado a los hombres de Varo, en tiempos de Germánico.

—Eso es, precisamente —asintió el oficial.

—Todos muertos —sentenció Aquila, una vez llegado a la cima de la colina—, todos en los Campos Elíseos disfrutando de la gloria, después de haber envejecido en el séquito de la sagrada águila, hasta el punto de haber dado su nombre a media docena de bisnietos. —El rostro se le ensombreció—. Todos muertos salvo yo, el tullido.

—La tuya es una herida de guerra, no debes avergonzarte...

—No sigamos, comandante, el hado ha querido dejarme tullido, quitarme el mando de los míos y asignarme una manada de campesinos borrachos que ni siquiera saben quién soy. Y ahora vayamos al grano, ¿qué quiere Deciano?

—Se trata de Quinto Curio Fidio.

Aquila miró al oficial.

—Continúa.

—Ha dejado algunas deudas en Camuloduno y el procurador me ha encargado que haga un informe sobre su propiedad y sus bienes.

Aquila se inclinó, cogió un puñado de tierra húmeda entre las manos y la observó.

—Míralos —dijo señalando a los suyos, abajo, ocupados en preparar la pira funeraria—. Han sudado sangre para tener este trozo de tierra. A nuestras semillas les cuesta crecer aquí, y por eso nos ofrecen parcelas en vez de dinero, porque aquí hay tierra en abundancia, pero de escasa calidad. Basta confiscarla a los lugareños, que no tienen códigos escritos ni concepto de propiedad. Así, en vez de una pequeña suma de dinero te ofrecen terrenos que parecen verdaderas minas de oro, cuando en realidad necesitan de un trabajo extenuante para rendir algo. —Hizo una pausa y continuó—: Y sabes tan bien como yo que estos son hombres habituados a romperse la espalda, son hombres de hierro, claro, pero los mejores soldados, poco acostumbrados a este oficio, acaban de rodillas porque no saben manejarse con la cosecha, la propiedad y el empleo del dinero.

Falcidio asintió.

—Y de aquí a la ruina el paso es breve... muy breve.

La incomodidad del oficial se traslucía en su rostro.

—Sabes que las órdenes no siempre son fáciles de seguir.

—Fidio era llamado así por su lealtad —dijo Aquila, tajante—. Lealtad hacia la legión, sus camaradas, su comandante. Fidio y otros como él han contribuido a todo

esto, han traído hasta aquí las enseñas de Roma. —El ojo volvió a latirle, obligándolo a fruncir el ceño—. No les ha resultado fácil ser soldados, pero tampoco lo es convertirse en pastores de ovejas. Algunos se adaptan al nuevo papel, otros no. Fidio era uno de estos últimos. —Hizo una mueca, observando a los hombres que se atareaban al fondo del sendero—. La azada tiene un sonido muy diferente del de la espada.

Tito Falcidio se acomodó la capa púrpura, sin apartar los ojos de los labios de Aquila.

—Lo entiendo —dijo—, también yo soy un soldado. Pero la ley...

—Si eres un soldado —lo interrumpió con aspereza Aquila, dirigiéndole una mirada cortante—, si eres uno de los nuestros, no puedes querer que todo esto se pierda por una estratagema estúpida. No puedes querer que algún decurión de la ciudad huela el negocio y se haga con estas tierras prácticamente por nada. Fidio no tenía a nadie aquí, pero por lo que sé aún conserva un hermano vivo en el Sanio. Era poco más que un muchacho, recuerdo que una vez me habló de él. Si es así, esta tierra le pertenece.

El oficial lo escuchaba, pensativo.

—Falcidio —añadió el veterano—, te pido que intercedas con alguien en Camuloduno a fin de conseguir el tiempo necesario para hallar al muchacho—. Sopesó el terrón y se lo mostró a Falcidio—. Los lugareños están dispuestos a pagar para recuperar esta tierra, y muchos de ellos tienen los medios para hacerlo. Podría encontrar a alguien a quien vender la finca, saldar las deudas y mandar lo que quede a su hermano.

—No lo sé, Aquila, no será tan sencillo, y podría requerir mucho tiempo. Deciano me ha dado órdenes muy precisas.

—¡Deciano es un buitre! —gritó el veterano, arrojando el terrón—. Y me gustaría saber cómo estaba al corriente de la muerte de Fidio, dado que los míos lo encontraron por casualidad antes de ayer.

El prefecto se quedó pensando en aquellas palabras, y su mirada cambió. Quizá también se preguntaba cómo podía haberse enterado de la muerte de aquel soldado el procurador de Camuloduno, a media jornada a caballo desde allí.

Aquila se dio cuenta de que había levantado demasiado la voz. Los germanos de la escolta se estaban poniendo nerviosos, y un par ya habían montado a caballo, mientras los suyos habían dejado de trabajar y observaban tanto a los auxiliares como a su excomandante, tratando de entender qué ocurría. Falcidio levantó la mano derecha y los dos jinetes sofrenaron las inquietas monturas, que caracolearon durante unos momentos a medio camino antes de volver como perros rabiosos junto a sus compañeros.

—Le daré a Deciano lo que quiere, Aquila —dijo Falcidio, con el tono de quien ha tomado una decisión—. Al mismo tiempo, buscaré a un hombre de leyes en Camuloduno que te pueda indicar el camino que se debe seguir.

Aquila asintió y Falcidio le devolvió el saludo militar, antes de volverse y descender de nuevo la colina a grandes zancadas.

—¡Prefecto!

El oficial se volvió de inmediato hacia el veterano.

—A propósito de caminos —dijo Aquila—, recuerda que el que seguirás hasta Camuloduno, el que te llevará derecho al templo de Claudio, ha sido abierto por la sangre y la espada de ese *signifer* del que dentro de poco solo quedarán las cenizas.

## Murrogh de los trinovantes

*Territorio de los trinovantes  
Catorce millas al oeste de Camuloduno  
Invierno del 60 d. C.*

Quiénes fueron los primeros habitantes de Britania, si nativos o inmigrantes, permanece oscuro; de todos modos, habría que recordar que siempre se trata de bárbaros.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO

En aquel tramo del bosque la niebla no quería alzarse, como si los vapores de la bruma hubieran sido aprisionados por las densas ramas despojadas que oscurecían el cielo. Poderosos troncos seculares cubiertos de musgo emergían de la calima inmóvil como mudos centinelas, custodios de un templo inviolable. Un ruido de ramas pisadas rompió aquel silencio irreal y de la niebla surgió la silueta de un hombre envuelto en una capa, que avanzaba lentamente pero con seguridad sobre el terreno blando. Paso a paso, la figura seguía una pista invisible que se articulaba como una serpiente entre las raíces de las encinas, y que solo su mente podía encontrar abriéndose camino entre el follaje mojado. De vez en cuando, el rumor seco de una pequeña rama que se partía bajo el peso de las pisadas se perdía en la atmósfera acolchada, sin inquietar al rostro severo de barba de plata que salía de la capucha.

De pronto, el terreno se hizo sólido, un estrato de roca había ocupado el lugar del humus, señalando la proximidad del destino final. El hombre recorrió la lastra de piedra hacia arriba y llegó a la cima de aquel macizo depositado allí milenios antes por quién sabe qué dios y se detuvo en la cumbre. Bajó la capucha y se soltó el pelo recogido en una cola de caballo, que cayó sobre los robustos hombros. Inspiró profundamente el olor inconfundible del lugar, un aroma intenso y penetrante a turba, moho, corteza húmeda y ramas partidas. Luego, entre los vapores de la niebla, contempló el verde espejo de agua que se extendía delante de él. Inmóvil, Murrogh parecía aún más imponente.

Murrogh de los trinovantes.

Ese era su nombre, y antaño aquella región formaba parte de su reino. El estanque sagrado había sido desde siempre testigo silencioso de sus plegarias, y antes de él de las de su padre, y del padre de su padre. Permaneció unos instantes absorto, mirando todo y nada, después apartó la pesada capa de lana y se quitó de la muñeca un gran brazalete de oro. Se sentó sobre una roca, pasando las yemas sobre la superficie de filamentos entrelazados, como si quisiera disfrutar de aquel objeto con todos los sentidos. Era una joya de gran belleza. La observó largamente, sopesándola, la frotó con lentitud y cuidado con un borde de la capa para lustrarla y, cuando estuvo satisfecho del resultado, se la llevó a los labios.

Luego, con ademán decidido, la arrojó al estanque.

Fue solo un momento, y del brazalete no quedó más que una sucesión de círculos concéntricos, que se desvanecieron entre las hojas descompuestas sobre la orilla. El agua estancada escondería durante siglos el brazalete, tal como la niebla custodiaria para siempre aquel gesto secreto, aquel pacto entre Murrogh y los dioses.

El chasquido de una rama al partirse vino a turbar de pronto la paz del lugar. Murrogh contuvo el aliento.

No era él quien se había movido.

Como un felino, se volvió hacia el ruido con todos los sentidos alerta, para percibir de algún otro modo lo que la mirada, por el momento, le negaba.

—¿Estás seguro de que es por aquí, Tauro?

El *optio* miró alrededor antes de responder:

—Creo que estaba aquí. Están las rocas y un manantial, pero con esta niebla no consigo orientarme.

Aquila hizo un gesto a Tauro.

—¿Has oído?

—¿Qué?

—Un ruido, un rumor de hojas.

El veterano contempló desde el lomo de su montura el terreno cubierto por un denso follaje y dijo:

—Bueno, estamos en un bosque...

Los dos permanecieron en silencio durante unos instantes, hasta que ya no pudieron contener una carcajada que resonó en la bruma.

—Vámonos, *optio*, salgamos de aquí, hace más frío y humedad que en el resto de esta maldita isla. Ya hemos comprobado que este bosque delimita el confin del terreno de Fidio.

Tauro sacudió la cabeza.

—Y yo te digo que este bosque forma parte de las tierras de Fidio. El límite está al final del bosque, no al principio.

—De todos modos, sin mapas y con esta niebla será difícil establecerlo. Volvamos por donde hemos venido, ya da lo mismo. Este trozo de tierra pantanoso no tiene ningún valor.

El veterano volvió grupas e intentó orientarse.

—Tiempo asqueroso. Sí, vámonos. Fidio también evitaba este lugar.

—Es extraño, un cazador consumado como él habría encontrado buenas piezas.

—El problema era otro. A veces, cuando venía a hacer leña, se encontraba con alguna cabeza cortada que colgaba de la rama de un árbol. Y en más de una ocasión le había parecido ver a alguien, a lo lejos, entre la vegetación. Alguno de esos bastardos, algún druida. Un par de veces incluso vine aquí con los muchachos, para echarle una mano y sacarlos de la madriguera. —Aquila guió el caballo por el camino por el que habían venido—. ¿Habéis encontrado a alguien?

—Por desgracia, no —respondió Tauro. Rio sarcásticamente y añadió—. Pero les hemos arrojado al suelo todas las cabezas.

Quintinio se arrebujó con la capa.

—Buena idea. Así habéis conseguido violar un lugar sagrado, ofender a alguno de sus dioses y, seguramente, enfurecer a más de un lugareño. Vámonos de aquí antes de topar con alguien decidido a desquitarse.

—No te preocupes, Aquila, tengo un amuleto que me protege.

—¿O sea...?

De pronto se oyó el inconfundible chasquido metálico del *gladius* al salir de la funda.

Aquila sonrió.

—Aparta esa hoja —dijo—, pues dudo de que encontremos druidas por aquí. Me han hablado de un verdadero éxodo hacia el norte. Parece ser que se han dado cita en una isla, creo que se llama Mona. Se encuentra más allá de las tierras de los siluros, es un lugar sagrado para los druidas.

—Bueno, entonces no queda más que prender fuego a la isla.

El centurión soltó una carcajada.

—Creo que el gobernador piensa como tú, Tauro.

—¿Quién?, ¿el pequeño Suetonio? No me sorprendería. ¿Qué está tramando?

—He sabido que la Gemina y la Vigésima, después de haber resuelto un problema con los siluros en el norte, se han detenido a pasar el invierno no lejos de Mona. Tauro comprobó que el filo del arma fuera perfecto.

—No es justo —dijo, envainando la espada—. Los jóvenes de la Valeria se están divirtiendo sin nosotros.

La carcajada de Aquila se transformó en una mueca.

—Ahora, tanto tú como yo somos viejos para ese trabajo, Tauro.

El *optio* observó a Marco Quintinio y en aquel rincón retirado del mundo volvió el silencio. Tauro había cumplido los años de servicio necesarios para licenciarse con la *honesta missio*, pero su decisión de dejar la legión había sido dictada por otro motivo. Alguien como él habría podido continuar siempre haciendo aquel trabajo. Había decidido dejar la legión para compartir la suerte del hombre que tenía delante, un comandante por el cual había sentido una admiración ilimitada. Había sido una lanza salida de la nada la que había desgarrado la rodilla de Aquila, y cada paso torpe del centurión era un agujijón que le atravesaba el abdomen y le llegaba directo al estómago.

Cada vez que veía aquel rostro contraerse en una mueca de dolor, no podía evitar volver a oír el estruendo de la batalla, de aquella última batalla juntos, cuando había visto desaparecer en la reyerta la cresta purpúrea del yelmo de su comandante, pocos momentos antes del cuerpo a cuerpo con los guerreros de Carataco. La muchedumbre, los empujones, el hierro y los alaridos de los enemigos, y aquella extraña sensación de pánico que por primera vez se había apoderado de sus pensamientos, volviéndolo vulnerable. Había roto la formación aullando a su vez, apartando a todos de aquel cuerpo exánime pisoteado por la masa. Lo había cargado al hombro y lo había alejado del combate. Solo para descubrir, con el tiempo, que Aquila habría preferido la muerte a aquella supervivencia de lisiado. Había sido él quien le había negado un final digno en el campo de la gloria, y por eso se sentía responsable de la pena infinita que lo embargaba: su puesto estaba, y siempre estaría, al lado de Aquila.

Después de algunos centenares de pasos, en los márgenes del bosque la niebla se despejó y llegaron a un claro en el que los rayos del sol hendían el manto de bruma y de ramas. Detuvieron los caballos y durante un momento permanecieron quietos, con la mirada fija al frente.

—Por lo visto, no las habéis arrojado todas.

Tauro comenzó a mirar alrededor, desconfiado.

—Esta yace aquí desde hace poco, Aquila.

El excomandante se acercó al rostro violáceo, colgado de la rama de una gruesa encina. Sin duda era un britano, pero no se entendía de qué tribu. Quizás era un esclavo o un simple malhechor.

—¿A qué distancia se encuentra el asentamiento más cercano?

Tauro miró los haces de luz entre las ramas.

—Demasiado, Aquila. Y no es oportuno dar vueltas en la oscuridad por esta zona.

—¿A qué distancia...?

—Al menos un par de horas, a buen ritmo.

El veterano se pasó los nudillos por la cicatriz. Le fastidiaba tocarla, pero seguía haciéndolo. Miró al *optio*, contrariado, y con un golpe de cadera dirigió el caballo por el sendero que los había conducido hasta allí, aceptando el prudente consejo.

Tauro estaba terminando de acomodar los últimos trastos en el carro, en medio de la oscuridad de un alba que tardaba en surgir más allá de las colinas. En el caserío, Aquila se afanaba en torno al fuego, tras pasar la noche en la que había sido la última morada de Fidio. Miró alrededor para asegurarse de que se había llevado todo lo que podía ser útil a los demás veteranos. Después del funeral, alguien había cogido la mesa, y otros se habían repartido los escabeles, las ánforas, las tazas, la vajilla, las ropas y demás objetos de la casa. Y lo que no interesaba a nadie había sido arrojado al fuego. El excenturión quería que solo los viejos camaradas de Fidio y sus familias pudieran disponer de aquello que le había pertenecido. En un primer momento, había pensado en conservar como recuerdo la piel de lobo llevada por su *signifer* en tantas batallas, pero al verla entre sus propias manos había sentido que aquel símbolo era demasiado sagrado, demasiado inviolable para pertenecer a otros mortales, y lo había entregado a las llamas que envolvían a Fidio. Lo había acompañado durante su vida y así sería también en su muerte.

Tauro entró y se acercó a Aquila, quien, acurrucado delante del hogar, examinaba una *phalera* de plata que representaba el rostro del emperador Claudio. Le vino a la memoria el día de las condecoraciones, recordó cuán orgulloso estaba Fidio por haber sido distinguido con aquel símbolo de reconocimiento. Era el último de los objetos que quedaban, y Tauro lo observó mientras Aquila lo hacía girar entre las manos; luego asintió. Era justo que perteneciera al hombre que antaño se lo había entregado al *signifer* de la Vigésima.

Aquila salió por la puerta y vaciló unos instantes. Amanecía, pero durante la noche había caído una densa niebla, que aún envolvía aquel triste rincón del Imperio.

—¿Por qué no te quedas conmigo, *centurio*? Cuando llegue el buen tiempo, volverás a casa.

—Te lo agradezco, Tauro, pero debo marcharme. Si no vuelvo para dar algunos azotes, los trabajos en la villa no acabarán nunca.

Los dos sonrieron.

—Pero nos veremos pronto, debemos visitar a aquel Falcidio, en Camuloduno.

El *optio* asintió.

—Como quieras.

Aquila le tendió la mano y preguntó:

—¿Estás listo para combatir?

—¡Siempre, *centurio*!

Aquila se echó al cuello la *phalera* de Fidio, se envolvió en la capa y montó. Harían un breve tramo juntos, después Tauro seguiría el camino que giraba hacia el este, en dirección a Camuloduno, mientras que él continuaría hacia el norte, en dirección a su inmensa propiedad.

Cuando sus caminos se separaron, Aquila se acomodó la capucha del *sagum* para protegerse del frío punzante y, después de algunos centenares de metros, dada la monotonía del paisaje inmerso en la espesa niebla, dejó que su memoria volara entre los últimos años de su existencia, como si tratara de redactar un informe de su propia vida. Últimamente pensaba a menudo en la muerte, mucho más que cuando caminaba a su lado todos los días. Cada vez que se quedaba solo, lo asaltaban pensamientos a cual más sombrío, y se arrepintió de no haber aceptado la invitación de Tauro. Los mejores momentos eran los que pasaba en compañía de sus hombres, pero no quería reconocerlo. Siempre debía mostrarse atareado, concentrado en algo.

Nadie lo esperaba en su nueva villa, a excepción de una multitud de esclavos. No tenía mujer ni hijos, y con sus hermanas mantenía una escasa relación epistolar; probablemente ni se acordasen de su cara. Con seguridad, no se lo imaginaban con el rostro deformado por una cicatriz y sus andares de tullido. No lo había dicho en casa y no había vuelto ni siquiera ante la noticia de la muerte de su madre. No conseguía aceptarlo, pero no quería que los otros lo vieran. He aquí el porqué de una propiedad tan alejada de las vías de comunicación, descentrada respecto de todos los demás, el porqué de tantos trabajos que mantenían su mente ocupada, el porqué de una vida solitaria en la que los únicos momentos de alegría se producían cuando se encontraba con algún antiguo camarada.

Un día u otro moriría, casi con seguridad de una muerte estúpida como la de Fidio. Algún veterano de la Vigésima llegaría para hacer una vigilia y un breve discurso. Tauro le erigiría una estela funeraria, una efigie con un bonito y acertado epitafio. Tauro ya había enterrado a algunas decenas de compañeros de armas, no le faltarían las palabras para la tumba de Aquila. Imaginó el propio funeral, con una sonrisa amarga dibujada en los labios. Tauro, el gran Molerato, que lo esperaba en casa... ¿quién más? ¿Aquel sería el fin de Marco Quintinio Aquila? ¿Dónde terminaría todo su trabajo? ¿Llegaría a la villa un procurador, un oficial como Falcidio, hábil para olerse el

negocio y rescatar por unos pocos áureos la propiedad?

Aquila levantó la mirada al cielo. Allí arriba, en alguna parte, el círculo del sol se había alzado, pero a causa de la niebla no conseguía verlo. Como su futuro... A la derecha, a poca distancia, se elevaba una colina cubierta de árboles. Inmediatamente se apartó del torpor de los pensamientos. No debería haber encontrado el bosque a su derecha, es más, debería haber tenido desde hacía tiempo a sus espaldas toda aquella zona boscosa, laberinto de troncos y nieblas, que delimitaba el confin de las tierras de Fidio.

Buscó algunos puntos de referencia, pero el mundo comenzaba y terminaba a pocos pasos de distancia de su caballo. Retrocedió unos instantes con la memoria. Había bajado de la colina, y el caballo debía de haber proseguido en dirección a aquella hondonada, donde la niebla era aún más densa. Intentó regresar atrás esforzándose por identificar algún rastro, un sendero hacia arriba, algo que lo condujera de nuevo a un punto elevado donde la visibilidad fuese mejor. Un talonazo en los ijares y el caballo arrancó a trotar, recorrió unos centenares de pasos y fue tragado por la neblina. Aquila sofrenó su montura. Aún había árboles a la derecha. Estaba yendo en la dirección equivocada. Volvió grupas, nervioso y enfadado consigo mismo, mientras advertía que el animal aflojaba a pesar de sus órdenes. Se había perdido, como un estúpido recluta en la primera salida del campamento. También el caballo estaba nervioso y no quería andar rápido en medio de aquella nada. Ahora los árboles estaban a su izquierda, pero ¿cuándo llegaría el momento de cortar hacia el norte? ¿Hacia dónde se estaba dirigiendo?

Aquila buscó el sol con la mirada. Quizás allí, eso es, aquel punto más blanco era el sol, que le indicaba el sudeste, luego el norte debía estar justo delante de él, recto a través del bosque. No, ni se le ocurría adentrarse en un lugar infestado de espíritus locales y a saber de qué más. Había que rodear el bosque. Espoleó el caballo. Había tiempo, antes o después encontraría la vía. Se necesitaban unas tres horas para llegar a su villa, aunque tuviera que desperdiciar otras tantas para hallar el camino, habría llegado a su destino antes del atardecer.

—Ánimo, hermoso, devuélveme al camino correcto, que volvemos al calorcito.

El caballo se puso en marcha, para detenerse poco después. Aquila hundió los talones en los ijares. Fue un momento, después la blancura se esfumó.

El relincho, la bestia que desaparecía de debajo de él. La hierba alta y mojada, el golpe, el dolor y las zarzas, las zarzas por doquier.

Aquila abrió los ojos con una mueca de sufrimiento. Sentía que el animal se debatía y pateaba. Quizás un pozo, una raíz con la que había tropezado. Al caer, lo había despedido con violencia. Aquila permaneció inmóvil, con la mirada fija en el blanco de aquel cielo sin cielo. Estaba vivo y solo debía respirar; todo se arreglaría. Unos pocos rasguños en las manos, alguna magulladura, nada grave. Sentía en la boca el sabor de la sangre, pero tampoco parecía gran cosa, y al intenso dolor de la rodilla ya estaba habituado. Trató de levantarse, y advirtió que estaba rodeado de espinas. Respiró hondo a fin de tranquilizarse y probó de nuevo. Nada.

Llamó al caballo. Nada.

Sin embargo, sentía que estaba muy cerca. Se dijo que el pobre animal debía de estar más espantado que él. «Valor, una cosa a la vez y todo se arreglará», pensó. Otro intento, uno más, luego el grito de rabia, la fuerza de la ira y por fin estuvo de pie, con la capa rasgada, los antebrazos arañados y los nudillos pelados. Respiró afanosamente, apoyando las manos en las rodillas.

—¡Ven aquí, maldito seas!

Oyó un relincho ahogado.

—¡Ven aquí!

Se levantó, con la rodilla traspasada por el dolor y, arrastrando la pierna, fue hacia el caballo, rodeando las zarzas. *Germánico*, su fiel corcel, estaba en el suelo con una pata rota. Aquila se arrodilló para acariciarle el cuello y se maldijo.

—Tenías razón cuando no querías correr. —Permaneció un rato allí, sentado al lado del animal, tratando de calmarlo. Sabía qué debía hacer, pero le repugnaba. Por fin inspiró, desvainó el *gladius* y lo hundió en el cuello de *Germánico*. Perdóname —susurró—, pero siempre es así, los comandantes se equivocan y quienes mueren son los subordinados.

Limpió de sangre la hoja frotando esta en la hierba alta. Se secó con la capa y, después de haber cortado una rama para improvisar un bastón, se encaminó hacia la nada, a pie. Paso y medio paso. Paso y medio paso. Así, necesitaría al menos dos días para llegar a casa, siempre que no girase en círculo. Cada tanto se detenía, y entonces se maldecía por no haber llevado consigo a Molerato.

Había partido apenas recibida la noticia de la muerte de Fidio, dejando dicho que no tardaría más de dos o tres días. Esbozó una sonrisa nerviosa, que más parecía una mueca: ¿de modo que aquel era el destino final del viaje de su vida? El gran Marco Quintinio Aquila, el primero de su cohorte, se había perdido en el campo britano y se aprestaba a pasar una noche al raso, en medio de un frío glacial. Él, que había llevado la piel de lobo, estaba a punto de convertirse en un bocado perfecto para la primera manada que pasara.

De pronto se oyó un sonido que se desvaneció de inmediato, apartándolo de aquellos pensamientos. Procedía del bosque del que intentaba alejarse. Miró los árboles envueltos por la bruma. Había oído algo, estaba seguro. Observó atentamente la neblina que se perdía entre las hileras de troncos a través de los que había captado, a lo lejos, el relincho de un caballo. Se detuvo a calcular los riesgos de acercarse a la fuente de aquel sonido, en lo profundo del bosque. ¿Significaba el camino de salida o la condena? Con un gesto decidido se quitó de encima la capa, y las supersticiones. Al diablo, era un tullido que caminaba, pero tenía el *gladius* más filoso que una navaja. Aunque se desplazaba desde hacía tiempo a caballo, nunca había sustituido su espada de infante por la larga típica de los jinetes, y empuñando aquella se encaminó, renqueando, hacia el bosque.

Se detuvo después de los primeros árboles y miró alrededor. Dirigió una breve plegaria a Júpiter y a Marte a fin de que no lo dejaran solo en medio de las divinidades locales, y cuando sintió, o por lo menos se convenció de que los tenía al lado, empezó a subir por la colina, tratando de turbar lo menos posible el silencio sepulcral. Se detuvo de nuevo, otra vez había oído algo... Solo percibía los latidos frenéticos de su corazón y su respiración jadeante. Quizá solo se tratara de un ciervo, un jabalí, un zorro... Tal vez se había equivocado. ¿Acaso no había salido todo mal ese día?

Sin embargo... Sin embargo, había algo, algo que lo empujaba a ir más allá. Se dio cuenta después de que la visibilidad había aumentado a medida que ascendía por la colina. Apretó el paso cuanto le resultaba posible, arrastrando la maldita pierna hasta quedar casi sin resuello. Sí, veía mejor, estaba seguro. Se dejó caer de rodillas, debía recuperar el aliento, pero todavía era fuerte, lo estaba consiguiendo. Envainó el *gladius* y recogió el bastón caído. Respiró hondo y, apoyándose en este, se puso de pie, fatigosamente pero listo para seguir adelante.

Un centenar de pasos.

Era la distancia que lo separaba de un britano que, por encima de él, lo miraba sujetando las bridas de los caballos que tiraban de su carro de guerra. La silueta imponente de aquel hombre de pelo largo y barba abundante se recortaba nítida a contraluz, entre la bruma que se desvanecía, hasta el punto de darle una apariencia extraterrenal. Los dos permanecieron inmóviles, como hipnotizados por las respectivas apariciones. Aquila fue a dar un paso en dirección al britano, pero se detuvo cuando apareció otro como surgido de la nada, a unos cincuenta pasos a su izquierda. Estaba de pie, envuelto en una pesada capa, y lo miraba sin mover un músculo, pero mucho más cerca de él. Quizá demasiado... El *centurio* decidió tomar la iniciativa, dirigiéndose al hombre del carro.

—Mi nombre es Marco Quintinio Aquila, comandante en la reserva de la Vigésima Legión Valeria. —Avanzó unos pasos, esforzándose por cojear lo menos posible—. Me dirijo a la propiedad de Quinto Curio Fidio, más allá del bosque. —Sabía que estaba sucio y andrajoso, y que probablemente tenía, además de los nudillos pelados, algún moratón en el rostro—. Debo ver a Tito Ulcio Falcidio, prefecto de Camuloduno, que me conducirá a la ciudad con su escolta.

El hombre del carro permaneció impassible, soltando un halo blancuzco de vapor por la boca.

Aquila avanzó otros cinco pasos, suficientes para sentir el aliento cálido de un caballo. Consegua ver el blanco de los ojos del britano, que lo miraba fijamente. Los ojos cerúleos y la poblada barba plateada, unida a la cascada de pelo, le conferían una aureola solemne. Y luego había un detalle que Aquila había advertido de inmediato y que lo ponía aún más nervioso que la enorme estatura o el aspecto del hombre. Se trataba de un amuleto, un huevo de serpiente que colgaba de su cuello sujeto a una correa de cuero. El significado de aquel talismán se perdía en los oscuros cultos druidas de aquellas tierras y señalaba a su portador como una figura importante entre los suyos. Aquila lo entendió también por su voz segura y profunda y por el perfecto latín con que dijo:

—Has llegado tarde. Ya se han marchado todos.

Aparecieron otros dos carros de guerra, que se acercaron al del hombre con el amuleto. Aquila sintió una oleada de calor. El número de britanos continuaba aumentando —cuatro, por el momento— y sus probabilidades de apañárselas, si las cosas se ponían feas, continuaban reduciéndose. Sin traicionar ninguna emoción

respondió en el dialecto local:

—No he oído tu nombre y no sé qué te trae por aquí.

El britano de la izquierda reaccionó con rabia ante aquellas palabras, y se disponía a descender del carro cuando lo detuvo una mirada fulminante de aquel a quien Aquila había identificado, de inmediato, como el jefe del grupo. Sin un gesto, sin una palabra, solo con la fuerza de la mirada, el león puso en su sitio a la hiena. A pesar de su aparente juventud, era, casi con seguridad, el segundo en la escala jerárquica. Llevaba calzones largos a cuadros, túnica y un pesado manto asegurado en el hombro con un broche. Su única arma era una daga en el cinturón.

—Mi nombre es Murrough —se presentó el jefe del grupo.

Aquila asintió en señal de aprobación.

—Mis compañeros y yo estamos de caza —añadió el otro.

Mentía. Mentía, pero sostenía la mirada del romano sin pestañear, seguro de sí. Quedaba por entender si la mentira servía para ocultar algo o si Murrough era tan agudo como para provocar sutilmente a Aquila, para hacerle entender que a una mentira había respondido con otra. Fue de nuevo el romano quien rompió el silencio.

—Por lo que veo, hasta ahora habéis tenido poca suerte —dijo, mirando al britano a los ojos—, a menos que estéis a la caza de cabezas.

De pronto se hizo el silencio, un silencio capaz de elevar la tensión, de anunciar la inminencia de la tempestad; después, el hombre del carro soltó una carcajada sarcástica. Los demás se echaron a reír también.

—Veo que te gusta bromear, comandante en la reserva de la Vigésima Legión Valeria. Bien, me agradan las personas alegres.

Otros dos britanos surgieron de la niebla. Aquila percibió sus movimientos con el rabillo del ojo, pero no volvió la mirada hacia ellos. Acarició, en cambio, a uno de los dos caballos, como para entrar así en contacto con el hombre que sujetaba las riendas, y se dirigió solo a este.

—Te diré que tú también me gustas, Murrough —dijo, sonriendo—, y precisamente por eso fingiré no haberos encontrado, a tus compañeros y a ti, aquí... de caza.

El britano tiró de las riendas, haciendo retroceder ligeramente los caballos, como si quisiera interrumpir aquel contacto. Las carcajadas cesaron de golpe. La mirada de león de Murrough se hizo cortante.

—¿Qué quieres decir?

Aquila miró uno a uno a los britanos y, dirigiéndose a todos, repuso:

—He oído que en este bosque se llevan a cabo sacrificios humanos y actos de brujería...

Hubo un rápido pero intenso duelo de miradas que se cruzaban como espadas. Mundos distintos que se atraían y se rechazaban, entre gritos de guerra, ecos de batallas lejanas, recuerdos de hierro y de sangre y oscuros e inestables compromisos destinados a fracasar.

—La ley romana prohíbe estos actos y castiga con la muerte a quien los comete —añadió.

—¡Esta es nuestra tierra! —exclamó el britano del carro de la izquierda.

Los caballos se agitaron, nerviosos, y la tensión fue en aumento. Aquila hizo a un lado la capa dejando al descubierto la empuñadura de su *gladius*, e inmediatamente después puso bien a la vista las manos abiertas.

—No quiero creer que he encontrado a un druida o a alguien que practica la brujería en un bosque que es propiedad romana. Yo no sé quién eres, ni me interesa, solo estoy yendo al norte, directamente a casa, lejos de este sitio.

La hiena bajó del carro con un salto agresivo. El movimiento decidido de Aquila fue acompañado por un chasquido metálico. El excenturión apuntó con el *gladius* a la hiena al tiempo que le dirigía una mirada feroz, pero las palabras que pronunció estaban dirigidas al león.

—Cuida de tus hombres, «guerrero del mar», cuídalos bien, mientras estén vivos. Aunque me encuentre solo y sea tullido, aunque los dioses hayan decidido que ha llegado mi hora, te aseguro que antes de tener mi cabeza al menos tres de tus hombres habrán perdido la suya.

Murrough hizo avanzar el carro interponiéndose entre los dos contendientes, gruñó algo a su hombre y se detuvo delante de la punta del *gladius* de Aquila.

—Si tienes sed de sangre, comienza por mí.

El centurión, cuyo corazón latía con fuerza, atravesó a Murrough con la mirada, y la punta del *gladius* rozó el frágil y potente talismán. Luego, lentamente, apartó la hoja del huevo de serpiente. No había miedo o saña en aquella mirada, sino una profunda sabiduría. El del carro era un hombre fuerte. El *gladius* volvió a su vaina con otro chirrido metálico.

—Mi aldea está más allá de las colinas —dijo el britano—. Si vas al norte, podemos hacer una parte del camino juntos.

Aquila asintió, siguiendo con la mirada al resto de los hombres que, cautelosos y prudentes, se aprestaban a ponerse en marcha. Murrough tendió la mano al romano para invitarlo a subir.

—¿Conoces el significado de mi nombre?

—Quizá conozca más a tu gente que a la mía, después de tantos años en esta tierra —respondió Aquila, tras ocupar esforzadamente su sitio al lado del corpulento britano. Un movimiento de las riendas y los caballos se pusieron al trote. El romano se agarró con firmeza. Conocía bien los carros de guerra britanos, pero era la primera vez que vivía una situación semejante.

Cuando el bosque desapareció y el carro comenzó a deslizarse por los prados, experimentó una extraña sensación. Aquellos hombres eran britanos, quizá de la tribu de los trinovantes, los guerreros del norte. Durante años los había estudiado, había combatido contra ellos y los había vencido. Sin embargo, no conseguía entender cómo experimentaba semejante atracción hacia aquellas gentes, por qué en ese momento, allí, entre ellos, se sentía tan bien.

—Pero ¿no ibais de caza?

Murrough lo examinó desde arriba, ceñudo.

—Y tú, ¿no ibas al sur?

Dunmor apretó con rabia las riendas mientras abría camino entre la niebla ya rala. Estaba contrariado por la decisión de su padre, que se había ofrecido a llevar a aquel veterano romano en vez de darle una triple muerte. Se volvió para mirar el rostro desfigurado del hombre y vio que los dos reían: ¡el mundo estaba patas arriba!

## Las palabras de un padre

*Territorio de los trinovantes  
45 millas al oeste de Camuloduno  
Febrero del 61 d. C.*

A vuestra tierra y a la de los otros galos han venido los comandantes y los emperadores romanos, no por ambición de conquista, sino porque fueron invitados insistentemente por vuestros padres, que eran presa de las discordias internas hasta acabar arruinados.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO  
*Historiae 4, 73-74, discurso de Petilio Cerial*

Aquila sonrió a Tauro antes de espolear a *Hibertico*, el joven semental recién traído de Hispania. El destino del viaje eran los penachos de humo que ascendían lentamente en el cielo nublado, en dirección norte. El resto del grupo azuzó las monturas al paso del comandante, quién más, quién menos, convencido. El excenturión se había acicalado como para las grandes ocasiones, con calzones, túnica, pelliza y capa. Había cogido el *gladius* de su abuelo, con adornos de plata repujada, que solo usaba en circunstancias especiales. Era un arma bellísima y perfectamente equilibrada, pero superada ya por los nuevos modelos más largos que permitían alcanzar un poco antes el blanco.

—Si continuas corriendo así perderemos la carga —gritó Tauro.

El *centurio* aflojó las riendas y prosiguió al paso durante un largo tramo, observando atentamente el terreno circundante y el cielo que amenazaba con nevar. Luego se volvió hacia su séquito, para ver si aún estaban todos. Tauro se encontraba entre él y el resto del grupo, compuesto por dos esclavos armados de su finca, un par de caballos cargados de tinajas y cántaros que contenían vino, olivas, aceite y otras exquisiteces, incluida una mermelada de dátiles procedente de África. Detrás de la preciosa carga iba Molerato con su viejo rocín, al cual estaba atado el caballo que Murrogh había dado a Aquila para que pudiera volver a casa. Molerato era un montañés venido de las tierras de los apulios y debía su nombre a su corpulencia y fuerza física. Un don de los dioses, esta última, que había conseguido llevando cargas para la legión. Pero, a pesar de su robustez, siempre necesitaba que alguien se ocupara de él, porque no sabía hacer nada que no le hubiera sido enseñado al son de *vitis* el centurión de turno. Aquila le tenía simpatía, lo había confiado a Tauro durante los tiempos de la legión y después del licenciamiento lo había llevado consigo a su finca, pues el montañés había despilfarrado en el juego hasta el último as de su paga del ejército.

—Y pensar que aquel día te había pedido que vinieras conmigo —rezongó Tauro una vez que se hubo reunido con el comandante—. Si hubiera sabido que pagabas tanto por un viaje, habría insistido.

—Estás envejeciendo, amigo mío —repuso Aquila—, y cada vez estás más rezongón.

Tauro sacudió la cabeza con una media sonrisa y luego dirigió la mirada más allá del matorral que había ante ellos.

—Estamos llegando; preparémonos para el asedio.

Delante del centurión, una vasta explanada se extendía hasta las pendientes de una colina fortificada. Si bien aún lejana, se distinguían ya dos líneas de empalizadas, cada una ceñida por un foso. En la cima de la colina, un tercer anillo defensivo protegía las casas.

En el pasado, aquel tipo de defensa había resultado eficaz para romper las oleadas de ataques de las tribus enemigas, anulando el peligro de los carros de guerra. Pero se había revelado inútil frente a las legiones romanas, que habían convertido en arte la ingeniería del asedio, transformando el asalto a una fortaleza en un trabajo extraordinariamente bien organizado. Los asediadores mantenían una distancia de seguridad con respecto a los asediados, a quienes atormentaban con potentes máquinas de guerra, para luego atacarlos con torres móviles y rampas, que se erguían imponentes hasta superar aquellas modestas empalizadas, o a través de galerías subterráneas que los conducían hasta el corazón de las posiciones enemigas.

Lo que se entreveía allá arriba no era el muro de una ciudad fortificada de la Galia, pero producía cierto desasosiego acercarse, siendo solo cinco, a aquella colina erizada de palos puntiagudos que se recortaban contra el cielo cargado de nieve. Aquila hundió los talones en los ijares de su caballo, precisamente mientras a lo lejos, a la izquierda del grupo que llegaba, aparecían dos carros de guerra que se dirigían hacia la aldea fortificada. Los cinco prosiguieron por el sendero principal que conducía a la vía de acceso, mientras uno de los dos carros se desvió de su trayecto para acercarse a ellos. Avanzaba tan velozmente por las hondonadas del terreno que parecía que no tocaba el suelo, e iba conducido por una sola persona que debía hacer equilibrio para no caer por los tumbos del vehículo.

El conductor lo maniobraba con habilidad, y estaba en condiciones de imponer al instante su voluntad a los dos caballos achaparrados que a cada tirón cambiaban de dirección. El segundo carro ya había alcanzado el acceso del asentamiento y había desaparecido en el interior, muy probablemente para avisar de la llegada de los extranjeros. El carro que se aproximaba aflojó la marcha para sumarse al grupo, manteniéndose a unos cincuenta pasos de distancia. Aquila hizo una señal de saludo con la mano abierta y el conductor tiró de las bestias, dirigiendo la mirada hacia los recién llegados. De vez en cuando echaba un vistazo, ceñudo, al caballo de Murrogh, como si lo hubiera reconocido. Al pie de la colina unos chiquillos interrumpieron sus juegos y corrieron como un enjambre hacia los desconocidos. También ellos se detuvieron a distancia observándolos con curiosidad, precisamente mientras el centurión era el primero en cruzar el foso y, después, la empalizada. El sendero comenzó a subir la colina; dos mujeres arrebujadas que llevaban haces de leña se detuvieron a ver quiénes eran esos jinetes y, cuando descubrieron la cicatriz de Aquila, dieron un paso atrás, desconfiadas y silenciosas, sin responder al saludo, algo que sí hizo, poco más adelante, un hombre corpulento de densa barba. Aquila y los suyos sentían cada vez nuevas miradas concentrándose sobre ellos. Llegados a la cima de la colina, allí donde junto a la empalizada surgían las primeras casas circulares de tejados de paja, vieron que los habitantes se estaban reuniendo para acogerlos.

Era un asentamiento de tamaño medio, no muy poblado. La mayor parte de las casas se encontraban junto al tercer anillo del recinto. Formaban muchos grupos pequeños, algunos de cinco, otros de ocho o diez cabañas, con corrales para el ganado y senderos que confluían en el centro, desde donde surgían otras viviendas más grandes. Había amplios espacios abiertos y algunos árboles gruesos, esparcidos aquí y allá. Aquila calculó que la aldea debía de contar con entre doscientas y doscientas cincuenta casas. Había un gran recinto, con bancos gastados que formaban gradas desde las que se podía asistir al adiestramiento de los caballos, unos pocos establos y algunas viviendas particularmente grandes, de cuyo techado de paja se elevaban densas columnas de humo. Era la particularidad de las casas de aquellas tierras. Al no tener chimeneas, el humo y el calor de los hogares se expandían por el interior y después salía por el techo, dando la impresión de que estaba empezando un incendio.

En el centro de la aldea había otra empalizada que ocultaba más viviendas, como si se tratara de una aldea en el interior de otra. Debían de ser las propiedades de los nobles locales, o de la familia del soberano del lugar. Aquila habría apostado la mano derecha a que Murrogh estaba allí, pero apenas si abrió la boca cuando vio llegar con gran pompa, desde el corazón de la aldea, a un nutrido grupo de personas precedidas por una docena de ancianos que, evidentemente, gozaban del respeto general. Estaba a punto de ser agasajado por las autoridades del reino.

Los britanos, orgullosos, hicieron espacio a sus ancianos. Solo algunos, presumiblemente los esclavos, mantuvieron la cabeza gacha. Aquila se apresuró a descender del semental e hizo una reverencia dirigida a los amos de aquel rincón del mundo. El más viejo acogió, visiblemente complacido, el gesto del romano.

—Bienvenido, Aquila —dijo.

El *centurio* miró el rostro del viejo. En las arrugas que lo surcaban parecían destilados centenares de años de historia y de costumbres de aquel pueblo. Le asombró que el anciano lo hubiera llamado por su nombre, pero luego pensó que sus evidentes señas particulares debían de hacerlo reconocible incluso a un extraño, aunque solo hubiera escuchado el relato de Murrogh sobre su encuentro.

—Mi nombre es Jodoch y vengo de parte del rey Murrogh, que te está esperando.

Aquila hizo señas a los hombres que lo escoltaban de que prosiguieran a pie. La casa de Murrogh era la más grande y surgía en el centro del recinto fortificado en el interior de la aldea. A diferencia de las viviendas que se alzaban en el exterior de la última empalizada, las del interior tenían las paredes de piedra, y de su techo de paja también se elevaba una columna de humo. Aquila cruzó el umbral siguiendo los pasos del anciano.

En el centro de la estancia, dos troncos de madera ardían lentamente, apoyados en unos caballetes de hierro a los que los britanos llamaban «perros de fuego». El romano estudió por un momento aquellas piezas de metal finamente decoradas, que a pesar de su nombre semejaban estilizadas cabezas de caballo. Fue precisamente a través de estas que vio, deformado por la fumarada de las brasas, el rostro de Murrogh.

—Bienvenido a mi casa, Aquila.

—Es un placer y un honor volver a verte en estas circunstancias, Murrogh.

El rey saludó a Aquila y le hizo señas de que se sentara junto a los otros, que estaban entrando en la estancia. En torno al fuego se disponían dos bancos semicirculares cubiertos de pieles que confluían hacia el escaño en que se acomodó Murrogh. La silla de este era la única que tenía respaldo, cubierto de piel, y estaba colocada frente a la puerta de la casa. Aquila, que no esperaba una acogida tan oficial, observó a los nobles locales mientras ocupaban su puesto. Era la primera vez que entraba en una aldea fortificada y se sentaba en torno al fuego con el jefe de clan. ¿Una señal de que los tiempos habían cambiado? Sí, debía de ser así, porque él mismo se sentía como arrobado por el aura de Murrogh y no atinaba a entender la razón. Quizá fuera su rostro, que emanaba nobleza y sabiduría, o la mirada intensa y decidida, características que Aquila solo había encontrado en los grandes comandantes, que hacían que quien se enfrentaba a ellos se sintiera ya medio vencido. O quizá, concluyó el romano, fuera solo el poder de aquel amuleto en el cuello.

Aquila se levantó y al hacerlo atrajo todas las miradas, demostrando así que en aquella gran estancia los jefes de hombres eran al menos dos. Se dirigió al soberano en su lengua, lo bastante alto para que todos pudieran oírlo.

—Vengo a presentar mi humilde homenaje al rey Murrogh. He venido personalmente a devolverte tu caballo y agradecerte tu generosidad.

Uno a uno los obsequios fueron llevados ante el soberano, que se sintió complacido, sobre todo con el vino, que hizo distribuir de inmediato entre los presentes, poniendo así fin a las cortesías formales.

—Llegas en un momento muy importante para nosotros, Aquila —dijo el rey con voz solemne—. Precisamente esta noche comenzarán los festejos por el Imbolc. Los tres días de celebraciones propiciarán el inicio de la temporada del ordeño de ovejas y vacas. Y este año la fiesta será particularmente sentida, porque coincide con la partida de nuestros hijos hacia tierras lejanas.

El romano comprendió que Murrogh se refería al reclutamiento forzoso de tropas, impuesto como tributo a los estados-clientes por el Imperio romano, y captó el instante de conmoción del rey en el brillo de sus pupilas.

—Te pido que seas mi huésped durante estos días, Aquila, para festejar dignamente el ciclo de las estaciones, que es el ciclo de la vida.

El romano respondió con una sonrisa de circunstancias; el hombre que tenía delante no estaba habituado a que le dijeran que no. Murrogh se puso de pie y rugió algo en dirección a la estancia contigua, desde donde, casi de inmediato, llegaron algunos esclavos para servir a los presentes hidromiel y vino de cebada. El Imbolc comenzó aquel año con algunas horas de antelación, en el momento en que el rey levantaba el primer vaso.

Aquila detestaba el hidromiel. La única herencia que conservaba de sus orígenes acomodados era un paladar fino que le impedía beber otra cosa que no fuera buen vino italiano o, en su defecto, sencillamente agua. Tragó a duras penas un pequeño sorbo de vino de cebada que apestaba a cabra y miró alrededor, observando los ríos de aquel líquido desagradable que corrían de las jarras a las copas de metal y luego garganta abajo. Un par de palabras, otras sonrisas de circunstancias y después fijó la mirada en la pared que había detrás del banco de Murrogh, en particular sobre una panoplia que incluía dos lanzas, una coraza de placas y un yelmo. El metal oxidado y la particular forma del *cassis* le hicieron sentir un escalofrío que lo obligó a acercarse para observarlo mejor.

—Hace tiempo que no lo llevo —dijo Murrogh, descolgando con cuidado el yelmo que lo sostenía—. Lo ganó en el campo de batalla el padre de mi abuelo, y desde entonces todos sus descendientes lo hemos llevado en el combate.

Las miradas de los dos hombres se cruzaron, después de haberse fijado en el resplandor del metal.

—Cuando aquel se lo pasó a mi abuelo antes de morir, le dijo que un día estos yelmos volverían a aparecer a miles en nuestras tierras. —Murrogh tendió el yelmo al romano—. Mi padre lo llevó más allá de las fronteras occidentales, contra los catuvelaunos de Cunobelino.<sup>3</sup> Fue herido de muerte por una lanza. Lo sacamos en brazos de la contienda, mientras la batalla iba de mal en peor, y lo sentamos contra el tronco de un árbol, en la linde del bosque. Cuando recuperó el aliento, me dijo que me marchara de allí, pues la batalla estaba perdida y yo debía salvarme a toda costa a fin de proteger y preservar nuestras tierras. Yo era poco más que un muchacho deseoso de morir en el campo de batalla, y me negué, diciéndole que volvería con él o no volvería jamás. «No te lo estoy ordenando como rey», me dijo, «te lo estoy pidiendo como última voluntad de un padre, que ve en su hijo el futuro de sus nietos. Debes proteger a nuestra gente de los catuvelaunos, así como de cualquiera que pretenda adueñarse de ellas. Morir aquí hoy, combatiendo, no es nada en comparación con lo que te estoy pidiendo que hagas. Tu nombre te llevará lejos, más allá del gran río, y este yelmo te dará la fuerza de todos aquellos que lo han llevado y que estarán siempre a tu lado. Ve, te digo, el más allá me está esperando y, mucho antes de lo que imaginas, estaré de nuevo a tu lado, lanzando mi grito de guerra». —Apretó los labios bajo la espesa barba antes de concluir—: Aquellas fueron sus últimas palabras como padre. Un momento después volvió a ser rey y con una mirada ordenó a Jodoch que me sacara de allí.

El romano se volvió para mirar al viejo que lo había acogido a la entrada de la aldea. Murrogh sonrió.

—Y deberías haber visto lo fuerte que era entonces. Lo llamaban Dos Osos.

—El tiempo cambia bastantes cosas, Murrogh.

El rey levantó el vaso, obligando a Aquila a dar otro sorbo a aquel brebaje inmundo.

—¿Cómo acabó la historia?

El trinovante se secó los bigotes empapados de hidromiel y miró al veterano con un destello de ironía.

—Terminó con que vuestros yelmos volvieron a aparecer a miles en nuestras tierras.

Los dos permanecieron en silencio, mirándose a los ojos. El romano tendió el yelmo al viejo soberano, que lo acarició con el pulgar nudoso y dijo:

—Este yelmo, forjado para proteger la vida, es en realidad una especie de maldición, porque todos los que lo han llevado están muertos.

—Quizá conserve el espíritu de aquel a quien perteneció primero.

—¿Tú crees? —dijo el rey con una sonrisa sarcástica—. Después de todo, fue el primero en morir.

—Era un hombre valiente. —Aquila indicó dos cánulas a los lados del yelmo—.<sup>4</sup> Esos orificios sirven para llevar las dos plumas consagradas a Marte, el dios de la guerra. Una condecoración que solo se concede a los hombres de gran coraje.

Murrogh observó el yelmo con mayor atención.

—En la cánula del centro —prosiguió el romano—, la grande, de plata, figuraba la cresta transversal plateada, símbolo del mando. Este es el yelmo de un centurión de las legiones que desembarcaron aquí hace más de cien años.

—Creo que sí.

—Pero dudo de que el padre de tu abuelo lo haya ganado en el campo de batalla.

La mirada del rey se convirtió en una espada, lista para matar.

—Éramos aliados, Murrogh —añadió Aquila.

Murrogh se llevó la copa a los labios, sin apartar los ojos del veterano.

—Nunca he dicho que se lo quitara a un romano. Lo llevaba un catuvelauno.<sup>5</sup>

—Entonces se ha hecho justicia —dijo Aquila, levantando a su vez el vaso.

El sorbo fue como un fuego áspero que descendió por la garganta, dejando la lengua seca y entumecida presionando contra el paladar. Aquila tragó para dispersar las lascas incandescentes que se habían quedado en el esófago, y el disgusto lo obligó a volverse hacia los demás comensales a fin de evitar la mirada de Murrogh. Fue en ese momento cuando advirtió la presencia de la espléndida muchacha que, a su lado, sostenía una jarra y lo observaba con una mezcla de desconfianza y curiosidad. Lentamente, un sabor dulzón se extendió por su paladar. La britana estaba dentro de aquella bebida: con el primer sorbo era repugnante, áspera y punzante, un suplicio

que había que evitar. Después, inexplicablemente, se endulzaba.

Aquila tendió el vaso a la muchacha esbozando una sonrisa. Aquellos grandes ojos oscuros valían otro sorbo. En un primer momento, el vaso no fue colmado y la muchacha lo miró con altivez. La apaciguó la voz cálida de Murrogh.

—Debes ser amable con los huéspedes, Rhiannon. Un huésped es sagrado, y un don de los dioses.

La muchacha se apresuró a llenar el vaso y continuó moviéndose entre los presentes, sin por eso conseguir sustraerse de la mirada del *centurio*.

—Perdónala —dijo el trinovante con una media sonrisa—, los jóvenes a veces son muy complicados.

Aquila asintió.

—Porque son puros y sinceros, no saben mentir.

Murrogh se dejó caer sobre su banco, invitando a Aquila a sentarse junto al fuego.

—Más que nada, no saben negociar.

El veterano se echó a reír.

—Esa es una facultad que no todos poseen, y no una cuestión de edad.

—Es un arte, y como tal debe ser aprendido desde joven. Aunque lo perdiera todo, si conservase el arte de saber negociar podría reconquistarlo.

Aquila observó al rey Murrogh, el hombre que le hablaba, el hombre con el que había topado entre la niebla, y cuanto más lo escuchaba, más se daba cuenta de su sabiduría, de su fuerza, de la poderosa fascinación que ejercía. Hombres como él eran raros, y ciertamente había conocido a muy pocos.

—Tu hijo será un gran rey si sabe escucharte, Murrogh.

El soberano se acarició la barba y dejó el vaso en el suelo.

—Mi hijo partirá mañana hacia tierras lejanas y desconocidas, con el mejor caballo del rey, con la coraza más fuerte y, al costado, la espada más afilada. Pondrá su cuchilla al servicio de gente que no conoce, para matar a gente que no es su enemiga.

Aquila lo miraba atónito.

—Y con él partirán muchos otros —concluyó el rey.

—Es el precio que deben pagar estas generaciones, Murrogh, pero mira el lado bueno. Tu hijo volverá fuerte y sabio, colmado de riquezas y de grandes experiencias. Podrá ser un jinete no solo de esta tribu, sino de un vasto imperio que se honra de proteger a sus hijos. Jinetes como él ya tienen el mando de nuestras legiones, jinetes como él pueden aspirar al gobierno de estas y otras provincias, sin ninguna discriminación u obstáculo.<sup>6</sup>

Murrogh apoyó los codos sobre las rodillas, acercándose a Aquila.

—El Imperio está quitando a los padres tantos hijos que no habrá bastantes hombres para sus hijas.

—Los hombres van a la guerra, Murrogh.

El rey soltó una carcajada.

—He luchado toda la vida, Aquila, he protegido estas tierras de los catuvelaunos, de los ordovicos, de los siluros y de tantos otros que ni siquiera puedes imaginar. He combatido con la fuerza de mi brazo y el hierro de mi espada y siempre, cuando he querido, he vuelto donde mi gente y la he encontrado libre.

Aquila miró al soberano. Dejó pasar un momento antes de decir:

—Y cuando la carga se ha hecho demasiado pesada, nos habéis llamado a nosotros.

Murrogh asintió, amargado.

—Vosotros, que después de haber vencido a nuestros enemigos os habéis transformado en predadores, hurgando en nuestros bolsillos, ávidos con los ricos y arrogantes con los pobres. Vosotros, que nos habéis impuesto tributos y despojado de nuestras tierras. Vosotros, que nos habéis desarmado, para mandar lejos a nuestros hijos a combatir y morir, para que nuestras esposas y hermanas pudieran ser preñadas por los soldados romanos. Vosotros, que detrás de la máscara de la amistad y la hospitalidad ultrajáis a nuestro pueblo.

Eran palabras graves, si bien pronunciadas con sosiego. Aquila sintió que la sangre le bullía en las venas, pero cuando se disponía a replicar llegó de nuevo la muchacha, que cogió el vaso de Murrogh del suelo, lo llenó y lo ofreció al soberano. Este la sujetó por el brazo.

—Te presento a Rhiannon. Mi hija.

Aquila se puso de pie y la miró en silencio, pero esta vez no consiguió sonreír. Luego ella se marchó y Murrogh continuó su monólogo.

—No tendrá el futuro que habría querido para ella. No encontraré un rey fuerte y sabio al que ofrecerla como esposa, y no tendré nietos capaces de continuar mis tradiciones.

Aquila bebió un sorbo y dijo:

—No pienses que es posible organizar y mantener un ejército sin el peaje de los tributos. Es el precio que hay que pagar para que seamos otros los que luchemos en tus guerras, es el precio que hay que pagar para que tu gente te respete y enviar solo a una parte de los tuyos a combatir y, quizá, morir. Pero ya no estás en guerra con los catuvelaunos, porque nosotros lo garantizamos. —Dejó en el suelo el vaso vacío—. Sé que no es fácil de aceptar, pero del mismo modo que tenemos fuerza para tolerar la sequía o las inundaciones, debemos adaptarnos para soportar la depravación y la avaricia de los dominadores. Los vicios existirán mientras haya hombres, pero esto no impide que no puedan llegar hombres más dignos de los que hay ahora, y, por qué no, acaso tus nietos podrán vivir en paz aquí, serán los hijos de la libertad, hijos de esta tierra de la que nosotros, vencedores o vencidos, formamos parte, con las mismas obligaciones y derechos. —Miró el yelmo colgado en la pared—. ¡Lo que Roma está pidiendo hoy a tu hijo ya me lo pidió a mí hace veinte años y antes de mí a mi padre, a mi abuelo y al padre de este!

Entre los dos hombres cayó el silencio.

—Creo que ha llegado el momento de marcharme —anunció Aquila por fin.

Murrogh se levantó y puso una mano sobre el hombro del romano.

—Te lo ruego, Aquila. Quédate.

## La isla de los sepulcros

*Mona, isla madre del druidismo*

*Marzo del 61 d. C.*

A vosotros [los druidas] solo os es dado saber la verdad sobre los dioses y las divinidades del cielo. Vuestra morada son los matorrales más recónditos de los bosques más remotos. Vosotros enseñáis que las almas no caen en los silenciosos lugares del averno o en los pálidos reinos del subterráneo Dite, sino que el espíritu pasa a regir a otros miembros en otro mundo: la muerte, si es verdad lo que enseñáis, es el punto intermedio de una larga existencia.

MARCO ANNEO LUCANO

Ambigath, el druida, avanzaba lento pero decidido, sosteniéndose con el bastón.

Su mente excelsa y su inmensa sabiduría chocaban con el límite de un cuerpo gastado por el tiempo, y la larga marcha iniciada al alba lo estaba poniendo a prueba con dureza. Finalmente el bosque se abrió ante sus ojos, como si la misma naturaleza lo estuviera acogiendo, abriéndole paso al lugar más sagrado del mundo.

En el centro del claro rodeado de troncos milenarios cubiertos de musgo, descollaba elevándose hacia el infinito del cielo un enorme fresno de tronco rugoso, que desde la noche de los tiempos custodiaba los secretos de decenas de generaciones de druidas. Sus poderosas raíces penetraban en el seno de la madre tierra hasta llegar a incrustarse en el mundo de los muertos. De aquel reino anidado en las profundidades, la planta extraía el alimento que, a través del tronco, el reino de los vivos, alcanzaba la lejana cúpula de ramas que se recortaba mucho más allá de los otros árboles del bosque. Allá arriba las frondas lamian, ondulantes, la morada de los dioses, el reino de los inmortales.

Ambigath dejó el bastón y apoyó las manos sobre el sagrado altar de piedra, a la sombra de las ramas más bajas y antiguas. Inclino la cabeza para entregarse a la voluntad de las divinidades inmortales mientras entonaba una cantinela apenas perceptible.

—Gran madre, hermana, amiga, diosa de la tierra, de las estaciones, de la fertilidad, yo veo tu roce entre las ramas de estos árboles, oigo tu voz entre las frondas. Guardianas de los muertos y de todos aquellos que están en peligro, custodia esta vida mía y acógeme en aquella que vendrá.

Miró alrededor, obteniendo consuelo del lugar, y sobre el rostro labrado por los años se extendió un velo de profunda serenidad, fruto de la sabiduría. Se acarició la larga barba mientras una ráfaga de viento cálido agitaba las inflorescencias de la planta, que anunciaban la aparición de las hojas. Proyectó los sentidos hacia el infinito; le había parecido percibir una señal y reconoció su nombre, silabeado por una voz lejana y traído por el viento, como un eco entre las miríadas de brotes del bosque. Un súbito aleteo rompió el místico silencio y un cuervo alzó el vuelo graznando entre las ramas. Era un mensaje muy preciso, no de parte de Epona, la diosa a la que se había dirigido, sino de Andrasta, la gran reina de la guerra y la violencia, escondida bajo las plumas del animal que se alimentaba de los cadáveres de aquellos que morían en la guerra. Ambigath sintió resonar de nuevo su nombre y comprendió que debía de ser un signo premonitorio de cuanto estaba a punto de suceder.

Entre la vegetación apareció un chiquillo de pelo largo y rizado, que respiraba con fatiga, como si llevara largo rato corriendo. Fue a su encuentro y señaló el bosque a sus espaldas. Ambigath asintió.

—Lo sé, han llegado —dijo.

Se necesitaron otras dos horas para llegar al promontorio que asomaba sobre el estrecho brazo de mar que separaba la isla de tierra firme. Desde allí el descenso hacia la playa fue guiado por los gritos de los «hombres valerosos» que abarrotaban el litoral. Ambigath llegó detrás de una multitud de guerreros que aullaba y lanzaba insultos de todo tipo hacia la costa opuesta, blandiendo escudos y espadas. Mujeres y hombres habían acudido para asistir al espectáculo, y la flor y nata de un pueblo en armas se exhibía mostrando su coraje y su fuerza. Más al norte, donde la aglomeración no era tan densa, algunos lanzaban los carros de guerra a toda velocidad, levantando salpicaduras de agua y lanzando alaridos al cielo. De vez en cuando de la muchedumbre partía una piedra, que hendía la brisa marina antes de caer entre las olas. El viejo druida se abrió paso entre los guerreros, mientras otros sacerdotes elevaban al cielo himnos a Andrasta, pidiéndole que apareciera para sembrar odio y muerte.

Alcanzó con fatiga la rompiente y siguió avanzando, hundiéndose en la espuma de las olas hasta la rodilla. La espalda de un enorme jefe de clan que gritaba hacia la orilla opuesta fue el último escollo. Luego, por fin, el estrecho se abrió ante sus ojos.

En la ribera opuesta, a una distancia equivalente a doscientos pasos, dos jinetes contemplaban inmóviles a la multitud reunida en la playa. Los rayos de sol se filtraban por la vegetación a sus espaldas, produciendo resplandores dorados que los envolvían igual que aureolas iridiscentes. De pronto, una lanza silbó en el cielo y cayó en medio del estrecho. Los dos jinetes intercambiaron una mirada y sacudieron la cabeza. Un estruendo se alzó en la otra orilla y algunos guerreros se arrojaron en el agua, resueltos a cruzar el estrecho a nado.

Ambigath intervino alzando las manos mientras se sumergía, oponiéndose a la fuerza de la resaca. Cuando el agua le llegó al pecho se volvió hacia los suyos y convocó a voz en cuello a las fuerzas de la naturaleza.

—¡Quietos! ¡Ahora, no!

Su voz fue como una ola que cubría las otras voces, hasta conseguir acallar a la multitud.

—Esta tierra os necesita a todos, a todos vosotros, y pronto llegará el momento de demostrarlo. La espera está a punto de terminar.

Ambigath se volvió un instante hacia los jinetes y buscó con la mirada a los jefes de tribu.

—Los que veis allá abajo solo son los ojos —dijo, mientras el viento tironeaba, insolente, de su cabello—. Los ojos de una fiera que no tardará en llegar aquí, con sus alas y sus garras.

Corann, el corpulento jefe del clan de los ordovicos, rugió entre las olas:

—¡Mientras yo viva no pondrán el pie en esta isla sagrada!

Gritos de aprobación se alzaron de la multitud, y el druida levantó los brazos para pedir silencio.

—Estoy seguro, Corann —dijo Ambigath, dirigiéndose al coloso ordovico—, como también lo estoy de que responderéis con valor a la llamada de la madre tierra.

Una ola lo hizo tambalearse, y una vez que hubo recuperado el equilibrio continuó el discurso en un tono más melancólico, mientras el estrépito de la rompiente se propagaba por la playa.

—Esta tierra es sagrada, pero aquí no todos somos necesarios, y quizás alguno de nosotros aún pueda ir por mar al norte, allí donde los romanos aún no han llegado...

—¿Tú lo harás, Ambigath?

Un instante después de que hubiesen sido pronunciadas esas palabras, todos se volvieron, dispuestos a abrir paso a Govran, el druida más viejo de la isla, el gran sabio que había transmitido el culto a todos los adeptos. Govran se acercó, sostenido por un joven discípulo que lo ayudaba a soportar el peso de la edad.

—¿Tú lo harás, Ambigath? —repitió el anciano maestro con voz baja y temblorosa.

—Mi puesto está aquí, Govran.

El maestro levantó un índice nudoso y dijo:

—Tú eres un iceno, Ambigath, hijo de un pueblo valeroso, que desde hace tiempo ha decidido estar al lado de los romanos. Sin embargo, has hecho una elección distinta y has venido aquí.

—Yo, antes que nada, soy un sacerdote, no tengo moradas ni lazos de pertenencia.

—Y ellos —dijo Govran, volviéndose lentamente hacia la multitud—, ellos han venido aquí para identificarse con la madre tierra. Su espíritu, como el tuyo, es más fuerte que la vida y por eso sobrevivirá eternamente entre estos bosques.

Del tropel de guerreros se alzó un segundo estruendo que la brisa empujó a través del estrecho hasta más allá de los dos jinetes, para dispersarse en el rumor de las frondas, tras alcanzar a un oficial de caballería que presenciaba la escena con los brazos cruzados, inmóvil como un monumento a la soberbia. El oficial contemplaba el mundo con un pie firmemente apoyado en un tronco desarraigado. En el rostro contraído se intuía la tensión de los músculos faciales, y un par de brillantes ojos verdes calculaban las distancias, la dirección de las olas, el viento... y estudiaban a su presa, que se amontonaba en la playa.

Sentía una opresión en las sienes, y apartó la mirada para desatarse el barboquejo y confiar el yelmo a un siervo. Se pasó la mano sobre la calva y echó aún un vistazo a la isla de Mona, antes de volverse hacia el grupo de jinetes que permanecían a la espera de órdenes. Estas llegaron y la coalición se dispersó en todas direcciones. Junto al oficial solo permanecieron su ayudante y un coloso de cabello oscuro. Los ojos del color de la esmeralda cruzaron una mirada con los del gigante.

—Lugovalos, ve donde Suetonio y dile que hemos ganado la posición. Después, guíalo hasta aquí.

El coloso asintió y se encaminó hacia su caballo. Una docena de hombres partió al galope detrás de él. Todos fueron engullidos de inmediato por la vegetación.

Cayo Antonio Vindilo, oficial de la orden ecuestre, cuyo nombre delataba orígenes nórdicos, continuó observando la playa con expresión severa.

Había servido durante años —y tenía señales de ello— en la XV Primigenia, en el Rin. Allí había aprendido el arte del mando bajo Plinio Segundo y había alcanzado honores en la represión de la rebelión de los frisonos y los caucos. Se había marchado, untando algunas ruedas de la burocracia, después de ser transferido a una *veillatio* marinera que patrullaba el odiado río. Amaba demasiado controlar la situación como para servir en un sucio madero a merced de las corrientes, por lo que había hecho con gusto su equipaje para dirigirse a Britania cuando se presentó la ocasión.<sup>7</sup> Allí se había convertido en la *longa manus* de Suetonio. El «governador de hierro» había sabido valerse de inmediato de las dotes de su nuevo y resuelto oficial.

El asistente trajo a Vindilo una copa de vino aguado y el oficial se sentó sobre el tronco. El bosque, a un centenar de pasos a sus espaldas, comenzaba a bullir de hombres en movimiento y muy pronto sordos hachazos resonaron entre las encinas. Era evidente que no había dado a los suyos la orden de que descansaran. Bebió y se secó la barba rubia con el dorso de la mano, estudiando con atención las corrientes del estrecho. Un estallido seco, seguido de un fragor de ramas partidas y un ruido estrepitoso, anunció la caída de un árbol seguramente centenario.

En la otra orilla, nadie había oído nada.

Vindilo esbozó una mueca, constatando que la dirección de las olas y el viento jugaban a su favor. Llenó nuevamente el vaso y se puso cómodo.

Ambigath subió al punto más alto y observó largamente el matorral que se extendía frente al estrecho, en medio de la niebla del crepúsculo. Faltaba poco para que cayese la noche. Los dos jinetes habían desaparecido, pero sentía que el bosque que había frente a la isla tenía ojos, ojos que en ese momento miraban su silueta recortada contra el cielo rojo fuego. Se estaban preparando en silencio, quizás a la espera del grueso del ejército. Con toda seguridad llegarían por mar, pero no veía embarcaciones, de modo que probablemente aún faltase cierto tiempo para el ataque, siempre que no hubiera ya una flota que se aproximara desde una dirección para él desconocida. Cuántos, cuándo y dónde atacarían constituía aún una incógnita, pero lo seguro era que antes o después lo harían.

Contempló la playa a sus pies y vio las hogueras en torno a las cuales se habían reunido los defensores de la tierra sagrada. Los jefes de clan habían dispuesto varios puntos de observación visibles entre sí, para que cualquier movimiento en la orilla opuesta fuera avistado enseguida. Una parte de los hombres, con caballos y carros de guerra, había permanecido en el interior con el fin de intervenir en cualquier punto desplazándose al abrigo de la vegetación. Todos los demás se habían negado a disponer otra barrera protectora que no fuese un muro de espadas y escudos sobre la playa. A la población autóctona se habían añadido en los últimos meses una gran cantidad de ordovicos procedentes de las tierras situadas frente a la isla, todos ellos guerreros cuya propia condición delataba la dureza de las regiones de las que venían, acostumbrados a vivir en las frías nieblas que rodeaban sus montes de estrechas gargantas, escenario ideal para la guerrilla del rebelde Carataco, lugar perfecto para las emboscadas, pues allí la máquina de guerra romana no podía desarrollar todo su potencial táctico y estratégico, y en más de una ocasión las águilas imperiales habían sido obligadas a marcar el paso, antes de que la reina Cartimandua les entregara al rebelde y a sus secuaces.

Inferiores en número a los ordovicos, pero igual de dispuestos a batirse, eran los siluros, supervivientes de un pueblo que acababa de sufrir una derrota aplastante por parte de Roma. Durante el último año no había ninguno que no hubiera enterrado a un padre, a un hijo o a un hermano caído contra las legiones, y su sed de venganza los devoraba aún más que el pesar por la derrota. Completaban la formación de los defensores de la sagrada isla de Mona algunos centenares de guerreros de las tribus establecidas en los territorios que se extendían al norte y al oeste de los ordovicos, a la cabeza de los cuales estaban los feroces deceanglos, que habían decidido oponerse a la invasión romana antes de que esta llegara a sus tierras.

Todos habían preferido dormir junto a la franja de mar que separaba la isla de la tierra firme, descansando por turnos, sostenidos y confortados por los druidas y las sacerdotisas que caminaban hacia delante y hacia atrás, entonando cantos épicos y recitando fórmulas mágicas a la luz de las antorchas. Por doquier se percibía la presencia de algo sobrenatural y casi se tenía la sensación de que la morada de los dioses estaba precisamente en la isla. Ambigath dirigió la mirada hacia aquella masa líquida y negra, aparentemente inmóvil, que escondía no pocos peligros para una travesía temeraria. Las altas mareas y los bancos de arena supondrían un serio peligro para la flota. Las naves de guerra, y, más aún, las de transporte, con la quilla profunda, encallarían y volcarían. No, la flota desembarcaría en otra parte; era imposible que Suetonio fuese tan imprudente. En cuanto a cruzar el estrecho a pie cuando bajaba la marea, resultaba igualmente peligroso, porque el fondo de arena se transformaba en una sucesión de cenagales capaces de atrapar a hombres y animales. Ambigath se volvió hacia el lado opuesto y miró el sol, que ya se hundía en el horizonte. El mar abierto; quizá la amenaza llegase de allí.

Vindilo había elegido una posición elevada, desde la cual podía dominar una vasta área, incluyendo un largo tramo de la costa de la isla y, varias millas hacia el oeste, las colinas del interior. Allí, bajo las copas de los árboles, donde el color del cielo se desteñía, el primer contingente de legionarios se acercaba a su destino. A juzgar por el polvo que levantaban, debían de avanzar a paso rápido y en formación cerrada.

Con una sonrisa complacida, trató de distinguir, sin conseguirlo, las unidades de infantería ligera y de arqueros que en aquel momento estaban patrullando los matorrales boscosos como protección de la columna que arribaba. La nube de polvo se hizo más densa; eran las unidades de caballería que seguían al primer bloque, escoltando a los transportes con el material para montar el campamento. Aún no se veían, pero Vindilo sabía perfectamente que estaban allí, al igual que las unidades de marineros encargados de allanar el sendero y eliminar eventuales obstáculos. Volvió a observar la isla y la playa vigilada por los britanos; había menos hombres que el día anterior. Echó un vistazo más allá del litoral, preguntándose cuántos enemigos se escondían al abrigo de las primeras cimas, y se detuvo en el brazo de mar, donde la marea baja dejaba entrever extensas zonas de bajo. Se volvió hacia el siervo, que le tendió las riendas de su magnífico bayo, y montó de un salto. Por el movimiento dedujo que la dotación personal del comandante estaba precediendo a las unidades de caballería y de infantería de la guardia de Suetonio. Detrás del gobernador, que aún no estaba a la vista, llegarían todas las unidades de caballería, las de artillería y, finalmente, las legiones, cada una detrás de su propia águila y de los estandartes. Inspiró profundamente y el corazón se le aceleró por el orgullo que le inspiraba ser parte de semejante despliegue de fuerza. El sol estaba en el cenit y había llegado el momento de agasajar a los recién llegados.

Espoleó a su inquieto semental colina abajo seguido por los gigantesco bátavos y la tierra tembló a su paso, tal como temblaría durante todo el día bajo los pasos

de las dos legiones que faltaban por llegar, la Novena Gemina y la Vigésima Valeria.

Recorrió el último tramo de camino bordeando al paso la columna de hombres dispuestos en seis filas, cuya marcha iba en el sentido opuesto al suyo. El centurión que la guiaba lo saludó e impartió un orden seco, seguida por el rugido de los doscientos que lo seguían. Los dos comandantes intercambiaron una sonrisa, apenas visible entre las paragnátides de los yelmos. Vindilo decidió detenerse, pues estaba claro que habría sido imposible seguir avanzando. Era consciente de que los centuriones nunca le cederían el paso a través de los bloques. Una columna en marcha era un monolito indivisible que solo respondía a su superior inmediato, quien a su vez recibía órdenes de sus superiores. Ni siquiera con su grado Vindilo habría podido exigir que se detuviera a una centuria en marcha, o esperar pasar ileso entre sus filas.

Las siluetas de los imponentes *equites singulares*, los jinetes de la guardia personal de Suetonio, no tardaron en aparecer detrás de la columna, descollando más allá de la ondulante selva de *pila* de la infantería. Anunciaban la llegada del hombre más poderoso de la provincia, Cayo Suetonio, caudillo de aquella formación causante de tanta muerte. Antes incluso de ver aparecer entre el polvo su coraza finamente cincelada, casi parecía captarse el aura del militar de gran experiencia, que había conquistado una reputación en la cadena del Atlas occidental, en la lejanísima Mauritania, persiguiendo a los rebeldes de las poblaciones locales hasta adentrarse más allá de las tierras conocidas. Para cumplir con su deber había empujado a los hombres entre los montes nevados y había ido mucho más lejos, superando las zonas señaladas en los mapas como *Hic sunt leones* hasta vencer a los supervivientes y dispersarlos. Había sido el primer comandante en conducir al ejército imperial a las puertas del inmenso desierto de arena.

Suetonio era bajo de estatura, pero, a lomos de su semental, infundía un temor reverencial gracias a un porte solemne que le confería el aspecto de un leopardo envuelto en una capa púrpura. Su rostro enjuto y de piel curtida dejaba traslucir solo una mínima parte de su desmesurada ambición. Nadie había intercambiado nunca confidencias con él y nadie se las había hecho, nadie lo había visto nunca reír o ser presa de un ataque de ira. La expresión fría y distante se asemejaba a las máscaras que llevaban los portaestandartes de la caballería, altivas y aborrecibles. Tenía la mirada de un ave rapaz, siempre alerta, y el mismo instinto depredador. Cayo Suetonio era también un cazador excepcional, que quería destacar sobre todo y todos.

—Ave, general.

Suetonio respondió a Vindilo con un gesto de la cabeza y lo invitó a ponerse a su lado, entre los molosos que lo escoltaban.

—Me alegra verte, Vindilo. ¿Me confirmas las buenas nuevas que he recibido de los exploradores?

—La alegría es mía, general. Sí, te confirmo que no he visto movimientos del enemigo en la costa. Al parecer han reunido todas las fuerzas para defender la isla.

—Esto, por un lado, nos beneficia, pero, por otro, nos plantea el problema de cruzar el mar. ¿Qué me dices de las distancias? ¿Los mapas se corresponden con la situación real?

—Sí, la isla bordea la costa a lo largo de varias millas, a causa de lo cual el mar parece un gran río, y en el lugar más estrecho la distancia es de poco más que un tiro de flecha. Pero los fondos son bajos y arenosos, y con la alternancia de las mareas las naves de transporte correrían el riesgo de encallar. Quizá convenga valorar un desembarco en mar abierto, o colocar a los defensores en el punto más estrecho y mandar otras fuerzas a atravesar zonas que no se esperan.

Suetonio no respondió. No solía aprobar ideas ajenas sin antes examinarlas atentamente a la luz de su agudeza táctica. Espoleó el caballo, salió de la columna e inmediatamente sus mastines abandonaron la masa de hombres para seguir su rastro en un torbellino de capas y resplandores de acero. Vindilo reaccionó con un instante de retraso y se acercó al grupo, seguido a su vez por su escolta. Los jinetes alcanzaron a los primeros manipulos de infantería llegados a los pies de la colina y superaron los troncos abatidos que ya estaban alineados a lo largo del sendero. Como un río que desborda los diques, los jinetes se esparcieron fuera del sendero para evitar los árboles y la espesa vegetación del sotobosque. Remontaron la cuesta, cruzándose a lo largo del trayecto con las unidades de arqueros auxiliares, que habían tomado posición en defensa de la columna que aún debía llegar. Las miradas desconfiadas de los sirios de piel aceitunada se cruzaron con las de hielo de los jinetes bátavos. Los arqueros se desplazaron de inmediato, conscientes de que aquellos gigantes no prestarían mucha atención a quienes se encontrarán en su camino. Por último, hombres y caballos descendieron la colina por el lado opuesto, en dirección del mar, para reunirse en la playa en torno a su comandante.

Los niños echaron a correr hasta quedar sin aliento por la llegada de los romanos, y en instantes una miríada de guerreros armados afluyó sobre la playa empuñando las armas. Ambigath y Govran permanecieron en el promontorio observando el destacamento de caballería y vislumbrando varios yelmos crestados. Aquellos recién llegados a la playa debían de ser unos tribunos, y quizás entre ellos estuviera incluso el general, aquel Cayo Suetonio al que todos los guerreros ardían en deseos de matar. Cualquiera de ellos habría dado la vida por atravesar con su espada al gobernador de hierro, el hombre más odiado en las tierras de Britania. Las escenas del día anterior se repitieron varias veces, y los jinetes que habían aparecido de la nada fueron recibidos con injurias e insultos, así como con un inútil lanzamiento de piedras, que fueron a dar al mar. Una columna de polvo que ascendía lentamente en dirección oeste, atrajo la mirada de Ambigath. Comprendió de pronto que la suerte estaba echada, que nada ni nadie los salvaría, que la isla de Mona sería el sepulcro de todos ellos, pero que quizá, precisamente gracias a ello, entraría en la leyenda.

—Si ninguno de nosotros sale vivo de aquí —dijo a Govran—, tal vez no podamos transmitir a la posteridad lo que en verdad ha ocurrido en la sagrada isla madre.

El viejo lo escuchó sin rebatir, inmóvil, mientras la brisa matutina acariciaba su cabellera.

—Sabio Govran, puesto que soy un druida, sin duda ya he acaratado a los dioses durante mi anterior transición, y de ellos he aprendido los misterios del universo y el significado de la vida y de la muerte. En esta vida he sido tu discípulo y de ti he aprendido los misterios de la medicina, he recibido el poder de transformar venenos en sustancias curativas y el de sanar a las personas y protegerlas de las maldiciones. Gracias a tus enseñanzas me he puesto en contacto con los dioses ultraterrenos y he tenido acceso a los secretos de la creación. He custodiado y transmitido gotas de esta sabiduría a jóvenes discípulos, que deberán custodiar y legar lo que yo sé y hacerlo eterno, como han hecho nuestros antepasados desde la noche de los tiempos. Esta es nuestra misión, esta es la carga que los dioses nos han impuesto. Hemos sido escogidos por las almas purificadas que tienen la tarea de hacer sobrevivir en el tiempo el secreto de la vida y de la muerte, un secreto tan poderoso que únicamente puede ser transmitido de un druida a otro durante la noche sagrada del Samhain.

—Siéntete en paz contigo mismo Ambigath. Has cumplido plenamente tu misión.

El druida se volvió hacia el octogenario, con el rostro sombrío:

—La habré cumplido en el momento de la muerte.

—Sí, y si tu espíritu es puro, tendrá fin tu ciclo de reencarnaciones y serás admitido en la Tierra de la eterna juventud.

Ambigath asintió volviendo a observar a los jinetes. Un manipulo de infantería había alcanzado la playa y los hombres se estaban alineando, después de haber dejado ordenadamente su carga en la linde del bosque.

—¿Qué sucederá con los que queden?

—La muerte no es el fin, sino un principio, lo sabes bien —repuso Govran sin mirar a su discípulo.

—Sí, lo sé, y o que soy druida, yo que he tenido el privilegio de vagar tranquilo y respetado entre las gentes de todas partes, ocultándoles mi saber.

El viejo lo miró como si acabara de oír la peor de las blasfemias.

—Sabes perfectamente que somos unos elegidos —dijo—, una casta poderosa que solo dispensa una pequeña parte de la sabiduría que atesora. Vivimos cómodamente entre la ignorancia de los otros, aquellos que aún no están listos para la Tierra de la eterna juventud.

—¿Cómo te atreves, Ambigath? ¿Cómo te atreves a ofender, en este momento, a los dioses omnipotentes?

—Aquellos hombres de allá abajo no han venido aquí para combatir en una batalla —afirmó el iceno, con tono resuelto—. Nos han acosado lentamente, de manera calculada, para que estemos todos aquí y nos opongamos a ellos y demostremos que no tenemos miedo. Sí, nosotros nos inmolaremos en esta sagrada isla que, para ellos, es poco más que un escollo, a fin de demostrar que no tememos a la muerte, porque es solo la conclusión de un ciclo y el principio de otro. Pero, en realidad, su objetivo es mucho más importante, Govran. Saben que aquí tienen la posibilidad de borrar la memoria de todo un pueblo, de extirpar la semilla del saber de nuestra gente para siempre. —Hizo una pausa y en un tono más íntimo, como si estuviera haciéndose a sí mismo una amarga confesión, añadió—: Desde que nací mi misión ha consistido en aprender miles de fragmentos de un saber que luego también se ha convertido en mío. También en transmitirlo, pero no a cualquiera, como hacen los

romanos con la palabra escrita, sino únicamente a quienes tienen la pureza necesaria para recibirlo y comprender su poder. ¿Cómo podremos garantizar la salvación de todo esto, aquí, ahora? Y ¿de qué servirá resistir sin esperanza, si no podremos transmitir a los que vengan el ciclo del sol en el cielo, el de las estaciones o el de la vida y de la muerte?

Govran dirigió la mirada hacia la espuma de las olas, y el viento se hizo más fuerte.

—Nosotros volveremos, Govran, cierto, pero ¿qué sobrevivirá de todo esto? ¿Sabremos qué hacer si renacemos en las desoladas tierras del norte, sin nadie capaz de instruirnos? ¿Sabremos algo más del sentido y el poder de ser druidas, o solo sabremos aquello que de nosotros habrán escrito y transmitido al mundo los romanos?

—Sabremos lo que nos sea concedido saber, porque esa es la voluntad de los dioses.

—Demasiado fácil —replicó Ambigath—, no puedes apañártelas así. Tú tienes el poder de la ciencia, Govran, pero en tierra firme nos esperan miles de personas que confían en nosotros. ¿Qué será de ellos? Debemos rendirnos ante el hecho de que el mundo está cambiando. En los tiempos de nuestros antepasados estas tierras se repartían entre tribus rivales, pero también durante largos períodos se podía vivir en paz. La llegada de Roma ha cambiado para siempre nuestros hábitos. Aunque consiguiéramos expulsarlos hacia el mar, muchos regresarían, tantos que parecerían más numerosos que las espigas en un campo de trigo.

—Nuestras gentes sabrán adaptarse —dijo Govran—, es el ciclo de la naturaleza el que lo vence todo, queramos o no. Durante años hemos intentado escondernos, continuar celebrando en los bosques sagrados nuestros ritos, lejos de las miradas de los conquistadores que los habían prohibido. No lo hemos conseguido, Ambigath, hemos sido perseguidos, acosados, asesinados, reducidos a la esclavitud y nunca nadie pensará en nosotros, porque, como dices, somos la esperanza de todos los otros y por eso deben exterminarnos. Tanto da, pues, venir aquí a morir todos juntos y esperar que sirva de ejemplo para que los otros puedan vivir mejor. Que los romanos consuman su matanza, que cojan este cuerpo y alimenten su ignorancia. Que abatan los sagrados fresnos y con su madera construyan sus lanzas, nosotros los miraremos sentados junto a los dioses inmortales y nos reiremos de ellos.

Ambigath permaneció mirando la playa, incapaz de replicar.

—Pero, al mismo tiempo, también es justo que uno de nosotros informe de lo que ha sucedido aquí. Que los sagrados sacerdotes han sido traspasados por el hierro romano y que han muerto con serenidad, como todos los demás «hombres valerosos» que han elegido venir aquí a combatir.

El druida asintió, como aliviado, y miró a su preceptor a los ojos.

—Buscaremos voluntarios para el viaje, elegiremos todos juntos a quienes deberán llevar a término esa misión.

—No es necesario, Ambigath. Ya tengo en mente quién deberá ir.

—¿En quién has pensado?

—He pensado en ti.

El druida permaneció incrédulo, mirando al viejo sabio.

—¿Por qué yo?

—Porque así lo he decidido, y mi voluntad es incuestionable.

La expresión severa de Govran se diluyó en un amago de sonrisa.

—Y también porque eres sabio, pero aún tienes buenas piernas, porque tengo plena confianza en ti y porque procedes de una tribu que te puede proporcionar un apoyo válido, vistas las relaciones que mantiene con los romanos. Además... sabía desde el principio que vendrías a ofrecerte.

Ambigath observó los labios temblorosos del viejo maestro.

—No era mi intención ofrecerte, habría preferido permanecer a tu lado.

—En cambio, irás, porque, como ves, aún tienes mucho que aprender.

Las luces de un alba lluviosa alcanzaron el campamento romano más allá del relieve que bordeaba el litoral. Los prefectos de campo habían eludido las incómodas pendientes de la colina junto a la playa y habían preferido avanzar por una planicie en ligera subida a unos quinientos pasos de la costa, lo suficientemente escarpada para hacer fluir las aguas y evitar inundaciones en caso de lluvia. El día anterior se había excavado el *vallum*, más allá del cual se había levantado una estacada y, antes de que cayese la noche, las torres de avistamiento. Cuatro de ellas surgían sobre la cresta de la colina que dominaba la isla. Delimitaban la zona del bosque que descendía hacia la costa, pero a sus espaldas este era ya solo un recuerdo, porque el declive que asomaba sobre el interior había sido abatido casi por completo, bien para obtener madera para las torres y las estacadas, bien para crear una explanada delante del campamento. Vindilo había enviado a sus jinetes de reconocimiento y había esperado impaciente a que regresaran con la confirmación de que la zona era segura en millas a la redonda. No se habían detectado movimientos enemigos y las pocas granjas que se habían encontrado habían sido abandonadas recientemente, señal de que la gente del lugar había huido en estampida ante la llegada de las legiones. Por todas partes se respiraba olor a hierro, el olor de la guerra.

Vindilo se había hecho afeitado a primera hora de la mañana y se había preparado a la luz de la linterna de aceite, mientras fuera aún estaba oscuro. Tras calentarse las manos ante el brasero, se había puesto la reluciente coraza. Amaba sentir en torno al pecho aquella cáscara de bronce cincelado. Se había ajustado las protecciones de piel en los hombros y después de echarse sobre los hombros la abrigada capa púrpura, había ido al encuentro de la persistente llovizna.

Había observado el camino principal, que iba recto hasta la puerta de acceso del campamento. El humo de los fuegos de los soldados, entre las filas de tiendas, estaba cargado de humedad. Dando unos pocos pasos alcanzó la tienda de Suetonio. Los dos *singulares* que montaban guardia, y a quienes no parecía importar la lluvia y el frío de la mañana, lo saludaron y lo hicieron pasar. Era el primero y debió esperar un poco, curioso entre las cartas geográficas y los rollos dispersos sobre la mesa de campo del gobernador. Vio a la luz de las linternas el mapa sujeto a la pared de la tienda: correspondía a la isla de Mona. Reconoció de inmediato la zona del campamento y la parte de litoral que había visto en los días precedentes, pero tuvo algunas dudas sobre la exactitud de la carta topográfica porque le parecía que los bajíos aún no habían sido dibujados. Recorrió sobre el papiro la distancia entre la costa del interior y aquella que se asomaba al Oceanus. El centro de la isla no estaba trazado, era un gran espacio vacío, más vacío y más grande de lo que esperaba. Los cartógrafos habían circunnavegado la isla, pero saltaba a la vista que no habían desembarcado. Comenzó a imaginar el transporte por mar de hombres, caballos y material. Después, el número de millas que deberían recorrer, ya en tierra firme, las unidades de caballería e infantería. Si le hubiera correspondido organizar una defensa, no habría empleado todas las fuerzas sobre la costa, sino que habría mantenido una buena reserva a una o dos millas tierra adentro, escondida y lista para caer sobre el enemigo apenas este hubiera desembarcado. Sí, lo habría atacado por los flancos con cargas de caballería, tratando de trincar su ímpetu desde el inicio.

—Veo que estás sumido en tus pensamientos, Cayo Antonio.

Vindilo se despertó de sus pensamientos sin descomponerse. Había oído los pasos de Suetonio.

—Ave, gobernador, estaba reflexionando sobre la amplitud del territorio interior; esperaba que esta isla fuera más pequeña.

Suetonio también estaba afeitado y llevaba la armadura completa.

—Es mucho más pequeña que Britania —dijo—, y con esta Claudio no tuvo grandes problemas.

—Pero también es muy grande como campo de batalla —observó el oficial.

El gobernador observó el mapa.

—Tengo motivos para considerar que el campo de batalla no será tan grande —dijo, indicando el área costera—. Intentarán que no desembarquemos, pero en cuanto pongamos un pie en tierra y comencemos a avanzar, se disolverán como la nieve al sol.

Se volvió nuevamente hacia Vindilo.

—Y cuando esto ocurra, tú deberás hacer correr a rienda suelta tu caballería, pisarles los talones.

El oficial examinó nuevamente el mapa a lo largo de una línea que, desde el punto del desembarco, cortaba la isla de sudeste a noroeste.

—En el mapa veo las desembocaduras de varios ríos, general. Sobre la costa occidental hay cinco, y luego reconozco una península que parece separada del resto de la isla. ¿Dónde deberé detenerme para esperar la llegada de las legiones?

—Te detendrás cuando los hayas matado a todos.

Vindilo asintió sin decir nada.

—El primer campamento será levantado donde encontremos el santuario sagrado —continuó Suetonio—, y desde allí comenzaremos a someter la zona a sangre y fuego. Para talar el bosque utilizaremos a la gente del lugar, de modo que quienes no hayan participado en la batalla puedan hacer correr la voz por la provincia. Todos deben saber que con sus árboles sagrados nosotros construimos los *pila* con que los matamos.

Se hizo un silencio reflexivo.

—Abatir sus bosques sagrados es un gesto muy fuerte, Suetonio —dijo Vindilo al cabo—. No está claro que se consiga la absoluta sumisión de los lugareños.

Suetonio apartó la mirada del mapa y miró a su subordinado.

—Sabes perfectamente que el odio y la hostilidad hacia nosotros son sabiamente maniobrados desde los santuarios de esta isla, y sabes también que el poder de persuasión de los druidas nos ha hecho perder muchos hombres durante la rebelión de Carataco.

—No es nuestra costumbre ensañarnos con los sacerdotes y las religiones locales, podría mostrarse...

—También sabes perfectamente —lo interrumpió Suetonio— que no se trata de una decisión tomada a la ligera. Ciertamente, es un gesto quizá brutal, pero indispensable. Nuestra permanencia aquí depende de la destrucción de los druidas y de todo aquello que se considera sagrado.

—Estamos intentando imponer con una sola batalla unos cambios que necesitarían de al menos tres generaciones para ser aceptados.

—Sé que es peligroso interferir en las creencias de esta gente.

Los demás oficiales y centuriones comenzaron a llegar a la tienda en pequeños grupos. Una vez que estuvieron todos, Suetonio explicó su plan para la invasión, y lo hizo, como de costumbre, de forma meticulosa. Se necesitaría tiempo para preparar cuanto requería el gobernador, un tiempo que tendría ocupados a los legionarios y nerviosos a sus adversarios. En los dos días siguientes llegarían las naves requisadas y se crearía un bloqueo naval en torno a la isla. Nadie podría ya salir o entrar, mientras se construían las máquinas y las embarcaciones necesarias para el transporte de las legiones.

Quedaba por resolver el tema del paso de la caballería, con todo lo que ello implicaba. Vindilo pidió la palabra, se acercó al mapa y señaló un punto a una decena de millas del campamento.

—De este lado —dijo— no esperan que llegue nadie, pero, si calculamos bien los tiempos de las mareas, podría hacer pasar a mi contingente precisamente por aquí.

—Tus hombres deben reconocer el terreno de día y de noche —intervino el legado de la Vigésima Legión—, no puedes usarlos para fabricar embarcaciones. Y para hacer que los legionarios construyan las naves que se precisan para llevar a la caballería, ¡se necesitarán al menos tres semanas!

—¿Acaso he pedido naves?

Ambigath contempló la uña plateada de la luna en el horizonte, después dirigió la mirada hacia los negros nubarrones que por el norte oscurecían el azul profundo de la noche. Habría querido aplazar el momento, pero sabía que era el más oportuno para partir. Govran había dispuesto que un grupo de jinetes lo acompañarían hasta la bahía de las Sacerdotisas, una ensenada al noroeste donde estaban fondeadas todas sus naves. La leyenda quería que precisamente desde aquella ensenada se partiera hacia las tierras de Albión, la isla de las Sacerdotisas de la Luna, perennemente envuelta por las nieblas para que nadie la descubriese.

Dos jóvenes guerreros, poco más que adolescentes, escoltarían al druida por mar junto a Borvo, el marinero, que los conduciría hacia el norte, circunnavegando la isla hasta alcanzar el lugar que los romanos aún no habían alcanzado, los confines de las regiones de los brigantes. Desde allí Ambigath proseguiría por tierra hacia oriente, y luego al sur, para hallar el país de los icenos y reunirse con los suyos.

Mientras maniobraban para salir del puerto, la pequeña embarcación de pesca comenzó a cabecear. Ambigath se sentó, sosteniéndose en la barandilla, y observó el agua negra que lo custodiaría para un largo viaje. Confió su alma a los versos que desde siempre acompañaban las partidas por mar: «No holgazanees sobre un inepto camastro, no dejes que el extravío te asalte, emprende un viaje por el límpido mar, para descubrir si está en tu poder encontrar la tierra de Albión.»

Después dirigió la mirada hacia la costa y alzó la mano para saludar a los jinetes que lo habían escoltado hasta el embarcadero, ante todo a Corann, el corpulento jefe de clan. El gigantesco guerrero agitó el brazo desde la costa, mientras la embarcación se alejaba, hasta que fue tragado por la neblina. Ambigath se conmovió por aquel gesto de un guerrero tan impetuoso e irascible, pero no le asombró demasiado. Desde hacía tiempo la Isla Sagrada estaba invadida por un sentimiento de fraternidad fuera de lo común, tan fuerte como para acercar a los hombres y serenar el ánimo antes de la muerte.

El druida acomodó la alforja que llevaba en bandolera y comprobó a tientas el contenido, empezando por la pesada bolsa llena de monedas necesarias para comprar víveres, caballos y, en caso de necesidad, hombres. Se sentía muy a disgusto, y no solo porque el mar le aterrizzaba. Para que no lo identificasen como druida se había cortado la espesa barba y se había puesto calzones y túnica corta en vez de la habitual túnica larga. Ambigath, el sabio, era ahora un viejo más de viaje con sus dos nietos, a la postre Caradoch y Arch.

De pronto, la proa de la nave se encabritó, apuntando hacia la luna. Todos se aferraron al asidero más cercano. El marinero observó a los pasajeros y rio sarcásticamente.

—Bienvenidos al mar abierto.

## Colonia Claudia Victricensis

*Camuloduno, colonia romana*  
*Territorio de los trinovantes*  
*Abril del 61 d. C.*

Si quieres la paz, prepárate para la guerra.

MARCO TULIO CICERÓN

En el antiguo idioma celta de los trinovantes, el nombre de la ciudad de Camuloduno significaba «El fuerte del dios de la guerra Camulos». Los romanos la habían rebautizado Ciudad de la Victoria, eligiéndola como capital de la provincia de Britania con la condición de «colonia» bajo el reinado de Claudio, en el lugar en que ahora se erigía el templo dedicado a él. Camuloduno debía ser el punto de partida para la colonización de la isla, y lo había sido; seguramente por ello allí se respiraba un aire diferente del resto de la región. Ya no había empalizadas, torres ni muros, y hasta la vieja plaza fuerte había sido demolida por la férrea voluntad de crecer expresada por la comunidad. Parecía que solo el trabajo de los *gromatici* justificaba la presencia de una ya modesta guarnición.

Aquila mismo se sorprendía siempre que iba. Cada vez la encontraba un poco distinta, a partir del camino realizado a expensas del ejército que su semental estaba recorriendo al paso. La vieja vía militar que había transitado al ritmo de las *caligae* claveteadas de sus hombres se había convertido en una calle, flanqueada por numerosos comercios y talleres surgidos para satisfacer el continuo incremento de bocas que alimentar. De ella partían vías laterales que, al principio, intentaban respetar las reglas urbanísticas trazadas por la administración romana, pero que a medida que se alejaban del centro se ramificaban como dedos sutiles, hasta cubrir también los últimos restos de fosos, testigos de un pasado de luchas intestinas, de un mundo más pequeño y peligroso.

Las diferentes culturas se fundían por doquier, en la arquitectura de las casas, en los comercios y en las monedas de oro, acuñadas por reyes desconocidos, que pasaban de mano en mano en las vías de los mercados. Aquila observó las viviendas de piedra con el techo de paja que se confundían con las *insulae* blancas y rojas de tejas color ladrillo, que le recordaban a su casa. El veterano prosiguió, superando una gran cantidad de obras en construcción. Por todas partes surgían viviendas, por todos lados carpinteros y tejeros hacían buenos negocios. La calle principal estaba llena de comercios donde se podía encontrar de todo: semillas, olivas, aceite, cebada y vinos itálicos, embutidos, pescados, dátiles africanos, y también lana britana y sedas de oriente, y ánforas de la Galia narbonense... Detrás de los mostradores, mercaderes de todas las razas atendían a sus clientes, integrados por colonos, viejos soldados, britanos, germanos y galos. El veterano sofrenó el caballo ante la estatua de la Victoria, observó el imponente teatro con capacidad para tres mil personas en el cual nunca había puesto el pie, las termas, donde tradicionalmente se cerraban los mejores tratos, y el foro, surgido sobre los fundamentos de aquellos que habían sido los *principia* de la guarnición que doce años antes vigilaba «el fuerte del dios Camulos». Para recordar al dios de la guerra la presencia de huéspedes en sus tierras ya no se necesitaba el paso cadencioso de la tropa, sino el silencio del mármol. El templo del divino Claudio atestiguaba que hombres venidos de lejos habían sabido transformar las montañas en columnas, tan altas como para hacer perder el equilibrio a cualquiera que alzase la vista hacia lo más alto de ellas. Constituía un símbolo grandioso, frío como la piedra y caliente como la sangre de los derrotados, erigido con la fuerza de miles de brazos de gentes del lugar guiados por un puñado de mentes llegadas de ultramar.

Desde abajo la obra parecía ya terminada, pero el movimiento frenético de los peones en los cabrestantes y de las escuadras de esclavos en los andamios en torno a las columnatas laterales hacía entender que el techo aún estaba en construcción. La inscripción en el tímpano estaba incompleta y, por el momento, solo se leía la dedicatoria: AL DIVINO CLAUDIO... Letras capitales, que marcaban a fuego el cielo britano, puestas para recordar a Camulos, cada amanecer, el yugo que tenía en el cuello.

Aquila se dirigió hacia una construcción más modesta, pero igual de solemne. La amplia escalera de acceso estaba vigilada, simbólicamente, por dos centinelas que, adormilados, disfrutaban del primer sol primaveral apoyados en sus grandes escudos. Uno de ellos advirtió su presencia y de inmediato abrió los ojos entornados.

—Soy Marco Quintinio Aquila, oficial en la reserva de la Vigésima Valeria. Estoy buscando al prefecto Tito Ulcio Falcidio.

El timbre de voz era el de un hombre de rango militar elevado, y para el guardia esto fue suficiente. Sin demora, señaló a Aquila la puerta lateral, que daba acceso a un porticado utilizado como refugio para los caballos. El *centurio* se apeó de *Hiberico* y observó que la galería estaba casi desierta, aparte de una media docena de sementales. Los frisonos de Falcidio debían de hallarse fuera de la ciudad. Uno de los caballos estaba sudado y había sido desatado hacía poco por un joven auxiliar, que llevaba la túnica, pero no el *cingulum*. El que hubiese sido privado del objeto símbolo del papel de soldado era una señal evidente de que el *miles* estaba expiando un castigo. El veterano se acercó a él cojeando y se detuvo a observar un bellissimo bayo de cuello poderoso, quizá propiedad de un alto oficial. Era un animal estupendo y muy cuidado. Aquila lo acarició hasta que el muchacho le dirigió un vistazo, y anunció:

—Debo entrevistarme con Tito Ulcio Falcidio.

El auxiliar asintió.

—Lo encontrarás al fondo del porticado. Acaba de recibir a un mensajero.

El veterano prosiguió y, poco después, vio a Falcidio hablando con un jinete. El prefecto no llevaba la coraza, pero sí una toga púrpura acabada en hilos de oro finamente entrelazados y sandalias de piel de gamuza. Despidió al jinete en cuanto se percató de la presencia de Aquila y fue a su encuentro con un ademán cordial. Se dieron un cálido apretón de manos, como si fueran amigos que no se veían desde hacía tiempo.

—¿Qué buen viento te trae por aquí?

—Debíamos vernos, Falcidio, ¿recuerdas? —respondió Aquila—. Se trata de la herencia de Fidio.

—Sí, lo recuerdo. Ven, ponte cómodo.

Llegaron al jardín interior del edificio, rodeado por una columnata pintada de rojo en la que la arquitectura mediterránea se fundía con elementos de factura celta, como la fuente de hierro batido junto a la cual se sentaron. Un esclavo les llevó fruta fresca, dátiles, miel, vino y dos copas de plata. El veterano permaneció un instante observando la bandeja antes de servirse.

—Es increíble la variedad de alimentos que llegan aquí, a Camuloduno.

Falcidio sonrió.

—En efecto, la vida de guarnición no está tan mal —dijo mientras el esclavo le llenaba el vaso.

—A propósito de guarnición, ¿gobiernas tú solo esta ciudad?

El prefecto rio, alzando el vaso y haciendo votos de prosperidad.

—Deciano ha partido con mis frisonos y la guardia para resolver un asunto.

El veterano rozó el vino con los labios.

—¿Hay problemas? —preguntó.

—Otro asunto de herencias.

El tono veladamente alusivo del oficial impidió que Aquila disfrutara plenamente del gusto aterciopelado del vino.

—¿Hay asuntos de herencias que requieren la intervención de un centenar de hombres?

Falcidio mordió una ciruela y respondió:

—Una tribu del noroeste tiene cuentas pendientes con la administración.

—¿De qué se trata?

—Problemas de terrenos, de préstamos, de concesiones. Su soberano acaba de morir y Deciano ha ido a presentar las cuentas.

—¿Trinovantes?

—No, icenos.

—¿Icenos? —Aquila observó al esclavo que se alejaba, y añadió—: Los icenos son un reino cliente.

Falcidio sonrió.

—Sabes mejor que yo lo mucho que costó resolver, en tiempos de Escápula, el asunto de los icenos, por lo que conviene poner en claro las cosas de inmediato, antes de encontrarnos con algún britano que incite a la rebelión.

—Cuando dejé el servicio, las relaciones con los icenos se habían estabilizado. No entiendo, ¿el sucesor puede convertirse en un problema?

—Ya es un problema.

—¿De verdad? ¿Qué ha hecho?

—Por el momento, nada, pero la sucesión no es válida.

El veterano lo invitó a continuar con un gesto.

—El difunto soberano, de nombre Prasutagus, había sido puesto en el trono por el emperador, después de la rebelión. Tenía excelentes dotes diplomáticas y no se puede decir que no nos haya servido bien. Pero antes de morir dejó la mitad de su hacienda a sus hijas y la otra mitad a nuestro amado emperador. ¿Entiendes? Obtuvo el trono gracias a nosotros y ahora él decide a quién dejarle el reino. —El prefecto escupió el hueso de la ciruela—. Él es quien decide dejar algo que pertenece a Roma.

—¿Qué decía el testamento?

—Que el patrimonio se confiará a su viuda, que deberá administrar bienes y tierras hasta que sus hijas estén en edad de casarse.

—Es extraño que la esposa haya sido excluida de la línea de sucesión.

Falcidio limpió una segunda ciruela con la toga, sacudió la cabeza y dijo:

—No, amigo mío, no es extraño. Se ha redactado un testamento que refleja nuestras costumbres y nuestras leyes y establece hábilmente que la viuda es poco más que nada, mientras que las dos jóvenes hijas serán las beneficiarias de un vasto territorio. Por desgracia, a los ojos de los britanos este testamento no es válido y la viuda es la reina indiscutida, razón por la cual podrá decidir a quién dar como esposa a sus dos retoños, tal vez ajustándose a las necesidades de alianzas de su pueblo.

—Si es como dices, ¿no habría que preocuparse por el hecho de que ella misma pueda volver a casarse con algún poderoso jefe de tribu? —preguntó el veterano.

—Si fuera un jefe de tribu, este se sentiría más atraído por una joven, virgen y con una rica dote, que por una mujer ya madura que lo perderá todo en cuanto sus hijas hayan encontrado marido.

—¿Por qué no casarla entonces con uno de los nuestros? Un representante del orden ecuestre, que sea también rico y bien parecido.

—No es fácil —respondió Falcidio—, se necesitaría a alguien verdaderamente fiable, que conozca a fondo a esta gente y sus costumbres. —Hizo una pausa y observó a Aquila con un brillo irónico en la mirada—. Ahora que lo pienso, tú servirías perfectamente, ¿sabes? Incluso estás construyendo una villa de estilo mediterráneo; no querrás dejarla sin una mujer, ¿verdad?

Los dos se echaron a reír, brindando por Baco y por todas las bellas isleñas. Después, Falcidio se puso serio y dijo:

—A propósito, Aquila, he pensado en lo que hablamos el día de nuestro encuentro y he decidido seguir tu consejo.

Aquila sonrió.

—Te lo agradezco, Falcidio.

—Espera para darme las gracias. En realidad, he decidido ganar tiempo, sin tomar partido por ninguna de las dos partes. Por el momento, Deciano tiene asuntos mucho más urgentes e importantes que resolver, así que ha aplazado el problema del colono endeudado, pero más tarde o más temprano me pedirá un informe.

El veterano asintió.

—Quizá tenga una novedad interesante, prefecto —dijo—. He descubierto que en el terreno de Fidío hay una fuente que, para los lugareños, es una especie de estanque sagrado.

Falcidio lo miró con interés.

—Un lugar que desde hace generaciones es el punto de referencia para un jefe de tribu de la zona —añadió Aquila—. He pasado un par de días conversando con él.

—Bien, por lo tanto, ¿me darás algunas noticias frescas sobre esos nobles que huelen a salvaje?

Aquila ignoró la ocurrencia.

—El jefe de tribu está dispuesto a negociar —dijo.

—¿De verdad? ¿Sobre qué?

—Sobre la compra de la propiedad de Fidío.

Falcidio soltó una carcajada.

—Vamos, Aquila, ¿has encontrado a alguien que paga por recuperar algo que le hemos expropiado? ¿Estamos intentando adueñarnos de esta tierra y tú se la quieres devolver?

En el rostro del veterano no había rastro de sonrisa.

—Pensaba que la administración de Deciano se ocupaba de recoger tributos, no de escupir en el plato en el que come.

—Está bien, me he pasado —reconoció Falcidio—, pero cuida tu modo de hablar. Y reflexiona sobre lo que acabo de decirte. Nosotros debemos colonizar esta tierra. Y tú deberías saberlo mejor que yo, porque has combatido duramente para poder pasear hoy por Camuloduno.

Aquila observó los reflejos granates del vino en la copa, antes de posar esta sobre la bandeja.

—Sí, Falcidio, he combatido y he vencido. Y ahora, ¿cómo tienes intención de administrar mis victorias? ¿Combatiendo a quien ya ha sido vencido una y otra vez?

—No te olvides de que nos las vemos con unos bárbaros.

—¿Quiénes son los bárbaros y de qué lado están, prefecto? Por el momento me siento un poco confuso.

Falcidio advirtió una imprevista dureza en la mirada de Aquila. Bebió un gran sorbo de vino y también sus ojos se encendieron. Trató de hablar, pero su interlocutor se adelantó.

—Yo estaba cuando estalló la rebelión, Falcidio, estaba allí antes y también estuve después, y, si quieres mi opinión personal, en el fondo del problema con los icenos hubo un grave error de juicio político. Y algo me dice que estáis a punto de equivocaros de nuevo.

—Creo que Deciano sabe perfectamente cómo comportarse en un caso como este. En el fondo, solo se trata de un problema administrativo.

—Pues en mi opinión es un grave error poner en tela de juicio el testamento de un rey solo porque ha accedido al trono gracias a nuestras espadas —dijo Aquila—.

Este Prasutagus ha estado de nuestra parte durante todos estos años y ahora no nos viene bien recibir «solo» la mitad de su patrimonio. Asuntos que tú liquidas como meramente administrativos persiguen en realidad una política agresiva muy precisa, que a la larga corre el riesgo de no compensar. Tú mismo dices que nos las vemos con gente salvaje, orgullosa y guerrera. Debemos tener la prudencia de ponerlos de nuestro lado, de hacer de nuestra causa la suya. Tratar a los enemigos como tales, pero, al mismo tiempo, favorecer a los aliados. Vosotros, en cambio, no perdéis ocasión de estrepar las relaciones con potenciales aliados y ofender a quienes nos han apoyado y consideran, por lo tanto, que tienen derecho a nuestro apoyo. Y esto puede convertirse en un problema. Un serio problema. —Soltó un suspiro de amargura—. Deciano se dispone, jactancioso, a hacer de hiena en la madriguera del león, mientras el grueso de nuestras fuerzas va hacia la isla de Mona, a muchos días de aquí.

—Dime, ¿tú de qué parte estás? —lo interrumpió el prefecto con tono airado.

Aquila se puso de pie; el jardín estaba sumido en un silencio solo interrumpido por el trino de los pájaros, y sintió una leve punzada en la rodilla. Apretó los dientes y observó a Falcidio. En su mirada se reflejaba toda la dolorosa conciencia del superviviente que ha recorrido demasiadas veces los senderos de la guerra.

—La próxima rebelión no será la de una tribu aislada contra nuestras legiones. En la próxima rebelión correrá la sangre de todas las personas que no podamos proteger. Civiles, colonos, mercaderes, veteranos dispersos por doquier en pequeñas granjas imposibles de defender... Estoy de esa parte, prefecto, de la parte de quienes no podrán defenderse. —El veterano señaló el porticado por donde había venido—. Y, por lo tanto, también de tu parte, querido Tito Ulcio Falcidio. —Rio con

sarcasmo—. Para llegar ante ti, hace un momento, me ha bastado superar una vigilancia que no habría detenido ni a un niño, imaginémonos a algún bárbaro bien armado. De hecho, estoy armado, y estoy aquí a tu lado, mientras que tú estás desarmado y no podrías defenderte de ningún modo.

El prefecto dirigió con leve inquietud la mirada hacia la daga del veterano.

—Si quieres la paz, Falcidio —prosiguió Aquila—, prepárate para la guerra. Quita los escudos a los centinelas, de tal forma que no los usen para adormilarse y se sientan desprotegidos, y, si viene al caso, retírales también la coraza, de modo que se sientan indefensos y vigilen de verdad y estén atentos. Sitúalos a poca distancia el uno del otro tanto dentro como fuera de los edificios y, dado que estamos en una ciudad, pon a algunos en puntos elevados, para que puedan comunicarse entre ellos en caso de alarma. Dispón vías de fuga y puntos de encuentro, para que, si las cosas se complican, los hombres puedan dispersarse y después reagruparse.

Falcidio sonrió, sacudiendo la cabeza, y dijo:

—Vamos, Aquila, la situación está bajo control desde hace tiempo. Comprendo que te has pasado la vida en la línea del frente, cara a cara con el enemigo, y esto te condiciona, pero el gobernador Suetonio liquidará el problema de la isla de Mona a toda prisa y, sin duda, estará de vuelta al final de la estación. Además, la Hispana se encuentra a poca distancia. Por otra parte... —se encogió de hombros— aquí no tengo suficientes hombres para organizar toda esa vigilancia. Sin embargo, no te preocupes —alzó el vaso—, estoy seguro de que no será necesario.

## Signa inferre

*Mona, isla madre del druidismo  
Mayo del 61 d. C.*

Les esperaba en la playa una muy extraña alineación enemiga, llena de hombres y de armas, y recorrida por mujeres, vestidas de negro, como furias, empuñando teas; en torno, los druidas, con las manos levantadas al cielo, lanzaban maldiciones terribles.

PUBLICO CORNELIO TÁCITO, *Anales*, XIII, 30

El lamento de un cuerno de guerra britano resonó en la oscuridad sobre el estrecho. Cayo Antonio Vindilo aflojó el paso, lanzando una mirada hacia las antorchas de la orilla opuesta, después continuó su ronda de inspección. Sobre la playa se alineaban, a la luz de las fogatas, los *tormenta*, las máquinas de guerra que habían construido para atacar al enemigo a distancia y permitir que las embarcaciones se acercaran y transportaran las legiones a la isla. Al principio, los soldados habían trabajado, cubiertos por la colina que separaba la playa del campamento principal, en la fabricación, por orden de Suetonio, de algunos onagros.<sup>9</sup> Eran máquinas sencillas, eficaces y de aspecto temible, que se transportaban hasta la costa para atemorizar a los adversarios. Junto a estas catapultas se alineaban las letales balistas, que estaban dotadas de cuerdas inversas,<sup>10</sup> con el fin de obtener un mayor alcance, y que arrojarían sobre el enemigo, según lo exigiera la situación, jabalinas, piedras o bolas de plomo, con efectos aún más devastadores que los onagros. Las máquinas ya listas para ser usadas por la Decimocuarta Gemina —los escorpiones que lanzaban flechas— habían sido montadas, en cambio, sobre algunas embarcaciones. Suetonio había acertado en su propósito. En un primer momento los britanos habían permanecido día y noche en la orilla opuesta listos para combatir, pero poco a poco la tensión había ido cediendo. Se habían habituado a ver aquel acopio de material de guerra y su grado de atención había disminuido.

No obstante, los legionarios estaban nerviosos y en más de una ocasión se habían producido riñas entre los jinetes germanos y algunos legionarios de la Vigésima, reprimidas con puño de hierro. La espera era exasperante y la concentración de diferentes unidades y la relativa proximidad requería, a veces, la decidida intervención de los centuriones para suministrar algún castigo ejemplar, todo ello bastante normal en semejantes situaciones.

Lo insólito era, en cambio, esa especie de presentimiento que hacía que aumentase la ansiedad de los hombres, como si en la orilla opuesta los esperara un castigo divino. La isla representaba un lugar sagrado, todos lo sabían, y de recordarlo se ocupaban los druidas y las mujeres que, vestidas con lúgubres túnicas, canturreaban todas las noches largas e incomprensibles salmodias con el inconfundible sonido de las maldiciones.

A los pies de las máquinas de guerra, los sirvientes de guardia temían la fuerza de esos sonidos desconocidos contra los que no podían hacer nada. Suetonio había prohibido mostrar al enemigo la potencia de aquellos artefactos y, por lo tanto, los onagros permanecían inmóviles, a la espera de desencadenar una imprevista lluvia mortal sobre los defensores de Mona.

Día tras día, también habían tomado forma sobre la rompiente las embarcaciones de fondo plano que transbordarían a los legionarios. Los hombres construían las embarcaciones con la dirección de los prefectos de marina, y, de vez en cuando, mientras fijaban las jarcias, dirigían la mirada hacia la isla, donde omnipresentes figuras proferían maldiciones agitando los brazos.

—Los hombres están muy nerviosos.

Vindilo hablaba en voz baja, mientras el gobernador Suetonio caminaba en la oscuridad, a su lado.

—A diario llegan rumores de altares ensangrentados, de ritos mágicos y de sacrificios humanos en el bosque, más allá de la playa.

—Sí, lo he oído. Corresponderá a los oficiales mostrar firmeza frente a semejantes creencias, y también frente a... eventuales hechos.

Vindilo lo miró, asombrado.

—Entonces, ¿es cierto?

—No lo sé —respondió el gobernador, sin mirarlo. Tras una pausa, añadió—: No lo creo, en realidad. Si sus ritos fueran tan poderosos, habrían frenado nuestro avance mucho antes. En todo caso, no es el momento de detenerse en estas cosas. Ahora estamos aquí. Cuando vuelva a ponerse el sol, ya no permaneceremos clavados frente a este maldito brazo de mar.

—Sí, es preciso moverlos —coincidió Vindilo, ajustándose el brillante yelmo—. Moviéndonos, expulsaremos algunos desagradables pensamientos, y así las cosas irán mejor.

—Quiero que ataques en el mismo momento en que las embarcaciones toquen tierra —dijo Suetonio, tajante.

—No temas, general. La playa será nuestra antes del mediodía.

Su superior le dirigió una mirada severa, que no admitía réplicas.

—Espero que a mediodía estés en el centro de la isla.

El comandante de la caballería se ajustó el barboquejo, enmascarando su expresión de contrariedad.

—Conviene que impaciente un poco a los míos, entonces.

Quería estar al menos un rato lejos de aquel hombre, habituado a pretender siempre el doble de lo que era humanamente posible.

El gobernador le estrechó la mano.

—Llegaré con la segunda oleada. Nos veremos en la playa.

Vindilo no dejó escapar la ocasión de añadir un toque de sarcasmo.

—Quizá cuando llegues ya esté en el centro de la isla.

—Quería decir la otra playa —replicó Suetonio con aspereza—. Del otro lado de la isla.

Cayo Antonio sonrió, sacudiendo la cabeza. Era lo más parecido a un chiste que había oído nunca al gobernador.

Pasó más allá de los *tormenta* y remontó el cerro, donde Lugovalos lo esperaba con su escolta personal, en la oscuridad de aquella noche sin luna. Vindilo cogió las riendas de su magnífico bayo y saltó a la silla. Rápidamente alcanzó al resto de la caballería, que lo esperaba al pie de la colina. Se situó frente a ellos y dijo con voz alta y clara:

—No os sintáis vulnerables. Sé que muchos de vosotros no estáis de acuerdo con mi decisión de afrontar esta jornada sin armaduras ni escudos, pero, creedme, hoy estas armas no nos sobran. Esta noche hemos de ser veloces y ligeros, y al rayar el alba debemos espolear a las bestias y avanzar hacia el interior, para perseguir a los enemigos que huyan. —Levantó la vista al cielo—. La oscuridad será nuestra coraza, la sorpresa nuestro escudo, la velocidad nuestra arma más letal.

Llamó al alférez del ala de caballería, el portaestandarte lo alcanzó y se puso a su lado, bajándose sobre el rostro la máscara de plata que lo transformó en un espectro de pupilas iridiscentes.

—¡Vamos de caza! —refunfuñó Vindilo, antes de espolear el caballo por el sendero dirigido al norte.

En la oscuridad de la noche, el caballo alado encerrado en el disco dorado de la enseña brilló, reflejando los resplandores de centenares de antorchas que salían, en fila, del campamento de la Vigésima Valeria. El gran día estaba a punto de nacer.

El muchacho entró apresuradamente en la estancia.

—Corann, hay movimientos en la playa.

El jefe de clan despertó, intranquilo, y gruñó algo, rascándose el cráneo bajo la densa cabellera. Miró alrededor, parpadeando, y sintió retumbar en su cabeza toda la sidra bebida la noche anterior. Frente a él, su sobrino Duncan lo miraba, aprensivo, jadeante. Corann comenzó a gritar, ordenando a todos los presentes que se levantaran, y después se puso de pie. Agarró el cinturón con la larga espada y el escudo, salió por la puerta y se encontró ante la oscuridad. Miró hacia el este y vio que aún faltaba tiempo para el alba. Después de una mirada vacilante hacia su sobrino, se encaminó a grandes zancadas hacia el aire penetrante de la noche, seguido por un enjambre desordenado de guerreros, en su mayoría sobresaltados.

Cuando llegó al promontorio, sus pupilas centellearon.

—¡Corre a despertar a todos! —rugió a Duncan, antes de precipitarse por el sendero que conducía a la playa.

Los hombres lo siguieron dando la alarma a voz en grito, y rápidamente a sus alaridos hicieron eco los de los miles de guerreros que hasta hacía poco dormían, esparcidos entre la playa y el promontorio. Fue un momento de enorme confusión. Los conductores de los carros de guerra preparaban los caballos, los guerreros se armaban en la oscuridad, las mujeres buscaban a sus hombres, los niños se echaban a llorar, los cuernos alzaban al cielo su siniestra llamada. Aquí y allá, algunos que aún no habían dormido la borrachera de la víspera vagaban confusos, arrastrando una espada o un hacha.

Govran, el sabio, llegó al promontorio poco después, apoyándose en el bastón, y vio centenares de antorchas alineadas sobre la playa, al otro lado del estrecho. Se preguntó por qué los romanos habían decidido atacar de noche y, al mismo tiempo, iluminar toda la playa con hogueras y antorchas, como si quisieran hacerse ver lo máximo posible. Sin embargo, parecía precisamente la intención, quizás el día había llegado, quizá fuera el principio del fin. Miró la playa debajo de él, llena de gente. Se encendían fuegos y teas para comprobar de dónde llegaría el peligro. Poco después, los resplandores a lo largo de aquel tramo de costa crearon un halo mágico. No era lo que parecía, el inicio de una funesta jornada sangrienta.

El viejo sabio dirigió la mirada hacia el mar abierto y saludó para sus adentros a Ambigath. A aquella hora, el druida ya debía de haber completado la primera parte del viaje. Con seguridad, ahora iba a reunirse por tierra con su tribu, y Govran auguró que escaparía de todos los peligros que encontrase.

Observó a su gente. Sabía que muchos de ellos no sobrevivirían a aquel día y que volverían al mundo de otros modos, mientras que él probablemente estaba destinado a la Tierra de la eterna juventud. Experimentaba una cierta tristeza, pero la fe lo ayudaba a aceptar aquel paso con serenidad. Y serena era su sonrisa al volver sobre sus pasos, mientras todos corrían en la dirección opuesta.

Vio a una joven que, inmóvil delante de su cabaña, sostenía en los brazos a un recién nacido. Se acercó y acarició el rostro del pequeño, que debía de tener pocos días. Miró a su madre, pero no la conocía, no era de la isla y tampoco del pueblo de los ordovicos, quizá formara parte de uno de los últimos grupos que acababan de llegar. Había afrontado un viaje, a pesar de su estado para que su hijo naciese en la Isla Sagrada y el destino había querido que viniera al mundo pocas horas antes de la invasión.

—¿Cómo te llamas?

—Moreen.

—Es un bonito niño, Moreen. ¿Qué nombre le has puesto?

—Kedyr.

Govran le rozó la punta de la nariz con el índice.

—Kedyr, el valiente.

Un guerrero con el torso desnudo cubierto de símbolos tribales apareció en el umbral. Inclínó la cabeza en señal de reverencia y cogió al pequeño, estrechándolo contra su pecho. Lo levantó hacia la noche y, con pocas palabras, ofreció la sangre de su sangre a los dioses. Lo sostuvo unos instantes, después lo devolvió a la mujer, y sus fuertes brazos se estremecieron.

—Si consiguen desembarcar, mátalo. No quiero que sea un esclavo para toda la vida.

Ella tragó saliva con dificultad, sus ojos se humedecieron.

—No temas —dijo el guerrero—, los dioses están de nuestra parte.

Una lágrima resbaló por la mejilla de la mujer, brillando a la luz de las antorchas. El hombre saludó con respeto al druida y desapareció en medio de centenares, miles de otros padres que se encaminaban hacia su destino. El pulgar nudoso de Govran se deslizó por la mejilla de la muchacha, secándole la lágrima, y ella buscó en las pupilas del viejo sabio una señal, por mínima que fuese, de esperanza. El octogenario se quitó el amuleto que había llevado colgado del cuello durante toda la vida, un huevo de serpiente engastado en una jaula de oro, lo puso en el cuello del niño y, con una mirada tranquilizadora, acarició el rostro de la madre.

—Ahora no puede sucederle nada —susurró.

Govran apoyó la cabeza en la del pequeño y lo bendijo, recitando unos versículos sagrados. Después se dirigió a paso lento hacia el interior.

Su puesto estaba en el bosque, junto al Fresno sagrado, y llegar allí le llevaría varias horas. La sencilla apariencia de su vestidura y de su pelo desapareció en la oscuridad, mientras las mujeres de negro se dirigían hacia la playa, invocando a Andrasta, la diosa de la guerra, a la luz de las antorchas.

Moreen se quedó sola, única silueta inmóvil en un mundo de gente que gritaba, corriendo. Miró la multitud que afluía a la playa. El único hombre que transmitía sosiego, en medio de aquella muchedumbre excitada, era el viejo, que se marchaba solo hacia el lado opuesto. Ella recogió un manto y lo siguió.

—¡Sentaos! —dijo el gobernador, después de que las últimas cohortes de la Gemina alcanzaron su posición. Había sido necesaria más de una hora solo para hacer llegar a todos los hombres desde los campamentos hasta la playa. Miles y miles de soldados ejecutaron la orden, apoyando los *pila* sobre la derecha y los escudos enfrente. Hizo falta tiempo antes de que el silencio permitiera que Suetonio tomara la palabra. Del otro lado del mar llegaban palabras de burla expresadas a coro.

—Deberíais haber esperado que, después de dos días de reposo, os obligara a madrugar.

Los soldados acogieron con una sonrisa el preámbulo de su comandante supremo.

—Por lo tanto, estáis descansados y, según me consta, también bien alimentados. ¿Habéis comido?

Se produjo un vago rumor a modo de respuesta.

—No os he oído. Os lo pregunto de nuevo, y esta vez haceos oír. ¿Habéis comido?

Miles de bocas aullaron su asentimiento.

—De acuerdo —dijo el gobernador—. Di disposiciones muy claras a vuestros comandantes: debían dejaros reposar bien, pero también debían despertarnos muy temprano, para que pudierais comer y prepararos con calma. —Sin volverse, señaló con el pulgar en dirección a los britanos—. Ellos, en cambio, no han comido.

Los hombres estallaron en una carcajada liberadora.

—Es como si los estuviera viendo —prosiguió el gobernador—. Alguien, en la oscuridad de la noche, habrá atisbado miles de antorchas llegando a la playa. Se habrá quedado unos instantes boquiabierto, presa del pánico, sin saber qué hacer, y después habrá echado a correr, como una gallina a la que persigue un zorro.

Las carcajadas continuaron.

—Entonces todos esos guerreros se habrán despertado sobresaltados y habrán empezado a gritar entre ellos, quién proponiendo ir aquí, quién, allá, quién a buscar la espada y quién, el camino de la playa. Y luego todos correrán hasta perder el aliento con la espada desenvainada que golpearán sobre el escudo, hasta llegar con el agua en las rodillas para desafiarnos, vomitar su odio, aullar que somos unos cobardes, que tenemos miedo de enfrentarnos a ellos, porque no somos bastante viriles.

Los hombres callaron, Suetonio sonrió, pero era una sonrisa amarga, casi de enfado. Los más cercanos percibieron su suspiro.

—Nosotros, aquí, construyendo una flota y ellos, allí, dando vueltas borrachos día y noche, mostrándonos que tienen cojones. —El gobernador hizo una pausa y, elevando el tono, prosiguió—: Nosotros, aquí, adiestrándonos día tras día, hasta el agotamiento, hasta el punto de conocer cada movimiento de quien está a nuestro lado; ellos, allá, amontonados como cerdos en un redil, un redil demasiado pequeño para tantas bestias. Ni siquiera nuestros antepasados, en los albores de nuestra

civilización, se prepararon para la guerra de una manera tan insensata. —Se volvió, señalando la Isla Sagrada—. No han levantado una empalizada ni han puesto trampas en la playa ni han construido un pequeño fuerte. No han mandado a nadie a espiarnos, ni siquiera a un mensajero a tierra firme en busca de refuerzos. Todo lo que han hecho ha sido esperar, gritar y poner antorchas en manos de cuatro mujercitas endemoniadas, haciéndolas ir hacia delante y hacia atrás mientras los hombres bebían hidromiel.

Suetonio se volvió hacia los suyos e indicó la aglomeración en la playa opuesta, iluminada por las hogueras.

—¿Es eso lo que os pone nerviosos? —dijo. El tono de su voz se hizo tajante y sus ojos se transformaron en tizones ardientes. Gritó—: ¿Es eso lo que da miedo a los hombres de la Gemina y de la Valeria?

Todos contuvieron el aliento.

Suetonio gritó de nuevo. Y con el grito vino la orden.

—¡Cargad los onagros y las balistas!

No cogió a los servidores por sorpresa. El gobernador ya había dado órdenes mientras las legiones estaban alcanzando la playa. El rumor metálico de los engranajes que actuaban sobre los pernos de freno resonó por la playa y los mecanismos de torsión se estiraron al máximo. Los *tormenta* fueron cargados con piedras y pesadas flechas.

—¡Yo elijo la hora y el momento, aquí! —gritó Suetonio—. ¡Yo decido quién come y quién no! ¡Yo establezco quién puede dormir y quién no, y yo he logrado que mis hombres se enfrenten, fuertes y reposados, a hombres cansados y con las piernas flojas! —Su mirada severa recorrió las filas—. ¡Yo elijo quién vive y quién muere!

Los hombres lo observaron con el rostro desencajado.

—¿No lo creéis? —Se dirigió de nuevo a los servidores—. ¡Veamos qué maldición es más eficaz, si la suya... o la mía!

Corann había ganado a empellones, entre la excitación general, una posición privilegiada en la multitud. Había aullado, reído, meado y escupido al agua. Había desafiado a quienes tenía enfrente y había dado vigorosas palmadas sobre los hombros de los demás. Había estrechado la mano de un desconocido de cabellera roja precedente de Hibernia, y había apostado a que aquel día mataría más romanos que cualquier otro, luego había espoleado a los suyos. Pero, más tarde, un par de horas después de haber sido despertado, al ver que no sucedía nada, había mandado a su sobrino Duncan a buscar un odre de sidra.

—¡Malditos hijos de perra! Nos han hecho saltar de la cama en plena noche solo para hacernos esperar —dijo al hombre que tenía a su lado.

—Estarán esperando el alba.

—Quizá solo están haciendo pruebas... ¡tal vez a la tercera o cuarta prueba hagan acopio de valor y pongan sus delicados pies en nuestras gélidas aguas!

Todos los que lo oyeron rompieron a reír. Corann bostezó, envainó la espada y permaneció allí farfullando, con los brazos cruzados, observando las antorchas inmóviles que horadaban la oscuridad sobre la otra orilla. Le pareció oír que alguien gritaba, entre la multitud, a su izquierda. Miró hacia esa dirección, había movimiento, pero no entendía qué pasaba, salvo que los gritos no eran de guerra. Percibió una especie de rumor en el aire por encima de él y oyó claramente otros gritos. De pronto, la masa pareció ondular, presa de una gran confusión, entre imprecações, empujones, alaridos y antorchas agitadas aquí y allá. Con el rabillo del ojo creyó ver hombres que caían, a la derecha. No comprendía si era la excitación de la batalla o si realmente estaba sucediendo algo. La oscuridad surcada por las llamas, los alaridos de los hombres y el rumor de la resaca, todo se conjuraba para impedirle comprender qué sucedía. Trató de buscar respuesta en el comportamiento de los enemigos, pero allí todo permanecía quieto, y la distancia no permitía reconocer si estaban tramando algo. En todo caso, parecía que aún se encontraban allí, a la espera. No habían lanzado las embarcaciones al mar, y, si lo habían hecho, no se veían.

La respuesta a sus dudas se materializó con un estallido sobre su escudo de piel, que un golpe invisible hizo pedazos. Corann fue arrojado hacia atrás por una fuerza brutal llegada de la oscuridad, que lo arrolló y lo tiró en medio de los suyos. Se llevó la mano al hombro, paralizado por una punzada que semejava la mordedura de un lobo hambriento. A tientas, entre espasmos de dolor, se dio cuenta de que tenía un virote clavado entre el hombro y el pecho. Un poco más a la derecha y le habría dado en el corazón. Se estremeció al percatarse de que no conseguía mover el brazo; aquella maciza flecha de hierro le había destrozado el hombro.

El hombre de pelo rojo que estaba a su lado se inclinó y le gritó algo, Corann se volvió hacia él y lo embistió una salpicadura de materia ardiente. Cerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, ya no vio al hombre, pero se percató de que la multitud oscilaba en todas direcciones en el caos más absoluto. Alguien chocó contra él en la oscuridad, arrancándole un aullido de dolor. Su grito se perdió en medio de docenas de otros gritos de aquellos que buscaban una vía de escape empujándose y pisándose unos a otros. Él, un jefe de clan al mando de tantos guerreros, estaba a punto de ser pisoteado por una multitud presa del pánico. Debía salir fuera solo, nadie lo ayudaría. Con la mano derecha agarró el virote allí donde desaparecía en la carne y tiró de él, con toda la fuerza que le quedaba. Soltó un grito de dolor y cayó hacia delante, en el agua. Intentó levantarse, pero el brazo izquierdo no respondía. Se levantó a medias, después se tambaleó, adentrándose algunos pasos en el mar, y se llevó la mano derecha al corte palpitante. Había tenido éxito en su intento, pero la punta de la saeta había desgarrado la carne al salir y ahora un chorro negro y brillante manaba sin pausa de la herida.

Una ola empujó hacia él el cuerpo sin vida de un guerrero y Corann recordó quién era y dónde estaba. Masculló una imprecación, sintió otra punzada hiriente y, sujetándose el hombro, alcanzó el rompiente. La masa de guerreros empujaba hacia atrás, para escapar de aquella lluvia mortal. Vio una antorcha y la recogió con el brazo sano. Al levantarla, se dio cuenta de inmediato de cuántos eran los que yacían en el suelo, gritando, y del número aún más elevado de aquellos que ya no gritaban y que estaban silenciosos e inmóviles. Vio a su lado el cuerpo del hombre del pelo rojo, con el cráneo destrozado. Sintió un silbido, seguido por un ruido junto a él, y, de reojo, vislumbró algo que rodaba por la playa. Se inclinó, dolorido, y recogió el objeto llovido del cielo. Era una piedra grande como un puño y de forma esférica, pintada de negro. Se volvió hacia los romanos. Estaba claro que la fila de antorchas alineadas en la playa enemiga solo era un reclamo para atraer a la presa y golpearla vilmente, en la oscuridad, con proyectiles invisibles.

Corann gritó de rabia y lanzó la piedra al mar, luego vio alzarse en el cielo una flecha encendida, pero la trayectoria era demasiado alta para que lo alcanzase.

Lugovalos observaba el mar desde lo alto de una colina boscosa, mientras al este el cielo comenzaba a aclararse. De pronto, una estela luminosa, a lo lejos, dibujó una parábola en el cielo negro. Era la señal. Descendió la colina y alcanzó a las unidades que lo esperaban a algunos centenares de pasos más abajo, a la orilla del mar. Llegó al trote y se acercó a Vindilo.

—Los arqueros están embarcando.

El comandante asintió, sin apartar la mirada de la orilla opuesta. Estaba esperando la señal de los hombres que había mandado en misión de reconocimiento y, al mismo tiempo, rumiaba sobre lo que había dicho a sus jinetes antes de dejar el campamento. Se aseguró de que el yelmo estuviera firmemente atado a la silla y al cabo de unos instantes oyó el silbido que anunciaba que ya habían atravesado el mar.

—Adelante —dijo—, vamos a darnos un baño.

Lentamente, centenares de jinetes se encaminaron hacia las olas negras, conduciendo sus monturas. Cayo Antonio Vindilo guio a su caballo hacia el mar y sintió que el agua le lamía las sandalias hasta cubrir sus pies por completo. A un lado tenía a Lugovalos, al otro al bátavo de ojos de hielo que sostenía la enseña. Habían comprobado varias veces el vado durante los últimos días, pero, para no ser vistos, se habían valido de cursos de agua interiores. Ahora, en cambio, adentrarse en el mar en la oscuridad, sentir la corriente y ver la orilla opuesta tan lejana, producía un efecto muy distinto. Después de dos pasos una ola helada le llegó hasta las rodillas, su caballo alzó el cuello, molesto, y Vindilo apretó las piernas, obligándolo a proseguir. Las bestias borboteaban, alguna se detenía y los jinetes las espoleaban. El agua negra subió entre las patas de los animales, engullendo las fundas de las espadas. Las bestias comenzaron a no sentir el terreno bajo los cascos y estiraban el cuello, nerviosas, dilatando las aletas de la nariz. Vindilo miró hacia atrás y entrevió en medio de los jinetes en movimiento la orilla que acababan de dejar, todavía muy cerca. El agua le empapó los calzones y subió hasta la silla. Cayo Antonio fue embestido por un enorme estremecimiento y sintió que el caballo avanzaba fatigosamente. El portaestandarte que iba a su lado acabó encima de él con su bestia. Más atrás alguien cayó al agua y un par de caballos se pusieron a relinchar, asustados. Una ola

empapó el morro de su bayo, que vaciló e intentó retroceder. Vindilo tiró de las riendas, luego se dejó deslizar silla abajo sujetando las riendas y se agarró al cuello del animal.

—¡Adelante, adelante!

Buscó a Lugovalos y vio que avanzaba con el agua en la garganta, aferrado a la silla de su cabalgadura, después intentó encontrar la enseña y la localizó detrás de él, a una cierta distancia. Vio algunos caballos sin jinete que proseguían solos, y se volvió para mirar la orilla opuesta; ya estaban a más de medio camino y en la cima de los bosques detrás de la costa comenzaba a aclarar. Varios jinetes lo habían superado y le impedían vislumbrarla. No conseguía valorar a qué distancia estaba la orilla. Una ola fría le mojó el rostro. Contuvo el aliento y cerró los ojos, empapado y aterido. Escupió el agua salobre y comenzó a moverse más rápidamente, porque empezaba a sentir los miembros entumecidos. Soltó el cuello del animal y, como Lugovalos, se asió a uno de los cuernos de la silla. De este modo, tanto la bestia como el jinete eran más estables. Sí, aún faltaba un trecho, pero lo estaban consiguiendo. Parecía, además, que los caballos nadaban mejor en el mar que en los ríos, especialmente ahora que la corriente los atraía hacia la orilla. De vez en cuando alguien se debatía y se agarraba a la bestia de otro. Salvo algún relincho, todo se estaba desarrollando más o menos según los planes, en la oscuridad y en silencio.

A poca distancia, vio a uno de los jinetes braceando en el agua, claramente en dificultades. Alargó una mano y lo agarró por un brazo, tirándolo hacia sí. De repente, sintió que su bayo avanzaba con mayor decisión. Vio que los jinetes que tenía delante comenzaban a sentir de nuevo el terreno bajo los pies, y se percató de que las olas lo empujaban hacia la orilla. Parecía increíble, pero habían atravesado el mar a nado. Se sujetó de la silla y buscó con los pies el fondo, sintió la arena bajo sus sandalias, y soltó al hombre que había cogido por el brazo, diciéndole que se buscara un caballo. Su bayo salió del agua con todas las fuerzas, arrastrando tras de sí al oficial. Finalmente, con el agua en la cintura, Vindilo volvió a tomar las riendas y trató de detener al animal. Sentía la túnica y los calzones empapados de agua y temblaba por el frío, pero había conseguido llevar a la isla a centenares de soldados a caballo. Concedió a los hombres algunos momentos de tregua y les permitió estrujar las ropas. Ordenaron el equipo y comprobaron que las espadas se extraían con soltura de las fundas engrasadas. Verificaron que las aljabas atadas a las sillas aún estuvieran llenas de lanzas y se alinearon, mientras los últimos jinetes alcanzaban la costa bajo la dirección de los decuriones, que reorganizaban las *turmae*.

La primera gran prueba había sido superada. Aunque Suetonio la definió como la parte relajada de la misión, para Vindilo la travesía había sido precisamente la fuente de mayores preocupaciones. En aquello que los esperaba ahora, montar en la silla, cargar y combatir, no había nada nuevo o desconocido, nada que aquellos hombres acostumbrados al combate no hubieran ya afrontado decenas de veces.

Casi todos solo se habían puesto los calzones, pero Vindilo se puso también la túnica escarlata. Se estremeció al sentir la prenda pegada al cuerpo, pero quería estar siempre reconocible para los suyos. Aseguró el *cingulum* y la espada, cogió el yelmo, se lo colocó y ató el barboquejo. Tenía la carne de gallina a causa del frío. Montó y a su lado apareció Lugovalos, con la espesa barba aún goteante. Se había atado la túnica a la cintura, prefiriendo permanecer con el torso desnudo. Del yelmo taraceado asomaba el largo cabello empapado, que caía sobre los poderosos hombros. Vindilo dio la orden de moverse y los jinetes lo siguieron hacia el interior. Alcanzarían el objetivo bordeando el mar, sin ser visibles desde la playa.

Poco más adelante, un pequeño grupo de guerreros ordovicos que iba sobre tres carros de guerra se cruzó con las *turmae* de la caballería romana y se detuvo a su paso. Ante la vista del enorme número de jinetes que pasaban al galope delante de ellos, ignorándolos, los ordovicos se quedaron atónitos. Se preguntaron de dónde habían salido y quiénes eran aquellos hombres semidesnudos a caballo.

Vindilo estaba demasiado ocupado pensando en su objetivo como para perder el tiempo con un puñado de bárbaros aterrorizados.

—¡Adelante —gritó—, tenemos que desencadenar el fin del mundo!

Las embarcaciones se materializaron, a lo lejos, en medio de la niebla de un alba aún opaca, y la tormenta de muerte pareció amainar hasta reducirse a algún proyectil esporádico. Corann gritó a todos que volvieran a sus puestos en la playa, sin aglomerarse. Parte de los hombres habrían debido permanecer atrás, en la reserva, dispuestos a intervenir donde fuera necesario. Los guerreros avanzaron con cautela, en silencio, atentos al menor sonido. Muchos de ellos recogieron los negros proyectiles de piedra que encontraban en el camino e hicieron montones con ellos para usarlos contra los asaltantes cuando llegara el momento.

El efecto del bombardeo sobre la multitud aglomerada había sido devastador. En el suelo aparecían diseminados cuerpos desgarrados por la violencia de los golpes, pisoteados en el pánico de la huida hasta ser irreconocibles. Aquellos que no habían muerto tenían graves fracturas y heridas que los habían dejado fuera de combate. Los heridos que se podían transportar habían sido conducidos hasta lo alto del promontorio, donde las mujeres procuraban aliviar sus sufrimientos.

Corann intentaba organizar la defensa de la playa, impartiendo órdenes, pero cada vez que aspiraba sentía una punzada lancinante en la herida. Los druidas le habían aplicado una compresa sobre la carne desgarrada y después lo habían vendado para que estuviese en condiciones de combatir, pero había perdido mucha sangre. Había vuelto a la playa para ver zarpar las naves. Bostezó y, consciente de que aquel era su último amanecer, se dijo: «Pronto descansarás.» Se esforzó por distinguir las embarcaciones en la semipenumbra, y le pareció advertir que una, todavía lejana, se dirigía hacia el norte. Podía apoyarse en su espada y esperar. Podía sentarse. Se dejó caer en el suelo, temblando por el frío y la debilidad. Chocó con el codo del brazo que colgaba, inerte, del hombro roto. El dolor le hizo cerrar los ojos enrojecidos. Tuvo otro estremecimiento.

«Te estás yendo, Corann, pero no debes hacerlo, no así; espera a que estén cerca, levántate y dirígete hacia el primero que veas, dale un mandoble, ábrele en dos el cráneo, mira su sangre... y después, que te maten.»

Un silbido cortó el aire a algunos pasos lejos de él. Los hombres gritaron que se habían reanudado los tiros y retrocedieron, justo cuando las piedras comenzaban a llover nuevamente sobre la playa. Pero la trayectoria había cambiado: ahora parecía que no llegaban del mar sino directamente del cielo. Corann esbozó una sonrisa que el dolor transformó en mueca. Querían evitar dañar sus naves. Permaneció sentado, sin moverse. Pensó que si le hubieran cortado la cabeza de cuajo se habría ahorrado el trabajo de volver a levantarse, porque cada vez le costaba más reunir las fuerzas para hacerlo.

Acarició la empuñadura de la espada tratando de recordar cuántas batallas habían visto juntos. ¿Qué sería de su arma? ¿Quién la recogería al final de la jornada? ¿Quién habría imaginado que era la espada del gran jefe de clan de los ordovicos, sentado ahora a la orilla del mar, cansado y herido? Solo las aguas del océano podían tener el honor de custodiar el arma de un rey. «Debes levantarte, Corann, e ir a combatir.»

A un centenar de pasos de la playa, apareció la proa de una nave. Corann oyó un ruido sordo, seguido por un grito. Vio a uno de los defensores de la Isla Sagrada rodando por el suelo, retorciéndose con una flecha que le atravesaba el cuello. Observó mejor la embarcación y vio que tenía extraños ingenios, que lanzaban flechas cortas como aquella que había recibido él. Blandió la larga espada, dando algunos pasos inseguros en el agua.

—Mi nombre es Corann —gritó—, ¡Corann de los ordovicos!

Desde la nave partieron docenas de flechas hacia la playa. Los valientes guerreros de la Isla Sagrada se lanzaron hacia delante, arrojando sus flechas, pero su potencia no podía compararse con la de los arcos de los mercenarios orientales a sueldo de los romanos. Desde la nave continuaron acribillando a los britanos manteniéndose fuera de su alcance de tiro, con gran esfuerzo de timonel y remeros.

—¡Venid, bastardos, venid y probad el filo de mi espada! ¡Os mataré a todos, palabra de Corann!

Una segunda nave flanqueó a la primera y otros arqueros comenzaron a apuntar a la playa. Corann miró la orilla sobre la que caían flechas y piedras a sus espaldas. No se podía hacer nada contra aquel modo de hacer la guerra. Quizá fuese el fin de una época. ¿Qué mundo era aquel en que un guerrero noble y valeroso podía ser abatido por un cobarde a cien pasos de distancia? Se volvió hacia el mar y aulló su rabia al cielo, luego vio que la última nave en llegar se había adelantado. Vislumbró a un hombre de tez cetrina, protegido por una larga malla de hierro, que lo señalaba al tiempo que hacía gestos dirigidos a otro soldado. Este, que llevaba un extraño yelmo en punta, asintió y apuntó hacia Corann.

Respiró hondo, cerró con fuerza la mano en torno a la empuñadura de la espada y avanzó entre las olas, con el rostro desencajado. La flecha silbó a un palmo de la oreja del britano y el hombre que lo había señalado rio, burlándose de aquel que había fallado el blanco. Vio que los dos se intercambiaban una moneda y discutían, después el primero montó una flecha y con gestos hizo entender a Corann que levantara nuevamente el brazo y gritara, como había hecho antes. El britano se detuvo, jadeante. El hombro le dolía y a duras penas podía sostenerse en pie, presa de una creciente sensación de torpor. Sentía tristeza, consciente de que moriría sin poder

combatir. Un hombre venido de un país lejano y que se reía de su valor lo mataría con una flecha, sin mirarlo a los ojos. Vio que esta llegaba directa con la velocidad de la saeta y sintió cómo penetraba en el pecho, a la derecha, con un ruido. Cayó hacia atrás, perdiendo la espada, y acabó en el agua. El mundo se volvió acolchado, el agua le entró en las orejas, la sal añadió escozor al dolor. La flecha le mordía, brutal, las carnes en la caja torácica, con una fuerza que le quitaba el aliento.

Una ola lo empujó delicadamente sobre el rompiente, se sintió transportado, ligero, y luego abandonado sobre la arena húmeda, la cabeza le daba vueltas, sin comprender dónde estaba el cielo y dónde la tierra. Lo único que entendía, gracias al dolor, era que aún estaba vivo. Permaneció inmóvil durante mucho tiempo, sordo a todo lo que ocurría alrededor, después se puso a gatas, sosteniéndose apenas sobre el brazo bueno, hilos de baba mezclada con sangre le chorreaban de la boca.

Trató de ponerse de pie, resoplando, con un silbido que le salía de la garganta a cada bocanada de aire. Sintió que la sangre le borboteaba en la garganta, se derramaba dentro y fuera del cuerpo, osciló con la cabeza y miró a través del pelo mojado y embarrado de arena. Estaba observando hacia el interior. Vio la playa cubierta de cuerpos y erizada de miles de flechas. Los suyos se estaban reorganizando para afluir hacia el mar. Tosió con dolor, salpicando un borbotón rojo, luego se volvió, tambaleando, con los ojos casi apagados y vislumbró una embarcación a pocos pasos de él. Un hombre con una piel de león saltó al agua, sosteniendo un estandarte en forma de águila, y en un instante el mar se coloreó de escudos que corrían hacia la playa.

Un centurión salió del agua precediendo a los suyos y gritó que lanzaran las jabalinas, que volaron altas sobre la cabeza del jefe de clan. Dio una segunda orden y luego alcanzó a Corann, que lo miraba inmóvil, cubierto de sangre, incapaz de reaccionar. La espada del romano asaetó hacia delante. Corann sintió el hierro frío abriéndose camino en su cuerpo. Una expresión serena se extendió por su rostro. Había muerto feliz.

Un momento antes de la oscuridad el romano y él se habían mirado fijamente a los ojos...

Los hombres valientes de la sagrada isla explotaron en un estruendo y se lanzaron a la carga, cabalgando por encima de los cuerpos de sus compañeros diezmados por arqueros y máquinas de guerra. Una segunda oleada de flechas cayó sobre las primeras filas, diezmándolas. Los guerreros que venían detrás prosiguieron la carrera. Finalmente veían a los odiados enemigos que se estaban disponiendo en una larga fila de escudos, aún entre la espuma de las olas.

Duncan vio a su tío, el invencible Corann, que traspasado por una espada romana cayó al suelo como una encina que se corta. Fue apenas un vislumbre, porque enseguida llegó el enésimo peligro del cielo, la primera descarga de las asesinas lanzas romanas que perforaron los escudos haciéndolos inservibles. Duncan gritó con todo el aliento que tenía en el cuerpo y una sustancia roja le salpicó el rostro. Vio la delgada punta de un *pilum* saliendo por la espalda del hombre que corría delante de él, y apenas tuvo tiempo de saltar a un lado, para no tropezar con su cuerpo. Una segunda andanada de lanzas se abatió sobre ellos, pero ninguna lo alcanzó y, por un instante, sintió que era invencible, como lo había sido su tío. Entre los cantos de los druidas, los mejores guerreros que aquellas tierras hubieran engendrado nunca caían uno tras otro como espigas de cebada madura bajo la hoz. Combatientes expertos, fuertes y valerosos se desmoronaban antes aun de entrar en contacto con el enemigo, y él, Duncan de los ordovicos, joven, frágil e inexperto, estaba a punto de afrontar su primer choque con los odiados romanos, corriendo aturrido entre los gritos, las quejas y la muerte. Ahora era el primero de la fila y los vio, como si de golpe una barrera invisible hubiera detenido su carrera. El mar estaba cubierto de barcas y naves de todas las clases y tamaños, de las que continuaban elevándose hacia el cielo negras nubes de flechas, y las olas grises del estrecho parecían empujar a la orilla una masa de colores resplandecientes. Sobre los yelmos descollaban las crestas púrpuras de sus jefes, que no corrían, no daban pruebas de valor, y que gritaban a sus propios subordinados, en lugar de hacerlo al enemigo que tenían enfrente. Eligió a uno al azar y le apuntó, él, Duncan de los ordovicos. Era uno de los «hombres valerosos» y lo demostraría.

Fue como si su adversario lo hubiera identificado entre los muchos que corrían, porque lo miró desde debajo del yelmo reluciente. Avanzaba hombro con hombro con los suyos, alineado en una formación que parecía interminable, el muro más largo que el joven Duncan había visto jamás. Dio un salto, gritando, y vio que el hombre que tenía enfrente se empequeñecía detrás del escudo. Alzó el brazo y golpeó con todas sus fuerzas, pero, antes de que el mandoble cayera sobre la víctima, se sintió embestido por un dolor lancinante en el costado y su impulso se apagó. Un romano de la segunda fila le había pegado con el borde inferior del escudo, haciéndolo pasar entre los de la segunda fila. En el fragor ensordecedor del combate sintió que el romano le susurraba algo, después otro lo golpeó violentamente en la cara con la protuberancia central del escudo, y cayó hacia atrás. Notó en la boca el sabor de la sangre, percibió el olor de aquellos hombres venidos de otro mundo, y el pánico le inundó el cerebro, que se agitaba en el cráneo como un prisionero en la jaula, sin saber de dónde procedía aquel dolor. Duncan se acurrucó, confuso, y sintió que a su lado resonaba una voz joven como la suya. Un cuerpo cayó encima de él, sin vida, con el pecho desgarrado, y reconoció a Gareth, su amigo. El romano saltó por encima de ambos y siguió avanzando, y a Duncan comenzó a nublársele la vista. Aquel desconocido llegado de no sabía dónde estaba matando a sus amigos uno tras otro, y él ni siquiera podía moverse. Sintió frío y se vio a sí mismo de caza con su tío, con Gareth, Urien y Llyr. Habían pasado pocos meses, pero parecían años. Los relatos delante del fuego en el bosque, las historias de caza, las miradas de las jóvenes de la aldea más allá del río, vidas y destinos futuros, todo terminado, borrado para siempre, junto con los sueños de un muchacho que jamás se levantaría de aquella playa manchada de sangre. Una lágrima le surcó el rostro; cuánto habría querido tener cerca a su madre, en aquel momento... pero era imposible, era un guerrero, había nacido para morir combatiendo, lejos del llanto de una mujer.

Un hombre cubierto por una piel de oso sopló en un extraño instrumento, luego se detuvo y miró a Duncan, indiferente. De una embarcación descendieron otros soldados y el hombre continuó adelante, esquivándolo. Llegaron más romanos, que se alinearon rápidamente, entre los gritos de sus comandantes. Uno de ellos miró por un instante al muchacho a los ojos y después todo pareció lejano...

Duncan murió mientras resonaba sobre su tierra una lengua que nunca antes se había escuchado.

*Signa inferre.*<sup>11</sup>

Vindilo apuntó hacia delante con la espada al tiempo que lanzaba su bayo al galope, y la cresta de la colina vomitó una horda aullante de jinetes sedientos de sangre, que se arrojó sobre la playa. Desde lo alto el espectáculo era sobrecogedor, con la flota que se perdía en el espejo del estrecho y las filas ordenadas de legionarios que salían del agua conquistando cada vez más terreno. Se encontraba ligeramente retrasado, y esto lo puso nervioso, pero estaba preparado para redimirse. Como siempre, tenía a Lugovalos a su izquierda y al portaestandarte con el caballo alado a su derecha, ambos secundándolo en todo momento.

La masa de britanos perdió el control, arrollada por el terror, en cuanto vieron aquella espantosa multitud de jinetes caerles encima sobre el lado izquierdo. Vindilo percibió la angustia de los enemigos y, de inmediato, cambió de dirección, desplazando la carga hacia la retaguardia, allí donde la mayoría habría intentado la fuga. Los caballos se embutieron entre la masa aterrada y confusa, las espadas comenzaron a levantarse y a caer, creando un vacío en torno a ellas. Fue como mandar un rebaño al matadero. De vez en cuando, un decurión era enviado con su unidad a arrollar algún residuo aislado de resistencia, pero la derrota ya se había consumado, y muy pronto el pánico se extendió como un incendio que el viento empujara y los hombres se transformaron en presas.

Los miembros de la Gemina y parte de los de la Valeria habían ocupado la playa y avanzaban. A su derecha, la caballería presionaba sobre el costado, obligando a los britanos a buscar una escapatoria a lo largo del sendero que conducía al promontorio. Los arqueros tomaron posición sobre el rompiente detrás de las legiones y comenzaron a acribillar la ruta de escape del enemigo. Luego se les dio la orden de dejar de tirar, porque se habría corrido el riesgo de que acertaran sobre los jinetes auxiliares.

El ataque romano no había sufrido el más mínimo tropiezo. La operación militar, perfectamente planificada, barrió en un instante las tribus de la isla y aquellas que habían llegado en su ayuda. En la playa de la sagrada madre se esparcían los cadáveres de sus hijos, entre los que merodeaban fugitivos a la desesperada en busca de una salvación en los bosques que cubrían la isla. Muchos se dirigieron al norte, para intentar reorganizar de algún modo una defensa. Otros alcanzaron las embarcaciones escondidas en las ensenadas vueltas hacia la Hibernia. Mataron a todo aquel que no fue lo bastante rápido para huir. Consolidada la posición, era el momento de organizar el avance. A los hombres se les concedió una pausa para que bebiesen y ordenaran el equipo. Poco después, se separarían, según los caminos que había que batir.

Había llegado el momento de la caballería: entrar en acción cuando los demás ya no tenían fuerzas para hacerlo. Aprovechar el instante en que la desorientación, el pánico, la desmoralización y el cansancio transformaban a los enemigos en presas de una carnicería ejecutada brutalmente por un puñado de hombres decididos.

Un trabajo en que los germanos no tenían igual.

Un trabajo que Vindilo, vestido con su túnica escarlata, ya no empapada de agua sino de sangre, estaba guiando con una precisión absoluta y letal.

## Ultraje

*Venta Icenorum*  
*80 millas al norte de Camuloduno*  
*Mayo del 61 d. C.*

El rey de los icenos, Prasutagus, célebre por su larga prosperidad, había dejado como herederos a César y a sus dos hijas, pensando que, con tal gesto, preservaba el reino y su casa de cualquier ofensa.

PUBLICO CORNELIO TÁCITO, *Anales*, XIII, 31

Cato Deciano era un hombrecillo delgado de nariz afilada y mejillas prominentes, mirada pacífica y habla amigable. Hacía gala de cualidades que, en realidad, no poseía, y debajo de sus buenas maneras anidaba una actitud perversa. Era hipócrita y abusaba con frecuencia y sin escrúpulos de la posición que había alcanzado. Cato Deciano era un ser pérfido, degenerado y corrupto, y no solo eso, sino también el procurador que se ocupaba de las cuestiones financieras de la provincia referentes al emperador.

Precisamente, en nombre de Nerón Claudio César Augusto Germánico, se dirigía a Venta Icenorum, la ciudad donde se desarrollaba el comercio de los icenos, y lo hacía por asuntos de dinero. Montaba un espléndido caballo árabe blanco, enjaezado con arreos rojos y tachuelas de bronce, que avanzaba al paso en medio de un séquito variopinto. Además de Deciano, envuelto en una toga color púrpura que valía casi tanto como el caballo, había varios esclavos. Algunos hacían de dependientes, otros, en cambio, se ocupaban de la administración de la provincia con función de secretarios, y estaban encuadrados en una jerarquía que constituía la columna vertebral de todo el aparato burocrático de Camuloduno. Los seguían varios legionarios, que por antigüedad en el servicio habían sido empleados como fuerza de policía, además de algunos viejos centuriones convertidos en oficiales tributarios. El hecho de que la columna de Deciano comprendiera también una decena de carros, escoltados por un centenar de frisonos recién llegados de Germania, había suscitado más de una duda en los habitantes de las numerosas granjas que la columna había encontrado a lo largo de su recorrido.

—Torcuato.

El decurión aflojó la marcha del caballo y se volvió hacia el procurador.

—¿Falta mucho?

—No, Venta Icenorum está más allá de aquella planicie.

Deciano lanzó una mirada aburrida al llano que se extendía ante ellos y el monótono y recto sendero que lo atravesaba.

—Torcuato... ¿es verdad lo que se dice de tu nombre?

—Depende de qué se diga.

—Se dice que abatiste a un jefe de clan alto y corpulento delante de todos, le quitaste el *torques* y te lo pusiste.

—Es verdad. El nombre me lo puso el divino Claudio cuando vino a Camuloduno, y durante la ceremonia de fundación de la colonia distribuyó una serie de condecoraciones. —Se llevó complacido una mano a la *phalera* de plata que pendía de su cota de malla—. Pero hablamos de hace quince años.

Deciano se compadeció de aquel pobre militar idiota que presumía de su mísero trozo de plata sujeto a la armadura. Le ordenaban dar la vida por una medalla y estaba tan feliz... qué imbécil. Por lo demás, los grandes dioses creaban pequeños hombres, y este que cabalgaba a su lado era un ejemplo. Alto y corpulento, revestido de hierro y armado con las mejores espadas que se podían producir, no había hecho otra cosa en la vida que masticar polvo e imprecaciones. Había puesto la brutalidad, probablemente su única virtud, al servicio del ejército, y allí había encontrado el ambiente adecuado para descollar. Y al final de su carrera le había sido asignado el mando de aquel puñado de esbirros que en teoría debían mantener el orden público. Bonita recompensa... Deciano se sentía ajeno a todo eso, él era distinto. Él saldría rico de aquella tierra húmeda, convencido como estaba de que los dioses le reservaban un destino de majestad y poder.

Vio a lo lejos a un hombre en uno de aquellos típicos carros de dos ruedas, que lanzaba a los caballos al galope en el sol de la mañana, y pensó en lo pequeños que eran también todos los icenos. «He aquí a otro que con cuatro patas y dos ruedas cree tener el mundo en sus manos.»

—Nunca hemos encontrado asentamientos fortificados o casas con cercados defensivos, cuando, en cambio, al oeste de Camuloduno casi todas las aldeas están rodeadas por una empalizada.

Torcuato asintió.

—Ese es el territorio de los trinovantes, que suelen vallar y fortificar todo. Los icenos son distintos, orgullosos, gente antaño muy poderosa, por lo que tenían poco que temer de sus vecinos. Aquí no hemos conseguido mucho éxito.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que aun cuando sean nuestros clientes y sus nobles juren fidelidad a Roma, en realidad nunca han aceptado de verdad esta situación. Aquí no verás casas de ladrillos cubiertas de tejas, no verás mercancías de Londinium ni mercaderes de Camuloduno.

—Casas de madera y techos de paja... ¡qué civilización de piojosos!

Miridin alcanzó a Boudica bajo la gran encina.

—Una columna acaba de llegar. Hay carros y varios jinetes armados, entre ellos debe de haber algún personaje importante.

La reina inspiró profundamente. Era la primera vez, desde que Prasutagus se había marchado para siempre, que recibía una visita de sus poderosos vecinos. Sabía que aquel momento llegaría, antes o después, pero con gusto habría prescindido de él. No obstante, su rango le imponía ocuparse de tales asuntos con serenidad, de modo que asintió.

—He llamado a algunos representantes de la nobleza; es mejor que para acoger a la delegación nos presentemos todos reunidos en tu vivienda.

—Puede ser que solo sean jinetes que se dirigen al norte —dijo Boudica, tratando más que nada de convencerse a sí misma.

—Sí, es posible.

El rumor del viento entre los brotes de la encina acompañó los pasos de la mujer en el breve trayecto hacia la casa. Percibió más de una mirada de inquietud, a las que respondió con sonrisas tranquilizadoras. Se detuvo poco antes de la entrada, cerca del recinto de piedra seca que rodeaba la gran construcción circular. Miridin se acercó y le dijo:

—Es mejor que los recibamos dentro, sentados. Servirá para dar mayor impresión de firmeza.

Ella asintió, alentada por la presencia de Miridin. Tras aconsejar durante años a su marido, continuaba haciéndolo con ella, proporcionándole sugerencias siempre valiosas.

En el interior de la vivienda se encontraban ya presentes algunos representantes de la alta nobleza de Venta, los personajes que tomaban parte en los consejos y tenían derecho a deliberar. Hombres que habían acompañado a Prasutagus a lo largo de años y que con su guía habían contribuido a crear un reino próspero y rico. La mayoría de ellos ostentaba aquella posición desde tiempo inmemorial, antes incluso del reinado de Antedio, el predecesor de Prasutagus. Pero también eran varios los

nuevos nobles, que habían adquirido su condición gracias a las riquezas acumuladas con el gobierno del difunto rey. En general, se trataba sobre todo de tratantes de caballos. Casi todos los nobles hacían alarde de vestimentas y valiosos ornamentos, como testimonio de su riqueza. Mirándolos, Boudica se sintió menos sola, pero al mismo tiempo también estaba preocupada.

—¿Y Cathmor?

—No está, reina. Ha ido a cazar, temprano por la mañana.

—Creo que se trata de una buena señal —dijo Miridin con una sonrisa.

Se oyó alguna carcajada. Era indudable que el carácter rencoroso de Cathmor habría podido encender los ánimos y no era oportuno dar una mala imagen, si aquella era la primera visita oficial de Roma a la nueva soberana, la piedra sobre la que sostener las relaciones de buena vecindad ya existentes.

La silueta del viejo Miridin, con su túnica de lana blanca, desapareció en la luz de la entrada para ir al encuentro de los visitantes y en la estancia se hizo el silencio. La tensión casi se podía palpar. El ruido de los cascos anunció la llegada de un gran contingente de jinetes. En la gran sala circular, más de uno miró alrededor preocupado, aunque no se oían gritos u otras señales de posible peligro.

Unos instantes después Miridin regresó a la casa de la reina, precediendo a un hombre calvo de pequeña estatura, envuelto en una toga roja que le confería un aspecto respetable. Lo seguían tres asistentes, también ellos bien vestidos, y un hombre hirsuto de piel aceitunada, probablemente un esclavo, que llevaba algunos pergaminos. Detrás de ellos entraron cuatro hombres armados de aspecto amenazador. Eran militares, tres romanos y el cuarto quizás un germano, porque tenía una armadura desconocida y un yelmo ornado con el pelaje de algún animal.

Uno de los romanos se adelantó y se puso al lado del togado, luego se quitó el yelmo y mostró el corto pelo gris. Llevaba una coraza musculada en bronce, muy suntuosa. También el germano se descubrió la cabeza y reveló una cabellera del color del trigo maduro, cortada a la moda romana, y examinó a los presentes con sus ojos de hielo. Los otros dos militares permanecieron al lado de la puerta.

—Mi reina, te presento a Cato Deciano, procurador de la colonia Claudia, encargado de los intereses del emperador Nerón.

Boudica asintió y respondió en buen latín.

—Bienvenido a mi casa, Cato Deciano, en mi nombre y en el de todos los icenos.

El procurador quedó impresionado por la elegancia en el hablar de aquella mujer, pero no dio la mínima señal de ello. Así comprenderían que para comunicarse con él debían usar la lengua del Imperio. En cualquier caso, no dejaba de constituir una ventaja.

Deciano respondió a las formalidades como el consumado diplomático que era, inclinando la cabeza hacia quien todos llamaban «reina».

—Acojo tus palabras de bienvenida con placer y te transmito el saludo del emperador —dijo con tono afectado. Toda la vestimenta de Boudica consistía en una simple túnica de lana verde ceñida a la cintura. ¿Reina? Ni siquiera la más modesta dama romana habría acogido así a un huésped de su rango, era inimaginable—. Pero temo que el placer deba ser acompañado también por el deber. Mi deber hacia las órdenes del emperador.

Boudica mantuvo el mismo tono cortés y la mirada amistosa.

—Estoy segura de que lograremos resolver cualquier dificultad que surja. Es mi firme intención proseguir con la política de amistad y colaboración con Roma que mi difunto consorte, el rey Prasutagus, ha llevado adelante estos últimos años.

El procurador tendió la mano hacia uno de los asistentes. Aquella supuesta reina era más alta que él, pero si pensaba que así lo intimidaría...

—Precisamente este es el motivo de mi presencia aquí hoy.

—Me alegro de ello y estaré encantada de escucharte, procurador —dijo Boudica con una sonrisa.

El asistente cogió uno de los pergaminos de mano de un esclavo y se apresuró a dárselo a Deciano. Este lo desplegó y, tras examinarlo brevemente, alzó la mirada hacia la mujer.

—¿Sabes leer?

Por un instante se produjo un silencio absoluto.

—No —respondió al cabo la reina.

—Lo siento, porque aquí tengo las disposiciones dictadas por tu marido, el rey Prasutagus, antes de morir.

—Creo conocer de memoria sus últimas voluntades. Las discutimos varias veces juntos, y llegamos a la misma conclusión.

—Bien. Entonces no dudo de que sea nuestro común deseo que sus voluntades sean respetadas por completo.

Miridin dirigió una mirada de aprobación a Boudica, como para comunicarle que se estaba mostrando a la altura de la situación.

Deciano había seguido leyendo el pergamino, pero se interrumpió para mirar alrededor con expresión interrogativa.

—El documento hace referencia a un legado para las hijas del difunto rey. ¿Están aquí presentes?

—No, porque yo me ocupo de sus intereses hasta que...

—Considero que es oportuno que asistan a la lectura del testamento —la interrumpió Deciano con tono áspero, sin mirarla a la cara.

Miridin se inclinó un poco hacia Boudica, recomendándole con una mirada que mantuviera la calma.

—Enseguida voy a llamarlas, reina.

Cato Deciano asintió y dirigió una mirada de complicidad a Torcuato, que a su vez hizo un guiño a uno de los dos oficiales que permanecían junto a la puerta. El militar dejó salir a Miridin y de inmediato lo siguió, un gesto que no podía pasar inadvertido y que enfrió enseguida la atmósfera de la sala. A Boudica le dio un vuelco el corazón. Se esforzó por permanecer serena y cordial, pero ya sentía dentro de sí que había algo que no marchaba bien. Además, sentía verdadera repulsión por aquel untuoso hombrecillo que tenía enfrente. Procuró tantear el terreno.

—Aunque no sé leer, puedo recitar de memoria el contenido de ese pergamino. Sé con seguridad que mi marido dispuso el legado de la mitad de sus haberes a sus hijas, y que seré yo quien los administre hasta que alcancen la edad de velar por sus propios intereses.

—Eso ya dice mucho —replicó el romano en tono de irritación—, pero ese es solo uno de los aspectos que debemos discutir hoy. Por eso necesito que estén aquí presentes todos aquellos a quienes se menciona en el testamento, para que la posición de la parte que represento, es decir, el divino emperador Nerón Claudio César Augusto Germánico, quede bien clara y definida, sin posibilidad de equívocos.

Boudica se puso al instante a la defensiva. Aquellas palabras escondían algo sospechoso y amenazador, estaba segura de ello. Además, sin la presencia y la asistencia de Miridin, no estaba muy convencida de haber entendido el sentido de aquel discurso.

—¿Qué significa «eso ya dice mucho»?

—Para empezar, significa que Prasutagus, que ha servido a Roma con lealtad y fidelidad, ha querido subrayar, excluyéndote de facto de su sucesión, que no se fiaba de ti y de cómo habrías podido comportarte con su legado.

—¡No es verdad! Confiaba en mí... y no me ha excluido...

—¡Claro que te ha excluido! Es evidente que lo ha hecho, dado que a ti no te corresponde nada más que la administración temporal de algo que no te pertenece.

Boudica tragó saliva, sintiendo que la respiración se le aceleraba.

En ese momento apareció Miridin, seguido por dos muchachas, que miraron en torno, desorientadas. El anciano consejero se dio cuenta de inmediato de que había sucedido algo. Boudica estaba pálida y sus ojos traslucían una fuerte preocupación.

—Miridin, creo que es preciso aclarar la cuestión de la sucesión con...

—¿Y este quién es? —la interrumpió de nuevo Deciano, con cierto desprecio.

—Mi nombre es Miridin y durante veinte años he sido el consejero del rey Prasutagus —respondió el anciano—. Tras su muerte he continuado ofreciendo mis servicios a la reina.

—Luego abordaremos también la cuestión de este atributo de «reina», como oigo que os obstináis en llamarla —replicó el romano, airado—. Y los demás presentes, ¿quiénes son?

Boudica intentó replicar, pero sintió en la muñeca la mano de Miridin, cortés pero firme. El consejero lo atravesó con la mirada. Boudica lo vio mirar del mismo

modo al romano, pero el alma de aquel hombre carente de escrúpulos debía de estar bien protegida.

—Te aseguro, noble Deciano, que solo queremos llegar a una conclusión que nos satisfaga a todos. Para tal fin te ruego que me permitas hacer de mediador entre la ley romana y las costumbres de los icenos, porque creo que puedo ser útil para tu causa. —Miridin tendió el brazo para señalar a los nobles, sin apartar la mirada del procurador—. Estamos discutiendo las últimas voluntades de un soberano, no de un hombre corriente. Por eso creo que es justo que para escucharlas esté presente también una representación de la nobleza de su pueblo, que ha contribuido, bajo la guía del rey Prasutagus, a hacer este reino próspero y floreciente. —Se acercó a los nobles, siempre vuelto hacia el romano—. No pienses que el rey tomó estas decisiones solo, sin consultarlas con nadie. Sus últimas voluntades son fruto también de conversaciones que mantuvo con los nobles que ves aquí, los cuales esperan confirmación, tras la lectura del testamento, de que las tierras serán repartidas según tales voluntades. —Se ubicó en medio de ellos, porque ese era su puesto, y concluyó—: Creo que el legado de la mitad de su reino al poderoso emperador que tú representas es un símbolo claro del respeto y la fidelidad de los icenos hacia el poder de Roma.

Deciano apretó los labios. Sonrió, y durante un instante todos se relajaron. Boudica se sintió alentada por la intervención de Miridin. Habría querido abrazarlo. El consejero había hecho alarde de sus artes diplomáticas, en las que tenía muy pocos iguales. El romano no habría podido plantarle cara.

—Eres un hábil diplomático, lo reconozco y estoy impresionado sinceramente por la calidad de tu lenguaje —dijo Deciano, melifluo, e hizo una pausa estudiada. Pero solo era un homenaje formal, parte de su juego—. Me doy cuenta, sin embargo —continuó al cabo de un instante, sacudiendo la cabeza, casi con pesar—, de que aquí nadie tiene muy clara la situación real. —Enrolló el pergamino y lo tendió al asistente, que se apresuró a cogerlo. Luego prosiguió con el tono de alguien que estuviera dando clase a unos niños ignorantes—. El difunto Prasutagus era un rey cliente de Roma. ¿Sabéis qué significa esto? —Recorrió con la mirada la asamblea—. ¿No? Os lo explicaré. Significa que se le permitía gobernar este reino mientras mantuviera una política acorde con la voluntad del emperador. Prasutagus era, a todos los efectos, un ciudadano romano y, como tal, prestaba sus servicios a Roma.

—Nadie ha otorgado nunca la ciudadanía romana a Prasutagus —intervino Boudica.

—Formalmente no —reconoció Deciano—, pero en virtud de su función habría tenido derecho a solicitarla en cualquier momento. Digamos que se daba por supuesto, dado que siempre defendió con lealtad los intereses de Roma. Y ha demostrado que era un romano hasta el final, hasta el punto de que, como habría hecho un *civis romanus*, ha dejado un testamento, costumbre que me parece ajena a los usos del pueblo iceno. —Miró de soslayo a Miridin—: ¿O me equivoco?

—No te equivocas. En efecto, el testamento fue redactado para aclarar su posición con respecto a Roma. En lo que a su gente incumbe, no habría habido necesidad.

—Me alegro, pero ahora el testamento existe y tiene efecto jurídico, y, desde el momento en que los icenos están bajo la jurisdicción romana, me corresponde a mí ocuparme de ello.

Boudica hizo un gesto de rabia.

—¿Desde cuándo estamos sujetos a la ley de Roma?

—Desde que el rey Antedio, predecesor de Prasutagus, firmó un tratado de dependencia con Roma —replicó Deciano—, después de la rebelión de la tribu, hace quince años. El tratado os ha concedido privilegios y riquezas, y la promesa de continuar gobernando en la recíproca satisfacción de las partes y en el interés de Roma.

Las dos muchachas se acercaron espantadas a su madre, que las acogió entre sus brazos para que se sintieran protegidas. Boudica acarició a la menor, de doce años, para tranquilizarla. Un sudor frío le humedecía las manos, y sus dedos se enredaron en el suave cabello de la muchacha. La cinta que los ataba quedó en la palma de la reina.

—¿No lo entendéis? Prasutagus no era un monarca que pudiera disponer de sus posesiones a su gusto, sino que ocupaba el trono para hacer respetar los tratados estipulados por Antedio, y le fue concedida una no muy común libertad de acción solo en virtud de su amistad con el pueblo romano y la habilidad con que supo conducir y hacer prosperar el reino, proporcionando notables ingresos a la administración imperial.

Los icenos se quedaron de piedra ante aquellas palabras y aún más por el tono con que fueron pronunciadas.

Deciano miró a Boudica y prosiguió.

—La relación es entre Prasutagus y Roma, y no entre Prasutagus y sus sucesores. A la muerte de un rey cliente, sus propiedades pasan íntegramente a las manos del Imperio, incluidas sus riquezas personales y sus haberes de cualquier clase y naturaleza. Por lo tanto, las voluntades de Prasutagus no deben tomarse en consideración, sencillamente porque no podía disponer de lo que no era suyo. Todo lo demás, y con ello quiero decir también las propiedades privadas de los nobles, será equitativamente repartido entre la administración provincial.

Boudica buscó a Miridin con expresión desesperada y las rodillas flojas por el golpe recibido. Pero Deciano no había terminado.

—¡Ay de vosotros si el emperador se enterara de que un súbdito se ha permitido redactar semejante testamento! Sería inaceptable. De todos modos, teniendo en cuenta la lealtad demostrada en vida por Prasutagus, cerraré un ojo y solo consideraré válida la parte relativa a las propiedades privadas.

—Noble Deciano —intervino Miridin, sereno—, quizás haya un malentendido. El rey Prasutagus hablaba de territorios, no de propiedades.

El procurador sacudió la cabeza, molesto.

—No digamos tonterías. Prasutagus no podía darme la mitad de lo que ya me pertenecía por completo.

—Pero todo esto, ¿qué significa? —terció Boudica, y su tono de voz reveló toda la cólera que la embargaba.

—Significa que la totalidad de las propiedades de Prasutagus son puestas bajo el control de la administración de la provincia. Para el resto de las propiedades se exigirá corresponder con la mitad de cada patrimonio. Mis hombres están aquí para ayudarme a redactar un inventario de las tierras, del ganado y de los demás bienes. Comenzaremos hoy mismo, llevándonos aquello que sea transportable.

La atmósfera que reinaba en la estancia, hasta ese momento gélida, como por ensalmo se encendió al instante. También los nobles habían entendido finalmente qué se escondía detrás de aquellas sutilezas jurídicas, y se pusieron a protestar viva y amenazadoramente.

Torcuato y el germano desenfundaron la espada, y de inmediato sobre los presentes se abatió un silencio furioso, acompañado por miradas cargadas de odio. La tensión era altísima.

—Envainad ahora mismo esas armas —ordenó Boudica.

—Ellos solo reciben órdenes de mí —dijo Daciano, tajante—. Si estuviera en tu pellejo, no empeoraría aún más tu ya precaria situación.

—¿Quién eres tú para venir a ofenderme en mi propia casa? Esta es mi casa y quiero que guarden esas armas, ¡de inmediato!

—No, mujer, esta casa te fue concedida mientras tu marido vivía. Ahora cálmate o te hago echar de aquí con silla y todo.

—Tú... tú no puedes hacerlo —gritó Boudica.

—Claro que puedo hacerlo, estoy en mi derecho, y, si quiero, también puedo tomar rehenes hasta que la deuda se extinga y el asunto se resuelva.

Uno de los nobles intentó marcharse, pero fue detenido por los oficiales que montaban guardia en la puerta.

Deciano suspiró e hizo que le pasaran un segundo pergamino.

—Y hablando de asuntos que resolver, aquí tenemos otro, también bastante grave, por no decir peor.

Boudica sintió que le faltaba el aire. El odio la consumía por dentro, pero, al mismo tiempo, se sentía sin fuerzas. Estaba perdiendo su entereza inicial.

—Se trata de un asunto de cierta relevancia referido a un préstamo que el emperador Claudio hizo en su momento a los nobles de tu tribu, como recompensa por apoyar la invasión romana y para defender vuestros derechos.

—¿Qué tiene que ver con el testamento de mi marido?

—Nada, pero se trata de cuarenta millones de sestercios, que han sido prestados a una tasa de interés favorable. Los términos del préstamo han vencido, la suma debe ser restituida de inmediato y aquí está escrito... —Fingió leer atentamente el pergamino—. Veamos... Ah, sí, «si es necesario, por la fuerza».

—¿Acabas de quitármelo todo —gritó Boudica— y ya me estás pidiendo más dinero? ¡Ni siquiera sé de qué suma se trata! ¡Ignoro por completo de qué estás hablando!

Deciano siguió leyendo, mientras Torcuato miraba a los presentes con expresión amenazadora, empuñando la espada.

—Voy a explicártelo. Dado que no estás en condiciones de pagar la deuda, el emperador será nombrado beneficiario de la mitad del patrimonio de todos los jefes tribales, como dice el testamento. Además, teniendo en cuenta tu insolvencia con respecto a la administración imperial, se establece que la mitad restante de los bienes

sea confiscada hasta alcanzar la suma debida a título de devolución del préstamo. Lo que queda será luego restituido, naturalmente, a sus legítimos propietarios.

Boudica se levantó, hecha una furia. Miridín dio un paso hacia Deciano, pero Torcuato le puso la punta de la espada en la garganta. A los gritos de la reina se unieron los de los nobles. Un instante después, una decena de legionarios entraron en la estancia, empujando a los presentes contra la pared con sus lanzas. Boudica protegió a sus hijas con su propio cuerpo como escudo, pero se negó a retroceder, y permaneció donde estaba, con los ojos desencajados, mirando al germano, que le había puesto la espada en el pecho.

Con el rostro morado, Deciano se puso a gritar sin control.

—¡Este comportamiento es un acto de abierta rebelión, y como tal será tratado! —Miró a los presentes con desprecio—. Llévala fuera —ordenó a sus hombres—, y azotadla delante de todos como a cualquier criminal: que sirva de ejemplo para quien ose oponerse a la voluntad del emperador.

—¡No, por favor, noble Deciano!

Miridín intentó dar un paso más y Torcuato lo golpeó en la sien con el pomo de la espada, haciendo que cayera al suelo. Boudica se lanzó contra el decurión, pero el germano la detuvo. Las muchachas rompieron a llorar, mientras entre los icenos se abrían paso el temor y la conciencia de que estaban a merced de hombres sin escrúpulos.

—Estáis arrestados por rebelión contra un funcionario del emperador.

Boudica trató inútilmente de soltarse. Dos soldados la agarraron brutalmente por los brazos. La mujer escupió, arañó, se revolvió. Contempló a Miridín, que, en el suelo, se cubría el rostro con las manos manchadas de sangre. Un iceno intervino y recibió un par de golpes, otros soldados entraron en la estancia y sacaron a la reina a rastras. Boudica pensó en sus hijas e intentó volverse para ver dónde estaban, pero la multitud se lo impedía. Fuera, a la luz del sol, cayó al suelo, despellejándose las palmas de las manos. Una mano la levantó como si fuera una pluma y la empujó. Los soldados la miraban, mientras algunos de ellos mantenían alejada a su gente con las puntas de las armas. Los hombres que la sujetaban preguntaron al oficial dónde debían ponerla. El militar miró alrededor y señaló el claro cercano a la gran encina.

Torcuato miró a Deciano.

—¿Qué hacemos con las hijas?

El procurador se detuvo en el umbral y echó un vistazo a las dos muchachas. Ya había reflexionado sobre lo que había que hacer cuando examinó el caso, y ahora, dada su juventud, decidió proceder.

—Con toda probabilidad son vírgenes, y además también están consideradas de estirpe real. Pronto podrán convertirse en un delicado bocado para jefes de tribu, incluso importantes, con el riesgo de alguna peligrosa alianza, y eso no nos lo podemos permitir. —Compuso una vaga mueca de disgusto—. Ocupate tú del asunto, evítame esa molestia. Que tus hombres se diviertan un poco, y asegúrate de que pierdan la virtud, conservando no obstante la vida. Deben ser una llamada de atención para todos, pero si las matamos se convertirán en mártires, y no queremos eso.

El decurión se acercó a la mayor y la cogió por las delgadas muñecas. Aine trató de oponer resistencia a aquellas garras de granito que la sacudían como una hoja a merced de la tempestad. Intentó golpear a su agresor, pero el pequeño puño acabó dando contra la coraza. Una áspera mano la sujetó a continuación por el cuello hasta prácticamente ahogarla.

Boudica cayó de rodillas delante de la encina. Una espada le desgarró la túnica por detrás, después un tirón violento la dejó desnuda hasta la cintura. A continuación, unas manos la sujetaron las muñecas para atarlas con una tosca cuerda. Apretaron sin hacer caso de su desesperación, después la pusieron de pie y, entre dos, la inmovilizaron. Lloró, alzó la mirada y encontró el rostro de Alis, la mujer de Efin, el curtidor. Estaba con su hija y la observaba con expresión de dolor. A su lado vislumbró al herrero, y, detrás de este, el rostro marcado del bardo Yorath, que la miraba boquiabierto, con los ojos arrasados en lágrimas. Se recompuso delante de su gente, que se acercaba compungida para ver qué estaba sucediendo.

Los soldados mantuvieron a distancia a la multitud con las armas, y los icenos no reaccionaron. Sentían que lo que deseaban aquellos hombres era llevar a cabo una matanza. Boudica reprimió el llanto y permaneció inmóvil, buscando la fuerza en las miradas de los suyos, que le decían cuán penoso era para ellos verla allí, con el torso desnudo, mientras la ataban al árbol abrazada al tronco.

—¡Ayúdame, Andrasta, ayúdame, dame fuerza!

Oyó la voz de Deciano a sus espaldas.

—Me veo obligado a castigar a la aquí presente, Boudica, esposa del difunto rey Prasutagus, con veinte latigazos, por su insolvencia a la hora de saldar cuentas con la administración imperial. A estos se añaden otros veinte por la resistencia opuesta a un oficial de la administración provincial, que ejercita sus funciones por cuenta del emperador Nerón Claudio César Augusto Germánico. —El procurador desplegó el enésimo pergamino—. Comunico, además, que, siempre a causa de dicha resistencia a un oficial en el ejercicio de sus funciones, la clase noble del pueblo de los icenos es puesta bajo arresto y sus bienes, propiedades, riquezas y haberes de cualquier tipo confiscados en este mismo momento.

Por un instante calló y se produjo un silencio roto solo por el rumor de las ramas a merced del viento, como si el mundo se hubiera detenido.

—En los próximos días —continuó—, se procederá al inventario de los bienes que no puedan ser transportados hoy. Entretanto, los rehenes permanecerán sujetos a la jurisdicción de Roma como garantía del pago de la deuda.

Luego el viento cesó y ni siquiera las hojas volvieron a moverse.

La voz de una muchacha que gritaba el nombre de su madre rasgó el cielo azul.

—¡Mor! —gritó Boudica—. ¡Mor! ¡Mor! —Se revolvió como una gata enloquecida y, al momento, se convirtió en un tigre, aullando a voz en cuello el nombre de su hija.

—¡Adelante!

—¡Mor!

El látigo restalló y se abatió, violento, sobre la piel de la espalda de la reina, resbalando y dejando la huella roja de la humillación.

—¡Uno!

Un gemido lacerante salió de los labios abiertos, pero el dolor no vino del exterior, como producto del azote, sino que subía de dentro, directamente del alma. Trató de soltarse gritando el nombre de su hija, pero las cuerdas le apretaron aún más las muñecas y el látigo volvió a fustigarla. Oyó de nuevo su nombre, esta vez pronunciado por Aine, la mayor, y reconoció con toda claridad la desesperación que transmitía su voz.

—¡Aine! —aulló—. ¡Aine no!

Un nuevo azote, brutal, en la espalda. Sintió una sacudida violenta y la sangre brotó, el vestido rasgado cayó bajo los ojos desorbitados de su gente, mientras el centurión proseguía, imparable, con la cuenta. La reina de un pueblo de guerreros estaba completamente desnuda, atada a un árbol, y era azotada entre las sonrisas lascivas de los soldados invasores.

—¡Seis!

A Boudica le pareció que sus hijas lloraban, apretó los dientes y contuvo los sollozos, para estar cerca de ellas en aquel momento. Trató de aislarse del chasquido del látigo, el vocerío de los soldados, los lamentos de las mujeres y voló ligera como una pluma junto a ellas, para consolarlas...

—¡Nueve!

Recordó que tenía en la mano la cintita de Mor y la apretó convocando a Andrasta, para que con sus bandadas de cuervos le dieran una señal. Le ordenó que se materializara en aquella casa y se ensañara contra ellos como una furia ciega, le rogó, la insultó, la maldijo...

—¡Catorce!

La piel del rostro congestionada, surcada de lágrimas y sudor, mezclados con una fina capa de polvo...

—¡Dieciocho!

Se volvió, con el rostro desencajado por el dolor, el corazón rebosante de odio...

—¡Veintiuno!

Aullaba su rabia ciega, y cualquiera que hubiera mirado sus ojos, en aquel momento, habría visto un negro abismo sin fondo...

—¡Veintiséis!

Cada azote era como un puñado de sal sobre las llagas. Buscó a Deciano, que no la miraba, y lo mató con el pensamiento. Imaginó que lo degollaba, que bebía su sangre. Deseó arrancarle el corazón y levantarlo hacia el cielo...

—¡Treinta!

Las rodillas se doblaron, la espalda se inclinó... solo las cuerdas la mantenían en pie, desollándole las muñecas. Las cuerdas, y el dolor hiriente del llanto de las niñas, que continuaba oyendo, aunque cada vez más lejano.

—¡Treinta y cuatro!

Rogó no sobrevivir si mataban a sus hijas. Ignoraba qué les estaba ocurriendo, pero sabía que los romanos no ajusticiaban a las vírgenes para no ofender a sus dioses. Por lo tanto, si su intención era matarlas, primero debían desflorarlas...

—¡Treinta y seis!

La cabeza colgó de lado. Las fuerzas la estaban abandonando, el dolor era insoportable y los golpes parecían llegar directos al cerebro. Pidió a Andrasta que se llevara también a Mor y a Aine, y que lo hiciera de inmediato.

—¡Cuarenta!

Oyó voces lejanas a sus espaldas, pero distantes, como si procedieran de otra dimensión, a medio camino entre la tierra y el cielo. El látigo se había aplacado, pero no el llanto de las muchachas. Se preguntó dónde estaban los dioses, pero no obtuvo respuesta, y se le nubló la vista. El dolor iba y venía, ora más sordo, ora lacerante. Había perdido la noción del tiempo, el sol ya no estaba en lo alto y la gente parecía haberse marchado... Cerró de nuevo los ojos e imploró ser acogida en el otro reino. «Déjate ver —pensó antes de perder el sentido—, déjate ver, Arawn, cruel señor del otro reino, hoy ya te has divertido bastante oyendo mi llanto, disfrutando de mi dolor. Adelante, estoy aquí por ti, ya nada te retiene, ven a buscarme y llévame con tu jauría de perros de ultratumba.» Después, se hizo la oscuridad.

Abrió los ojos, de golpe, embestida por el dolor, un dolor profundo que la desgarraba por dentro. Percibió el sufrimiento del cuerpo, que le mordía la espalda como si la hubiesen desollado, que le apretaba las manos hinchadas y cubiertas de arañazos. Arawn, el mezquino, maldito señor de las almas en pena, no había acudido en su busca. Ni siquiera estaba cabalgando entre verdes praderas junto a Epona. Boudica se hallaba aún atada firmemente a la encina y a su inmenso sufrimiento.

Sintió un temblor que ascendía por una de sus piernas desnudas. Inclinó la cabeza, apoyando la frente en el tronco de la gran encina, y reconoció la cabellera desordenada de Mor. Estaba abrazada a su pierna, lloriqueando. La reina tuvo un sobresalto, como si la vida hubiera vuelto a ella; de repente, intentó ponerse de pie, pero no lo consiguió, abrió los labios, pero ninguna palabra salió de ellos. La pequeña sintió que su madre se había movido y alzó los ojos llenos de terror. Le bastó un instante para comprender la magnitud de lo que había sucedido. Boudica sollozó, tratando de acercarse de algún modo al rostro de su hija, pero ambas estaban demasiado doloridas y cansadas para moverse. La reina no supo si sentirse feliz de ver a Mor con vida, y se preguntó si no era preferible no sobrevivir a aquello para no tener que recordarlo cada día, quizá para siempre.

Miró alrededor y vio a un legionario que, apoyado en su lanza, la observaba con una expresión indescifrable en el rostro. Montaba guardia mientras los otros se ocupaban de cargar los carros con todo lo arrebatado a la aldea. En silencio imploró a aquel soldado que la desatara, que le permitiese abrazar a su hija. Movié los labios, pero tampoco esta vez consiguió articular palabra. Suplicó, con la expresión de una madre sufriendo, que recordara que también él, en alguna parte, tenía una madre a la que abrazar.

El legionario no sabía quién era aquella mujer y qué hacía atada a aquel árbol. Cualquiera que fuese su delito, le pareció que el castigo ya había sido suficiente. Después miró a la muchacha que lloraba agarrada a ella y experimentó un estremecimiento de comprensión. Quizá pudiera... pero se lo pensó mejor; al fin y al cabo, nada de eso era responsabilidad suya. Le habían dicho que montase guardia y eso era lo que seguiría haciendo. Se volvió hacia una fila de icenos sentados con las manos atadas y una cadena al cuello, después alzó la mirada hacia el sol y calculó ociosamente cuánto faltaba para la hora del rancho.

Aquel día los hombres se habían olvidado de la piedad.

Boudica notó que la levantaban, y un dolor salvaje le atravesó la espalda, como si le hubieran echado aceite hirviendo. Abrió los ojos y, con un gemido, reconoció el rostro de Efin, el curtidor, que la estaba desatando, mientras Yorath la recostaba delicadamente sobre algo mullido. Oyó que la esposa de Efin daba órdenes y las voces de las otras mujeres en torno a ella, y se dio cuenta de que se encontraba entre su gente. La habían puesto sobre una especie de camilla improvisada, y la llevaban a alguna parte. Todo era confuso... Miró el puño en que sujetaba la cinta de Mor, y recordó que la había visto abrazada a su pierna, pero no podía decir si había sido real o lo había soñado. Ya no sentía los brazos, no conseguía moverlos, como si no formaran parte de su cuerpo, un cuerpo que, por lo demás, parecía arder.

Sintió que una mano le acariciaba el cabello sucio, abrió los ojos con gran esfuerzo y una imagen desenfocada empezó a cobrar forma. Era Aine, su hija mayor, con las mejillas surcadas por estelas de cristal y la boca hinchada. Boudica comprendió que la muchacha no lloraba por la condición en que se encontraba, sino por la de su madre. La vista se le empañó, se le llenaron los ojos de lágrimas y los sollozos la estremecieron. Pero no era un llanto propiamente dicho, sino algo tan devastador que ya no podía retenerlo dentro, algo de lo que el llanto era solo un remedo.

Era la esencia misma del dolor.

El mismo día en que habría querido morir, Boudica se volvió inmortal.

## Rhiannon

*Territorio de los trinovantes  
47 millas al este de Camuloduno  
Mayo del 61 d. C.*

Ama como si más tarde debieras odiar.

MARCO TULIO CICERÓN

Caminando despacio, Aquila merodeaba por la obra. De vez en cuando miraba atentamente el pergamino, que luego enrollaba para comparar lo que aparecía en él con la realidad.

Su villa o, mejor, la enorme obra que se convertiría en su villa, estaba dividida en dos partes. En una surgía la granja, dispuesta en forma de L a lo largo del perímetro de la propiedad. Esta parte disponía de dos patios interiores adonde asomaban los alojamientos de la servidumbre. En el centro de los patios se encontraban las tinas, que servían tanto como abrevaderos para los animales como para lavar la lana de las ovejas o las pieles recién curtidas. Allí deberían surgir también las cuadras para los caballos y los cobertizos para el ganado.

En la parte más alta del terreno, y vuelto hacia los vientos que llegaban del norte, se encontraba el granero, la única construcción terminada. La cerca que completaría la otra parte del perímetro uniéndose con la granja no era, por el momento, más que una rudimentaria valla de madera, destinada a convertirse en una tapia sobre el lado externo y en una galería sobre el interno.

El principal acceso a la propiedad estaba previsto en la mitad de la tapia, y era precisamente desde allí donde Aquila se había puesto a observar la situación de los trabajos, valorando en particular las ventanas de la vivienda, que poco a poco se iba alzando en el centro de la obra. Eran pocas y pequeñas, y cuanto más las miraba, más se convencía de que no estaban bien. Abrió de nuevo el pergamino y, sacudiendo la cabeza, gritó:

—¡Antio!

Del grupo de obreros que estaban trabajando se separó un hombre de baja estatura, rostro ovalado y barba negra e hirsuta, con una nariz aquilina que sugería orígenes helénicos. Mientras se acercaba a Aquila, la expresión de su cara mostraba que sabía que iba a tener que aguantar una bronca.

—Antio, esto no marcha.

—¿Hay algo que no funciona, Aquila?

—Las ventanas.

—¿Qué quieres decir?

—Que son pequeñas.

El capataz observó la construcción desde aquella perspectiva y sacudió la cabeza.

—Parecen pequeñas, pero son bastante grandes, créeme. Con ventanas más amplias corres el riesgo de que entre demasiado frío.

—Pero las habitaciones serán oscuras, tétricas.

—Aquí no estamos en Capua, Marco Quintinio. Te puedes olvidar de los atardeceres en la galería acariciado por la brisa marina. Aquí deberás estar en casa, al calor, cerca del *lanternarius*.<sup>12</sup>

—Sí, pero con estas ventanas tendré que iluminar la casa también de día, no solo a la caída del sol.

El griego se encogió de hombros.

—Quien ha querido ventanas más grandes, en la región, primero ha tenido que cubrirlas con pesadas cortinas de piel y después, visto que no bastaba, atrancarlas con postigos de madera.

—Así será, ¡pero no me gustan!

—Te fías de mí, ¿no?

Aquila volvió a desplegar el pergamino, con un gesto de rabia.

—Pero ¿por qué todos los días surge un problema nuevo en esta obra?

—No es esta obra, es que, cuanto más tiempo pasa, más nerviosos os ponéis los propietarios.

—Antio, esta no será para siempre tu obra. Algún día, quizá, si consigues terminar los trabajos, también será mi casa.

—Aquila, mira que todavía tenemos tiempo, no cometas el error de todos los clientes, que por ansiedad por terminar se convierten en expertos constructores...

El veterano lanzó una mirada severa al capataz.

—Debo de haber envejecido. Hace un tiempo, ante semejante insolencia te habría hecho azotar. ¡Y no te rías!

—Me río, pero me entristece pensar que de mi espléndido trabajo solo repararás en los pequeños errores.

—¿Tú crees? —Aquila observó nuevamente las ventanas—. Entonces, para evitar eso, cometamos enseguida un error aún mayor. Yo asumo la responsabilidad.

Ensancha de inmediato las ventanas, ¡o ni siquiera en un día de sol como este podré ver la luz!

—Los días de sol como este son raros por aquí, Aquila.

—Aunque así sea, soy yo quien paga, y quiero las ventanas más grandes.

—Como desees. Así, cuando estés enfermo a causa del frío y yazgas tembloroso envuelto en pieles de oveja en la habitación más oscura y protegida de la villa, te acordarás de este día de sol y del viejo Antio.

—¿Acaso me estás lanzando una maldición? ¿De veras quieres que te haga azotar?

Antio farfulló algo, luego hizo amago de volver hacia la obra.

—Todos sois iguales —gruñó—. Y ahora déjame trabajar y piensa en acoger a los huéspedes que están a punto de llegar.

Aquila miró hacia el camino que conducía a la propiedad y vislumbró a lo lejos un grupo de hombres a caballo. Parecía que también había carros, pero no eran los grandes carros típicos de los mercaderes. Caballos y carros hacían pensar en gente acomodada y Aquila no se alarmó demasiado, pero, a pesar de que la región estaba pacificada, era siempre posible tropezar con alguna banda de salteadores salida de su madriguera en el bosque. Volvió la cabeza para llamar a Molerato y se sobresaltó al ver que el gigante ya estaba a sus espaldas, empuñando una lanza. Aquila intentó hablarle, pero su hombre lo precedió.

—Ya he hecho colocar a los otros en sus puestos.

El viejo *centurio* lo miró fijamente un instante, añorando los tiempos en que era él quien impartía las órdenes. Se volvió hacia el grupo que se acercaba e intentó calcular cuántos eran y, sobre todo, de quiénes se trataba.

—Cuatro hombres a caballo y tres carros, con dos hombres cada uno.

—¿Desde cuándo sabes contar? —inquirió Aquila, sorprendido.

—Sé contar hasta diez —respondió Molerato.

Aquila se volvió de nuevo hacia el grupo. Estaba irritado porque aún no había conseguido contarlos. Y el motivo era que ya no veía tan bien como antes a aquella distancia, y las imágenes estaban desenfocadas y confusas. Sabía que algo les pasaba a sus ojos, pero no quería admitirlo y trataba de ocultarlo. El hecho de que

Molerato, que no sabía contar, le hiciera información que él no estaba en condiciones de obtener por sí mismo le resultaba desalentador.

Poco a poco las figuras se hicieron más nítidas y Aquila volvió a la carga.

—Cinco, los hombres a caballo son cinco, y los carros, dos, no tres.

—Tres carros.

—Dos, pequeño Molerato.

Cuando el grupo estuvo a poca distancia, Aquila sacudió la cabeza, divertido a su pesar. El grupo estaba compuesto por cuatro carros y tres jinetes. Él no veía y el otro, que no sabía contar, se inventaba las cifras. Miró a Molerato, que lo observaba orgulloso.

—¿Qué miras?

—Tenía razón yo —respondió el otro, tozudo.

Aquila asintió y dijo:

—En tu tierra, ¿son todos como tú?

—Noooo... Yo he viajado y he visto el mundo.

El veterano sintió afecto por aquel montón de ignorancia y fuerza bruta, y sonrió. Luego se volvió hacia los recién llegados y, por fin, reconoció a uno.

Murrogh, con las guías de uno de los carros. No había necesidad de guardias. El romano avanzó unos pasos, abriendo los brazos en señal de bienvenida. El jefe de clan exhibió una cálida sonrisa bajo la barba, detuvo el carro y descendió para estrecharle la mano.

—Salud, Aquila.

—Ave, Murrogh, y bienvenido a mi casa —respondió el veterano, acompañando el apretón de manos con una vigorosa palmada en el hombro—. ¿Qué buen viento te trae por aquí?

—Voy a la Venta a comprar caballos, y tenía curiosidad por ver tu casa. —Murrogh volvió la mirada hacia la obra—. Pero quizá debería llamarla «tu aldea».

Aquila soltó una carcajada, que al instante se transformó en una sonrisa de sorpresa cuando vio en el carro de Murrogh a su hija, Rhiannon, la muchacha tan bella como intratable que había conocido poco antes en la aldea. La saludó con una cortés inclinación de la cabeza y ella respondió frunciendo la nariz.

—¿Caballos, has dicho? He oído que en Venta se hacen buenos negocios, pero nunca he estado allí.

—Los icenos han sido desde siempre excelentes criadores de caballos. Quería encontrar un semental vigoroso, para que monte alguna buena yegua de las nuestras.

Aquila dirigió al trinovante una mirada cargada de ironía.

—¿Quieres dedicarte al comercio y competir con los icenos, Murrogh?

—Para eso se necesitarían caballos como el tuyo —respondió el otro, señalando el caballo que pastaba tranquilo en el interior de un redil.

—Me ha llegado de Hispania, gracias a algunos contactos que aún mantengo con gente de la legión. Es una bestia especial. —Miró a Rhiannon con el rabillo del ojo, para ver su reacción—. Si quieres, Murrogh, puedo informarme y averiguar si en Camuloduno hay algún semental ibérico o bereber.

El jefe de clan asintió.

—¿Por qué no?

—Entretanto, si quieres, podemos intentar que preñe a alguna bonita hembra. Ahora mismo ordeno que lo preparen. —Aquila se volvió hacia Molerato—. Avisa al mozo de cuadra, después haz que cocinen el cerdo que sacrificamos ayer, que pongan pan al horno y coge el mejor vino. Hoy tenemos huéspedes importantes. —Miró a Murrogh y añadió—: Doy por descontado que sois mis huéspedes. Vuestro viaje hacia Venta continuará mañana.

Murrogh se sintió honrado e inclinó la cabeza en señal de gratitud. Las costumbres típicas de la hospitalidad entre los britanos debían ser respetadas. Era impensable rechazar una invitación.

—Entretanto, venid, os mostraré la obra.

—Creía que la casa ya estaba terminada.

—A nosotros nos gustan las cosas complicadas, ¿sabes? —respondió Aquila, hablando al padre pero buscando la mirada de la hija—. Se necesitará tiempo para que esté de veras terminada. Faltan los pórticos, las columnas, las nervaduras de los techos, sobre los que irán las tejas... Muchas cosas que hacer, materiales que comprar y preparar... Se necesita un montón de tiempo. —Hizo una pausa, observando con orgullo su obra—. Sí, se necesita tiempo si se quiere una casa que pueda durar diez vidas.

—¿Para qué? Total, solo tienes una —se oyó decir a Rhiannon.

Murrogh y Aquila se volvieron hacia ella.

La muchacha tenía la lengua afilada. Era delgada, alta y sinuosa, con el rostro ovalado y la tez clara. Sus ojos eran grandes, magnéticos, negros, profundos, y perderse en ellos parecía demasiado fácil. Su cabello, frondoso y ondulado, era a primera vista oscuro, pero despedía destellos granates según le daba la luz.

Aquila sonrió ante aquella belleza descarada. Al menos, le había dirigido la palabra.

—Los romanos tenemos el vicio de dejar una huella a quien venga después. Y cuanto más grande es la huella, más importantes nos sentimos. Además, no lo niego, me gustan ciertos lujos.

—¿Porque mejoran tu vida?

—¿Los lujos? Sí, diría que sí.

Rhiannon bajó del carro. Llevaba una túnica ligera de color oscuro, ceñida mediante un cinturón con ornamentos de bronce que resaltaban la cintura delgada. A cada paso, la cadena broncea que colgaba de la hebilla describía sobre la túnica la forma de los muslos. La mirada de Rhiannon se deslizó sobre la cicatriz de Aquila, que endurecía aún más un rostro marcado por el tiempo y la guerra. ¿Cuántos muertos escondía aquella cicatriz?

—Es un placer para mí teneros aquí —dijo Aquila, inclinando la cabeza—. Bebamos juntos una copa de vino y brindemos por la vida.

Un esclavo llegó con las copas y otro trajo un ánfora. Se llenaron los vasos y sus miradas se encontraron de nuevo.

—Por la vida, entonces.

—*Ar Buidheachas* —repuso Rhiannon.

Aquila no entendió. Miró a aquella criatura rebelde de ojos de lobo, cuya belleza diáfana era una mezcla de Venus y pantera. Resultaba más embriagadora que el vino y, por un instante, el veterano de tantas batallas se preguntó cómo sería tenerla al lado todos los días. Excitante, pero desde luego nada fácil...

—¿Por qué rompen las paredes? —preguntó la joven.

Aquila volvió a la realidad.

—¿Las paredes? Ah, sí, quería ventanas más grandes. Antes eran pequeñas, no habría tenido bastante luz.

—¿Luz?

Aquila la miró, divertido.

—Sí, la luz del sol.

—Pero cuando brilla el sol se está fuera de la casa, no dentro.

—En efecto —intervino Murrogh—, he visto en Camuloduno algunas construcciones con estas ventanas, pero nunca he entendido el sentido. ¿Cómo calentarás tu casa con todas esas aberturas?

—Es otro tipo de casa. Mira...

—Una casa tan grande no se puede calentar, a menos que tengas dentro los caballos —sentenció uno de los trinovantes del séquito de Murrogh.

Aquila miró la casa y después se volvió hacia Murrogh, que ya estaba discutiendo con Rhiannon y los demás. Cada uno daba su opinión y nadie atendía a lo que decía.

—Es una locura tener todas esas aberturas en la pared, entrará frío y agua —insistió Rhiannon.

—Pero no, no...

La discusión se fue acalorando cada vez más y Aquila comprendió que la idea que tenían de una casa era completamente distinta de la romana, como también lo era el clima.

Afortunadamente, la llegada de Molerato con el semental ensillado consiguió distraer a los huéspedes. Era el momento adecuado para recuperar la palabra.

—Murrogh, esto es lo que sucede cuando los dioses unen sus fuerzas, su gracia y su belleza.

En efecto, se trataba de un animal estupendo, con un manto reluciente que centelleaba al sol. Bufó con soberbia, como si se diera cuenta de que se había convertido en el centro de todas las miradas.

—Sin embargo —prosiguió Aquila dirigiéndose a Rhiannon—, los dioses le han dado también un carácter fogoso, y se necesita mano firme para domarlo.

La joven bebió otro sorbo, cogió las bridas de las manos de Molerato y acarició el cuello del animal, en el sentido del pelaje. Mientras sus dedos se deslizaban sobre la musculatura, dirigió a Aquila una mirada penetrante. Fue él quien bajó los ojos primero, y ella captó esa pequeña victoria.

—¿Puedo? —preguntó, mostrando las bridas.

Aquila observó a Murrogh, que parecía divertirse con el comportamiento de su hija, y asintió no sin cierta aprensión. Rhiannon montó con un salto decidido. La túnica oscura subió casi hasta las nalgas, descubriendo unas piernas blancas y turgentes que Aquila no pudo evitar observar.

Miraba aquellas piernas que apretaban los fuertes flancos de *Hiberico*, fascinado por la contracción de los músculos con que la bella britana transmitía una orden al semental sin necesidad de palabras. El caballo bufó de nuevo y partió con paso sostenido, que al poco se convirtió en un trote controlado. El *centurio* quedó arrobado por aquella demostración de poderío, elegancia y belleza. El ruido de los cascos se hizo más frenético, e *Hiberico* bajó la cabeza al tiempo que aceleraba. El viento hizo que la túnica se adhiriera al cuerpo de Rhiannon, y Aquila no se perdió un solo movimiento, mientras la joven subía y bajaba lentamente sobre la silla sin cambiar de expresión.

Aquila intercambiaba una sonrisa agradecida con el padre de Rhiannon y a continuación volvió a mirar admirado a aquella mujer que atravesaba los prados. Dentro de él, el corazón latía al ritmo de la cabalgada. ¿Por qué? Quizá por aquel «¿Puedo?», acompañado de una mirada tan huidiza como lasciva que lo hacía bullir como la lava. Quizá por su belleza, o quizá por su soberbia, por su constante actitud rebelde, o por esa cálida fuerza interior que exhalaba vida...

O tal vez porque, de pronto, había entendido que la vida aún podía reservarle algo distinto de los recuerdos, algo que experimentar, que disfrutar a fondo junto a otro ser humano. Observó cómo regresaba al galope y aceptó en silencio el desafío lanzado por aquella mirada. Una batalla que no sabía cómo librar, pero que deseaba ganar a toda costa.

Uno de los patios interiores de la granja fue rápidamente transformado en una suerte de satrapía del Lejano Oriente. Alfombras y cojines de tejidos relucientes, lámparas de aceite y braseros dispuestos en torno a la fuente central. La espléndida noche estrellada había contribuido a hacer la escena aún más mágica, creando la fugaz ilusión de estar en un rincón del jardín de la remota Babilonia.

Todos habían comido y bebido más de lo necesario. Murrogh y los suyos no se habían preocupado de aguar el vino, costumbre romana que Aquila había mantenido y gracias a la cual, a diferencia de los huéspedes, estaba en condiciones de sostener en la mano una última copa. Los esclavos habían acompañado al jefe de clan y a los suyos, tambaleantes, a sus habitaciones, y ahora estaban ordenándolo todo. Solo quedaba Antio, que roncaba con la boca entreabierta, acurrucado sobre unos cojines. De vez en cuando aparecía en la penumbra el rostro de Molerato, que controlaba que todo estuviera en orden y picoteaba algún resto de comida de las bandejas que retiraban los esclavos.

Había sido una bonita velada. Aquila se estaba regodeando entre la satisfacción por la propia hospitalidad y el aroma agrí dulce de las cosas bellas que, en cualquier caso, acaban. Rhiannon, luz de aquella noche estival, se había retirado antes que los otros y desde aquel momento no había hecho más que pensar en ella. Durante la cena habían intercambiado algunas palabras y más de una mirada, y al veterano le había parecido que ella le había dirigido una media sonrisa, una expresión cálida que estaba volviendo a ver con los ojos entornados.

La muchacha dormía en una de aquellas estancias, a pocos pasos de él. La vio de nuevo cabalgar. Quería provocarlo, estaba seguro. En cada una de sus palabras, en cada una de sus miradas había un mensaje oculto, lleno de malicia y sensualidad. Estaba jugando como el gato con el ratón y él, que por primera vez en la vida era su presa, disfrutaba con sus rasguños. Aquila degustó el sabor intenso y perfumado del vino, y se imaginó demorándose con la lengua en sus senos, mientras ella gemía por el deseo de poseerlo.

La voz ronca de Rhiannon lo sorprendió mientras daba un sorbo.

—¿Qué buscas en esa copa?

Aquila se sintió sorprendido en el momento mismo en que pensaba en poseerla, y agradeció a la penumbra que escondiera su rubor. Vislumbró su silueta en la sombra, al comienzo del pasillo, e intentó sacudirse el torpor, pero Baco ya se había apoderado de su lengua.

—Yo... no... nada.

—Hace rato que te observo, solo, mirando el vino. ¿Te recuerda algún amor perdido?

Aquila negó con la cabeza.

—La verdad es que no tengo muchos amores que recordar.

Ella se adelantó, una figura trémula en la luz amarillenta de la lámpara de aceite. Llevaba la misma túnica de la tarde, pero se había quitado el cinturón.

—¿Quizás alguna joven esclava?

—¿Y si no fuera una mujer del pasado?

Rhiannon se acercó.

—Tienes la mirada de alguien que coge lo que quiere.

Un paso tras otro, cada vez más cerca.

—Tienes los medios y el poder para hacerlo —añadió ella—, pero no posees el poder para detener el tiempo, ni para hacer que retroceda. Así que he pensado que en el fondo de esa copa estabas buscando algo oculto en tu pasado.

Aquila la miró a los ojos y, con voz ronca, dijo:

—Eres muy joven y, sin embargo, ya crees saberlo todo, ¿verdad?

Ella dio otro paso al frente, con la mirada resuelta. Se arrodilló, le cogió la copa de la mano y bebió, sin dejar de observarlo.

—Sí.

Aquila se dejó caer sobre los cojines, delante del gran brasero ya sin fuego, pero aún candente.

—También yo lo creía, a tu edad.

Un esclavo trajo otra copa a Aquila y la llenó. El amo susurró algo al esclavo, que se esfumó de inmediato en la oscuridad.

—Puede ser que tú sepas mucho, aunque no todo —prosiguió el romano—. Tienes razón, estaba pensando precisamente en una mujer. Tan intensamente que la he despertado, según parece.

En ese instante Rhiannon se odió a sí misma por no haberse dormido. ¿Qué hacía en compañía de aquel hombre, a quien solo el día anterior detestaba con todas sus fuerzas? A la débil luz de las lámparas de aceite, examinó el rostro rudo de él. El pelo corto, salpicado de gris. La cicatriz que, en vez de repugnarle, le atraía, sin saber por qué. Los ojos de mirada amable, sin duda diferente a como era antaño, cuando lideraba una formación de soldados sedientos de sangre. Su pasado... que también le había dejado en herencia aquel andar inseguro que lo hacía más humano.

—Siéntate aquí, a mi lado, Rhiannon.

El esclavo volvió con dos ayudantes. Uno dejó una gran bandeja de fruta, el otro dio la vuelta a los braseros, reanimándolos, el tercero encendió las lámparas que flotaban en la fuente. Luego los tres juntos se llevaron a Antio, sin que se despertara, y ella se sentó, como una pantera inquieta.

—¿Quieres seducirme, Aquila?

Él se echó a reír.

—Creo que es difícil seducirte, Rhiannon. Eres un alma rebelde y fuerte. Sospecho que me clavaría un cuchillo en la garganta, si lo intentara.

—Tu gente no me permite llevar armas.

—Como tampoco yo las llevo delante de ti.

—Para ti es una elección.

Con un gesto, el veterano llamó a Molerato. Pidió que le entregara su *pugio* y lo despidió.

—Bajo mi propia responsabilidad —le dijo, tendiéndole el puñal del lado del mango—. Estoy a tu merced.

Y levantó la copa.

Por un momento Rhiannon se quedó atónita, con el cuchillo en la mano. Luego sonrió.

—Finalmente sonríes.

Tenía una voz profunda, un modo de hacer tan diferente de los otros. Sus miradas vacilaron, se rechazaron y se acercaron.

—Estoy seguro de que sería dulce morir entre tus brazos.

—En tu lugar, yo no estaría tan segura.

La hija de Murrogh hundió la hoja en una granada con ademán seguro y luego eligió una gran fresa de la bandeja.

—Pero por esta noche he decidido perdonarte la vida.

—Te lo agradezco.

Rhiannon se llevó a la boca el fruto y se lo pasó delicadamente por los labios sin morderlo, percibiendo su sabor azucarado. Luego lo mordió, voraz.

—Quisiera que el resto del mundo desapareciera, Rhiannon. Ahora, de inmediato, todo. Salvo tú y yo.

Ella lo miró, casi espantada, y luego susurró, lentamente:

—Sabes que no es posible.

—Lo sé; pero ¿no lo querías tú también?

La respuesta fue un murmullo, líquido como el sonido de la fuente.

—Sí.

Enseguida posó la copa, incómoda, como si estuviera renegando de su respuesta.

El *centurio* se sintió invadido por una sensación de calor, como si por primera vez pudiera permitirse una debilidad de la que siempre se había alejado.

—He pensado en ti muchas veces, desde aquel día en que te vi en tu aldea.

Rhiannon bajó la mirada.

—No deberías haberlo hecho.

Aquila acercó la mano a su hombro, le rozó el cuello, apartó un mechón de cabello oscuro. El chisporroteo del fuego que había vuelto a arder daba voz a un silencio casi sagrado, liberando en el aire pequeños *lapilli* de color rojo vivo.

Rhiannon lo miró a los ojos, pero habría sido mejor que no lo hubiera hecho. Él empezó a acariciarla con fuerza, notando el calor de su piel bajo la túnica.

Rhiannon sintió sus dedos y se puso rígida. Dudó, no sabía si huir o abandonarse, mientras el calor se extendía, con la sensación de que, si no se alejaba de aquellas manos tan fuertes, se incendiaría. Y sabía que aquel incendio la consumiría, hasta reducirla a cenizas... no debía. Debía apartarse de él... pero no lo consiguió, embrujada por sensaciones que nunca había experimentado.

Entornó los ojos y sintió el rostro de Aquila junto al suyo, la respiración de él contra la piel y las caricias cada vez más insidiosas, y la asaltó un pensamiento repentino: «Sí, es verdad, en mis sueños más secretos he imaginado más de una vez este momento.»

La mano le rozó el rostro y ella buscó la caricia, acompañando cada movimiento. Luego entreabrió los labios y él sintió que ardía, le pasó los dedos por el largo cabello, ella tragó saliva y trató de alejarse, él se acercó aún más y comenzó a besarle el hombro desnudo. La muchacha sentía los labios cálidos subiendo hasta rozar los suyos, la caricia áspera le produjo un estremecimiento. No conseguía oponer resistencia, decir aquel «no» que habría debido decir. Intentó rechazarlo, débilmente, sin detenerlo.

—Si no me quieres, mátame —le susurró Aquila, mordiéndole el pequeño lóbulo—. Si me detestas, mátame, ahora. Hunde ese cuchillo.

Jadeando, apoyó la frente contra la de ella.

Rhiannon estaba temblando. ¿Por qué aquel hombre, al que tanto detestaba, estaba haciendo que se estremeciera? Él la apretó, moderando su fuerza, sin violencia. La quería, ahora, en aquel momento.

La muchacha sintió que las manos de Aquila ascendían por sus caderas, levantó los brazos y le acarició la nuca, puso las palmas sobre aquella espalda musculosa y echó la cabeza hacia atrás, para disfrutar de sus besos en el cuello. Se fundieron en un largo abrazo, mudo pero ensordecedor por la intensidad de las emociones.

Aquila la besó en los labios, con ternura. El contacto leve estaba a punto de convertirse en abandono pleno y total, que los habría conducido a una dimensión solo suya. Las bocas se buscaron, frenéticas, cálidas y húmedas, las manos exploraron los cuerpos, los jadeos cada vez más afanosos.

—Te quiero, Rhiannon, y espero que esta noche dure toda la vida.

Ella lo miró con los ojos brillantes. Luego sacudió la cabeza y lo dijo.

—No.

Él lo oyó como un eco lejano. *No. No. No.*

—Tiemblas, Rhiannon... ¿me tienes miedo?

Ella dio un respingo; por un instante aún se abandonó a sus caricias...

—Tiembo porque te deseo, Aquila. Pero no puedo poseerte, ni esta noche ni nunca.

A continuación, lo apartó. Con dulzura, pero también con firmeza.

—Perdóname, nunca debería haber permanecido aquí sola, contigo.

Él la miró sin comprender. Rhiannon se puso de pie y se alisó la túnica, con los ojos bajos y húmedos, agitada todavía. Después, de golpe, miró al romano.

—Ahora no lo puedes comprender —dijo—, lo sé, pero pronto... pronto lo entenderás. Perdóname, es tarde y mañana debo despertarme temprano. Me espera un largo camino.

—Quédate conmigo, no vayas a Venta.

Rhiannon sacudió la cabeza y cerró los ojos.

—Te lo ruego, no insistas, sería peor.

—No puede haber nada peor que desearte, saberte mía y luego verte marchar tan lejos.

—Lo siento. Trata de perdonarme, si puedes.

Un trueno rompió la oscuridad. El cielo se había cubierto. La hermosa velada tocaba a su fin. Y la noche ni siquiera había comenzado.

*Territorio de los icenos  
80 millas al norte de Camuloduno  
Mayo del 61 d. C.*

El descenso a los infiernos es fácil, pero subir de nuevo los peldaños y ver otra vez el cielo, aquí está el valor, aquí la fatiga.

PUBLICO VIRGILIO MARÓN

Los alaridos de Mor suplicando a Boudica que la salvase eran golpes de espada cargados de dolor.

La reina trató de escapar de los guardias que la habían atado. Un relámpago cegador iluminó el cielo en medio del incesante fragor de la lluvia. Boudica acabó con la espalda en el fango, como un animal salvaje presa de la rabia. Soltó un grito desgarrador y arqueó la espalda varias veces, mientras le apretaban las muñecas y le arrancaban brutalmente las ropas reducidas a un velo que ya no ocultaba nada de su cuerpo.

Desesperada, consiguió escapar por fin, y echó a correr como loca, con las manos atadas a la espalda. La respiración de los dos verdugos se sentía cada vez más cerca, una gritó: «Golpéala», y una jabalina la rozó. Buscaba en las sombras a su niña, pero no conseguía verla... Acabó chocando contra algo y cayó al suelo, dolorida; sin embargo, los guardias, en vez de atraparla, se desvanecieron en la oscuridad. Se puso de rodillas, sin dar crédito a aquella suerte inesperada, recuperó el aliento... y se encontró frente a Cato Deciano, que la miraba riendo. Trató de pegarle, pero las manos atadas se lo impidieron, y el dolor terminó por vencerla... Lo miró fijamente y gritó para expresar su impotencia, su rabia, su dolor, con las pocas fuerzas que aún le quedaban.

—Está todo bien, cálmate.

Boudica abrió los ojos, jadeante.

Era un sueño.

Por un instante se sintió la persona más feliz del mundo. Estaba acostada boca abajo en un camastro de pieles. Trató de levantarse, pero un dolor lacerante en la espalda, y más que este la conciencia de que solo los últimos instantes habían sido un sueño, se lo impidió.

El resto de la pesadilla, así pues, era verdad. En una sucesión de horrores vio con claridad el látigo, la gente, los romanos... y oyó los gritos de Mor y de la pobre Aine. Se estremeció y se esforzó por levantar la cabeza.

A poca distancia de ella ardía un fuego. Fuera, soplabla el viento, que intentaba arrancar la pesada piel que cubría la entrada. No estaba en su cama, y aquella no era su casa.

Una mano le acarició el pelo, y Boudica se volvió. Era Aine. La reina tendió un brazo y, a pesar del dolor, la estrechó contra ella. La hija se aferró a ella, llorando, mientras la madre le besaba el pelo, la oía, le respiraba el alma. El dolor, después de un momento, la obligó a aflojar su abrazo.

—¿Dónde está Mor?

Aine le señaló en silencio otra cama. La hermana menor parecía sumida en un sueño tranquilo. Boudica estudió aquel rostro distendido, pero cubierto de heridas y moratones, y emitió un gemido. De todos modos, agradeció a los dioses por haberlas salvado y haber permitido que se reuniesen de nuevo. No sabía dónde estaban, pero se sentía protegida. Intentó de nuevo levantarse y, pese a las continuas mordeduras del dolor, por fin lo consiguió. Dio un paso, sostenida por su hija, y se arrodilló junto a la pequeña Mor para acariciarla. La pequeña saltó, de repente, en la cama y se acurrucó en un rincón, temblando. Los ojos oscuros y desorbitados miraron alrededor con un destello de terror e impotencia, como si aún se sintiera a merced de un destino demasiado perverso para entenderlo. Entonces reconoció a su madre y estalló en lágrimas, agarrándose a su cuello. Aine se unió a ellas y las tres permanecieron abrazadas, sin decir nada. Solo el silencio de aquel abrazo conseguía aplacar el inmenso dolor que destrozaba sus cuerpos y sus mentes.

—¿Dónde estaba Epona, madre? ¿Dónde estaba Andrasta?

Boudica sintió que se le encogía el estómago. Un quejido de rabia incontrolada le salió de la garganta y comenzó a llorar. Dirigió mentalmente la misma pregunta al universo que caía sobre ellas.

—¿Dónde estaban todos los demás dioses? —prosiguió la muchacha—. ¿Por qué han permitido que nos hicieran esto?

—Estaban allí, mi pequeña flor. Estaban allí y lo han visto todo.

—¿Y por qué no han intervenido? —preguntó Mor, sollozando.

Boudica buscó una posible respuesta a aquella pregunta.

—Quieren que seamos fuertes, quieren enviarnos una señal. Estaban allí y sabrán reconocernos, y no permitirán que nunca más os ocurra algo semejante.

—Aún tienes fiebre, no debes fatigarte.

Boudica se volvió y reconoció a la mujer del curtidor.

—¡Alis! ¿Dónde estamos?

—En la casa de Yorath. Os hemos traído aquí en cuanto se marcharon los romanos.

—¿Me habéis transportado durante dos horas sin que me despertase?

—Sí, hace dos días.

Boudica se pasó la mano por la frente. La cabeza parecía a punto de estallarle y se sentía sin fuerzas. El viento aulló entre los árboles y un trueno retumbó a lo lejos. Alis le ofreció una taza que contenía un líquido amargo.

—Miridin lo ha preparado para ti.

—¿Miridin? —Boudica permaneció un instante desorientada, hasta que por fin recordó el momento en que lo había visto por última vez, cuando un oficial romano le propinaba un golpe en la cara—. ¿Dónde está ahora?

—Ha ido a buscar muérdago para las compresas. Casi se ha acabado.

Solo en ese momento la reina cayó en la cuenta de que tenía una sustancia resinosa esparcida por toda la espalda, una especie de unguento del color de la miel mezclado con a saber qué hierbas milagrosas.

—¿Cómo está Miridin?

—Bien —respondió Alis, asintiendo—. Pero no ha vuelto a hablar desde que ha sucedido... todo esto.

—¿Qué es lo que ha sucedido? Dímelo.

—Se han llevado cuanto podían y han dicho que volverían para contar el ganado y requisar lo que quedaba.

Un trueno silenció el gemido del viento.

—¿Han vuelto?

—No lo sé, porque nos marchamos.

—¿Marchamos? Quieres decir... ¿todos?

—Sí, todos.

Boudica hizo una pausa para reflexionar, mirando a sus hijas, y después se dirigió de nuevo a la mujer de Efin.

—Pero no podemos seguir huyendo. ¿Adónde iremos?

Otro trueno hizo temblar las paredes. El rayo había caído más cerca. Las dos mujeres oyeron pasos y miraron hacia la entrada de la tienda. Una silueta imponente se recortaba, negra, en la luz deslumbrante del temporal.

—No estamos huyendo —dijo un hombre de voz profunda, y entró.

—Cathmor —dijo Boudica.

El guerrero se acercó a ella, llevando consigo, como siempre, un hálito de frío. El resplandor del fuego solo iluminó la parte izquierda de su rostro, desfigurada por una cicatriz.

—Al volver de caza con los otros —dijo él, arrodillándose junto al camastro—, te encontré de espaldas en un lecho de sangre, mientras las mujeres te practicaban las primeras curas. Los familiares de los nobles tomados como rehenes habían empuñado hachas y horcones, y querían perseguir a la columna romana, para vengarse, pero yo los detuve.

En las pupilas del hombre apareció un relámpago, tan intenso como los rayos que incendiaban el cielo. Otro trueno aulló enfurecido, apenas encima del tejado de paja, y un instante después fue embestido por una lluvia estruendosa.

—Habría sido un suicidio enfrentarse con herramientas de labranza a unos hombres armados hasta los dientes. —Contempló las llagas en la espalda de Boudica y prosiguió—: ¿Y sabes qué me han dicho? Que la venganza era más importante que la vida.

Cathmor guardó silencio. Quería que aquellas palabras se grabaran en la mente de la reina, porque renegaban por completo de toda la prudente diplomacia que Prasutagus había practicado durante años.

—Los de las granjas de los alrededores se llegaron hasta la aldea para averiguar qué había sucedido. Habían avistado la columna romana con los carros cargados y centenas de caballos. Tu gente ha contado lo sucedido y, de inmediato, los campesinos han ido a poner en guardia a todos los vecinos. A ellos se han añadido los parientes de los nobles, que han llevado la noticia a los distintos jefes de clan, que a su vez la habrán anunciado a sus súbditos. A esta hora la voz habrá corrido por toda la región, y creo que habrá atravesado también los confines de nuestras tierras.

Boudica cerró los ojos, en silencio.

—Para no tener que enfrentarse a los romanos a su regreso —continuó Cathmor—, he pedido a nuestra gente que se trasladara aquí, al menos por un tiempo, y que pusiera a buen recaudo a las mujeres y los niños en esta parte del bosque, a la espera de decidir qué hacer.

—¿Y qué habéis decidido, al final? —preguntó la reina con un hilo de voz.

—Hemos partido poco antes de la oscuridad, para tener esta a nuestro favor —dijo Cathmor, como si no hubiera oído la pregunta—. Hemos cogido todo lo que había quedado y hemos acampado aquí. Antes de ayer al alba, nuestros centinelas me despertaron. Estaba llegando un nutrido grupo de jinetes. Empuñamos las armas y los esperamos, para tenderles una emboscada.

Boudica apartó la mirada del rostro de Cathmor y se dio cuenta de que este llevaba coraza y una espada colgaba de su cintura.

—Los hombres estaban nerviosos, excitados ante la idea de venganza y preparados para batirse. Los esperamos en silencio, pero, cuando estuvieron al alcance de nuestras lanzas, los reconocimos. No eran jinetes romanos, sino hombres de las tribus de la costa. Les preguntamos adónde se dirigían y respondieron que traían un mensaje de parte de sus reyes. —Miró a Boudica, con el rostro devorado por la vieja herida y un odio que nunca había cesado—. En el mensaje, los reyes decían estar dispuestos a apoyarte y a proporcionarte todos los guerreros necesarios para la lucha.

La reina sintió un estremecimiento intenso.

—Con las primeras luces del alba ha llegado de las tierras del sur el rey Rhuadri, con algunos jóvenes de su tribu —prosiguió Cathmor—. Ha dicho que todos los suyos están preparados para partir. —El fragor de la lluvia sobre el techo de paja creció aún más—. Desde entonces ha habido un intenso ir y venir de emisarios.

Boudica miró la piel que cubría la entrada y se preguntó qué habría más allá de aquella puerta.

—Los icenos se están reuniendo, Boudica, y han empezado a darse cuenta de que son muchos. Ya no podemos permanecer aquí, no hay sitio, debemos ir a occidente. Uno, quizá dos días de viaje y estaremos en la Colina de los Sabios.<sup>13</sup> Allí hay espacio suficiente para hombres, caballos y carros. Podremos montar fraguas para forjar armas y preparar un plan de batalla.

—Al norte de la Colina de los Sabios hay una guarnición romana —señaló Boudica.

—Está a un día de camino, media jornada a caballo, y no tienen un control exhaustivo sobre la ciudadela. Además, como bien has dicho, es solo una guarnición. Nosotros ya somos varios miles, y llegarán muchos más.

La reina entendió, por las palabras de Cathmor, que ya se habían tomado decisiones y que estas eran irrevocables.

—Por lo tanto, has decidido —dijo—. Todos habéis decidido.

Cathmor asintió, con expresión severa.

—Se ha puesto en movimiento algo que avanza solo, y que ya no puede detenerse, aunque quisiéramos —sentenció—. Nadie ha llamado a los hombres a las armas, nadie ha declarado la guerra y, sin embargo, todos los hombres están viniendo aquí para combatir. Y no lo hacen porque haya un guía, sino porque existe una causa por la que merece la pena luchar.

El tono casi sosegado de aquellas palabras agitó violentamente a Boudica mucho más que si el guerrero las hubiera gritado.

—Y la causa eres tú.

De pronto, en el umbral apareció Miridin, empapado a causa de la lluvia.

Cathmor se puso de pie y miró a Boudica.

—Te reconozco como mi reina —dijo—, soberana de parte de esta gente y de todos, en tanto que sacerdotisa de la diosa Andrasta. Pero creo que en este momento la voluntad del pueblo es más fuerte que tu autoridad. Si no quieres participar en la rebelión, eres libre de intentar convencer a otros de no optar por la espada. Pero, mientras, el pueblo de los icenos está reuniendo un ejército, el más grande que estas tierras hayan visto jamás, formado por hombres que quieren recuperar lo que les pertenece desde siempre, la libertad. —Se encaminó hacia la salida, y antes de atravesar el umbral, se volvió hacia Boudica y añadió—: Y yo los guiaré.

A continuación, la imponente figura desapareció más allá de la cortina de piel, bajo el diluvio.

Miridin se acercó a la cama y cogió la mano de la reina.

—Los dioses han escuchado mis plegarias.

Ella lo miró, conmovida. El rostro tumefacto por los golpes, el ojo derecho hinchado y cerrado, el cabello y la barba empapados. Estaba pálido y demacrado.

—Sécate junto al fuego, Miridin.

—No importa.

—Necesito tu sabiduría.

El hombre se llevó la mano a la frente.

—Tienes fiebre, Miridin, debes curarte. Alis, busca ropas secas.

El viejo consejero hizo señas a Alis de que no se moviera.

—Son muchos los que están abandonando los campos y las casas para venir aquí. Lo que más me impresiona es que no les mueve un interés personal. No lo hacen solo para proteger sus propiedades, sino porque se sienten heridos y humillados por lo que te ha sucedido a ti, una de ellos. Se avergonzarían si permanecieran en casa como si no hubiera ocurrido nada. —Miridin sacudió la cabeza—. Y lo hacen porque tienen miedo, Boudica, miedo a que Deciano entre en sus casas y viole a sus hijas, o a sus nietas. Miedo a ser demasiado viejos y débiles para detenerlo, si dejan escapar esta ocasión.

—Quizás aún se pueda discutir, mediar.

—Ya no hay tiempo para discutir ni para mediar, querida mía. La mente de aquellos hombres estaba tan obsesionada por el oro que su corazón ha permanecido sordo al llanto de una niña. Con semejantes hombres, se necesita a gente como Cathmor. Yo ya no sirvo.

Boudica sintió un nudo en la garganta.

—No digas eso.

Miridin sonrió, con un destello irónico en las pupilas.

—Pero Cathmor no basta. Te necesitan sobre todo a ti.

La reina lo miró como si hubiera enloquecido.

—¡Miridin, yo necesito tus consejos y tu sabiduría! ¿Cómo podré entonces dirigir una guerra? Nunca lo he hecho, soy una mujer, no sé nada de esas cosas.

—Tú conoces el espíritu de los tuyos y el de los romanos mejor que nadie.

—No te dejes llevar por el desconsuelo, Miridin, te lo ruego. Guía mi mente como has hecho con Prasutagus. Tu lucidez puede salvar miles de vidas.

—He fracasado, Boudica.

Alis le trajo una capa de lana pesada, pero el viejo la detuvo con un gesto.

—He dedicado toda mi vida a la paz, pensando que el diálogo y una esperanza de vida pacífica podían mejorar a las personas. He convencido a los lobos para que se transformaran en corderos, sin darme cuenta de que antes o después habría debido defender a estos corderos de otros lobos.

—Has actuado como un sabio.

—No, Boudica, los tiempos aún no están maduros. Por desgracia, he actuado como un loco, un insensato.

La reina le acarició la frente, que ardía como las brasas.

—Estaba allí, en aquella casa, en el suelo... y he visto... —prosiguió él con tono de angustia—. He visto hasta dónde puede llegar el alma humana —añadió, mirando a Aine y Mor—, el alma de hombres más crueles que las bestias... y no he hecho nada.

—No tienes nada que reprocharte, porque no podías hacer nada.

Miridin la miró con fiebre también en la mirada.

—Si el resultado de todos estos años de esfuerzo y de fatiga ha sido vivir en un mundo en el que no puedo impedir un crimen tan infame, este mundo no tiene ninguna necesidad de mí.

La reina trató de interrumpirlo, pero Miridin continuó:

—Yo ya no cuento, solo soy un viejo. Lo que importa de verdad, ahora, es tu papel en estas circunstancias. Mira, Boudica, tú sabes que la mujer es la personificación de la fertilidad, el misterio de la vida, la dulzura y el amor, mientras que el hombre simboliza la fuerza, la virilidad, la justicia... Tanto nosotros como los romanos tenemos concepciones similares sobre esto, pero hay una importante diferencia. Para los romanos, la mujer es también una criatura desleal, embustera y, a veces, impura, tanto que sus leyes les prohíben ajusticiar a niñas aún vírgenes. Por eso, antes de una ejecución, las desfloran. Por lo demás, la mujer está confinada al papel de esposa y de madre, y está excluida del poder, de la política. Ese es el lugar de los hombres. A los romanos les cuesta aceptar a una mujer en la cima. Tienen sus propias ideas sobre cómo debe ser un soberano... y que este, la figura que de verdad ejerce el poder, sea una mujer, para ellos constituye algo impensable, inaceptable, incluso blasfemo. ¿Entiendes lo que trato de decirte?

Boudica asintió. Comenzaba a vislumbrar adónde de la estaba llevando Miridin. Y tenía miedo.

—Una mujer en el poder se convierte en algo desconocido —prosiguió él—, potencialmente peligroso. Y ellos te han golpeado también por eso. Para imponer su cultura sobre la nuestra, para convencerse de su innata superioridad y demostrarnos que pueden apoderarse de nuestro más límpido símbolo de pureza y enlodarlo impunemente. —La cogió de la mano—. Al mismo tiempo, te han lanzado una advertencia, Boudica, te han dicho: «Permanece atenta, pues la próxima vez te mataremos», para estar seguros de que nunca más levantarás la cabeza. —Apretó aún más fuerte—. Y están seguros de ello, Boudica, pero se equivocan. Han superado el límite de lo que se puede soportar, y aquí y allá nuestros hombres están desenterrando las armas que tenían escondidas. Y están aquí, dispuestos a combatir, porque junto a las armas han recuperado su orgullo y su amor a la libertad. Cathmor dice que la rebelión se hará, contigo o sin ti, pero yo creo que tu presencia puede cambiar sustancialmente el espíritu con que esta gente se sacrificará. Porque es de esto de lo que se trata, recuérdalo: muchos de estos guerreros no volverán a ver sus casas.

—Dime, pues, Miridin —pidió Boudica con un suspiro—, ¿cómo crees que puedo conseguir que el destino de la rebelión se ponga de nuestra parte?

—Dándoles algo que los romanos aborrezcan y rechacen: una reina guerrera. Una mujer que se convierta, al mismo tiempo, en la personificación de la vida y de la muerte, de lo divino y de lo humano. Tú serías luz para nosotros y llamas para ellos.

El peso de aquellas palabras le pareció a Boudica demasiado difícil de soportar.

Boudica ya estaba despierta desde hacía rato cuando Alis se presentó y retiró el cuenco que servía de orinal. El aire fresco de la mañana entraba por la cortina entornada, expulsando un acre olor a humo. El fuego estaba casi apagado y el gorjeo de los pájaros anunciaba el nacimiento de una tranquila jornada en la casa de Yorath, el bardo.

Habían pasado un día y una noche desde el encuentro con Cathmor y Miridin. Junto con el temporal se había ido también la fiebre. El viejo consejero le había preparado un mejunje a base de musgo, hojas de sauce y raíces amargas, molidas y mezcladas con miel. Durante los años que Miridin había pasado con el druida Ambigath, había aprendido a preparar pociones y medicamentos para aliviar el dolor y acelerar la curación, como el empaste de hojas de col con poderes cicatrizantes que le había aplicado antes de dejarla nuevamente sumida en sus pensamientos.

Boudica había pasado la noche junto a Mor y Aine, velando su sueño inquieto. Había reflexionado en las palabras de Cathmor, en lo que le había ocurrido y en su gente. Y había vuelto a ver, a sentir y a imaginar todo, como si estuviera ocurriendo en aquel momento: Cato Deciano, sus veteranos y su séquito de esclavos babosos y arrogantes, y el olor a ajo y aceitunas del soldado que la había atado al árbol, y su pequeña Mor, y los hombres que la sujetaban con firmeza, riendo, mientras... Y el látigo que la golpeaba, los gritos de Aine que le retumbaban en la cabeza y las gotas de sangre que le bajaban por las piernas.

¿Y si hubiera decidido mantenerse al margen? ¿Habría salvado a más gente o, al contrario, habrían caído aún más? ¿Y cuántos? ¿Y qué pensaban los otros jefes de tribu? ¿Qué intentaban hacer? Debería haberlos escuchado antes de tomar una decisión. Boudica no era la única reina de los icenos, había decenas de clanes, y decenas eran sus jefes, cada uno convencido de ser el más importante... y la reina no sabía, no imaginaba que el suyo sería el único nombre que sobreviviría a los hechos, mientras que todos los demás se perderían en los siglos. La historia, que se había ensañado con ella con tanta ferocidad, no recordaría siquiera los nombres de sus dos pequeñas.

—Alis, ¿puedes traerme mi túnica?

La mujer del curtidor se le acercó, vacilante.

—Quizá sea pronto para ponértela, tus heridas aún son recientes.

—Mi túnica, por favor.

Alis asintió y le entregó una túnica clara de lino, limpia y bien doblada. Boudica la observó detenidamente y dijo:

—Esta no es mi túnica. Quiero mi túnica, Alis, la que llevaba aquel día.

—Todavía no la he cosido —respondió la mujer, con expresión de abatimiento—. Además, está sucia, está...

Boudica le cogió una mano.

—Está bien así, Alis, tráemela, por favor.

La reina se sentó con dificultad. Era la primera vez que se levantaba de la cama. Las punzadas en la espalda eran aún intensas, pero mucho más tolerables. Alis llegó con la túnica verde de lana pesada. Oscuras manchas secas de sangre coagulada y fango, por delante, y abierta, rasgada hasta la cintura.

—Ayúdame a ponérmela, por favor.

Boudica alzó los brazos, estirando la piel de la espada estriada por los azotes. Alis le deslizó delicadamente la túnica por el cuerpo. Trató de mantener el tejido alejado de la carne viva, pero la lana rozó el emplasto de miel y se pegó en los hombros. Boudica cerró los ojos, sin gemir. Por suerte, si era lícito hablar de suerte, el rasgón de la espalda dejaba libre gran parte de la zona martirizada. Alis ayudó a la reina a levantarse, bajo la mirada absorta de sus hijas. Cuando pudo sostenerse por sí misma de pie, se volvió hacia sus hijas.

—Venid conmigo.

Las muchachas se deslizaron fuera de la cama y se acercaron a ella.

—Tú, Aine, aquí, y tú, Mor, aquí.

Las muchachas la flanquearon y apoyó las manos sobre sus hombros. Con un paño húmedo, Alis limpió el rostro de Boudica de la suciedad y las marcas de las lágrimas. Los surcos dejados por la maldad de los hombres no podría haberlos borrado nunca. Repitió el mismo gesto con las hijas de la reina, luego apartó la cortina de piel y con una ligera inclinación cedió el paso.

Después de días, Boudica dio los primeros y dolorosos pasos al aire libre. Fue como zambullirse en el agua fresca de un torrente. Respiró hondo, con los ojos cerrados, y el aire la abrazó y la envolvió, dándole una sensación casi de renacimiento. La espalda palpitaba, dolorida, como recién marcada por un hierro candente. Cuando abrió los ojos, vio a dos hombres del séquito de Cathmor a los lados de la casa. Ambos la estaban mirando intensamente y uno de ellos esbozó un tímido saludo inclinando la cabeza. Llevaban viejos yelmos, desde hacía demasiado tiempo en desuso, y largas lanzas con puntas de hierro. Boudica respondió en silencio al saludo, apretó los labios y dio otro paso. Dos mujeres salieron a su encuentro, mirándola como si hubieran visto a un espectro. Un hombre maduro y un muchacho, quizá padre e hijo, ocupados en ensillar los caballos, se quedaron asombrados mirando a Boudica, que avanzaba lentamente en medio de sus hijas.

Cada paso que daba la hacía sufrir, pero las largas vestiduras ocultaban su andar inseguro transformando su movimiento en pura armonía, mientras sus rostros transparentaban la mirada de quien ocultaría para siempre el sufrimiento en un cofre inaccesible a todos y a todo a excepción de su propio espíritu.

Con la cabeza alta besada por el sol, Boudica cruzó una mirada con Bedwyr, luego con Arter, el herrero, y después con Efin, Borvo, el rey Rhuadri, venido del sur, el viejo Goraidh, Yorath, el bardo, Mairtin, el rico mercader, la mujer de este, Emel, y Ethrig, Sive, Cathmor, Oighrig, Alik, Benett... Había rostros nuevos, muchos, decenas, centenares de rostros que se apartaban a su paso, en silencio, como la tierra que cede a la reja del arado. Algunos inclinaban la cabeza, y las mujeres se arrodillaban en el suelo, mientras unos jóvenes guerreros le abrían camino. Ella miraba a todos a la cara, uno a uno, en silencio. Cathmor, que la seguía, se percató de que muchos reaccionaban con un sobresalto de indignación ante la visión de la túnica rasgada y manchada de sangre y el cuerpo que cubría.

Boudica se detuvo en un claro más allá de los árboles, se volvió sujetando a sus hijas de la mano y escrutó a la multitud que se reunía en torno a ella.

—Me han golpeado —dijo.

Se hizo el silencio más absoluto.

—Me han golpeado duramente. —Sintió que se le humedecían los ojos y le temblaban los labios—. Me han despojado de mi dignidad y de mis cosas, luego me han echado fuera y me han atado a un árbol. Me han desnudado delante de todos vosotros y me han azotado, peor que a una esclava. —Apretó los hombros de sus hijas—. Y mientras lo hacían... —Se le quebró la voz—. Mientras lo hacían, se han llevado a mis niñas, las han inmovilizado y las han violado.

Parecía como si, en el silencio, los corazones hubieran comenzado a latir al unísono y el aliento de todos se hubiera fundido en un viento transido de emoción. Boudica mostró el brazo de Aine, la muñeca aún violácea, señal de su resistencia desesperada.

—No sé quiénes eran ni de dónde venían. Pocos o muchos, el dolor que han causado es infinito. ¿Quién podrá curarlo? —Se enjugó una lágrima—. Oía los gritos de mis hijas, atada a ese árbol, y rogué a los dioses que me dejaran morir junto a ellas. No quería pasar el resto de mi vida entre la desazón por lo ocurrido, la vergüenza por no haberlo impedido y el miedo a que pudiera repetirse. —Hizo una pausa, mirando alrededor, y continuó, alzando la voz—: Andrasta no me lo ha concedido. ¿Acaso era su voluntad que mis noches y mis días estuvieran acompañados por el dolor hasta el final de mi vida? ¿Por qué? ¿Por qué me ha elegido para soportar esta prueba? ¿Por qué ha desencadenado sobre nosotros la brutal violencia de los invasores? —Su mirada se detuvo en las primeras filas—. Quizá lo haya hecho para recordarme algo que con los años había olvidado, algo que requería una advertencia terrible. Pueden humillarme, azotarme, violar a mis hijas incluso... pero he de levantarme. ¡Y me levantaré, siempre! ¡Y por fuertes que sean, yo lo soy más que ellos! —Abrió los brazos y exclamó—: ¡Porque yo pertenezco a los icenos!

Un estruendo se elevó de la multitud, un coro de rabia, de exasperación, de deseo de venganza.

—¡Nadie puede reducir a la esclavitud a un iceno, pero hace años que lo hemos olvidado!

Lo que subió hacia el cielo era el alarido liberador de todo un pueblo, después de diecisiete años de orgullo herido y humillado.

—Los romanos dicen que estas tierras no nos pertenecen —prosiguió Boudica—, que el pueblo de los icenos no tiene jefes, no tiene rey, porque es súbdito de Roma. Pero yo siento esta tierra en mi espíritu, y siento correr en mis venas la sangre de un pueblo orgulloso y fuerte. ¡Y yo, reina de los icenos, me opongo a la voluntad de Roma! Yo sostengo que nosotros no somos súbditos del emperador, sino hijos de un pueblo libre, y pido a los míos que se pongan de pie, con dignidad, y que estén dispuestos a batirse por esta tierra, y por todos cuantos vivimos en ella. ¡Si quieren llevarse mi casa, deberán hacerlo combatiendo! ¡Si quieren hacer daño a mis hijas, deberán matarme! ¡Y si no me matan, seré yo quien lo haga!

Un alarido de aprobación resonó entre las frondas.

—¿Estáis conmigo?

—Ar *Buidheachas!*

El tiempo transcurría. La hipnótica calma de los días anteriores se desvaneció ante la urgencia de las decisiones que urgía tomar. Había que reunir al mayor número de hombres posible, y los primeros mensajeros partieron inmediatamente después del discurso de Boudica para avisar a los jefes de clan.

—Se necesitan armas; no hay suficientes para todos y no podemos atacar a los romanos armados con horcones de madera.

—Cathmor tiene razón, solo algunos tenemos espadas y lanzas de guerra.

Todos asintieron, y Miridin, sentado a la derecha de Boudica, levantó las manos para pedir la palabra.

—Nobles icenos —empezó—, esta es la primera asamblea desde que nuestra gente decidió rebelarse contra la voluntad de Roma. Habrá otras, pero debemos sentar las bases para las siguientes si queremos que a nuestras palabras sigan hechos concretos.

En ese momento fue interrumpido por Cathmor.

—¡Sería mejor dar la palabra a los guerreros, considerando a dónde nos han llevado ciertos consejeros con sus bonitas palabras de paz!

El rey Rhuadri intervino, apoyando a voz en cuello la posición de Cathmor.

—¿Y quiénes serían los guerreros? —preguntó Miridin—. ¿Aquellos que creen que basta con llevar una espada en el costado?

Más de una mirada resentida embistió al viejo sabio, que pareció aún más delgado y demacrado junto a los colosos sentados en círculo en torno al fuego.

—No me miréis a mí, claro que yo no podría hacerlos frente. Pero ¿os habéis fijado bien en aquellos contra los que iréis a combatir? ¿Habéis observado a los hombres de Deciano?

—Nos han cogido por sorpresa y estábamos desarmados —replicó Cathmor, tajante.

—No, amigo mío, no se trata solo de sorpresa o de armamento. ¿Has visto cómo se mueven y cuántos hablan? Uno da las órdenes y los otros obedecen. ¡Y cuando quien manda da las órdenes, los otros están en silencio, incluso bajo una lluvia de flechas! Y diez, cien, mil hombres que ejecutan a la vez la misma orden se convierten en una fuerza imparable. Esa es la clave de su éxito.

—¿Y tú crees que basta eso para derrotarnos, ahora que somos miles?

—¿Quién mandará a esos miles, Cathmor? ¿Quién, de entre vosotros, reyes, será el que dé las órdenes?

Un embarazoso silencio descendió sobre la cabaña de Yorath. El consejero prosiguió:

—Estamos a punto de luchar contra gente que ha hecho de la guerra una disciplina, un oficio con sus reglas. Si no nos preparamos, habrá una matanza, y no solo de

guerreros. No me corresponde a mí recordaros cómo tratan los romanos a quienes se rebelan contra ellos.

—Si todos responden a la llamada para la asamblea en la Colina de los Sabios —intervino Boudica—, seremos decenas de miles.

—Quisiera poder decirte que eso será suficiente, mi reina —repuso Miridin, con un suspiro—, pero no sabemos cuántos seremos, y uno solo de ellos, armado y adiestrado, vale por varios de nosotros.

Ante esas afirmaciones, estalló el caos. Todos querían hablar. Fue la reina quien restableció el orden.

—¡Silencio! Dejad que Miridin continúe, que pueda expresar claramente su pensamiento.

Rhuadri se levantó.

—No tengo la intención de estar aquí oyendo los delirios de un viejo —dijo—, y no tolero que me hagais callar. Mis antepasados han guiado a mi tribu desde hace seis generaciones y yo la gobierno desde hace veinte años, con el respeto de todos. Mis hombres solo recibirán órdenes de mí.

—Bien, Rhuadri, eres libre de marcharte con los tuyos —declaró Boudica—. Y cada uno de vosotros puede seguir su ejemplo. Salid y decid a vuestros guerreros que ya no queréis apoyar mi causa, porque vuestro orgullo os impide escucharme. Preguntadles si quieren volver a casa con vosotros o quedarse a mi lado para combatir.

Cathmor, Rhuadri y los demás se miraron. Ninguno se movió.

—Somos muchos y podemos tener ideas distintas, de modo que es justo discutir las. Pero, una vez aprobada la propuesta más idónea, cada uno de nosotros deberá abrazarla como si fuera suya. Si no entendemos esto, ellos siempre tendrán ventaja.

La postura de Boudica volvió a dar impulso a Miridin.

—Creo que todos vosotros habéis combatido en el pasado. Algunos os habéis enfrentado a los catuvelaunos, otros tomasteis parte en la rebelión contra los romanos, pero ¿cuántos años han pasado?

—No es tan fácil olvidar cómo se lucha, Miridin.

—Quizá sirva para guerreros como tú, Cathmor. Pero nuestros jóvenes no saben qué es una batalla, y nunca han empuñado una espada y un escudo.

—Se lo enseñaremos nosotros. Aprenderán también ellos, como lo hicimos nosotros —dijo Rhuadri.

Miridin sacudió la cabeza.

—Es preciso armarlos y luego adiestrarlos.

—Lo sabemos —bufó Cathmor—, en la Colina de los Sabios podremos montar una gran fragua, para forjar espadas y lanzas.

—¿Cuánto tiempo tendremos para hacerlo? —preguntó, sereno, Miridin.

Cathmor miró a los otros, después se encogió de hombros.

—El tiempo necesario.

—Para entonces ya estaremos muertos. Y si no nos han matado los romanos, el hambre ya habrá pensado en hacerlo.

Los jefes de tribu empezaron a entender adónde pretendía llegar Miridin.

—Queréis arrancar de los campos y de los rebaños todos los brazos válidos y adiestrarlos para la guerra —soltó el consejero—, pero no os estáis preocupando por calmar su hambre. Queréis reunir un ejército de veinte o treinta mil hombres, sin saber cuántos días podrán continuar adelante. ¿De qué se alimentarán?

—Toda la región deberá suministrar comida a los combatientes.

—Por lo tanto, partiréis para la guerra con vuestros hombres, dejando a vuestras familias solas e indefensas, durante todo el tiempo que estéis lejos. —El viejo sabio los miró uno a uno—. ¿Y a pesar de lo que ha sucedido no se os ha ocurrido que Suetonio podría golpear como el zorro en el corral, mientras los perros guardianes no se enteran de nada?

—Suetonio está muy lejos de aquí, por eso es preciso actuar enseguida —dijo Rhuadri.

—Volverá, puedes estar seguro, y con la velocidad de un ave rapaz.

—Entonces nos los llevaremos a todos —propuso Ethrig, un noble de la tribu, desde el fondo de la estancia—. Todos, mujeres y niños. A los míos no los dejaré solos, el viejo tiene razón.

—Pero seremos terriblemente lentos. ¿Cómo podremos movernos con carros y familias? —intervino Cathmor.

—Tú hablas así porque no tienes a nadie.

—No podemos permitirnos flaquezas. Estamos en guerra.

—¿Y qué será de los rehenes? —preguntó Boudica.

Cathmor se encogió de hombros.

—Serán asesinados en cuanto vayamos contra los romanos.

—¡Me opongo! —exclamó Ethrig con rudeza—. Mi padre y mi hermano están en sus manos.

—Hay un precio que se debe pagar por todo esto. No tenemos alternativa.

—Pues tomemos rehenes también nosotros y negociemos.

—¿Quieres negociar con los romanos, Ethrig? ¿Después de lo que han hecho?

—Oigamos a los demás, Cathmor, ¿tú qué propones? Nos reunimos en la Colina de los Sabios, ¿y después?

El guerrero de rostro desfigurado hizo un gesto de ira y se rascó el cráneo, en busca de una respuesta para tantas preguntas. En el campo de batalla todo era fácil, un hombre llegaba dispuesto a combatir y lo hacía hasta el final. Pero ahora las cosas parecían más complicadas de lo previsto.

En ese momento entró uno de los guerreros que montaban guardia y anunció la llegada de un rey procedente del país de los trinovantes, que pedía audiencia con la reina Boudica.

Una barrera de miradas, algunas de curiosidad, otras de desconfianza, si no de abierta hostilidad, acogió al desconocido de rostro severo, orlado por una barba canosa. Detrás de su imponente figura, se hallaban una muchacha y algunos guerreros. Lo examinaron con cierto recelo: nadie lo conocía y, por lo tanto, debía de tratarse de un forastero. El desconocido, que por el porte y la actitud parecía de alto linaje, se detuvo delante de la reina Boudica.

—Mi nombre es Murrough, reina —se presentó con el fuerte acento de su tierra—. Murrough de los trinovantes.

—Bienvenido seas, Murrough —repuso la reina—. ¿A qué debemos el honor de tu visita? Los nobles icenos están sorprendidos de verte aquí, tan lejos de tu país.

Murrough asintió.

—La noticia de lo ocurrido ha atravesado los confines de vuestros parajes y ha llegado hasta nosotros —dijo—. Hace tiempo que entre nuestra gente cunde el descontento por lo que debemos sufrir. En Camuloduno los romanos han expropiado casi todas las tierras para dárselas a sus veteranos. Yo mismo he perdido la mitad de mis posesiones, porque no podía demostrar que me pertenecían. Su ley exige pruebas escritas, que nuestras costumbres no conocen. —Hizo una pausa y miró alrededor, encontrando gestos de aprobación—. Lo que te ha sucedido nos ha alarmado, reina Boudica, y he decidido venir a hablar contigo para preguntarte cuáles son tus intenciones.

La desconfianza de los icenos, que estaba menguando, se agudizó de nuevo. En el fondo, aquel desconocido de aire arrogante que miraba sus espadas habría podido ser cualquiera, incluso un espía de los romanos.

—¿Para eso has recorrido tanto camino? ¿Por qué es tan importante para ti saber qué haré?

—Porque estoy aquí para hacerte una propuesta, y, si la aceptas, tendrás mi espada y la promesa de que mi gente combatirá a tu lado.

Murrough apoyó una rodilla en el suelo, ofreciendo su espada a la reina.

—Sé bienvenido una vez más, entonces, porque son los dioses quienes te mandan.

—Un momento —intervino Cathmor—. ¿Quién nos asegura que no eres un mercenario a sueldo de los romanos?

Murrough lo miró fijamente a los ojos.

—Yo y mi hija —dijo, señalando a la muchacha— permaneceremos con vosotros en calidad de rehenes. Mis hombres volverán a avisar a los nuestros.

—Tú y tu hija no seréis rehenes, sino huéspedes —dijo Boudica con tono decidido, poniéndose de pie—, y como tales libres de ir y de venir, Murrogh.

Cathmor trató de intervenir, pero la reina lo detuvo con un ademán.

—Y ahora, ¿cuál es tu propuesta?

—Sabemos que el momento es propicio para una rebelión. Las legiones de Suetonio están en el norte, en las tierras de los ordovicos, y las otras dos de vigilancia de la isla se hallan lejos la una de la otra. Pero antes o después deberemos enfrentarnos a esos soldados, y para hacerlo necesitamos muchos guerreros bien armados y deseosos de luchar.

Cathmor asintió.

—El deseo de combatir no nos falta, desde luego.

—Sí, pero cuanto más demostremos que es fácil derrotar a los romanos, más gente acudirá dispuesta a luchar contra ellos.

—¿Y cómo piensas demostrar que es fácil?

El tono de Miridin era indeciso.

—Me bastará con derrotarlos.

Cathmor y los otros se miraron. ¿El trinovante les estaba tomando el pelo? Despreocupado por cualquier mirada despreciativa, Murrogh prosiguió.

—Si tenéis la intención de ir al norte, hacia la Novena Legión y los campamentos fortificados de suministros, no puedo garantizaros el apoyo de muchos hombres.

En cambio, si descendéis al sur y entráis en nuestro territorio en dirección a Camuloduno, toda la región se alzarará en armas y os seguirá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque Camuloduno es la presa perfecta para la rebelión. Surge en un lugar dedicado al dios de la guerra, Camulos. Después de la invasión, los romanos la han llamado Ciudad de la Victoria y la han convertido en una colonia. Inicialmente estaba vigilada por una legión, pero la actividad y el comercio la han hecho crecer desmesuradamente; se necesitaba más espacio y la legión que la ocupaba se ha desplazado a otra parte. En Camuloduno se han construido muchos edificios, casas, tiendas, un teatro, las termas... y ese maldito templo dedicado a Claudio. —Murrogh se concedió una sonrisa cruel—. Pero se han olvidado de construir algo: una muralla.

—Todos los veteranos romanos tienen parcelas en Camuloduno.

—Sí, los alrededores están salpicados por sus villas y granjas, pero están aisladas. Y en la ciudad, ahora que Suetonio se encuentra en el norte, solo han quedado pocos hombres de guardia.

—Habrás un motivo para que la ciudad no esté protegida.

—Los romanos creen que esta zona ya está pacificada. En sus mentes el peligro llega del norte, de los ordovicos o los siluros. No esperan desórdenes en este frente. Camuloduno es la capital romana de Britania, el centro de los mercados de la región, y los britanos que viven allí son los que han obtenido más beneficios de la convivencia con los invasores. Cuando Camuloduno haya caído en nuestras manos como una fruta madura, decenas de miles de guerreros acudirán para unirse a nosotros.

—Y creo que, a lo largo del camino —señaló Boudica—, encontraremos ya muchos hombres dispuestos a seguirnos.

—Es verdad, reina —asintió Murrogh—, nos moveremos desde puntos distintos, recogeremos tantas fuerzas como sea posible y luego convergiremos sobre Camuloduno.

—¿Hay graneros y reservas de alimentos? —preguntó Miridin.

Murrogh asintió.

—Camuloduno recoge todas las mercancías que llegan y parten de nuestra isla. Tiendas, almacenes y puestos del mercado rebosan de toda clase de comida. En las granjas de alrededor hallaremos un gran número de rebaños. En conjunto, tendremos con qué saciar el hambre de un numeroso ejército durante largo tiempo.

—¿También encontraremos armas? —quiso saber Cathmor.

—Eso no puedo garantizarlo. Con seguridad los veteranos las tienen. Si asaltamos sus granjas, creo que podremos conseguir una cierta cantidad. Pero el principal resultado que obtendremos ocupando Camuloduno será el prestigio de la victoria, la demostración más clara de que los romanos no son invencibles.

—Será una advertencia tanto para los enemigos como para los demás pueblos de Britania —convino Boudica—. Demostraremos que podemos estar unidos para combatir a los romanos y a sus aliados, y que tenemos la suficiente fuerza para destruir a quien nos impone su propia voluntad. Nada romano debe quedar intacto.

Se elevó un estruendo de consenso. Los había conquistado.

—Devastaremos Camuloduno, sus mercados y su templo —gritó la reina—. ¡Arrasaremos la ciudad!

## Manadas de lobos

*Territorio de los trinovantes  
48 millas al oeste de Camuloduno  
Junio del 61 d. C.*

El odio más sombrío era contra los veteranos, porque, enviados hacia poco como colonos a Camuloduno, los echaban de sus casas, les expropiaban los campos, llamándolos «prisioneros» y «esclavos», respaldados en su arbitrariedad por los soldados, que veían un destino parecido y esperaban la misma impunidad.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO, *Anales*, XIII, 31

—¡Ánimo, vamos!

Aquila había examinado la eslinga de la columna y se había unido a los operarios que, estirando con la fuerza de los brazos, la estaban levantando para ponerla en posición. Los hombres tiraron de la cuerda siguiendo las indicaciones de Antio, siempre cauteloso. La cuerda se tensó sobre la polea y la madera del aparejo crujió, pero la columna de piedra se alzó y se asentó a la perfección. Antio dio la señal con la mano.

—Está bien, soltadla, pero lentamente.

Se oyeron expresiones de alegría por la satisfacción del trabajo bien hecho. Aquila dio una sonora palmada en el hombro polvoriento del capataz.

—Bravo, Antio. Continuemos.

—Vamos, enganched la segunda columna —dijo el griego a su escuadra, y guiñó el ojo a su patrón—. Tu presencia en la obra hace que los hombres trabajen mejor...

Aquila soltó una risa sarcástica.

—Pero hoy tendrás otras cosas que hacer —añadió el griego—. Llegan visitas.

Aquila se volvió. Un jinete se acercaba. Al cabo de un instante reconoció a Rhiannon. El capataz lo observó con cierto desagrado.

—Cubierto de polvo de mármol no pareces gran cosa, pero tu amada te perdonará. Ve, nosotros pensaremos en las columnas.

El veterano se marchó, renqueando. La hija de Murrough ya estaba cerca de la valla que delimitaba el muro perimetral. Aquila se pasó la lengua por los labios llenos de polvo y se limpió el rostro con un trapo. No estaba, desde luego, en las mejores condiciones para recibirla, pero era feliz por aquella visita inesperada. De pronto, alzó la mirada y vio la silueta de Rhiannon contra el cielo azul de un maravilloso día de principios de verano. Miró la pierna torneada que salía de la túnica, tensa contra el pelo del caballo sudado, que parecía haber galopado. Y luego captó la expresión del rostro de Rhiannon, y aquello que vio no era en absoluto lo que esperaba.

—¡Vete de aquí, Marco Quintinio! ¡De inmediato!

El romano la miró, estupefacto. Los grandes ojos oscuros de la muchacha estaban orlados de pinturas de guerra azules, que le daban un aspecto demoníaco. Eran los colores que había visto en la cara del enemigo en muchas batallas.

—¡Vete, este sitio carece de futuro!

La mirada del hombre se dirigió hacia el pomo que sobresalía de la ropa. Rhiannon estaba armada. Marco dio un paso hacia delante y le tendió la mano. Ella tiró de las riendas, haciendo retroceder el caballo.

—¡Vete! —gritó—. ¡Marchaos todos! Al anochecer este lugar ya no existirá.

—Cálmate, Rhiannon, ¿qué está sucediendo?

En la mirada turbada de la britana se percibía su lucha interior. Deseaba matar y que la mataran, odiar y ser odiada. Ansiaba con todo su ser destruir, pero sentía que matando a aquel hombre se habría matado también a sí misma.

—Mi gente viene ya a recuperar lo que le pertenece.

Aquila pensó que se había encendido el enésimo foco de rebelión. Había habido muchos otros, en el pasado, y habría más. Suspiró.

—Dile a tu padre que no haga locuras, Rhiannon. Es un suicidio. ¿Dónde está ahora? Debo hablarle, quizás aún se pueda negociar, de una manera o de otra. No cometáis un error irreparable, os lo ruego.

La muchacha sujetó el caballo, que parecía nervioso.

—No puedes entender la gravedad de la situación, Marco Quintinio Aquila. Vete, porque una furia espantosa está a punto de abatirse sobre estas tierras.

Aquila trató de coger las bridas; sin embargo, ella fue más rápida y alejó su corcel.

Rhiannon deseaba matarlo, pero su cuerpo ansiaba sus manos, su boca. Ser su presa, morir de placer.

—¡Vete, vete lo antes posible!

Luego volvió grupas y partió al galope, angustiada y llorando. En su corazón sabía que aquel a quien quería hacer daño la había herido desde hacía tiempo. No le había quitado la vida, pero había matado su razón.

El *centurio* volvió sobre sus pasos con una mueca de dolor, ese dolor que desde siempre le recordaba que no podía correr.

—¡Molerato! ¡Molerato!

El coloso no respondió. Estaban todos ocupados en izar la segunda columna y demasiado concentrados en el trabajo para prestar atención a Aquila. Este silbó al único que parecía haberse dado cuenta de su agitación, un picapedrero que estaba tallando peldaños.

—¡Tú, ve a ensillar los caballos, corre!

El muchacho se levantó y dejó las herramientas, limpiándose las manos con la túnica.

—¡Corre, he dicho!

—Pero... ¿qué caballos?

—¡Todos! —respondió Aquila—. Empezando por el mío.

Entretanto, los demás no conseguían asentar la columna. Antio ordenó izarla de nuevo, y Aquila comprendió que tardarían menos tiempo en concluir la obra que en colocar aquella columna en su lugar. Se acercó para prestar ayuda, y por fin lo consiguieron.

—Ahora, escuchadme bien —dijo acto seguido—. Pronto habrá problemas. Creo que ha estallado una rebelión. Trataré de averiguar la gravedad del asunto —continuó Aquila, en respuesta a sus miradas de inquietud—, pero entretanto no debemos correr riesgos. Recoged cuanto se pueda transportar e id hacia Camuloduno.

Antio silenció de inmediato el rumor con que fueron recibidas aquellas palabras.

—Manos a la obra, holgazanes —dijo—. Necesitaremos dos días para cargar los carros y llegar a la ciudad.

—No creo que dispongamos de tanto tiempo —dijo Aquila, con aspereza—. Coged solo las cosas de valor y daos prisa, no sé a qué nos enfrentamos. Sobre todo no sigáis los senderos más frecuentados, bordead los bosques y si veis llegar a alguien escondeos deprisa.

Los hombres empezaron a hablar todos juntos, hasta que Antio tomó la palabra.

—Así emplearemos tres días en llegar a destino. Tardarán menos en venir aquí los legionarios de Camuloduno que nosotros en alcanzarlos a ellos.

—No te hagas ilusiones —replicó Aquila—. Los pocos legionarios que han quedado en Camuloduno estarán ocupados en encontrar un modo de defender la ciudad, si la rebelión se extiende. Por aquí no hay soldados, Antio. Debemos apañarnos solos. —Se volvió hacia Molerato—. Monta, rápido, y corre donde Tauro sin parar.

Dile lo que está sucediendo y después corre a avisar a todos los colonos de la zona. Nos reuniremos en Camuloduno. ¡Ve!

Molerato gruñó y salió corriendo.

—Pero ¿dónde están las tropas, Aquila? ¿Quién nos protege? —inquirió el capataz, que más que espantado parecía contrariado.

—En este momento las legiones se encuentran demasiado lejos, Antio. Y, cuando sepan lo de la rebelión, no creo que se ocupen de una granja en medio de la nada.

—Aquila apoyó la mano sobre la espalda del griego—. Y, además, no está claro que las legiones puedan apartarse de la zona que vigilan, si no se ha pacificado, pues correrían el riesgo de encontrarse atrapados. Suetonio y los otros comandantes valorarán muchas cosas, pero el destino de civiles como nosotros no está entre sus prioridades.

—Pero es absurdo...

—Se llama guerra, Antio. Buena suerte, amigo mío, nos veremos en Camuloduno.

—Pero ¿adónde vas?

—A averiguar qué está sucediendo.

Aquila entró en la casa y se dirigió a su dormitorio. La bolsa de cuero estaba guardada en un baúl de madera pintada. Extrajo de ella una preciosa coraza, se la puso y anudó las tiras laterales. Para preservarla de la humedad, estaba cubierta por una delgada capa de grasa que retuvo el polvo de mármol, haciendo el metal más opaco. De una bolsa más pequeña, Aquila extrajo su yelmo de oficial. Aún llevaba las marcas de aquella tarde de hacía cuatro años. Había quitado la cresta, semideshecha durante la batalla. Total, ya no tenía a nadie a quien mandar.

Desplazó el baúl, cogió una barra de hierro e hizo palanca sobre el ángulo de una piedra del pavimento. Esta se levantó, revelando un pequeño hueco revestido de ladrillos. El veterano cogió del escondite una cajita de madera reforzada con metal. Dentro había una bolsa de piel suave. La suma que contenía era enorme, el fruto del trabajo de una vida. Se preguntó cuál podría ser el sitio más seguro para dejar semejante riqueza. Luego cogió dos puñados de monedas de la bolsa y los puso en dos escarcelas de piel, una atada al *cingulum* junto al inseparable *pugio*, la otra colgada del cuello, bajo la coraza. Guardó el resto en el escondite secreto y cerró este con la piedra.

Antes de salir descolgó de la pared el *gladius* de su abuelo, con la funda taraceada en plata. Le daría suerte. Nada más, no era tiempo de almillas o protecciones de cuero. Debía ser ligero, para volar con *Hiberico* al campamento de Murrough, solo, y descubrir qué estaba sucediendo. Después debía correr a Camuloduno y, junto a Falcidio, organizar una eventual defensa. Habría llegado a destino al día siguiente, le bastaban una hogaza y una cantimplora de agua. Miró inseguro las demás espadas colgadas del muro, luego cogió las cinco, cada *gladius* con su funda, y salió a la luz del sol, donde los operarios estaban ocupados cargando bestias y carros en medio de una nube de polvo.

El picapedrero lo esperaba con el caballo ya ensillado, que pateaba nervioso por el revuelo. De Antio, ni rastro. Aquila montó a *Hiberico* mientras Molerato llegaba a los establos. Aparte de la túnica, llevaba encima el *cingulum*, del que colgaban el *gladius* y el *pugio*. Hacía tiempo que había perdido la coraza y el yelmo a los dados. Aquila tendió las espadas al gigante.

—Encuentra a alguien que las sepa usar y distribúyelas, luego corre tan rápido como puedas hasta donde Tauro, avísale y prosigue. Durio, Fibreno... ponlos a todos en alerta. Cita en Camuloduno.

Molerato gruñó, con un brillo en los ojos.

—*Sumus, sumus, sumus*. Como en los viejos tiempos, Aquila.

El viejo soldado esbozó una triste sonrisa.

—Presta atención y evita el contacto. Todos nosotros seremos necesarios en la ciudad.

Entró en las cocinas, sin desmontar. Su llegada dejó atónitos por un instante a todos aquellos que intentaban hacer acopio de comida y trasladarla a los carros. Gracias a ello recogió una bolsa con una hogaza, queso y una bota de vino.

*Hiberico* bufaba excitado, impaciente por partir al galope. Aquila echó un vistazo en medio del revuelo y entrevió a Antio bajando de los carros aquello que cargaban los operarios. El jinete se abrió paso entre los presentes, dando algún suave golpe plano con el sable a los más reacios.

—¡Escuchadme todos!

El grito y la espada levantada hicieron que los hombres prestaran atención.

—Hoy tenemos a la suerte de nuestra parte. Hemos sido advertidos de que sucederá algo, pero no sabemos cuándo, dónde ni cuán grave será. En el peor de los casos, dentro de poco saldrán de los bosques unos britanos armados dispuestos a saquear mi casa.

Un rumor cargado de recelo se extendió entre los hombres.

—Lo mejor que podemos hacer —prosiguió Aquila— es darnos prisa y dejar aquí todo lo que para ellos pueda representar un botín, así perderán tiempo en disputárselo y ponerlo a seguro.

Alguien masculló contrariado y Aquila, levantando la voz, continuó:

—Sé que todos perderemos algo. Empezando por mí, que abandono mi propiedad sin saber si a la vuelta encontraré un solo ladrillo. —Hizo una pausa, acompañada por un silencio sepulcral—. Pero os prometo que volveremos a comenzar, os contrataré de nuevo a todos y reanudaremos los trabajos. Pero para hacerlo debemos estar vivos. Meteos en la cabeza que lo primero que hay que salvar es la piel. Coged dinero, un poco de comida y las bestias y partid de inmediato para Camuloduno, sin carros ni lastre inútiles. Entre esta tarde y mañana como mucho habréis llegado a un sitio seguro. Luego veremos.

—Tengo toda mi vida en ese carro —gritó un albañil.

Aquila lo miró sin responder, luego sacudió la cabeza y dio un tirón al caballo. Ya había perdido demasiado tiempo. Hizo ademán de alejarse y cruzó la mirada de Owen, que se mantenía apartado del grupo en torno a los carros. Era uno del lugar, y él y sus hijos tenían excelentes relaciones de trabajo con los recién llegados: proporcionaban la madera para la obra, haciendo las tablas con los troncos y construyendo los andamios. El acuerdo consistía en que permanecieran hasta el final del trabajo.

—Nosotros nos quedaremos aquí, Aquila —dijo el britano.

Owen procedía de una pequeña aldea situada al norte, en la frontera con las tierras de los catuvelaunos, pero era un trinovante como Murrough y los suyos. En efecto, para él quizá no existiera motivo de preocupación, tenía amigos y conocidos en todo el territorio.

—¿Estás seguro, Owen?

—Sí, es mi gente, no tengo nada que temer. Trataré de salvar el máximo de lo que queda aquí. Ya verás, me escucharán.

El romano asintió con un destello de esperanza.

—Que la diosa Fortuna sea contigo, Owen.

Partió al trote y, después de un breve trecho, se volvió para contemplar su villa. Era un lugar encantador, pero para protegerla debía ir donde Murrough, el único que podía decirle algo seguro.

—Ve, hermoso, veloz como el viento.

El joven semental aceleró bufando, excitado, después pasó al galope, para descargar por fin toda su exuberancia en una carrera desenfrenada.

En la mente de Aquila se agolpaban las preguntas. ¿Cómo era posible que un hombre sabio como Murrough realizara un acto tan insensato? ¿Acaso creía que podría atacar los asentamientos romanos sin sufrir terribles represalias? Y luego, ¿cuál era el motivo? ¿Los hijos destinados a las unidades auxiliares? ¿Los impuestos? Los trinovantes eran aliados de los romanos desde hacía más de cien años, pero la progresiva ocupación realizada a través de la confiscación de las tierras en las que se establecían veteranos y colonos, aprovechando el hecho de que los britanos no conocían el derecho de propiedad, no ayudaba desde luego a reducir la enorme divergencia entre los dos pueblos.

Se necesitarían al menos un par de generaciones para pacificar del todo la región. En treinta o cuarenta años más algún gobernador disfrutaría del resultado de su labor. Por el momento, a los hombres como Aquila les había tocado la parte más difícil y sucia del trabajo, y quizá la misión no había terminado.

Se detuvo junto a un arroyuelo a los pies de un monte boscoso, para que *Hiberico* abrevara y recuperase el aliento. Bebió un sorbo de vino y llenó de agua la bota vacía que llevaba con él. Comenzaba a sentirse cansado. Hacía horas que cabalgaba a buen ritmo y aún tenía varias más por delante antes de avistar la aldea de Murrogh. Una ráfaga de viento sacudió las frondas de las encinas. El sol arrancaba reflejos al riachuelo, el aire era cálido y aquel lugar a la sombra de los árboles, mágico. Aquila cerró los ojos, seducido por la quietud reinante. Se habría quedado allí para siempre, si hubiera podido. Con la compañía de Rhiannon como ninfa de los bosques...

Suspiró y se sacudió. Una vez sobre la silla, pensó que habría ahorrado tiempo remontando la colina, en vez de rodearla siguiendo el sendero, y se adentró en el bosque con cautela. Si sus cálculos eran correctos, más allá de la cresta debería vislumbrar el valle que conducía en dirección norte, hasta la planicie dominada por la aldea fortificada de Murrogh. Ya en la cima de la colina se detuvo para escrutar el horizonte hacia septentrión. La llanura parecía desierta. Espoleó al semental y, finalmente, contempló entre los árboles el camino que descendía. Soltó un poco la brida, superó una cumbre y rodeó una enorme roca entre los árboles. Luego tiró con fuerza de las riendas para sofrenar al caballo.

Los hombres que se acercaban por el sendero, al verlo, se habían echado a un lado. Un instante después, Aquila advirtió que estaba rodeado de britanos, que lo miraban estupefactos. Oyó un alarido a la derecha y, mientras se volvía, algo le golpeó con violencia en la frente, haciéndolo vacilar. Un segundo mandoble se abatió sobre el costado de la coraza, quitándole el aliento. *Hiberico* relinchó, encabritándose espantado. Aquila sintió una punzada en el hombro. Vio el cielo, los árboles y luego un brazo le apretó el cuello con tal violencia que le cortó la respiración. Notó que el caballo se escurría de debajo de él y cayó hacia atrás, en medio de una selva de manos que trataban de golpearlo.

Todo se oscureció.

Oyó de nuevo un alarido, seguido de otro más agudo, y después lo golpearon otra vez en el rostro. Cuando las manos lo dejaron, el mundo giraba alrededor y Aquila se encontró a gatas, escupiendo sangre y saliva. Alguien le desató el barboquejo y le quitó el yelmo. Respiraba con dificultad y apenas si podía dominar el dolor que le subía desde varios puntos del cuerpo.

Jadeando, abrió los ojos y vio la sangre que goteaba de la boca sobre las manos. Cerca de él alguien reía, cruel, burlonamente. Había llegado el momento de levantar la mirada. Lo hizo y recibió un escupitajo en la cara.

Con un destello de lucidez se puso de rodillas. La coraza presionaba dolorosamente contra el costado que había recibido la mayor cantidad de golpes. Pasó la mano por encima y constató que el metal estaba deformado. Una vez más debía la vida a aquella coraza, un obsequio de su padre antes de partir para Germania. Miró alrededor, tratando de no expresar el dolor que sentía y el miedo que lo embargaba.

Murrogh, frente a él, lo miraba.

Llevaba puestos el yelmo de sus antepasados y una coraza de placas de hierro, y portaba la espada en el costado. La capa descubría los brazos desnudos, historiados con serpientes azules que subían desde las muñecas hasta los hombros para repetirse después sobre el rostro. En torno a él continuaban acudiendo los hombres de la tribu de los trinovantes, y muy pronto Aquila estuvo rodeado por una masa de guerreros hostiles, que lo señalaban y lo cubrían de insultos. Por instinto, su mirada examinó sus armas. En la mayor parte se trataba de lanzas y palos de madera puntiagudos. Casi todos llevaban un cuchillo, otros tenían hoces y hachas, pero la mayoría sostenía bastones con clavos, horcones y herramientas de trabajo de dudosa eficacia en un combate. Eran muy pocos los que portaban armas de guerra, y aún menos los provistos de corazas o yelmos. Uno de los britanos más cercanos empuñaba una pesada hacha de leñador. El excenturión reconoció a uno de los primeros con que se había tropezado poco antes. He aquí quien lo había golpeado y con qué le había desfondado la coraza.

Aquila sintió a alguien cerca de él y reconoció las manos que sostenían su yelmo. Rhiannon no lo miraba a él, sino que observaba a su padre y a los demás en torno a ella, jadeando. Solo en aquel momento Aquila comprendió que la primera en gritar había sido ella, y no para incitar a los suyos, sino para detenerlos. Por un instante se sintió casi feliz. Si debía morir, lo haría delante de ella.

Se esforzó por dejar de mirarla y buscó los ojos de Murrogh. Había sido él quien había impedido que lo mataran, y si lo había hecho debía de ser porque tenía algo que decirle. El jefe de tribu dio prueba de su autoridad imponiendo el silencio con un solo gesto de la mano. Aquila sintió algo líquido en los labios y lo lamió. Era sangre. La suya.

—Sé que te estás preguntando la razón por la que he actuado así —dijo Murrogh—. No entiendes por qué hoy estoy aquí, frente a ti, con los colores de guerra. Sé con certeza que te hiere ver correspondida tu hospitalidad con un hachazo. También yo me sentiría así si estuviera en tu lugar. —Se inclinó hacia Aquila y levantó la voz para asegurarse de que los suyos lo oyeran—. Pero lo que has sufrido ahora no es nada en comparación con el daño que vosotros, los romanos, habéis infligido a mi gente durante todos estos años.

El rostro del romano, por cuya frente descendía un hilillo de sangre, permaneció impasible.

—Cerramos un pacto con vosotros, hace muchos años, pero lo hemos pagado muy caro —prosiguió Murrogh, implacable—. Nos habéis arrancado los hijos con levass forzosas, y aprovechándoos de nuestras costumbres sobre la amistad y la hospitalidad,<sup>14</sup> habéis ultrajado a nuestras esposas, a nuestras hijas y a nuestras hermanas. Nuestros haberes han sido devorados por los tributos, las cosechas, diezmadas por los impuestos sobre el trigo, nuestras fuerzas... se han consumido para construir vuestros caminos entre bosques y pantanos —añadió con tono áspero, y Aquila inclinó la cabeza—. Y, lo que es peor, no nos habéis dado elección. Nos decís que la ley es dura, es la ley y no se puede discutir. Y si alguien no acepta vuestras leyes, lo despojáis de todo, lo azotáis y lo tratáis como a un esclavo. Pero quien nace esclavo al menos es vendido una sola vez y normalmente a un amo que le da de comer. Nosotros, en cambio, somos vendidos cada día a un amo al que nosotros mismos debemos saciar. ¿No es así como nos veis, en el fondo? Esclavos que pagan para seguir siendo esclavos.

Los hombres de Murrogh soltaron furiosos gritos de asentimiento.

—Vosotros, nuevos amos de estas tierras, habéis tratado a los trinovantes como enemigos, no como aliados, y, no contentos con ello, nos habéis desarmado, nos habéis prohibido continuar con nuestros cultos... Pero habéis olvidado que por nuestra sangre corre una fuerza que no podéis controlar, la dignidad. —Murrogh se dirigió a los suyos alzando las manos al cielo—. Y hoy, armados con nuestra dignidad, vamos a recuperar la libertad que por derecho nos corresponde.

Los hombres agitaron las armas, entre gritos de guerra e insultos al romano, que en aquel momento encarnaba, él solo, al odiado enemigo. Una vez más, Murrogh impuso el silencio.

—Quizás estés pensando que estamos locos, Aquila —dijo—, que nunca lo conseguiremos. Puede que sea así, pero de todos modos lo intentaremos. Y si morimos, será siempre mejor que dejaros a nuestros hijos y nuestras hijas, la sangre de nuestra sangre. Con sangre hemos conquistado cada trozo de esta tierra, y con sangre estamos yendo a recuperarla.

—Escucha, Murrogh...

—¡Calla, Aquila, y ve de aquí! Quisiera tenerte a mi lado, pero sé que no es posible, porque eres como yo, un hombre de honor y un valiente. Y precisamente por eso te hago un presente. Te dejo la vida y la libertad. Pero, recuerda, si nos encontramos de nuevo, ya no podré hacerlo.

El romano se puso de pie, tambaleándose. Trató de vislumbrar la figura del rey, mientras unas manos impacientes le desataban la coraza. Además, le quitaron el *cingulum* con la espada y el puñal, y le arrancaron la escarcela de monedas que le colgaba del cuello. Quedó vestido únicamente con la túnica manchada de sangre y las sandalias.

—Mátame, Murrogh.

El círculo se cerró de inmediato. Eran muchos los que no veían la hora de asestarle el golpe de gracia.

—Mátame ahora. Si no lo haces, volveré con los míos y lucharé contra ti.

Murrogh detuvo con un ademán a los guerreros y ordenó:

—Devolvedle su caballo.

Se oyeron varias voces de disconformidad. Murrogh las silenció con la mirada.

—Dadle ese caballo. ¡Os prometo que esta es la última vida que perdonaremos!

Un hombre de densa barba llegó sujetando por las bridas a *Hiberico*, sin silla. El semental estaba nervioso y asustado, y perdía sangre por el costado izquierdo, donde había sido golpeado.

—Volveremos a vernos, Murrogh —dijo Aquila.

—No temas, romano, verás mis ojos en la mirada de todos a los que te enfrentes. Date prisa, porque ya no volveremos a ser indulgentes. Lo que hemos comenzado hoy acabará solo cuando os hayamos matado a todos. —Murrogh apretó los dientes—. O cuando nos hayáis matado a todos.

Aquila trató de montar a caballo, pero el dolor no se lo permitió, y el animal, espantado, lo empujó arrojándolo al suelo. Todos rompieron a reír, salvo Murrogh y Rhiannon. La muchacha agarró las riendas e intentó calmar al caballo. Habría querido ayudarlo, pero así habría empeorado las cosas, humillándolo aún más a los ojos de los demás.

El romano se levantó y, reuniendo fuerzas, consiguió subir a la grupa de *Hiberico*. Ella le tendió las riendas, él le rozó los dedos y por un instante sus miradas se encontraron. Aquila no vio a nadie más que a Rhiannon. Gritos de burla le retumbaban en los oídos, pero el romano se sumergió en los ojos de ella, y en esas pupilas oscuras y profundas no había rastro de odio o de desprecio. Solo dolor, el de un mudo y demasiado breve adiós. Aquila sabía que siempre la llevaría dentro de sí.

Espoleó a *Hiberico* con los talones. Los britanos gritaban el nombre de Aquila, deformándolo. Algo golpeó al caballo, que se puso a correr, y el veterano estrechó las riendas contra sí para no caer. Alguien le arrojó una piedra que le dio en la oreja, arrancándole un gemido de dolor y de rabia. Después espoleó a la bestia enfilando el camino del sur, por donde había llegado.

Corrió como nunca lo había hecho en su vida. Había observado que en el grupo de los britanos había carros y ganado. Si tenían la intención de mantenerse unidos, no podrían avanzar muy rápidamente. Cuando se cercioró de que había puesto bastante tierra de por medio, se detuvo para comprobar el estado del caballo y, si era posible, el suyo propio.

Se detuvo en el primer curso de agua, bajó y cayó al suelo, sin aliento. *Hiberico* estaba cubierto de sangre y sudor. Mientras el caballo bebía, Aquila le lavó la herida. Si hubiera seguido exigiéndolo de ese modo, se habría desangrado. Pero si no lo hubiera hecho se habría quedado allí, aislado, y quizás el semental hubiese muerto. Se agachó junto a la orilla, sumergió las manos en el agua y se enjuagó el rostro con una mueca de dolor. El agua se tiñó de rojo y Aquila se vio reflejado en ella. Debía de tener un ojo morado y un tajo bastante profundo en la frente, dado que la hemorragia no se detenía. Le latía la oreja y, al tocarla, se percató de que la piedra se la había partido. En cuanto al golpe en el costado, aunque ya no le molestaba, la herida del hombro era peor de lo que había supuesto. Una espada casi lo atraviesa y solo el borde de la coraza había evitado que el hierro se hundiera aún más.

Aquila se quitó la túnica, la desgarró con los dientes y, como pudo, se vendó la frente y el hombro. Trató de taponar la herida del caballo, pero no tenía bastante tejido para fajarla adecuadamente. Bebió de nuevo y vertió más agua sobre el costado de *Hiberico*. Después miró el cielo, para saber qué hora era, y notó algo anómalo en el azul de la tarde que acababa.

Humo.

Una columna de humo negro, que subía lenta hacia occidente. Montó a caballo y alcanzó un punto elevado, tratando de orientarse. Para llegar a su villa habría debido proseguir hacia el sur y después atajar por el este. Aquel humo, en cambio, llegaba del oeste. Trató de concentrarse y, de golpe, se estremeció. Allí abajo estaba la granja de Fibreno, el Decano.

Aquila dudó un instante sobre adónde ir. Fibreno estaba más cerca, con seguridad lo alcanzaría antes del atardecer. Allí podría vender mejor al caballo, avisar al Decano del peligro y dirigirse con él y los suyos hacia Camuloduno. Sin duda semejante desvío, que parecía una elección sensata, lo alejaba al menos media jornada, si no más, de la capital de la región. Se preguntó si convenía. Poco después, se respondió: sabía que, en todo caso, seguiría su instinto de oficial, que le impediría dejar atrás a uno de los suyos.

—Ánimo, *Hiberico*, no podemos descansar; hoy no.

El caballo bufó y partió al galope, dejando a medida que avanzaba un poco de vida sobre el terreno.

Aquila aflojó la marcha al ver la columna de humo que subía del otro lado de la colina. Superó el monte manteniéndose a distancia de la vegetación, para que no se repitiera lo que le había ocurrido a primera hora de la tarde, pero, al mismo tiempo, dispuesto a refugiarse en ella si veía a alguien avanzar a cielo abierto. El caballo estaba cansado y él también se sentía débil. Ambos habían perdido sangre. Detuvo el animal sobre la cresta, mirando las últimas llamas que devoraban la casa de labranza de techo de paja. Había llegado tarde.

Comenzó a meditar sobre la situación, mientras escrutaba atentamente los alrededores en busca de señales de vida. Nada se movía a lo largo del sendero, entre los campos de trigo y en los bosques en torno a la casa. *Hiberico* perdía baba por la boca. Allí abajo había una tina con agua de lluvia, con seguridad aparecería una fuente de agua, donde por fin podrían beber. Y quizás encontraría una manta, algo para curar a *Hiberico*.

Hizo avanzar al paso al caballo. No podía permitirse perderlo. Sabía que *Hiberico* era su única esperanza de salvación, cuatro patas para suplir su minusvalía, la diferencia entre la vida y la muerte. La última vez que se había enfrentado a un combate lo había hecho completamente protegido, con un espléndido escudo y con la mejor espada que se hubiera forjado nunca, con piernas y brazos fuertes y poderosos. Ahora estaba desnudo, herido y cojo, hasta un chiquillo habría podido abatirlo con un golpe de honda, a cincuenta pasos de distancia. Al acercarse advirtió el olor acre del humo, mezclado con otro nauseabundo aroma, que le recordó al momento algunas escenas de expediciones de castigo en las aldeas de los germanos, escenas que habría preferido olvidar.

Detuvo el caballo a un centenar de pasos de la meta y permaneció inmóvil, escrutando ansiosamente la colina sobre la izquierda y el bosque sobre la derecha. Después dio un leve golpe con los talones e *Hiberico* avanzó, reacio.

No podían haber sido los hombres de Murrogh. No era posible que llegaran allí antes que él, incendiaran la granja y escaparan. Aquel incendio había sido iniciado por otros, que habían dejado signos evidentes sobre el campo y el sendero. Rastros de caballos destacaban en las largas sombras que el sol proyectaba al atardecer. Muchos caballos y muchos hombres. Se fijó en una serie de huellas que desde el camino se adentraban en el trigal. Entre las mieses pisoteadas yacía un cuerpo desnudo y sin vida. Decapitado. El chisporroteo de la leña que ardía lo hizo apartarse. El muerto no era Fibreno. Quizás había conseguido esconderse, huir del ataque.

Se acercó a los restos de la vivienda y descubrió otro cadáver. Era una mujer, con el pecho desgarrado y cubierto de sangre, y también esta vez a Aquila, veterano de cien batallas, le costó digerir lo que veía. Habían fijado unos palos en el suelo y la habían atado desnuda, con los brazos y las piernas abiertas, luego le habían amputado los senos.<sup>15</sup> Aquila intentó imaginar cuánto odio reprimido se había abatido sobre aquel tranquilo lugar algunas horas antes, y sintió náuseas, desazón. También la mujer había sido decapitada. Su cabeza se encontraba a pocos pasos de distancia, ensartada en un palo. Solo en aquel momento el veterano se percató de que estaba contra uno de los muros de la casa, y descubrió la fuente de aquel olor repugnante que había reconocido de inmediato.

Clavado por las manos a la pared de madera había un cadáver carbonizado. A pesar del estado del cuerpo, Aquila reconoció al viejo Fibreno. Sintió que se le revolvía el estómago. El Decano, que se había conducido toda la vida como un buen soldado y tras licenciarse se había convertido en un buen agricultor. Lo habían crucificado en su propia casa y lo habían obligado a asistir a las atrocidades perpetradas contra su mujer. Deseó con todo el corazón que su muerte hubiera sido rápida. Después, mirando bien el cadáver, vio que, antes de clavarlo, le habían partido las piernas para que no pudiera moverse ni forcejear. No lo habían decapitado, y, con toda probabilidad, habían prendido fuego al techo antes de marcharse. Con los ojos y la mente llenos de los vejámenes cometidos contra su mujer, el pobre hombre había tenido que esperar inmóvil, sin posibilidad alguna de escapar, a que las llamas lo devorasen, mientras la cabeza de su mujer, en el extremo de la estaca, lo miraba con una mueca horrenda. Aquila no se acercó a los cuerpos. No quería saber qué le había ocurrido a la mujer antes de morir. Dudó respecto al tercer cadáver, el del campo. Debía de ser un jornalero, por lo tanto, un britano. Aquila no recordaba que Fibreno tuviera esclavos, y, si los hubiera tenido, ¿por qué matarlos en vez de liberarlos?

Pensó en Owen, que había permanecido en la obra. Quizá se había equivocado. Quizá los insurgentes mataban a todos. Pensó que debía correr a su propiedad y convencer a quienes se habían quedado para que huyeran de inmediato. La situación era peor de lo que había imaginado. Parecía que la rebelión no se limitaba solo a la tribu de Murrogh. Había varios grupos que se estaban concentrando. Dio un golpe de riñones y giró el caballo. Entrevió en la era el cuerpo de otra mujer, también ella desnuda. A diferencia de la de Fibreno, no había sido mutilada. Un poco más allá, otro cadáver. No perdonaban a nadie. Debía volver atrás, a la villa, enseguida.

Aquila miró a Fibreno. Se sentía culpable por dejarlo así. Miró alrededor, pero no encontró herramientas con las que enterrarlo. ¿Era oportuno perder tiempo cuando podía avisar a Owen y a los demás, que quizás aún estaban vivos y podían salvarse? El asalto de los rebeldes debía de haber cogido a todos por sorpresa. Fibreno nunca se habría dejado atrapar vivo si hubiera estado armado. Aquila intentó reflexionar. Habían llegado con la velocidad del rayo, pero se habían ido con igual rapidez. Resultaba extraño, porque eran bastante numerosos, estaban armados y, dado que el grueso del ejército se encontraba lejos, no corrían peligro. ¿A qué venía, entonces, tanta prisa?

Sintió un escalofrío. Porque estaban a la caza de otras presas. Todos estaban en peligro, y la causa era, precisamente, que el ejército se mantenía lejos. Molerato, Tauro, los demás y él podrían sufrir la misma suerte que Fibreno.

—Perdóname, Decano, pero volveré. Si salgo vivo, volveré y te daré una digna sepultura, ¡te lo prometo!

Aquel rostro ennegrecido, congelado para siempre en un alarido mudo de atroz sufrimiento, parecía pedirle que no lo dejara vagar por la nada.

Aquila fue presa del pánico. Giró el caballo y lo lanzó al galope, para alejarse lo antes posible de allí. Pero no consiguió escapar del sentimiento de vergüenza que experimentaba hacia sí mismo.

Recorrió hacia atrás el sendero, dejando a sus espaldas la última franja de sol que desaparecía detrás de un monte boscoso. Remontó la colina y, llegado a la cima, lanzó a *Hiberico* en el descenso, inclinado sobre el cuello para no perder el equilibrio.

Estaba reflexionando sobre la gravedad de la situación, cuando percibió, a lo lejos, un movimiento.

Los pensamientos se desvanecieron al instante para dejar sitio a la acción. Tiró de las riendas y el caballo relinchó levantando la cabeza y deteniéndose casi al instante. Aquila aguzó la vista y mantuvo a raya al jadeante *Hiberico*. Había alguien más adelante en el sendero, que se había detenido y lo estaba observando. Parecía armado, un objeto alargado, quizás una lanza corta o un arco. Aquila cambió de dirección, adentrándose en la hierba alta. Sin perder de vista a la figura del sendero, espoleó al caballo. El otro se había desplazado para seguir sus movimientos y el veterano se dio cuenta de que era solo un muchacho, que parecía dirigirse a la granja de Fibreno. ¿Un joven mozo? ¿O un centinela de los rebeldes, listo para alertar a los suyos?

Era inútil perder el tiempo, por el momento no había nadie más a la vista. Y él debía alcanzar su villa lo antes posible. De pronto, sin embargo, quedó paralizado, fulminado por un pensamiento repentino.

Recordó la última vez que había visto a Fibreno. Era el invierno anterior, en las exequias de Fidio. Observó aquella silueta solitaria, que había continuado el camino. En la granja faltaba un cadáver, uno al que habría debido advertir. El muchacho era el hijo de Fibreno.

Hizo que el caballo volviera sobre sus pasos y aceleró. El remordimiento por no haber enterrado al Decano lo atormentaría durante mucho tiempo. Salvar a su hijo era lo mínimo que podía hacer por su viejo camarada.

—¡Eh, tú, muchacho!

El interpelado vio llegar a aquel jinete al galope, dejó caer algo al suelo y huyó corriendo hacia el bosque.

—¡Detente!

Aquila prosiguió, sin darse cuenta de que su propio aspecto no hacía pensar precisamente en un soldado o un colono. Herido, sucio y ensangrentado, parecía un espíritu demoníaco vomitado por los infiernos. Detuvo el semental en la linde del bosque y miró qué había perdido el muchacho. Dos liebres muertas.

—¡Mi nombre es Marco Quintinio Aquila, veterano en la reserva de la Vigésima Legión Valeria!

Desde el bosque llegó un rumor de pasos. Aquila espoleó al caballo manteniéndose sobre el sendero. El muchacho se estaba dirigiendo hacia la granja.

—¡Detente, muchacho! ¡Ha estallado una rebelión, debemos marcharnos de aquí!

Los pasos se aceleraron. Como era lógico, trataba de llegar a la granja para obtener la protección de su padre. Aquila pensó que el muchacho había salido de caza, por la mañana, y aún no sabía nada. Debía detenerlo antes de que viera lo que había sucedido.

—He combatido con tu padre en la Vigésima Legión, muchacho. Tu padre es Aulo Tranio Fibreno, conocido por todos como el Decano, el mejor de mis hombres.

¡Detente, te digo!

Silencio. Quizá se había detenido o lo había perdido. Lo intentó de nuevo, aunque con los gritos corría el riesgo de atraer la atención de cualquier otro que se encontrara en aquellos parajes.

—Tu padre me ha dicho que viniera a buscarte y te pusiera a salvo en Camuloduno. ¡Nosotros, todos los veteranos de la Valeria, debemos reunirnos allí, para disponernos a aplacar la rebelión!

Después de un breve silencio, desde el bosque llegó una voz insegura.

—Mi padre nunca me dejaría aquí solo.

Aquila vaciló.

—Lo sé, pero es una situación excepcional, toda la provincia está en alerta. Ven, debemos darnos prisa, tu padre nos espera.

—¡Mientes! Mi padre nunca me dejaría aquí, antes permitiría que lo mataran.

Aquila tragó saliva.

«Ya ha sucedido, muchacho», pensó.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó, adoptando un tono más sosegado.

—Marcelo.

—Marcelo, escúchame. Esta mañana me asaltó un grupo de rebeldes. Me han quitado todas las armas y han estado a punto de matarme. En el último momento conseguí escapar, y todavía no me he detenido. Estoy advirtiendo a todos los colonos para que se refugien en Camuloduno. Cuanto más tiempo pierdo aquí, menos gente consigo salvar.

El muchacho se acercó y, finalmente, Aquila entrevió el rostro entre la vegetación. Debía de tener unos diez años.

—Marcelo, debemos marcharnos. Confía en mí.

—Sin mi padre y mi madre no me moveré.

—Tu padre te espera en Camuloduno —dijo Aquila, y se odió por aquella mentira.

El muchacho salió al sendero. Parecía el vivo retrato de Fibreno, delgado y ágil, el rostro afilado y una cabellera de rizos castaños. Los ojos oscuros eran los de la madre. Señaló hacia la granja.

—Estoy seguro de que los míos me esperan en casa.

Aquila miró en aquella dirección. Los últimos resplandores del incendio se disolvían en el atardecer. También el muchacho los vio y se quedó boquiabierto.

—La granja ya no existe, Marcelo.

El niño se entristeció y miró a Aquila con la inocencia turbada de quien no sabía qué hacer ni qué decir. El veterano le tendió la mano, sucia de sangre coagulada.

—Ven conmigo. Te llevaré con tu padre.

Los ojos de Marcelo se llenaron de lágrimas y comenzó a correr hacia su casa.

—Padre, madre...

Aquila trató de pensar qué era lo mejor que podía hacer. ¿Dejar que descubriera la verdad, por más horrible que fuera, sin tener que pensar en cómo decírselo o en cómo atenuar el impacto? La realidad, antes o después, debía imponerse. ¿Y si le hubiera ocurrido a él, a esa edad? ¿Cómo se habría sentido al encontrarse frente a su padre y su madre en esas condiciones? Espoleó el caballo. «A veces es mejor no ver la verdad.» Debía alcanzarlo antes de que llegara. Estuvo a sus espaldas en un santiamén, gracias a los corcovos de *Hiberico*. Luego se puso a su lado, levantándolo como un ave rapaz que captura a su presa.

—Estate quieto, Marcelo, no tengas miedo.

—¡Déjame! —gritó el niño—. ¡Déjame, quiero verlos!

Aquila cambió de dirección y lanzó el caballo al galope, apretando con fuerza a Marcelo. Esta vez, nada ni nadie lo detendría hasta su propiedad.

El semental disminuyó la marcha. Aquila sabía que *Hiberico* estaba exhausto. Soltó un poco a Marcelo, silencioso y completamente quieto. El veterano sentía muchísimo dolor y pensó que convenía detenerse a descansar, también porque el caballo parecía que no podía seguir adelante.

El sol se había puesto hacía rato y la oscuridad envolvía la zona. Desmontó muy cansado, sin saber dónde estaban. Ayudó al niño a bajar y condujo a *Hiberico* entre las matas del sotobosque. Se dejó caer en el suelo sin aliento, con una sensación de vértigo.

—He visto que tienes un cuchillo, muchacho. ¿Qué me dices si hacemos el inventario de nuestras armas?

—Tenía un arco y flechas, pero los he perdido mientras escapaba de ti.

Aquila no pestañeó.

—¿Y el cuchillo?

—Lo hizo mi padre expresamente para mí —respondió el muchacho con voz temblorosa.

—Si lo ha hecho Fibreno, seguro que es un arma excelente. Lo convertiremos en una lanza, que nos ayudará a salir de este embrollo.

El muchacho rebuscó en la alforja, en la oscuridad, y poco después oyó que Marcelo bebía. Aun teniendo la garganta seca no le pidió nada, hasta que el hijo del Decano le ofreció la bota.

—¿Quieres?

—Gracias, Marcelo. ¿Sabes?, nosotros somos legionarios, y los legionarios lo comparten todo. —Bebió un trago y le devolvió la bota—. Deberíamos dar un poco de agua también a *Hiberico*, mi caballo. Hoy se ha comportado como un verdadero héroe, me ha salvado, y está cansado y herido.

—Pero el agua casi se ha terminado.

—Es verdad, pero nosotros tres somos uno solo, ¿entiendes? Él corre al límite de sus fuerzas para llevarnos y nosotros debemos darle de beber. Sé valiente, bebe un poco más y démosle a él. Mañana por la mañana nos llevará a un arroyuelo y llenaremos de nuevo la bota.

El muchacho no bebió, y le pasó la bota. Aquila se acercó al caballo y le hizo beber un poco de agua de la palma de la mano. Luego, cojeando, volvió junto a Marcelo y lo oyó sollozar. El veterano percibió aquel llanto ahogado como algo molesto, un rumor que le impedía advertir otros que podían indicar un peligro.

—¿Qué haces, lloras?

Marcelo aspiró por la nariz y continuó gimiendo en la oscuridad, intentando que no se le oyera. Aquila se alejó algunos pasos. Ocuparse de un chiquillo llorando era algo que no concebía. Marcada por los duros ritmos de la legión, la vida lo había convertido durante años en alguien insensible a los sentimientos. En las pocas ocasiones en que había visto llorar de miedo a alguno de sus hombres, lo había apaleado. En cuanto a los llantos de desesperación, llegaban casi siempre de enemigos vencidos y nunca les había dado importancia. Pero lo que más lo turbaba de aquel llanto era la congoja que sentía en el corazón, el dolor que percibía cómo se le subía a la garganta. Un dolor nuevo, que venía a las heridas. Miró en la oscuridad, en dirección al llanto, y después de un momento decidió acercarse.

—Los legionarios no lloran, Marcelo —dijo, buscando el tono adecuado—. Los legionarios combaten.

—No soy un legionario.

Aquila se sentó a su lado.

—Sin embargo, eres como tu padre. Si tienes su sangre en las venas, eres más soldado tú que un manipulo de auxiliares germanos.

—¿Eres de veras amigo de mi padre?

—He luchado al menos en veinte batallas protegido por su escudo. Si hoy me han puesto así, es porque él no estaba a mi lado.

—Entonces, por tu honor, no mentirías a su hijo.

—No, Marcelo, no mentiría.

—Dime, pues, dónde están mi madre y mi padre, por tu honor de soldado.

Aquila permaneció en silencio. Sintió que el niño temblaba, de frío y de miedo. Se recostó a su lado. También él se estaba muriendo de frío, semidesnudo sobre la desnuda tierra britana, en plena noche. Lo ciñó con el brazo y sintió el calor de aquel cuerpo grácil y tembloroso. Volvió a ver los cadáveres de Fibreno y de su mujer, y pensó que la verdad destrozaría al muchacho. La esperanza, al menos, le pondría alas en los pies.

—Hoy los britanos llegaron a la granja como lobos, a la velocidad del rayo —dijo Aquila con un hilo de voz—, y mataron a los trabajadores. He asistido a la escena desde lejos, porque estaba con tu padre, buscándote.

Marcelo sollozó y empezó a temblar más fuerte.

—Nos separamos, dándonos tiempo hasta el ocaso. El primero de nosotros que te viera debía ponerte a salvo en Camuloduno.

El muchacho seguía llorando.

—Ahora que te he encontrado, te llevaré allí como acordamos. No puedo decirte más, pero seguro que se las apañará, y lo hallaremos en la ciudad, con tu madre.

—No te creo —gritó Marcelo, apartándose de él—. Mi padre no se moverá de aquí hasta que me haya encontrado.

Aquila procuró de nuevo identificarse con él, pensar que estaba allí en la oscuridad, en la nada, después de haber perdido en pocos instantes todas las certezas de su joven vida. Volvió a verse entre las hileras de cipreses en la alameda de casa, mientras volvía de caza a los diez años, orgulloso de llevar las presas a su padre. Volvió a verse a esa edad, puro y con ganas de recorrer el mundo... e imaginó que veía llegar a un desconocido semidesnudo que lo agarraba, lo izaba sobre un caballo gigantesco sucio de sangre y se lo llevaba lejos de todo, para siempre, en el frío de la noche...

Y sintió un nudo en la garganta.

Estrechó contra sí a Marcelo, le desordenó el pelo.

—Estoy contento de haberte encontrado. Fibreno estará orgulloso de mí.

Se durmieron así, un viejo soldado endurecido por una vida con la espada empuñada y un niño que ignoraba su propio destino, que solo había oído hablar de espadas sobre las rodillas de su padre. Aquila pensó en aquella larga jornada, en el presentimiento de que tenía a la suerte de su parte. A pesar de las apariencias, quizás era precisamente así. El soldado y el niño aún estaban vivos, y en aquel momento era lo único que contaba.

## Delirio

*Camuloduno, colonia romana*  
*Territorio de los trinovantes*  
*Junio del 61 d. C.*

Mientras tanto, sin motivo aparente, en Camuloduno se derrumbó la estatua de la Victoria, cayéndose hacia atrás como si retrocediera frente a los enemigos.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO, *Anales*, XIII, 32

La silueta de cuatro jinetes cobró forma a lo lejos, bajo el sol alto de la mañana. Resplandores dorados sobre los yelmos y las corazas, que el centinela no advirtió, concentrado como estaba en observar lo que sucedía en la ciudad y no en quién venía de fuera. Solo se volvió cuando oyó el ruido de los cascos, y apretó el escudo sin saber muy bien qué hacer. Los cuatro iban a caballo, pero llevaban lorigas partidas y yelmos de infantería. A juzgar por su aspecto coriáceo eran veteranos. Dada su condición debían de haber hecho un largo camino. Uno de los cuatro, ojos verdes en una enorme cara sudada, bajo el yelmo con cresta y plumas de *optio*, dirigió el dedo hacia el centinela.

—¿Quién manda aquí?

—Tito Ulcio Falcidio.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—En el templo del divino Claudio.

Tauro no hizo nada por enmascarar la mueca de desdén. El centinela habría debido dar la alarma y después dejarse abatir, antes que revelar dónde se hallaba su comandante. Si hubiera sido uno de los suyos lo habría azotado personalmente, sobre el terreno. Intercambió una rápida mirada con Durio, Molerato y Ferrio. Parecía que nadie, allí, tenía claro cómo afrontar la situación.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Tauro.

La calle principal parecía desierta, a excepción de algunos tenderos que discutían en la misma. El centinela se encogió de hombros.

—Hace dos días se derrumbó la estatua de la Victoria. Creo que casi toda la población fue al templo, para recibir indicaciones sobre qué hacer.

—¿Por el desplome de una estatua?

El guardia tenía una expresión aterrada.

—Es un mal presagio. Por añadidura, ayer por la tarde el mar se tiñó de rojo, y hay quien ha visto cuerpos flotando en alta mar. Está a punto de suceder algo.

Tauro asintió y enfiló la calle seguido por los otros. Tuvieron que detenerse en las inmediaciones de la plaza, frente al templo, donde se había reunido una multitud nerviosa, que miraba la columnata. Un viejo mendigo, desdentado y sin un brazo, se acercó a Tauro y agarró el tobillo con la mano sucia, vaticinando que el castigo de los dioses estaba próximo y jurando que en las aguas del río había aparecido la imagen de la colonia destruida. El veterano lo echó con un puntapié, después desenvainó el *gladius* e hizo avanzar el caballo, introduciéndose con prepotencia entre la gente aglomerada. Hubo protestas y un colono, empujado bruscamente de lado, sacó el puñal y se volvió, dispuesto para pelear. Luego cruzó la mirada del jinete, y envainó rápidamente el arma, refunfuñando algo. Una mujer desgreñada, que parecía histérica, se agarró a la pierna de Molerato, gritando que durante la noche, en el teatro Marcelo, se habían oído unos aullidos siniestros.

Lentamente, pero con decisión, los cuatro jinetes se abrieron paso, dispuestos, si era necesario, a blandir las espadas. Y la multitud se apartaba, dejándoles el camino libre. Nadie tenía ánimos para enfrentarse a aquellos jinetes de mirada torva, cubiertos de hierro y nada atemorizados por la multitud que vociferaba, confusa.

Algunos instantes después, un oficial apareció en la escalinata del templo y tomó la palabra, atrayendo la atención de la muchedumbre. Tauro y los demás aprovecharon para alcanzar el cordón de soldados que vigilaban el acceso al templo.

—Ciudadanos de Camuloduno —empezó el oficial con voz estentórea—, por el momento no hay nada que temer. Sin embargo, he mandado mensajeros donde el procurador Deciano, que se encuentra en Londinium. Si la situación empeora, un contingente de caballería vendrá en nuestra ayuda.

—¿Es así como se garantiza nuestra seguridad, pidiendo ayuda a Londinium? —gritó un hombre corpulento, cubierto de exquisitas sedas.

—No creo que se produzca un ataque de forma inminente, aunque ha habido agresiones a granjas aisladas, alejadas de aquí. Pero esta es la capital de la provincia y nuestra situación es muy diferente. Y, en todo caso, si las cosas vinieran mal dadas, los muros del templo garantizarán nuestra integridad hasta la llegada de los refuerzos.

Tauro y sus compañeros superaron el cordón de los guardias, mientras el oficial seguía discutiendo sobre la situación de la colonia Claudia, procurando apaciguar a la inquieta población. El *optio* bajó del caballo, envainó la espada y esperó al final del discurso, después alcanzó al oficial, escoltado por un centurión que lo presentó al de más alta graduación.

—Ave, Tito, este colono quiere hablar contigo. Dice que se llama Pablo Celio Amplio; es el *exoptio* de la Primera Cohorte de la Vigésima Legión, en la reserva. Ha llegado a caballo con otros tres hombres armados.

—La Vigésima, ¿eh? Habéis venido desde lejos —dijo el oficial, pasándose un trapo húmedo por el rostro.

—He cabalgado toda la noche para llegar aquí —repuso Tauro.

—¿También tus compañeros son antiguos legionarios de la Valeria?

—Sí.

—Bien. Algo me dice que pronto necesitaré hombres desesperadamente —continuó Falcidio. Después miró a la cara al veterano—. ¿Nos conocemos?

—Quizá te diga algo el nombre de Tauro. El invierno pasado viniste al funeral de uno de los míos, Quinto Curio Fidio.

—Sí, me acuerdo de la circunstancia —respondió Falcidio, dejándose caer sobre una banqueta a la sombra del templo—. ¿Qué noticias me traes?

—Mi comandante, Marco Quintinio Aquila, ha dado la alarma a toda la región. Un informador local le ha transmitido la noticia de la rebelión.

—¿Habéis tenido dificultades?

—Por ahora, no, pero para evitar riesgos Aquila ha ordenado que todos se concentraran en Camuloduno, para poner a salvo a los civiles y organizar algunas cohortes de veteranos.

—Eso es una tontería. ¿Dónde meteré a más gente? Añadirán más confusión a la que ya hay. ¿Has visto a la multitud ahí fuera? Si se trata de militares, mandad aquí a todos los que queráis, pero no quiero ver civiles. Ya tengo demasiados.

Tauro permaneció inmóvil, con la mirada dirigida hacia Falcidio.

—Aquí no tenemos muros y las pocas torres que hay no sirven para nada. Hace tiempo que han sido engullidas por el crecimiento de la ciudad. Por lo tanto, dile a Aquila que mande aquí a los veteranos, pero que los civiles vayan a Londinium.

—La situación en Londinium no me parece tan distinta, y, además, los veteranos querrán permanecer con sus familias.

—Pues en Londinium la situación es muy distinta, ante todo porque de ella no me ocupo yo, sino Deciano. Además, Londinium tiene un contingente respetable, en comparación con el nuestro. —El tono del oficial era cada vez más irritado—. Y, para entendernos, los veteranos harán lo que yo diga, no lo que puedas decir tú o tu amigo Aquila.

Tauro mantuvo la misma expresión con la que había llegado, sin alterarse por la resolución de Falcidio.

—Adelante, *miles*, desde este momento eres de nuevo un soldado de Roma. Ante todo, ve donde Aquila y llévale mis órdenes. Los otros tres permanecerán aquí. Necesito gente que sepa combatir, por si las cosas se precipitan.

El *exoptio* lo miró fijamente, luego asintió.

—¿Sabes? Tienes razón. Necesitas gente que sepa combatir y es una bobada hacer venir aquí a más civiles.

El oficial pareció quedar complacido. Aunque con el semblante altivo que los legionarios mostraban desde siempre en relación con los destacamentos ciudadanos, el veterano se había doblegado a su autoridad.

—Por la manera en que has organizado la defensa de la ciudad —continuó Tauro—, creo que lo mejor para no dejarse la piel es mantenerse lejos de ella.

Falcidio lo miró con los ojos como platos. Tampoco el centurión supo cómo reaccionar. Entretanto, Tauro ya había girado sobre sus talones, había salido y estaba descendiendo los peldaños del templo.

—¡Detén a ese hombre! —gritó Falcidio.

Tauro silbó a Molerato y a los otros, que lo esperaban fuera con las bridas en la mano.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Fuera de aquí!

En un instante los tres estuvieron montados. El centurión apareció en la escalinata y ordenó a los soldados que detuvieran a los jinetes. Hubo momentos de vacilación y un guardia se acercó a Tauro, que sacó el *gladius* y le golpeó en la cara con el pomo. El soldado cayó hacia atrás. Por su parte, Ferrio había cortado de cuajo los dedos de un guardia que estaba tratando de sujetarlo, y ahora blandía el arma ensangrentada hacia los demás. Tauro saltó a la silla y espolé al caballo, pisoteando a un soldado. Falcidio apareció en la cima de la escalinata, gritando. Molerato dio vueltas a la espada e hizo retroceder a un legionario, mientras Durio golpeaba en la cara a otro. Los caballos siguieron al del *optio* y en pocos instantes, entre la multitud enloquecida y temerosa de ser atropellada, se abrió una brecha para aquellos cuatro demonios.

Ante la llegada de los caballos al galope a la calle principal, los paseantes atraídos por el revuelo corrieron a refugiarse en las tiendas. Ferrio se adelantó y cogió al vuelo una sarta de salchichas del mostrador de un carnicero. El guardia de la entrada de la ciudad los vio acercarse, indeciso. Se tranquilizó cuando reconoció al *optio* que había llegado poco antes a la ciudad, e hizo ademán de saludar con el brazo. Pero los cuatro ya habían desaparecido tragados por la polvareda que levantaban.

Tauro sentía que le latían las sienes. El aire cálido le penetraba en el yelmo sin conseguir secar el sudor. Tenía la boca amarga y un nudo en el estómago. Era consciente de haber tomado un camino empedrado de peligros e incertezas, del cual ya era muy difícil volver atrás. «¡Aah!» Incitado por el grito, el caballo empezó a correr más rápido. Encerrado en su coraza, bajo los rayos del sol, con la crin del caballo que le azotaba el rostro, se volvió al introvertido Durio:

—¿Adelante?

El veterano sonrió.

—¡Enemigos! ¡Siempre y solo enemigos!

Acto seguido se dirigió a Ferrio.

—¿Detrás?

—¡Muertos! ¡Siempre y solo muertos!

Por último, miró a Molerato.

—¿Al lado?

El gigante rugió, las venas parecían a punto de estallarle.

—¡Mis hermanos! ¡Siempre y solo legionarios!

Lanzaron un fuerte alarido que venía del corazón. Aquella era la fuerza que acompañaba a los combatientes, era la vida que habían elegido. Tauro se sintió invadido por un sentimiento de excitación y de invencibilidad, se volvió a mirar a Durio, que exhibía su misma sonrisa, y por un instante se preguntó por qué se sentían tan eufóricos en medio de lo que los demás llamaban tragedia, desgracia, miedo... Después dejó de pensar en ello y disfrutó del momento. Pronto se enfrentarían al hierro y al fuego y saldrían vivos o muertos. Poco importaba, lo principal era entrar en acción. Oyó un silbido y buscó con la mirada a los otros dos, que habían quedado atrás. Ferrio levantó la mano blandiendo las salchichas y Tauro moderó la velocidad del caballo.

—¿Qué sucede?

—Estamos matando a los caballos, Tauro. Han galopado toda la noche. Y además el mío es un viejo rocín, no un corcel de rico como el tuyo.

También Molerato los alcanzó.

—Ferrio tiene razón, acabaremos dejando cojo a alguno.

El *optio* gruñó algo parecido a un asentimiento. Continuaron al paso, hasta que encontraron un curso de agua donde abreviar a los caballos. Se sentaron en la hierba y compartieron las salchichas y lo poco que habían llevado consigo. Aceitunas, algo de queso y un trozo de pan seco.

—Dime, Molerato, ¿habrías dicho, alguna vez, que acabaríamos en la caballería? Esos bastardos tienen la vida fácil, con el culo sobre cuatro patas.

Todos rieron, a excepción de Molerato, concentrado en examinar las patas de su cabalgadura.

—Exageramos, tiene los tendones inflamados. Si no los dejamos reposar, cojeará.

Pasada la euforia, Tauro tomó la palabra.

—Muchachos, he pensado en qué debemos hacer, pero no sé si estaréis de acuerdo.

Fuvio Durio lo miró como siempre, con los pequeños ojos oscuros que no traslucían nunca una emoción. El desmesurado Ferrio respondió con una ocurrencia de las suyas.

—Si no estamos de acuerdo, siempre podemos echarte.

Tauro soltó una risa sarcástica.

—En Camuloduno me he dejado llevar por un impulso, aunque no creo que si volviéramos a encontrarnos con Falcidio consiguiéramos librarnos.

Los otros se encogieron de hombros. Quizá se habían dejado llevar por la fanfarronería, pero las habían visto peores.

—Ahora ya está hecho —farfulló Molerato.

—Sí, pero sería oportuno ir donde Aquila y contárselo todo, después decidiremos cómo movernos.

Ferrio se puso serio.

—¿Y dónde lo encontraremos?

—No lo sé. Pero debemos hacerlo.

—Nos hemos citado en Camuloduno —dijo Durio—, por lo tanto, también él deberá pasar por aquí.

Tauro asintió.

—Sí, si no ha cambiado de recorrido y si no ha sucedido algo. De todos modos, no es aquí donde quiero esperarlo.

—¿Por qué?

—Porque, cuando nos hayamos reunido, propongo que continuemos hacia el norte.

—¿El norte? ¿Qué sentido tiene alejarnos de Camuloduno —dijo Durio—, si todos van a concentrarse aquí?

—¿Te has dado cuenta de quiénes están acudiendo a la colonia? Salvo algunos veteranos, todos son civiles: colonos, mercaderes y lugareños. Al norte, en cambio, está el campamento de la Novena Hispana, con la caballería. Si queremos ponernos a salvo, conviene que nos sumemos lo antes posible a una unidad militar.

Los tres lo miraron en silencio.

—Es bastante camino, Tauro —dijo Ferrio, interpretando el pensamiento de los otros.

—En tres días podemos hacerlo.

Durio sacudió la cabeza y Molerato se abstuvo de hacer comentarios. Ferrio jugueteaba nerviosamente con una ramita partida.

—Tres días en el territorio de los icenos, que quizá no estén implicados en esta rebelión, pero podrían unirse a esta mañana. Toda la región amenaza con arder de un momento a otro.

—Lo sé, pero os repito que así nos acercamos a la Novena Legión, y esto no quiere decir que otros no estén haciendo lo mismo.

—Tauro, en tres días puedo llevar a los míos al sur y, si la cosa se pusiera muy mal, los embarco en una nave hacia las Galias.

El *optio* asintió.

—Tienes razón, Ferrio, la situación es mejor en el sur. Tenemos vastos asentamientos, y las tribus de allí por el momento no parecen guardarnos ningún rencor. En el norte hay depósitos de vituallas, los primeros en ser asaltados en estos casos, y están nuestras tropas, que antes o después intervendrán. Ante una rebelión, Suetonio no dejará que los trinovantes, y cualquiera que se ponga de su parte, se salgan con la suya.

Ferrio sacudió la cabeza.

—Ignoramos cuál es la magnitud del alzamiento, porque solo tenemos noticias confusas, pero, conociendo a los britanos, es probable que saquear impunemente algunas granjas los excite tanto como para atraer a otros guerreros. ¿Tendremos hombres para hacerles frente?

—Lo ignoro. Lo que sí sé es que mi sitio está con ellos.

Ferrio hizo ademán de replicar, pero Tauro levantó una mano.

—Cálmate, sé que tú piensas lo mismo. Y sé que para mí es más fácil decidir ir al norte, porque no tengo a nadie. Tú tienes una familia, Ferrio, y es justo que la lleves al sur, a un sitio seguro, y permanezcas con ellos. Yo en tu lugar también lo haría.

Ferrio asintió. Su guerra, por el momento, era poner a salvo a los suyos. Por primera vez en la vida, debía decir adiós a sus compañeros de armas.

Tauro se dirigió a los demás, que apartaron la mirada.

—Esto mismo sirve también para vosotros, muchachos. Cada uno es libre de actuar como lo crea conveniente.

Molerato se levantó.

—Yo voy al norte —dijo con firmeza, como siempre, y se encaminó hacia el caballo.

Durio permaneció sentado, mirando el terreno con sus ojos de garduña.

—Yo acompañaré a Ferrio y luego os alcanzaré —dijo.

El *optio* esbozó una sonrisa.

—Me alegra de que ninguno de nosotros se quede solo. No sé dónde estaremos, Durio, no será fácil encontrarnos.

—Iré donde se combata. Estoy seguro de que allí estaréis.

Tauro le tendió la mano y el veterano correspondió al firme apretón de su excomandante. Por primera vez se separaban y quizá no volvieran a verse. Tauro y Ferrio se abrazaron, después se pusieron el yelmo y se citaron en el campo del honor. Vivos o muertos. Tras compartir un breve trecho, Ferrio y Durio prosiguieron hacia el oeste para sumarse a los colonos que se dirigían, dispersos, a Camuloduno. Molerato y Tauro atajaron hacia el noroeste, en dirección al campamento de Murogh, en busca de su comandante.

El graznido de un cuervo sacudió el sueño inquieto de Aquila. Frío y dolor lo habían atenazado durante toda la noche y solo a ratos había conseguido descansar. Parpadeó repetidamente, con las primeras luces del alba. Un escalofrío le recordó que estaba casi desnudo. Las hojas con que se había cubierto de manera improvisada lo habían protegido del aire, pero no de la humedad y de la escarcha de la noche. Acurrucado a su lado, dormía Marcelo y, de vez en cuando, tenía espasmos nerviosos mientras hablaba en sueños. El veterano trató de sentarse y, de inmediato, fue asaltado por unas punzadas de dolor. Se tocó el rostro y sintió que, debajo de la venda, la frente se había hinchado hasta cerrarle el ojo. A diferencia del día anterior, también el golpe en el costado latía, dolorido. No se quitó el emplasto provisional del hombro porque no tenía agua y prefirió ignorar la posibilidad de que la situación fuera aún peor de lo previsto. El cuervo volvió a graznar y el veterano alzó la mirada en esa dirección.

A una veintena de pasos, *Hibertico* yacía inmóvil en el suelo y varios de aquellos pajarracos se peleaban por hundir el pico en sus carnes. Aquila se levantó, pero enseguida volvió a caer, sofocando un grito con los dientes apretados. Cogió una piedra y la lanzó contra los cuervos, pero le falló la puntería. Los cuervos graznaron molestos, antes de volver a su macabro banquete. Como recompensa, sintió de nuevo la mordedura de la herida en el hombro.

—Aquila.

Marcelo había despertado y lo estaba mirando, y en ese momento se dio cuenta de lo que había sucedido. Se puso de pie, corrió gritando hacia el caballo y los cuervos emprendieron el vuelo, graznando. Cayó de rodillas delante de la osamenta, con el rostro contraído por la desesperación.

—¿Y ahora? —Se acercó a Aquila, aún a gatas—. ¿Qué hacemos?

El veterano, que se estaba haciendo la misma pregunta, se acurrucó sin decir una palabra.

—¿Cómo haremos? ¡Responde! —insistió el muchacho.

Aquila se apoyó sobre los brazos y las piernas y se puso de pie, pero en torno a él todo giraba. Advirtió también las primeras punzadas del hambre, pero por el momento aquel era un mal menor.

—¿Entonces? —insistió el muchacho, de nuevo al borde del llanto.

—¡Cállate! —lo conminó Aquila.

—Pero...

—¡Cállate! No quiero oír otra palabra.

Aquila se acercó a *Hibertico*. Desangrado tras la larga cabalgada, se había desplomado. Lo había adiestrado, alimentado y mantenido al calor. Lo había atendido con afecto y lo había mostrado con orgullo, y ahora su gloria estaba abandonada en el suelo con los ojos destrozados por los depredadores nocturnos, sin que él hubiera hecho nada para impedirlo. El veterano apretó los labios y prosiguió hacia el este, siguiendo la pendiente de la colina. Paso y medio paso. El día anterior, a aquella hora, era uno de los hombres más ricos de Britania, con decenas de personas a su servicio. Ahora era un hombre semidesnudo, hambriento y herido, que vagaba cojeando en medio de una región inmersa en el caos. Dejó el bosque para alcanzar la pista que llevaba a Camuloduno. A aquel paso llegaría en ocho o diez días, siempre que sobreviviera. Se preguntó si valía aún la pena mantenerse vivo. Quizás habría sido más fácil sentarse y esperar a alguien, una especie de *capita aut navia*.<sup>16</sup> Si se presentaba un aliado aún tenía una posibilidad de sobrevivir, si venía un rebelde trinovante, paciencia, había salido mal.

Y luego volvió a ver el rostro de Rhiannon pintado con el azul de la guerra. ¿Por qué le había salvado la vida, después de negarse la tarde en que la había besado? Era cierto que en la mirada de la muchacha no había odio ni desprecio. ¿Estaba enamorada de él? Quién sabe... Lo único seguro era que había vivido toda su joven vida con la ocupación romana. No podía saber nada de guerras, rebeliones y venganzas. Quizá solo se veía obligada a aceptar la voluntad de su padre.

Aquila se detuvo un instante a reposar y sintió los pasos ligeros de Marcelo, que lo seguía a poca distancia por el sendero. Por un momento se había olvidado de él. Le volvieron a la cabeza las imágenes de Fibreno carbonizado y se sintió culpable por cómo lo había tratado.

—Ven aquí, Marcelo.

El muchacho se acercó, con la mirada de quien no tiene elección.

—Estaba muy apegado a mi caballo y fue un momento difícil para mí. —Hizo una pausa—. Quería disculparme. Nunca pensé que me encontraría en una situación como esta. —Le puso una mano al hombro—. Menos mal que estás tú.

Marcelo lo escudriñó, confuso y, al mismo tiempo, orgulloso. En aquel momento las palabras de Aquila eran precisamente lo que necesitaba oír.

—Hasta ayer tenía una coraza, una espada, un corcel y a mis hombres. Despertarme cojo, herido y desnudo ha sido demasiado para mí.

—Si quieres —dijo Marcelo con un hilo de voz—, seré tu soldado.

Aquila lo miró, asintiendo.

—Era lo que esperaba. Sin ti no lo conseguiría.

Marcelo esbozó una sonrisa.

—Créeme, es así —añadió Aquila—. ¿Cómo piensas que podría hacerlo solo, cuando a duras penas consigo caminar? Necesito tu velocidad, tu paso seguro. —

Sonrió—. Y también tus ojos, porque a mí solo me queda uno.

El muchacho rio.

Aquila señaló el bosque que bordeaba el sendero en la hondonada.

—Vayamos por allá. Mejor que nos movamos a cubierto, si no queremos que llegue algún bárbaro y nos corte la cabeza. Sería una lástima, morir con el estómago vacío.

—¿Tú también tienes hambre?

—Sí, soldado, creo que el rezongo que se oye viene de mi estómago.

—Tengo una hogaza en mi alforja.

—¿Una hogaza?

—Aquí está —dijo Marcelo, ofreciéndole un trozo.

—¿Y no te la has comido?

—Dijiste que los legionarios lo comparten todo.

Aquila se apoyó en su pequeño compañero. El dolor era menos agudo, pero los espasmos de frío persistían.

—Pero tú no eres un legionario.

Marcelo lo miró sin comprender. Pero, cómo, poco antes le había parecido entender lo contrario y ahora...

—Eres un *optio*. Te acabo de promover sobre la marcha por tu conducta disciplinada en territorio enemigo, en situación de grave peligro. Continúa así y, cuando lleguemos a Camuloduno, serás general. Y serás tú quien mande.

—¿General?

—Sí, el general Marcelo.

—¿Y sobre cuántos hombres ejerce el mando un general?

—El general Marcelo solo a uno. Es más, a medio.

Rompieron a reír y Aquila lo ciñó con el brazo. Ahora tenía una razón para vivir. Poner a salvo al general Marcelo.

Durio emitió un silbido.

—¡Ferrio! He visto un reflejo metálico.

Alcanzó a su compañero, que cabalgaba un poco más adelante.

—¿Dónde?

—Entre los árboles, allá abajo, a la derecha, a media altura.

Ferrio examinó el matorral oscuro del bosque, sin ver nada. Por prudencia se alejó ligeramente del bosque que bordeaba el sendero.

—Tengo que dejar que el caballo se recupere —dijo Durio—. Está muy cansado.

—Aminoremos la marcha un poco, así después podremos hacerlos correr, si es necesario.

Durio asintió y así hizo, mientras seguía escrutando con atención en todas las direcciones. Y unos instantes después vislumbró a sus espaldas a un grupo de jinetes que salía del bosque para lanzarse sobre los dos romanos.

—¡Nos persiguen, Ferrio! ¡Corre! ¡Corre!

Los dos picaron a los caballos, que partieron al galope. Cualquiera desvío habría hecho que se retrasaran, por lo tanto siguieron hacia delante. Un carro de guerra apareció en la colina a la izquierda, seguido por otros dos jinetes.

—¡Es una emboscada, Ferrio, vámonos!

Durio se desvió hacia la derecha, abandonando el sendero para evitar a los recién llegados que estaban alcanzándolos por la izquierda. La planicie seguía el declive de una colina, lo suficiente para aminorar la carrera. El veterano miró hacia atrás para evaluar la situación, y se encontró solo. El caballo de Ferrio perdía terreno por momentos, y muy pronto aquellos bastardos lo alcanzarían. Contó el número de los atacantes. Ocho jinetes y un carro de guerra; además sus caballos parecían mucho más frescos. Quizás él, una vez alcanzada la cima de la colina, conseguiría que perdieran su rastro adentrándose en el bosque, pero su compañero estaba perdido. A menos que él lograra atraerlos, permitiendo que Ferrio alcanzara el matorral y se metiera entre los árboles, donde la velocidad ya no sería decisiva para huir. Observó el terreno e identificó una posible vía de escape, pero, cuando se volvió hacia su camarada para señalársela, se quedó boquiabierto. El caballo de Ferrio se había desplomado en el suelo y el veterano trataba de recuperarse de la caída.

Ferrio había sentido que le arrancaban el caballo desde abajo y había visto cómo el terreno se le venía encima. Durante la caída había adelantado las manos y ahora la muñeca izquierda le dolía muchísimo. Había rodado por la hierba alta y había tardado un momento en levantarse. Unos instantes necesarios para recuperar el equilibrio, ponerse de pie y ver qué estaba sucediendo. Durio llegaba al galope, el semental negro con la boca espumeante de babas. Buscó su caballo y lo vio en el suelo, luchando por levantarse. Y, además de la bestia, vio llegar a aquellos hombres. No sabía quiénes eran, pero sí estaba claro qué intenciones traían. En un momento, Durio se encontraba junto a él.

—Vete —dijo Ferrio—, los dos no lo conseguiremos. Que al menos uno se salve.

—Me quedaré yo —gritó Durio—, no puedes pelear con la muñeca así. Te liquidarán enseguida y luego me alcanzarán también a mí. Me quedo yo y los entretengo.

—¡Vete, vete, Durio!

—Si te quedas tú, reventaremos los dos.

Ferrio se quedó sin palabras.

—¡Vete! Vete donde tu mujer y tu hijo. —Durio le tendió las riendas—. Haz que el mío no sea un sacrificio inútil. Vete y ponlos a salvo.

Ferrio sabía que era lo más lógico. Si hubiera estado en el lugar de su compañero habría actuado igual. Durante toda la vida había reaccionado con frialdad, incluso en el caos más absoluto. Una vez más debía hacerlo. Cogió las riendas, con una mueca de dolor montó en la silla y miró a su camarada.

—Te llevaré siempre conmigo.

—Lo sé. ¡Ahora, vete!

Se intercambiaron una última mirada, después Ferrio espoleó al semental y salió corriendo. Durio sacó el *gladius* y permaneció de pie, firme, esperando a los jinetes. Sabía que eran los últimos instantes de su vida. Miró alrededor, solo, en medio de aquel claro batido por la brisa, que doblaba la hierba alta del verano. Quizá lo peor era marcharse sin sus *milités* al lado.

Oyó el ruido de los cascos sobre el terreno y sonrió.

«¡Venid!»

El primero del grupo hacía girar la larga espada. Durio llevaba coraza y yelmo, pero su *gladius*, afilado como una navaja, corto y rígido, era para los combates cuerpo a cuerpo. No habría podido aguantar durante mucho tiempo los golpes de una espada britana.

Miró a los ojos al britano. Tenía el torso desnudo y gritaba, la larga cabellera al viento. No era más que un muchacho. Sostenía la espada con la mano izquierda y se disponía a descarrar un poderoso mandoble con toda la fuerza de los hombros. Durio intuyó aquel gesto inexperto y se movió, veloz, hacia la derecha, pasando por un momento delante del caballo a la carrera. Hundió la hoja en el costado de la bestia sin conseguir golpear al jinete, pero el caballo se desplomó en el suelo. Entretanto llegó un segundo jinete britano, que le arrojó una lanza sin darle. Durio corrió al encuentro de aquellos que estaban llegando, cogiéndolos por sorpresa. Los jinetes se desviaron, mientras el auriga se abalanzaba sobre él. El veterano se apartó en el último momento y le tiró un estoque en pleno costado, haciendo que se cayera del carro.

Los britanos se detuvieron, incrédulos y furiosos. Tenían un caballo en el suelo y uno de los suyos se retorció sobre la hierba. Eran todos muchachos jóvenes y de sangre caliente, que se enfrentaban a todos los años de experiencia de un solo hombre. Durio sintió que había alcanzado su objetivo: les había hecho olvidar que había otro romano que estaba huyendo. En dos saltos estuvo sobre el auriga herido en el suelo. Con una sonrisa sarcástica y una mirada de desafío le hundió la hoja en la espalda, atravesándolo de parte a parte.

Uno de los muchachos, que llevaba una túnica a rayas, lanzó un alarido inhumano y se lanzó sobre él, pero su mandoble fue en balde. Durio se mantenía del lado opuesto del brazo armado y el jinete no consiguió golpearlo.

—¡Os mataré a todos, bastardos! —gritó el romano en el dialecto local, luego golpeó en un muslo al jinete, que tiró de las bridas e hizo encabritar a su cabalgadura.

Sin vacilar, el veterano cambió de adversario y se dirigió hacia el hombre cuyo caballo había herido, pero de pronto sintió un golpe en el hombro que lo hizo caer de rodillas. Lo habían atrapado, aunque la coraza impidió que la hoja penetrara. Se volvió e instintivamente alzó el arma para defenderse. Un nuevo y violento mandoble le partió la hoja. Durio rodó bajo el caballo y salió por el otro lado, pero el britano ya estaba encima de él. El romano entró como una furia en su defensa, tratando de mantenerse fuera del alcance de la espada. Cuanto más encima estuviera de él, menos daño le haría el britano con aquella larga hoja, mientras los demás trataban de no golpear a su amigo. Durio consiguió extraer el *pugio* y lo clavó en la garganta del adversario, que se derrumbó en el suelo, agonizante. No debía de tener ni veinte años.

Los jóvenes guerreros se habían ilusionado por haber encontrado a uno de los fugitivos asustados y el choque con la realidad había atenuado su fogosidad. Parecieron dudar un momento, mientras el muchacho en el suelo se retorció como una bestia degollada.

—¡Adelante! ¡Os voy a matar a todos! —gritó de nuevo Durio, respirando con rabia y con los ojos inyectados en sangre—. ¡A todos! —Se lanzó hacia el enemigo más cercano, sin conseguir alcanzarlo. Esta vez la hoja había dado en el blanco, y Durio había caído de rodillas con una punzada de dolor—. A todos... —repetió, ya sin aliento, escupiendo sangre y saliva.

Uno de los britanos se apeó, levantó la espada con las dos manos y, con un violento mandoble, le separó la cabeza. Un terrible alarido de victoria saludó el fin del romano y los jóvenes contemplaron la escena antes de desmontar a su vez y socorrer al compañero herido.

En el suelo había tres muertos y un caballo que se revolvía con el costado destrozado. El que había asestado el golpe mortal era un muchacho alto y guapo, de largos cabellos rubios. Su nombre era Quinn, pero desde aquel día todos lo llamarían el Lobo Cazador. Trató de coger la cabeza de Durio por el pelo, pero era demasiado corto. Así que la aferró con los dedos en garra, como un ave rapaz, y la levantó al cielo, aullando, mientras la sangre le chorreaba por el brazo. Un trofeo que había pagado muy caro.

En aquel mismo instante, Marco Ferrio galopaba hacia el oeste, con una buena ventaja sobre sus perseguidores. Aflojó la velocidad del caballo y miró a sus espaldas. Estaba solo. Los britanos habían desistido. Durio había conseguido detenerlos. Apretó los dientes y emitió un rugido rabioso, de fiera herida. En un momento, volvió a ver imágenes de cien batallas combatidas al lado de su compañero, luego espoleó el caballo.

Estaba vivo y con un objetivo importante.

«Vete, y ponlos a salvo.» Ahora no podía detenerse. Ya llegaría el momento de luchar de nuevo. El momento de compensar a Durio con la sangre de los enemigos.

El sol comenzaba a proyectar largas sombras, cuando Ambigath dijo a Caradoch y a Arch que estaba agotado y necesitaba detenerse a descansar. Los tres buscaron un lugar seguro, en un valle excavado durante milenios por un río que ofrecía una buena protección. Estaba rodeado de árboles seculares y se abría en un recodo donde el agua corría lenta y resplandeciente, como si estuviera cubierta de zafiros.

Hacia varios días que habían abandonado la Isla Sagrada y ya se acercaban a su meta. Durante todo el viaje se habían mantenido a prudente distancia de los centros habitados y se habían detenido para abastecerse solo en granjas aisladas. Habían cruzado a distancia algunas vexilaciones<sup>17</sup> romanas, dirigidas al norte, hacia los territorios de los cornovos, donde habían adquirido los caballos. Luego ya no se habían producido otros encuentros, hasta que tropezaron con algunos cazadores catuvelaunos con los que compartieron el vivac nocturno. Por ellos habían sabido que las unidades de caballería con las enseñas del cuerno de cabra, símbolo de la Novena Legión, habían aumentado el número de patrullas a lo largo del confin entre las tierras de los catuvelaunos y los icenos, y a menudo confiscaban los caballos de los viajeros que encontraban a su paso. Si no querían arriesgarse a perder los suyos, y sobre todo a tener que explicar por qué llevaban las espadas al costado, habrían hecho mejor desviándose al norte por las tierras de los coritanos para después entrar de nuevo en la región de los icenos. Como alternativa, podían tomar un sendero más rápido a lo largo del camino que llevaba a Camuloduno, es decir, hacia el sur, y luego proseguir hacia Venta pasando por las tierras de los trinovantes.

Ambigath había ocultado a los cazadores su verdadera identidad. Se había hecho pasar por un mercader de caballos iceno, de regreso de un viaje de negocios en las tierras de los cornovos, y de este modo había podido justificar sus espadas. A la mañana siguiente había decidido seguir la senda menos protegida, pero más directa, hacia Camuloduno. Allí abajo, tres jinetes pasarían casi inadvertidos entre la multitud de gente, tribus y razas que se agolpaba en las calles y los mercados de la ciudad.

Bajó del caballo y desentumeció la espalda dolorida, observando la vegetación. Necesitaba recoger hojas de sauce y debía identificar enseguida la planta. Debía cortar las ramas solo durante la noche cerrada, porque, si recogía estas en la oscuridad, sus hojas, reducidas a polvo, le proporcionarían un remedio eficaz contra los dolores que lo agobiaban.

—Esta noche os concedo un poco de descanso.

Caradoch se masajeó el cuello y sonrió, mientras daba de comer a las bestias después de haber desmontado las sillas.

—Una orden que se agradece.

Ambigath asintió.

—Mientras comenzáis a preparar la comida, buscaré algunas plantas para recoger las hojas más tarde, cuando las tinieblas sean absolutas. En la oscuridad de una noche sin luna, las plantas conservan mejor sus propiedades curativas.

—Yo sé qué necesitaría ahora como cura para la noche —dijo Arch, arrogante, aprestándose a hacer leña para el fuego.

El druida le lanzó una mirada sardónica.

—Quizás en Venta encuentres a una joven icena con poderes mágicos, dispuesta a seguirte.

—¿Solo una? Después de tantos días de viaje, espero una Tierra de la eterna juventud, poblada por muchachas maravillosas.

Los tres rieron y volvieron a sus asuntos. Ambigath buscó la hoz en la bolsa y se encaminó hacia el bosque, en busca de encinas envueltas por el musgo. Aquella era la señal de que la planta había sido elegida por los dioses y gozaba de su favor.

Caradoch se dejó caer, exhausto, con la espalda apoyada en un tronco, y Arch encendió el fuego.

Aquila oyó un rumor proveniente del sotobosque. Sacudido por escalofríos, se había acurrucado a los pies de un gran tronco, con los brazos contra el cuerpo para calentarse un poco. Alguien llegaba a toda velocidad, pero no conseguía entender si era un hombre o un animal. La mata delante de él se abrió y apareció el rostro sonriente de Marcelo, sucio de humus.

—Mira, comandante.

El veterano consiguió arrancar una sonrisa, al ver la liebre de pelaje grisáceo que el muchacho traía consigo.

—Huelo a promoción, *optio*. ¿Cómo la has atrapado?

—He encontrado su madriguera, me he agazapado cerca y he preparado una trampa. —Marcelo le tendió la cantimplora—. Aún está fresca, hay un torrente a dos millas hacia el norte.

El veterano bebió con avidez. Hacía horas que soñaba con un poco de agua.

—¿Cómo estás, comandante? Estás pálido.

—Creo que me ha subido la fiebre a causa de las heridas, Marcelo. Y siento un frío terrible.

—Te doy mi túnica, entonces.

Aquila negó con la cabeza.

—Gracias, pero nos helaríamos los dos. Es demasiado pequeña para mí.

Marcelo apoyó la liebre sobre una piedra, empuñó el cuchillo y practicó unos cortes precisos en la piel. Cogió al animal por las patas y, con un tirón enérgico, lo desolló.

—¿Te ha enseñado Fibreno?

—No, madre. Él me mostró cómo cazarla —dijo, mientras completaba la obra—. ¿Podremos encender el fuego esta noche?

Aquila miró alrededor. Estaban en mitad de la ladera, en la espesura del bosque.

—Lo encenderás en aquel foso, allá abajo, al oscurecer, cuando el humo ya no sea visible, aunque el perfume de esa carne llegará a millas de distancia.

—¿Acaso quieres comerla cruda?

—Claro que no. Y necesito calentarme. Correremos el riesgo.

Con otro corte preciso, Marcelo vació la presa de las vísceras.

—Nos hemos perdido, ¿verdad?

—No —respondió Aquila, mientras el muchacho recogía ramas secas para el fuego—. Pero estamos rodeados de enemigos y, a pesar de que sea algo habitual para un legionario, estoy tratando por todos los medios de no encontrármelos.

—¿Por qué no hemos visto a nadie hoy? Ningún soldado, ningún colono, ningún britano... ¿Adónde vamos?

—A Camuloduno, te lo he dicho —respondió Aquila—. Y que no hayamos encontrado a ninguno no significa que no estén por aquí.

Marcelo miró en torno, preocupado, y distinguió una espiral de humo que surcaba el cielo.

—Allá abajo hay alguien.

Aguzó la mirada, procurando distinguir el punto preciso desde el que ascendía el humo.

—Sí, un loco, o un grupo de locos.

—¿Por qué?

—Porque, si no perteneces a un grupo tan numeroso como para sentirte seguro, es mejor que no te dejes ver desde lejos.

—Quizá sean muchos.

—Si fuera así, encenderían un fuego más grande, o varios fuegos. No, no son muchos.

Marcelo miró a Aquila, que señalaba otro punto al oeste, más alejado. También de allí venía humo.

—Si lo vemos desde aquí, es señal de que hay bastante leña ardiendo.

—Podrían ser legionarios.

—Quizás aquellos de allí abajo sí, pero estos no. Si fueran legionarios esperarían el momento adecuado para encender un fuego. —Aquila comenzó a toser, después miró al muchacho—. La verdad es que, en estas condiciones, no podría luchar.

—Esta noche reposarás y mañana te encontrarás mejor.

—Por supuesto. Pero, si no lo consiguiera, si empeorase...

El muchacho dejó de apilar la leña y escrutó a su «comandante».

—Si mañana no estuviera en condiciones de caminar, como hoy, es mejor que inicies la marcha sin mí.

El muchacho sacudió la cabeza, con los ojos llenos de miedo.

—No.

—Escúchame, Marcelo. Es probable que mis heridas sean más graves de lo que parecen. Si la fiebre aumenta, necesitaré tiempo para recuperarme, mucho tiempo, y no está claro que...

Marcelo lo interrumpió, con tono desesperado.

—Me dijiste que un legionario nunca deja a nadie atrás.

—Sí, es verdad. Pero siempre existe una excepción. Si el sacrificio de uno puede valer la vida del otro, entonces se debe intentar. Si tú sobrevives, puedes volver a combatir. Si morimos los dos, en cambio, nunca más podremos ser útiles a nuestra unidad.

—Solo no lo conseguiré.

—También yo lo creía, ayer, pero me he dado cuenta de que no es así. Sabes moverte, eres un cazador experto, sabes encontrar agua, sabes orientarte y esconderte. Tú puedes conseguirlo, y yo solo soy un lastre.

—Pero yo me siento seguro porque sé que estás tú.

—No, Marcelo, eres así porque lo llevas en la sangre. Tienes el carácter de tu padre, que no sabe qué es rendirse. Eres duro, eres un legionario...

—Pero encendería el fuego...

—Has aprendido y mañana lo harás solo en el momento adecuado. —Aquila levantó la vista y tosió, sacudido aún por los escalofríos—. Cuando veas las frondas confundiendo con la niebla que baja del cielo, será el momento.

Marcelo tenía los ojos brillantes y el veterano curtido en cien batallas sintió una punzada en la garganta al verlo así. Pero las imágenes acudían a él confusas, apenas se sostenía, incluso sentado, y todo le parecía lejano.

—No me dejes solo, comandante.

Aquila se esforzó por sonreír.

—Tienes razón, mañana estaré mejor.

Le costaba contener el temblor. Cerró los ojos y se sintió ligero. Notó una leve sensación de calor, los entornó y reconoció el resplandor anaranjado de las llamas. Marcelo le ofreció algunos trozos de liebre, que, con esfuerzo, consiguió masticar. El antiguo centurión cayó en un sueño profundo, turbado por el eco repetido de unas pocas palabras detenidas en el frío de la noche.

—No me dejes solo.

Caradoch se había dormido después de la cena y, cuando Arch lo había despertado para su turno de guardia, había recorrido un breve trecho explorando los alrededores. Luego había vuelto a acurrucarse contra un árbol caído, arrebujado en la capa, y había comenzado su batalla contra el sueño. Recordaba haber visto a Ambigath encaminarse por la colina, en busca de alguna hierba milagrosa, y se había calmado. En el fondo, había alguien despierto en el grupo y, después de tantos días de viaje y tantas noches en vela, el cansancio prevalecía sobre la voluntad. Sus párpados cayeron y la cabeza se inclinó como si tuviera una roca en la nuca hasta apoyar la frente sobre los brazos.

Le había parecido que los caballos estaban nerviosos, pero no había visto ni oído nada que pudiera justificar esa inquietud, y se había dejado acunar de nuevo por el cansancio, inclinando la cabeza y levantándola de vez en cuando, de golpe.

Después, de pronto, se sobresaltó. Entre las sombras de las ramas que se movían bajo la luz amarillenta del fuego, había algo...

Un rostro, entre las ramas. Sintió cómo el corazón le latía en la garganta y fue embestido por una llamarada de calor.

A una veintena de pasos, un hombre cubierto de hierro lo miraba, envuelto a medias por la oscuridad de la noche. Caradoch lo observó, con los ojos desencajados.

Era un soldado romano. Llevaba una coraza de placas y un yelmo coronado por una cresta de dos plumas blancas a los lados. Caradoch no sabía si despertar a Arch, que dormía tranquilamente a pocos pasos de la figura amenazante que había surgido de las tinieblas.

Se levantó apoyándose en el tronco. Su capa se abrió, mostrando la empuñadura de la espada. La mirada del romano la percibió al instante, y Caradoch oyó en el silencio de la noche el sonido de la hoja que salía de la funda. Empuñando el *gladius*, el romano lo miraba en silencio, inmóvil. Caradoch extendió lentamente los brazos, luego oyó crujir las hojas a sus espaldas. Se volvió instintivamente, llevando la mano a la espada, y sintió un dolor lacerante. Vomitó un chorro de sangre negra, doblado en dos sobre la hoja clavada en el estómago que le salía por la espalda. Gimió y consiguió sacar su arma, después las fuerzas lo abandonaron. Un violento empujón lo hizo caer al suelo, junto a su espada, la vida se le escapaba por el vientre.

Aún adormilado, Arch oyó los ruidos, se frotó los ojos y levantó la cabeza. Un violento golpe le fracturó el hueso de la nariz y el sabor de la sangre le llenó la boca. Mientras se agitaba, se percató de que alguien le extraía la espada de la funda. Sintió que lo levantaban y empujaban con fuerza hasta que su espalda chocó contra un árbol. Un puñetazo en el estómago lo hizo doblarse en dos y cayó al suelo sin aliento.

—¿Quiénes sois?

Arch quería gritar de dolor. Parpadeó para ver a quién tenía enfrente, pero la nariz le hacía tanto daño que le turbaba la vista.

—Te he preguntado quiénes sois, britano.

El joven cogió aliento y recordó las instrucciones de Ambigath.

—Somos mercaderes icenos.

—¿Qué hacéis aquí?

—Hemos vendido unos caballos a un criador de Deva.

—Deva, ¿en las tierras de los cornovos?

El soldado se había agachado junto a él y su yelmo reflejaba los resplandores rojizos del fuego, pero el rostro permanecía en sombras.

Arch se apartó el pelo del rostro.

—Sí, en las tierras de los cornovos.

—¿Adónde vais?

—A Venta Icenorum.

El hombre pareció reflexionar.

—Vais bastante desviados, ¿no?

El muchacho no sabía cómo refutarle. Necesitó un momento, antes de encontrar una excusa plausible.

—Nosotros... debemos cerrar un negocio en Camuloduno, antes de volver a casa.

—Está mintiendo, el muy bastardo.

La segunda voz tenía un timbre cavernoso y gutural. Arch apenas se volvió y vislumbró la sólida silueta de otro hombre con yelmo y coraza.

—No, es verdad, ¿por qué habría de mentir? Vamos a Camuloduno para negociar la compra de otros caballos.

—¿Cómo te llamas?

De nuevo habló el primer romano.

—Mi nombre es Arch.

—Bien, Arch. Está claro que quieres burlarte de mí y eso me disgusta. Podría matarte aquí mismo, como ya he hecho con tu amigo —señaló con la cabeza a sus espaldas—, pero he pensado en aplazar tu fin, porque quizá puedas ofrecerme algunas informaciones útiles. A partir de este momento, tu vida depende de tus respuestas.

Solo entonces el muchacho comprendió qué le había sucedido a Caradoch. Se volvió para buscarlo, pero una mano áspera le aferró el mentón y lo obligó a mirar hacia delante.

—Estoy buscando a un oficial romano que monta un semental blanco, un ibérico. ¿Lo has visto?

—No.

—¿Has visto a bandas de trinovantes armados viniendo hacia aquí?

—No.

—¿Por qué estáis armados? ¿Tenéis algún permiso especial?

—Nosotros... hemos cobrado bastante dinero. Las espadas son para defendernos...

—Veamos ese dinero.

Arch se volvió hacia el punto en que debería dormir Ambigath, pero no había nadie.

—Nosotros éramos... somos la escolta de nuestro señor, sus esclavos.

—Miente.

Habló la voz cavernosa del segundo romano.

—No, no, nosotros somos sus esclavos, él... estaba aquí con nosotros.

—¿Ha escapado solo, en plena noche, y ha dejado aquí a su escolta?

Arch asintió con fuerza, pero sintió que el otro no le creía. La nariz se le estaba hinchando, apenas si podía respirar, y el sabor de la sangre en la boca era áspero.

—No tienes el acento de un iceno, Arch. —El romano se levantó—. Hablas el dialecto de los ordovicos.

—Sí, soy ordovico, como era mi primer amo, a quien mi señor me compró.

—Los ordovicos están en guerra con nosotros y tú estás armado.

Bajando por la colina, Ambigath distinguió las brasas entre la vegetación oscura.

Se había alejado más de lo debido y no había podido encontrar enseguida el camino de regreso. En compensación, había llenado la bolsa y una parte de la capa con hojas y hierbas curativas. Satisfecho de su botín, alcanzaría a Arch y a Caradoch para descansar un poco, antes de volver a ponerse en camino y afrontar la última parte del viaje. Mientras se acercaba al campamento, se dio cuenta de que el fuego no había sido alimentado desde hacía tiempo y que se estaba apagando. Sus dos jóvenes acompañantes dormían, en vez de relevarse para hacer la guardia. Debería haberlos reprendido, pero sabía que ya les había exigido bastante. Habían abandonado a sus familias en la Isla Sagrada, sabiendo que difícilmente las volverían a ver, y habían cabalgado junto a él durante días. La cercanía de la meta había hecho aflorar el cansancio y la añoranza por aquella casa a la que no podrían regresar.

Dando vueltas por el sotobosque, Ambigath había divisado la silueta de uno de los dos, tendida en el suelo, pero no conseguía encontrar la silla de montar y la manta que constituían su camastro. Al cabo de un rato decidió echar unas ramas sobre los rescoldos para reavivarlos. Cuando las llamas empezaron a clarear el pequeño campamento, constató que ya no quedaba nada de sus cosas. Se acercó a Arch y se inclinó para empujarle, para despertarlo.

El muchacho tenía los ojos desencajados y la garganta cortada. Ambigath dio un salto hacia atrás, espantado. Hurgó con la mirada en la penumbra en busca de Caradoch.

—¿Caradoch?

Silencio. El druida se alzó, mirando alrededor con cautela.

—Caradoch, ¿dónde estás?

Con un chisporroteo seco, de las ramas surgió una llamarada para ofrecerle la respuesta que buscaba.

Caradoch yacía en el suelo, semidesnudo, en una posición poco natural. Quien lo había matado también lo había despojado de sus cosas. Ambigath se quedó quieto frente a su hallazgo, con demasiadas preguntas en la cabeza a las que no sabía dar respuesta. Naturalmente, tampoco quedaba ni rastro de los caballos.

Se dejó caer en el suelo, sin fuerzas, cerca de Arch. Le cogió la mano entre las suyas y se llevó los nudillos del joven a la frente, entonando una cantinela a media voz. Le deseó un viaje sereno y pidió a los dioses que lo acompañaran con particular atención, porque era un muchacho puro y predestinado a grandes empresas, si ellos no hubieran deseado otra cosa.

El fuego arrancó un minúsculo reflejo de las lágrimas de un viejo druida ya cansado.

Apenas se despertó, Marcelo comprobó el estado de Aquila. Lo encontró temblando, con el rostro demacrado y los ojos entreabiertos. Se acercó a él y le frotó los brazos para que entrara en calor, pero se detuvo enseguida. La piel del veterano ardía. Cogió el cuchillo y cortó un jirón de su túnica. Lo mojó con el agua de la cantimplora, y pasó el paño húmedo por la frente y la cara de Aquila. Le hizo beber el último sorbo de agua y se sentó a su lado, en silencio. Poco después, aunque muy cansado, su comandante consiguió levantarse sosteniéndose en el árbol, y observó tambaleante y aturdido las primeras claridades del alba.

—¿Puedes sostenerte en pie?

—Sí, en cuanto camine un poco, estaré mejor, ya verás —repuso Aquila, aun sabiendo que era mentira.

El muchacho y el adulto se pusieron en marcha, en silencio. Caminaban por el sendero, con una lentitud exasperante. Aquila se apoyaba a cada paso en el muchacho. Borealieron el arroyuelo que Marcelo había descubierto el día anterior y el veterano se sentó al margen, sosteniéndose en una roca, mientras el chiquillo llenaba la cantimplora. Aquila respiraba afaosamente, como si hubiera corrido. En dos horas de camino, había recorrido una distancia ridícula.

—Te estoy retrasando demasiado, Marcelo.

El muchacho lo miró, inseguro.

—No tenemos prisa —dijo, ofreciéndole el agua.

—Debemos alejarnos de aquí y llegar enseguida a nuestra guarnición, antes de que toda la zona quede fuera de control.

Marcelo sacudió la cabeza, tozudo.

—Yo no te dejaré aquí solo. En caso de peligro nos esconderemos y después partiremos otra vez con calma. No importa cuánto tardemos.

—Si sigo así, pronto no podré ni recorrer el poco camino que he hecho ahora.

—No te dejaré solo.

Aquila sonrió a aquel chiquillo de pelo rizado, demasiado joven para ser un hombre. Sin embargo, era lo que la vida le pedía. Le tendió la mano, Marcelo, sin vacilar, la cogió y lo ayudó a levantarse. El veterano sintió que se le despertaban todos los dolores de su cuerpo martirizado, mientras Britania daba vueltas alrededor. Desordenó el cabello de su *optio* y se apoyó en él para sostenerse.

—Continuaremos un poco, después descansaremos, y volveremos a caminar hacia la tarde. Moviéndome de noche tendré menos frío.

—Es una excelente idea, comandante.

El veterano sabía que no podía desilusionar al muchacho. Intentó concentrarse y apelar a sus últimas fuerzas para proseguir el camino, y expulsar aquel hielo que le corría por las venas. Paso y medio paso. Paso y medio paso... Siguió adelante con el corazón, hasta que tropezó con una raíz entre los helechos y se desplomó en el suelo, arrastrando consigo a Marcelo. El muchacho se puso enseguida en pie y trató de levantar a su comandante, pero era como mover una roca.

—Espera, Marcelo. Estoy demasiado cansado.

El *optio* se volvió para mirar el sendero y vio la peña junto al arroyuelo, que creía haber dejado desde hacía tiempo a sus espaldas. Estaba a menos de doscientos pasos de distancia.

—Adelántate, Marcelo, adelántate. Es inútil, estoy empeorando.

El pequeño *optio* sintió un nudo en la garganta al ver cómo su esperanza de salvación se desmoralizaba.

—Te espero. Yo solo no lo conseguiré.

—Vete, te he dicho. Vete y llega a Camuloduno lo antes posible.

—¿Por qué?

Aquila se acurrucó presa de los escalofríos junto a una mata y apartó la mirada.

—Nadie me espera en Camuloduno, ¿verdad, Aquila?

El veterano permaneció en silencio. Las palabras le salieron con dificultad de la boca.

—Los tuyos te esperan en la ciudad, como te he dicho.

—¡No es verdad! —gritó el muchacho.

El exoficial sacudió la cabeza.

—Estoy a punto de marcharme, Marcelo. Un hombre que está a punto de morir no miente.

El muchacho sospechaba desde el principio que aquel hombre lo había salvado porque conocía a su padre, pero que no le había dicho la verdad: que los suyos habían muerto en el ataque a la granja. Captó el sufrimiento del hombre que tenía delante, percibió su debilidad. Quizás aquel gigante estaba a punto de morir, y se decía que en aquel momento los hombres eran sinceros, para no llevar el fardo de la mentira más allá de la laguna Estigia. Por lo tanto, quizá los suyos estaban vivos y lo esperaban de verdad en Camuloduno, y la sola esperanza de que así fuera le insuflaba en el cuerpo una fuerza inagotable. Se habría puesto a correr hacia la colonia, si hubiera podido.

—Júramelo por lo que más quieras.

Aquila sacudió la cabeza.

—Me gustaría, pero todo lo que me ha quedado está aquí.

—Por tus hijos o tu mujer. Tendrás una familia.

El veterano intentó sonreír, pero solo consiguió hacer una mueca.

—No tengo a nadie.

Después de admitirlo se hizo el silencio y, repentinamente, Marcelo no sabía ya qué decir. Se sintió afortunado ante la idea de poder pensar que había alguien en el mundo que lo quería y lo esperaba. Miró el sendero hacia oriente. Allí estaba su meta. Después vio a aquel hombre, que parecía haber perdido toda su fuerza.

Aquila había cerrado los ojos.

## Devastación

*Camino consular entre Londinium y Camuloduno  
Territorio de los trinovantes  
Junio del 61 d. C.*

Pero debido a que Suetonio se encontraba lejos, pidieron ayuda al procurador Cato Deciano. Y este mandó a unos doscientos hombres escasamente armados.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO, *Anales*, XIII, 32

—¡Moveos, malditos imbéciles!

Con el rostro enrojecido por la ira, el decurión Torcuato había alcanzado el final de la columna y había empezado a azotar con rabia a los retrasados con su vara de vid. Después, a lomos de su bayo, el oficial se había desplazado de nuevo a la cabeza, secándose el sudor de la frente con el antebrazo. La bochornosa jornada estival lo irritaba casi tanto como el rebaño de palurdos que estaba guiando de Londinium a Camuloduno.

En los últimos días las noticias de incursiones en el norte cada vez más frecuentes, en el territorio de los icenos, habían comenzado a despertar una cierta preocupación. Para acrecentar los temores se había añadido el hecho de que algunos exploradores auxiliares de un pequeño campamento fortificado habían tropezado con una inmensa columna de britanos dirigida al sur. Los exploradores habían hablado de muchos jinetes, pero también de grandes manadas y de numerosos carros, como si se tratara de una auténtica migración. Para completar el cuadro, parecía que los trinovantes habían desencadenado una oleada de asaltos a estaciones de posta y granjas aisladas, así al menos lo referían algunos supervivientes.

En pocos días, pues, la situación parecía haber escapado de cualquier control. Numerosos mensajeros habían desaparecido y había habido ataques un poco por todo el territorio, sin un esquema preciso que permitiera comprender la estrategia. Suetonio estaba lejos, en plena campaña en la isla de Mona. Al norte había sido puesta en alerta la Novena Legión, y habían sido enviados mensajes que reclamaban ayuda también al prefecto de campo de la Segunda Legión, Penio Póstumo. En un clima tan confuso, sin embargo, no era sencillo abandonar la propia posición para llevar ayuda a otros, a riesgo de dejar desguarnecidos los asentamientos de civiles cerca de las legiones. En medio del marasmo de noticias, alarmas y desmentidos, Cato Deciano había reunido un destacamento de doscientos hombres, reclutados un poco por doquier, para enviar a Camuloduno. La unidad, del todo simbólica, era enviada más que nada para tranquilizar a los habitantes y para dar a entender que el procurador se interesaba por la situación de la colonia Claudia y estaba dispuesto a mandar más soldados. El problema consistía en que en aquel momento no había hombres disponibles a los que mandar. Los doscientos que estaban recorriendo el camino para Camuloduno bajo los latigazos de Torcuato eran toda la ayuda que la ciudad podía esperar.

—Un montón de bueyes de carnes flácidas —rezongó para sus adentros Torcuato, observando la columna que marchaba a un paso que solo lejanamente podía parecer militar. Los de las primeras filas pertenecían a una vexilación de la Novena Legión. Después de ellos venían algunos colonos que habían combatido en la Vigésima y, durante cuatro años, habían dejado el ejército. Algunos de estos estaban armados de cualquier manera, pero, como buenos veteranos, eran un grupo sólido, al menos en apariencia. Había algunos auxiliares y, en la cola, lo peor de lo peor, la verdadera razón de la furibunda desesperación del decurión. Escuderos, vivanderos, frumentarios, correos e incluso esclavos y libertos encargados de las finanzas, un tropel de gente más o menos armada y empujada a patadas a aquella columna de socorro. El comandante hizo vibrar una vez más su bastón, y mirando a los últimos identificó a los primeros que caerían. Se preguntó si no sería oportuno prepararlos enseguida para que afrontaran un posible ataque, y así librarse deprisa de ellos.

Su ayudante lo llamó para señalarle Camuloduno, ya visible a lo lejos. Torcuato bufó: un poco más y habría podido quitarse la armadura y disfrutar de un baño relajante. Empleó la parte final del viaje en maldecir a Cato Deciano, a sus antepasados y a una eventual aunque improbable descendencia.

En el último trecho de camino que bordeaba el río, se habían sumado al pequeño destacamento de Torcuato dos familias de colonos. Sus carros cargados de todo tipo de trastos y víveres conferían a la columna un aspecto aún más heterogéneo y muy poco marcial.

Muy pronto los campos se convirtieron en huertos, y los huertos, en barracas de madera de las que la gente salía para ver a los soldados que llegaban, aclamándolos. Las barracas se transformaron a su vez en casas con muros de cañizos enlucidos y el sendero pasó a ser una calle empedrada y flanqueada de pórticos y aceras. Mientras los habitantes se acercaban a alabarlos, Torcuato advirtió lo absurda que era la situación. Algunos cargaban carros para dejar la colonia, otros entraban con todo lo que poseían. Varias tiendas eran asaltadas, otras estaban cerradas, con puertas y ventanas atrancadas. En el puerto, centro neurálgico de la ciudad, en el que naves comerciales llegadas de todas partes vaciaban y llenaban las bodegas, de vez en cuando una vela se hinchaba y una nave se hacía a la mar, hacia el sur, lejos de aquella tierra que ardía.

Todos parecían atrapados por un ciego frenesí. Quién compraba, quién vendía, quién huía, quién llegaba, quién daba vueltas sin saber qué hacer. El decurión preguntó a una patrulla de veteranos de la Vigésima, que hacía la ronda por los mercados junto a algunos colonos armados, dónde encontrar a Tito Ulcio Falcidio, y estos le señalaron el camino hacia el templo. Torcuato se quedó mirando, atónito, a un combatiente grande y grueso, que descollaba sobre todos a bordo de un carro de guerra conducido por un auriga. Romanos y britanos convivían en aquel pañuelo de tierra, compartiendo los mismos pensamientos. Finalmente entre los tejados de paja y los de tejas, apareció la silueta imponente del magnífico tímpano del templo de Claudio. El tan esperado ejército de salvadores llegó a la plaza principal, llena de gente. La multitud se extasió cuando vio a los soldados y los aclamó con entusiasmo. Torcuato disfrutó del momento. Había debido soportar aquel incómodo viaje a la cabeza de un tropel de indisciplinados, no importaba ya regalar algunas sonrisas y estrechar la mano de alguna guapa muchacha, antes de ir donde estaba el comandante de la guarnición.

—Por lo tanto, ¿tus hombres no son la vanguardia de la Novena Legión?

Tenso ante el prefecto de la ciudad, Torcuato se quedó perplejo.

—¿Qué vanguardia de la Novena?

Tito Ulcio Falcidio se puso nervioso.

—La vanguardia de la Novena, maldición. ¿Entiendes lo que te digo? Petilio Cerial debería estar aquí con sus fuerzas, sin él, ni con la ayuda de los dioses podríamos defender esta ciudad.

—Estos son los hombres prometidos por Deciano, prefecto.

El rostro cansado de Falcidio se convirtió en una máscara de odio.

—Deciano, hijo bastardo de una perra en celo. ¿Cuántos hombres son en total?

—Doscientos catorce —respondió Torcuato.

El prefecto levantó la voz.

—¡Juro que lo mataré con mis propias manos si me lo encuentro! ¿La capital de la provincia corre el riesgo de ser atacada por un ejército de rebeldes y él manda doscientos catorce hombres a vigilarla?

—El procurador quería ofrecer una ayuda simbólica —se justificó el decurión—. Me ha dicho que la ciudad podía contar con su propia guarnición.

Con un gesto de ira, Falcidio tiró al suelo los despachos enrollados sobre su *scriptorium*.

—Suetonio se ha llevado la vexilación de la Vigésima, y Deciano, a los jinetes germanos. Si no llega Cerial con los legionarios de la Hispana, no podemos hacer mucho. —El oficial apoyó los puños sobre la mesa hundiendo la cabeza entre los hombros—. Es más, no podemos hacer nada —concluyó, con un hilo de voz.

Torcuato se dio cuenta de que Camuloduno estaba a punto de convertirse en un sitio incómodo y no tenía ganas de permanecer en él. La ciudad no tenía bastantes hombres para afrontar una batalla campal fuera del centro urbano, y, al mismo tiempo, carecía de un adecuado recinto defensivo. ¿Cuánto habría resistido la guarnición con los rebeldes que se extendían en todas direcciones?

Un tribuno llegó dando grandes zancadas, seguido por dos jinetes visiblemente cansados.

—Prefecto, te traemos noticias frescas sobre la situación.

Falcidio se volvió hacia los jinetes.

—Si también fueran buenas sería mejor.

—Ave, prefecto, soy Marco Julio Sabiniano, veterano de la Valeria. Estaba en la centuria...

—Sí, recuerdo, has servido bajo Lucilo Ingenuo —lo interrumpió Falcidio, impaciente—. ¡Habla!

—He visto una concentración de hombres más allá de la planicie, están a unas doce leguas<sup>18</sup> de aquí.

—¿Doce leguas?

—Sí, su avance es lento. Llevan de todo, carros, ganado, mujeres y niños. Me he mantenido lejos, pero he visto que habían acampado.

—¿Cuántos son?

—Muchos, comandante. Entre quince mil y veinte mil.

—Hablo del número de combatientes.

El mensajero mantuvo el rostro sereno, con la mirada puesta en el comandante.

—Por desgracia, yo también, prefecto.

Falcidio soltó una maldición. Empezó a caminar nerviosamente y solo se detuvo cuando Torcuato tomó la palabra.

—Necesitamos más gente, Falcidio, con tan pocos hombres no lo conseguiremos. Conviene que yo vuelva donde Deciano para pedirle refuerzos suficientes para afrontar a semejante número de insurgentes.

El prefecto asintió y se acercó al decurión de la armadura llena de *phalerae* y condecoraciones. Le puso una mano sobre el hombro, con el brazo tendido, y lo miró a la cara.

—Deciano no me dará más hombres, me ha jodido. Es más —le dijo, con una media sonrisa—, nos ha jodido, porque tú te quedarás aquí conmigo.

El rostro de Torcuato se convirtió en una máscara de cera.

—Y quiero confiarte un encargo importante, mi querido *decurio* —anunció el comandante, abriendo los brazos—. Serás el último baluarte que defienda la puerta del templo del divino Claudio. Contaremos cuán valerosamente has combatido para defender la puerta, siempre que consigamos sobrevivir hasta la llegada de la Novena. —Se volvió hacia el tribuno—. Retén al contingente que nos ha ofrecido Deciano y disponlo a la entrada de la vía Decumana, al oeste, como fuerza de reserva. Allí no deberíamos esperar sorpresas desagradables.

El tribuno salió de inmediato para cumplir la orden, Falcidio cogió un pergamino, escribió algo, lo enrolló y puso su propio sello con el anillo que tenía en el dedo.

—Marco Julio Sabiniano, quisiera poder ofrecerte un poco de descanso, pero no puedo. Corre a Londinium con este mensaje, y avisa a Deciano de la situación. —Dirigió una mirada burlona a Torcuato—. Dile también que su *decurio* se ha comprometido a defender la puerta del templo del divino Claudio, un gesto que ha animado al prefecto, que en este momento está desesperado.

Los dos jinetes salieron de la estancia y Torcuato y Falcidio permanecieron solos.

—¿Sabes por qué avanzan con tanta demora? —preguntó el prefecto—. ¿Por qué se lo llevan todo, lentos y previsibles?

Torcuato no dijo nada.

—Porque saben que ya no volverán atrás.

El grupo de jinetes alcanzó la cima de la colina a última hora de la tarde. El noble Ethrig disminuyó la marcha del caballo y lanzó una mirada orgullosa hacia Quinn, que cabalgaba a su lado.

—¿No es un espectáculo grandioso?

Quinn, el Lobo Cazador, como lo habían apodado después de su primer enfrentamiento, se quedó sin palabras. Delante de él se extendía la mayor concentración de personas que hubiera contemplado nunca. La vasta planicie estaba ocupada por miles de hombres, con una miríada de caballos y de carros, y numerosas manadas de ganado. El pueblo de los icenos se estaba preparando para la noche. Los jinetes llegaron al paso a los primeros carros, donde el noble Ethrig fue reconocido por algunos guerreros de guardia. El grupo atravesó la multitud colorida de clanes, que por primera vez se encontraban y se aprestaban a compartir un destino común. Avanzaron entre el humo de los fuegos, los olores de comida, el vocerío de los niños, las carcajadas de los adultos y los ladridos de los perros. Parecía un gran mercado, el más grande que se hubiera visto nunca. Quinn miró a Ethrig, que le señaló un carro en el centro de aquella inmensa ciudad nómada.

Los hombres bajaron del caballo. Ethrig se acercó al fuego y saludó a los presentes, que lo acogieron calurosamente. El Lobo Cazador esbozó un saludo. No conocía a ninguno de aquellos nobles y, con toda probabilidad, detrás de aquellos rostros barbudos se escondía más de un rey. Se sintió un poco incómodo en medio de la potencia icena, como lo estaría el joven hijo de un mercader de pieles recién llegado de Camuloduno.

De pronto, aquellos rostros rudos dejaron paso a una cabellera roja y Quinn sintió que la tensión le punzaba la vejiga.

Por lo tanto, era verdad, aquella era Boudica de los icenos. La mujer se adelantó algunos pasos hacia él, envuelta por una capa de tejido ligero sujeta con un broche de oro. El Lobo Cazador inclinó la cabeza.

—Eres bienvenido, Quinn, Lobo Cazador —le dijo—. Ethrig dice que nos traes noticias.

—Acabo de llegar de Camuloduno, reina.

Los otros estaban en torno a él, a la espera. Cathmor, con los brazos cruzados, examinó al joven con interés. El rey Rhoadri se atusaba la densa barba y Efin, Borvo y Goraidh dejaron de hablar. Todos estaban pendientes de sus labios.

—La ciudad es presa del caos. Los que pudieron embarcaron en una nave la mayor cantidad de cosas posibles y se han aventurado hacia el mar abierto, para llegar a la Galia. Muchos otros no se han llevado sus pertenencias, pero han atrancado casas y tiendas, y se han encaminado hacia las tierras bajas del sur, con el fin de mantenerse fuera del peligro y regresar después, en cuanto la rebelión termine.

—Por lo tanto, ¿quiénes han quedado en la ciudad? —preguntó Rhoadri.

—Oh, aún son muchos. Los mercaderes trinovantes están todos allí, ellos no han abandonado las tiendas, y lo mismo han hecho algunos romanos. Se han quedado también todos aquellos que no son romanos ni britanos. Mercaderes galos, helvecios, belgas, atrebatos... Algunos siguen haciendo su vida normal. A ellos se han sumado, además, los veteranos de los alrededores con sus familias, que no muestran ninguna intención de abandonar la ciudad.

—¿De cuántos hombres se trata?

—Cien, quizá doscientos, pero son los más valientes. El prefecto los ha dispuesto con los hombres de su guardia y con los que han llegado de Londinium. Están formando una guarnición en torno al templo. Pero controlan una zona muy restringida. Creo que los soldados no son más de setecientos u ochocientos.

—¿Quiénes estarán con nosotros? —intervino Cathmor.

Quinn posó la mirada en aquel rostro desfigurado, luego continuó.

—Un centenar de britanos armados, a los que deben sumarse un millar de esclavos. No sé decir quiénes se pondrán de nuestra parte antes del enfrentamiento.

—Para quienes lo hagan después, será demasiado tarde —dijo Cathmor, con dureza. A sus palabras siguió un rumor de aprobación.

—No hay icenos allí —apuntó Quinn—, solo trinovantes, y muchos tienen familia.

—Quien hoy elija quedarse con los romanos los seguirá hasta la muerte. No habrá distinciones.

Quinn miró por un instante a Cathmor a los ojos y lo que vio le asustó.

—Haz que todo esto se sepa en la ciudad. Así se marcharán —concluyó el guerrero de rostro desfigurado.

Lobo Cazador asintió, cada vez más convencido de que no estaba en el sitio adecuado. Habría querido salir corriendo, pero sabía que no había escapatoria, la rebelión era demasiado vasta y una elección equivocada en aquel día solo significaría una muerte tan segura como inminente. El comercio de pieles que le había garantizado una buena renta en Camuloduno había terminado. Los icenos llegaban para matar a todos sus clientes. Daba lo mismo hacerse amigo de los nuevos poderosos, y luego valorar, vivo, qué hacer.

—Debes decir a nuestros soldados —continuó Cathmor— que se reúnan y asalten por la retaguardia una de las guarniciones que están en las afueras.

—¿Cuál?

—No importa, joven Quinn. Llegaremos de todas partes. Y, una vez alcanzada la ciudad, ya no conseguiremos detener a los guerreros, del mismo modo en que no se puede contener el agua del río cuando rompe los diques. Afluirán por las calles como fieras hambrientas, en busca de cabezas y de botín. La presa es grande y tiene miedo. Todos querrán su tajada.

—¿Cómo haréis para reconocer las casas que deben preservarse?

Nadie le respondió y Quinn sintió un escalofrío.

—No podéis tratar igual a quienes combatan por vosotros que a quienes combatan contra vosotros. Debéis garantizarme que protegeréis a mi padre, sus bienes y su casa.

Fue la reina la que respondió.

—Lo único que puedo asegurarte es que pronto Camuloduno dejará de existir.

—Pero pelearán por sus casas.

—Peor para ellos. Todos nosotros, aquí, hemos dejado las nuestras y lucharemos por nuestra vida y por nuestra libertad.

Quinn asintió, pálido y con la frente perlada de sudor. Ethrig le hizo entender con una mirada que podía marcharse. El joven de largo cabello rubio se inclinó en señal de respeto y se encaminó hacia su cabalgadura.

—¡Lobo Cazador!

La mano de Cathmor le apretó el hombro como si fuera una prensa de hierro.

—Agradecemos tu ayuda, muchacho. Espero verte allí combatiendo a nuestro lado. O, sino es así, no verte nunca más.

Marco Julio Sabiniano espolé al caballo hacia el sol, por el camino que desde Camuloduno atravesaba las tierras de los trinovantes de este a oeste, en dirección a Londinium. Le habían asignado dos jinetes bátavos como escolta y una joven jumenta que corría veloz como el viento. En la alforja llevaba lo necesario para llegar a su destino y un despacho urgente para Cato Deciano con el sello de Tito Ulcio Falcidio. Poco después de que el sendero se adentrara en un bosque, la yegua, lanzada al galope, se desplomó en el suelo, relinchando, atravesada por numerosas lanzas. El impacto con el terreno fue tan violento que Sabiniano ni siquiera pudo ponerse de pie y comprender qué sucedía. Sobre él cayeron las espadas y las hachas de una decena de guerreros.

—Deben de ser correos. Registradlos bien, podrían tener algún despacho que llevar a Londinium —dijo el hombre que había dirigido la emboscada.

Los cuerpos del romano y de los dos bátavos fueron desnudados completamente. Armas, corazas y yelmos se repartieron de forma equitativa entre quienes habían dado en el blanco. La alforja y todo su contenido se entregaron al jefe.

Murrogh, rey de reyes, observó el pergamino enrollado, rompió el sello y leyó. Consiguió entender que Falcidio comunicaba a Deciano que no podía resistir demasiado un ataque a gran escala, si no recibía refuerzos. Su desigual dominio del latín escrito no le permitió traducir las líneas siguientes.

—¿Lo entiendes?

El tono de Rhiannon, que había participado en la emboscada, era impaciente. El jefe de clan apartó la mirada del pergamino.

—El prefecto de Camuloduno está desesperado y no puede detenernos. Pero hay algo que me preocupa y que no consigo comprender. Parece que habla de una solicitud de ayuda a la Novena Legión que no ha tenido respuesta.

—¿Una legión?

—Sí, hay una al norte, en algún lugar de las tierras de los icenos.

Murrogh se esforzó por descifrar la grafía del prefecto, pero, cuanto más se esforzaba, menos comprensible le resultaba el mensaje. «Novena Legión» se leía claramente y, si bien el jefe de los trinovantes no tenía idea de dónde estaban y cuántos eran los soldados, cayó en la cuenta de haber llegado el momento de acelerar el paso y llegar a Camuloduno antes que ellos.

## Defixio

*Mona, isla madre del druidismo  
Junio del 61 d. C.*

Yo te invoco Mapón arueiatis por la potencia de los dioses de abajo; que tú los tortures, por la magia de los dioses inferiores: (debéis golpear a) Gaius Lucius Florus Nigrinus, el acusador, Aemilius Paterinus, Claudius Legitimus, Caelius Pelignus, Claudius Pelignus, Marcius, Victorinus, Asiaticus hijo de Aedillos, y a todos aquellos que pronunciaron ese perjurio. En cuanto a aquel que pidió el juramento, que le sean deformados todos los huesos largos. Ciego lo quiero. Con este él estará delante de nosotros de vosotros [sentido de la frase oscuro]. Que tú... a mi derecha [repetido 3 veces].

TABLILLA DE CHAMALIÈRES, lámina de plomo rectangular hallada en 1971 en Chamalières (Puy-de-Dôme, Francia)

Aquella noche, Govran había tenido un sueño portador de malos presagios. Al despertar había recitado un rito mágico a Moreen y a su pequeño, antes de saludarlos y abandonar la caverna a la que los había conducido. Había cubierto la entrada con algunas brazadas de ramas frondosas y se había dirigido al gran fresno, donde había apoyado las manos sobre el sagrado altar milenario.

Allí se había quedado esperando, solo, a que el sueño se convirtiera en realidad. El corazón traicionó su emoción y aceleró el latido, mientras la mente vagaba entre las copas agitadas de los árboles. El cielo era negro, como si los dioses estuvieran a punto de arrojar sobre la tierra su condena por lo que estaba a punto de ocurrir. Sentía que pronto los romanos desembocarían en el bosque y que aquel era el sitio adecuado para que lo encontraran. No en la playa, donde habían desembarcado en gran número, no escondido entre la vegetación, como un fugitivo en busca de salvación, sino en el lugar que correspondía a un sacerdote de su rango. Govran debía ser hallado a los pies del árbol sagrado que sostenía su altar.

Habían pasado varios días desde que los romanos habían desembarcado en la isla, en aquella alba en que Govran había dejado la playa y se había encaminado hacia el interior, seguido por Moreen, con el pequeño Kedyr en brazos. Los tres habían recorrido juntos el camino, siguiendo senderos que solo conocían los druidas, hasta el claro sagrado. Allí habían permanecido a la espera, lejos de todo y de todos, protegidos por la selva exuberante.

No habían visto a nadie, pero por los densos pináculos de humo que se alzaban en el cielo antes de dispersarse por el viento del mar habían entendido que la batalla y la destrucción proseguían. La Isla Sagrada ardía y el corazón de Govran sufría con ella.

Cayo Antonio Vindilo había desmontado del caballo y había recorrido aquel denso trecho de bosque sujetando por las bridas a su semental. Detrás de él venía Lugoallos, seguido por la enseña del caballo alado, tras la que se habían puesto, cada vez más nerviosos, todos los demás jinetes. El aire estaba cargado de humedad por el inminente temporal y los hombres respiraban el olor a turba despotricando con los dientes apretados contra su comandante, culpable de haber hecho que se adentraran tanto en aquella maldita selva solo para echar de su guarida a algún prófugo. Desde hacía días recorrían palmo a palmo la isla, batiendo todos los posibles senderos para desanidar a fugitivos y a sacerdotes. Después de haber desbaratado la primera resistencia en el momento del desembarco, la campaña había proseguido como una gran caza del hombre, sin un momento de tregua. Muy pocos habían sido los verdaderos reductos de resistencia que habían encontrado, aunque algunas patrullas aisladas que se habían alejado demasiado habían caído en emboscadas. Avanzar a pie por el interior de los bosques era algo insostenible para los jinetes bátavos, que se sentían terriblemente vulnerables.

Ráfagas de viento agitaron las copas de los árboles, el sol dejó de filtrarse entre las ramas, el cielo se hizo de plomo y los colores se atenuaron. Vindilo escrutó el rostro contraído de Lugoallos. Se traslucía todo el supersticioso miedo que debía esconder detrás de la máscara impasible del mando. Deseaba decirle que cambiara de rumbo y volviera por donde habían venido. En cambio, miró el cielo negro y decidió proseguir trazando una amplia curva en el bosque, para no dar a entender que tenía prisa por alejarse de aquel lugar.

Quizá fue solo por casualidad que, apartando las frondas, el bosque se abrió ante sus ojos para dejar sitio a un calvero. Erguida ante él, al fondo del mismo, aparecía la figura esbelta de un viejo vestido de blanco, de larga y cándida barba.

Vindilo sintió un escalofrío que le subía desde las vísceras. El hombre estaba envuelto en una larga vestidura de lino claro que ondeaba al viento junto con el cabello plateado. Empuñaba un largo bastón y una mano se apoyaba sobre una gran piedra horizontal. A sus espaldas se erguía el árbol más alto y macizo que el romano había visto. Comprendió que aquel viejo era un druida, uno de esos malditos sacerdotes que estaban apresando en todos los rincones de la isla. Lo que no conseguía explicarse, en cambio, era por qué aquel hombre estaba allí, inmóvil, esperándolos, sin intentar esconderse o huir. Tuvo la extraña y fugaz sensación de que ya había vivido aquel momento, como si estuviera yendo a un encuentro acordado con anterioridad con la figura diáfana que se recortaba en el verde oscuro del sotobosque.

Aún más terrible era el oscuro temor de estar a punto de violar algo mucho más grande que él, como si una voz interior le susurrara que no lo hiciera. Pero debía demostrar a los suyos que no le vencían sus supersticiones. Así, entró en el calvero, seguido por los bátavos, y fue derecho hacia el viejo.

Resonó un trueno lejano, una especie de estruendo diluido en el viento. Govran vio que el hombre del sueño se acercaba, encerrado en su resplandeciente coraza, mientras la capa púrpura sobre sus hombros se hinchaba como si el viento quisiera retenerlo. Profirió una imprecación, moviendo apenas los labios, y los maldijo a todos.

Vindilo notó que el viejo lo miraba y después examinó los alrededores, para comprobar si en verdad estaba solo. A primera vista parecía que sí, aunque aquel lugar daba la impresión de estar completamente vigilado. Pensó en hacer adelantar a un par de hombres para agarrar al druida por el cuello y llevarlo así, como a cualquier esclavo, a Suetonio, luego se dio cuenta de que el viejo estaba susurrando y decidió actuar en persona. Se volvió hacia Lugoallos, como si aquel gesto pudiera alejarlo de las palabras con las que el viejo le estaba agobiando.

—Dame la cadena.

El jinete alcanzó a un hombre en medio de la columna y volvió con un collar colgado de una cadena. Después del desembarco habían llevado carros enteros con esos hierros, que debían servir para deportar a los más importantes mercados de esclavos a los prisioneros de la isla, a excepción de aquellos de pelo rojo. Esos se destinaban directamente a Roma como mercancía valiosa.

—Yo invoco tu potencia, Arawn, señor del reino de los muertos.

La mirada del oficial se cruzó con la del druida. El viejo lo señalaba, maldiciéndolo en voz alta. Y aquel mal, destilado en sonidos arcaicos y guturales, le reptaba por la piel con delgados tentáculos.

—Haz salir tu jauría de perros de la parte más profunda y oscura de tu reino y lánzala sobre los profanadores de este lugar sagrado.

Vindilo desenvainó la espada.

—Calla, estúpido viejo loco.

—Que se alimenten de tus huesos desgarrándote las carnes.

El romano se adelantó un paso.

—¡Calla o te mato!

—Y vagarás para siempre en la noche helada de la eternidad.

—¡Silencio! —gritó el oficial—. ¿O quieres que te degüelle aquí mismo?

Las pupilas de Govran brillaron.

—Y crearás haber tomado mi vida, mientras que en realidad serás poseído por mi muerte.

Vindilo se acercó aún más, la espada dirigida hacia la pálida figura.

—Serás poseído por mi muerte.

El oficial saltó hacia delante y subió de un brinco el altar de piedra. Soltó un mandoble de través, desgarrando el pecho del druida. La vestidura blanca se tiñó de inmediato de rojo, Govran puso los ojos en blanco.

—¡Yo te maldigo!

El romano bajó por el lado opuesto del altar y atravesó el estómago del druida. El sabio se dejó caer sobre el brazo de Vindilo, con un gemido de dolor. Sus manos se agarraron a los músculos del brazo que continuaba hundiendo la hoja.

—*Eres mío* —gritó, antes de caer sobre el altar, mascullando otras fórmulas en un idioma desconocido. El jinete hirió más, más y más, como una furia. Y el viejo dejó de hablar, deslizándose hacia el suelo en un charco de sangre, la vestidura, el pelo y la barba sucios de rojo.

Vindilo retrocedió de golpe, con los ojos desencajados, y miró a los suyos con el rostro céreo.

—Abatid el árbol y sacad de aquí esta maldita piedra. ¡De inmediato!

Diluviaba cuando Vindilo llegó al campamento. Confió el caballo a un mozo de cuadra y alcanzó a grandes pasos su alojamiento, chapoteando entre los charcos de agua. Apartó el borde de la cortina envuelto en la capa empapada de lluvia y, apenas cruzado el umbral, su asistente fue a su encuentro a la luz de la lámpara de aceite, para ayudarlo mientras se cambiaba. En aquel momento notó que había alguien sentado en su *subsellium*, con las piernas apoyadas en el escritorio de campo. Estaba a punto de lanzar un duro comentario mordaz, cuando reconoció al visitante.

—Gobernador.

Suetonio Paulino se tamborileaba el mentón con un pergamino, que arrojó sobre la mesa.

—Traigo muy malas noticias.

El oficial miró el despacho, mientras se dejaba quitar la coraza; después, mojado, se acercó a la mesa, cogió el rollo y lo leyó a la luz de la lámpara. Una vez terminado volvió a leerlo desde el principio, con la mirada aún más sombría.

—¿Los icenos están marchando sobre Camuloduno?

Suetonio asintió.

—Ha llegado hace una hora de Londinium. En el pliego estaba el sello de Deciano. Ya he mandado a cuatro correos con escolta, por distintos caminos, a Petilio Cerial, de la Hispana, y a Penio Póstumo, de la Augusta, con la orden de partir a toda prisa hacia Camuloduno.

El asistente ofreció a Vindilo un pañuelo de lino para secarse y el oficial lo frotó sobre el rostro cansado. El asistente le ayudó a quitarse la túnica y le dio otro paño seco.

—Nosotros, en cambio, partiremos dentro de dos días.

—¿Dos días, gobernador? Pero el ejército está disperso sobre una vasta zona.

—Partiremos nosotros dos, con una buena escolta de jinetes. Ocupate de seleccionar a un centenar de los mejores. Vamos a cerciorarnos de lo que está ocurriendo. Entretanto, el grueso de las fuerzas se reunirá y luego nos alcanzará en un lugar que acordaremos.

—¿No piensas que Cerial puede apañársela también sin nuestra ayuda? —dijo el oficial, mientras se secaba el torso—. No sabemos cuán extendida está la rebelión. Quizá se trata de una pequeña banda de descerebrados.

—No podemos arriesgarnos —replicó Suetonio, decidido—. Sean pocos o muchos, la rebelión debe ser sofocada y todos los posibles focos han de ser controlados. La presencia del ejército en el territorio tendrá que ser muy amplia. Aquí hemos desbaratado al grueso de los rebeldes durante el desembarco. Hemos destruido los altares y quemado sus bosques sagrados. Ahora nos limitamos a perseguir a cuatro harapientos asustados. Podemos perfectamente volver aquí el próximo verano, para completar la obra.

—La isla es enorme. No sabemos con seguridad cuántos se han refugiado aquí —objetó el jinete.

—Camuloduno por sí sola vale más que toda Britania, Vindilo, imaginémonos que este modesto escollo está envuelto en la niebla. Queríamos dar una lección a los druidas y se la hemos dado. Ahora debemos descubrir qué hacen los icenos y estar preparados para castigarlos de la manera más severa.

Vindilo se apoyó en el escritorio y asintió.

—Mañana daré la orden a mis hombres para que se dispongan a abandonar la isla. Desmontaremos los campamentos y nos trasladaremos hacia el sur.

Suetonio se levantó de la silla y lo miró mejor.

—¿Estás bien, Cayo Antonio?

—Sí, estoy un poco cansado. Hoy he cabalgado mucho, hasta que conseguimos sacar de su madriguera a un viejo druida loco escondido entre los bosques. He hecho abatir un fresno enorme. Nunca antes había visto un árbol tan grueso. De todos modos, estoy bien, ¿por qué?

—Estás muy pálido y tienes los ojos enrojecidos —dijo el gobernador. Apretó los labios y añadió—: Quizás ese druida te haya echado una *defixio*.<sup>19</sup>

Moreen se había quedado acurrucada en la gruta durante toda la noche. Después de que Govran se marchara no había dejado de estar alerta, por si alguien se acercaba a la entrada. Durante la tarde se había desencadenado un fuerte temporal, que había continuado casi toda la noche. Pero ahora, a través del follaje que ocultaba el acceso a la gruta, se filtraban débiles rayos de sol.

Se preguntó si le había ocurrido algo a Govran. Se había sentido animada y un poco más serena junto al viejo sabio. Por la noche había contado historias al pequeño Kedyr, como si fuera su abuelo. Había hablado de la historia de aquella gruta, refugio inviolable de los druidas desde la noche de los tiempos. La gruta había contemplado ritos mágicos e iniciaciones y había alojado a centenares de adeptos dispuestos a convertirse en intermediarios entre el mundo de los hombres y el de los dioses. Moreen no sabía qué le daba más miedo: aquel antro, donde aleteaban entidades sobrenaturales, o el peligro que le esperaba fuera, a la luz del sol. Tenía comida y agua suficientes para varios días, gracias a las reservas dispuestas por los druidas precisamente con vistas a lo que habría debido hacer Govran, es decir, custodiar el altar sagrado y el gran fresno.

Kedyr se puso a llorar y la madre lo estrechó contra sí temiendo que alguien lo oyese. Le ofreció el pecho y los tiernos labios comenzaron a succionar. Poco después, el pequeño se calmó y dejó de mamar. Se había dormido. La madre lo posó sobre el camastro, le acarició la frente y le dio un beso sobre la cabecita frágil, oliéndole la piel. Si hubiera conseguido sobrevivir a aquella dura prueba, habría recordado para siempre aquel perfume de vida. Mientras le rozaba con dulzura el escaso cabello rubio, Moreen pensó en el padre de Kedyr, lo volvió a ver en aquel último momento de frenesí cerca del promontorio, entre los demás isleños que gritaban y corrían. «Si consiguen desembarcar, mátalo.» Habían conseguido desembarcar y la playa se había convertido en un campo de batalla. Quién sabe qué había sido de su hombre. Tan fuerte, tan valiente y tan deseoso de morir en batalla. Su presencia la habría alentado, pero su ausencia no la entristecía y Moreen se preguntó la razón.

Quizá porque se necesitaba más valor y fuerza de ánimo para hacer vivir a Kedyr, a costa de estar escondidos como bestias en aquella gruta, que para matarlo, como él le había dicho que hiciera. No, no había matado a su niño cuando los romanos desembarcaron, y no lo mataría tampoco después. Estaba aterrorizada, pero, mientras pudiera, elegiría la vida y no la muerte. He aquí por qué, en el fondo, no sentía tanto la ausencia de aquel hombre tan guapo y tan fuerte.

Marcelo se había dirigido hacia el humo que Aquila le había indicado la tarde anterior. Al llegar a las cercanías se había agazapado entre la vegetación, y después de un rato había vislumbrado a un hombre que se dirigía a pie a occidente, hacia Camuloduno. Se había quedado inmóvil hasta que había tenido la certeza de que estaba solo, después había proseguido hasta el vivac abandonado. Como Aquila había previsto, allí debía de haber acampado un pequeño grupo de hombres. El sotobosque estaba lleno de rastros de su presencia, empezando por un montoncito de cenizas aún humeantes. El muchacho vio un montón de ramas en una hondonada del terreno y se preguntó si escondería algo; quizá lo hubieran dejado allí para recuperarlo más tarde, quizá por otros. Tal vez hubiera armas y víveres...

Marcelo miró alrededor con cautela, para cerciorarse de que la zona estaba tranquila. Los hombres que habían encendido el fuego se habían marchado, y el que había visto a pie podía ser un simple viandante, que nada tenía que ver con ellos. Por lo tanto, decidió ver qué se escondía bajo aquella hojarasca.

Trató de desplazar las ramas, que habían sido entrelazadas y encastradas entre sí probablemente para impedir que alguien las removiera con facilidad. Señal de que allí había de veras algo interesante. Marcelo tiró, hizo fuerza y consiguió apartar un primer montón de hojarasca. Había hecho ruido, por eso debía entrar allí debajo deprisa, coger lo que encontrara y huir hacia el bosque.

Tiró una rama, y otra, y saltó en el agujero.

Frente a él estaba el rostro violáceo de un joven, con la cabeza medio separada del cuello. Se le escapó un grito de terror, procuró salir, pero quedó atrapado en una rama y, mientras se revolvió, vio otro cadáver, con los ojos desencajados. Presa del pánico, se arrastró por el humus y consiguió salir fuera, arañándose el brazo. Enseguida se puso a correr como un loco, pero tropezó y cayó al suelo. Se levantó, jadeando, y gritó.

Delante de él un viejo de barba blanca lo observaba con semblante severo. Por las ropas, Marcelo reconoció al viandante que había vislumbrado a lo lejos. ¿Cómo estaba allí, si antes lo había visto caminar en la dirección opuesta?

Después de un momento, el viejo le dijo algo en una lengua para él desconocida y en un tono poco tranquilizador. Marcelo sacudió la cabeza, atemorizado. El hombre volvió a hablar y, por la inflexión, el muchacho dedujo que le estaba haciendo una pregunta. Después el hombre lo miró más intensamente, como si hubiera tenido una intuición, y le habló de nuevo.

—¿Me comprendes ahora?

Marcelo asintió, tratando de retroceder lentamente.

—Un pequeño romano —dijo el viejo, acercándose.

El muchacho no entendió si detrás de aquellas palabras se escondía alguna mala intención y trató de correr para ponerse a cubierto.

—No estoy solo.

El viandante lo miró de una manera extraña, como si no le creyera y quisiera tomarle el pelo.

—¿Por qué no me dices qué estás haciendo aquí?

—Quería ver si allí abajo había comida.

Ambigath miró la hojarasca desplazada y luego al muchacho.

—Te creo. ¿De dónde vienes, muchacho?

—Vivía en una granja a dos días de camino de aquí, pero ha sido destruida por los rebeldes.

El druida se preguntó qué estaba sucediendo en esa región, donde parecía extenderse el desorden.

—¿Quiénes son esos a los que llamas rebeldes?

Marcelo no lo sabía con certeza.

—Britanos, creo.

—También yo soy un *britannuculus*, como nos llamáis con desprecio, pero no tengo nada que ver con los que han destruido tu granja. ¿Quizá querías decir trinovantes?

El chico no sabía qué responder, pero ante la duda asintió.

Ambigath entendió que el muchacho sabía tanto como él.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Marcelo.

—Bien, Marcelo, me parece que estamos en la misma situación, de pie y, además, hambrientos. Ayúdame a ordenar las ramas que has desplazado, luego echaremos un vistazo a ese corte en el brazo.

—¿Tú quién eres? Y ¿por qué estás aquí?

El viejo druida lo estudió, como si quisiera reafirmar su superioridad frente a aquel pequeño insolente. No estaba habituado a ser tratado como una persona corriente. Todavía menos por un pequeño romano, aunque su juventud le hacía parecer simpático.

—Me llamo Ambigath, de la tribu de los icenos. Soy un mercader de caballos y esta noche me han robado las bestias y han matado a mis dos esclavos.

Se acercaron a la tumba dispuesta de forma superficial por Ambigath, que volvió a cubrir de nuevo los dos cadáveres.

—Quería darles sepultura, pero no tenía con qué excavar.

Luego el viejo se acercó a Marcelo y se agachó para examinar la pequeña herida en el brazo. Ambigath rebuscó en su alforja y sacó una ampollita de metal. La agitó y vertió un poco del contenido sobre los dedos, luego lo pasó sobre el corte sangrante.

—¿Eres un curandero?

—Solo soy un mercader de caballos.

—¿Y eso qué es?

—Sirve cuando los caballos se hacen daño, ayuda a cicatrizar las heridas.

—¿Crees que me ayudará también a mí?

—Oh, sí. Si va bien para las bestias, irá bien para los hombres.

El muchacho parecía dudar.

—Ambigath, creo que necesito ese unguento.

—Te he puesto suficiente —replicó el viejo—. Es un corte poco profundo, en un par de días cicatrizará.

—No es para mí, sino para... mi tío, que está herido y está muy mal.

El druida lo miró dubitativo y cerró la ampollita.

—No tengo mucho —farfulló—, y, además, solo sirve para pequeños cortes como el tuyo.

—Puedo pagar.

Ambigath, con su alforja llena de monedas de oro y de plata, sonrió.

—En medio de un bosque las monedas no sirven para nada, hijo.

Marcelo abrió la bolsa y sacó una liebre. Se había procurado la comida diaria y a desde la mañana, temprano.

—Son las únicas monedas que tengo.

El druida sacudió la cabeza.

—Es un buen cambio, pequeño sinvergüenza. Por lo tanto, no estabas buscando comida bajo la hojarasca.

Marcelo se mordió el labio, después se derrumbó.

—Estoy buscando algo que pueda ayudar a mi tío, que está herido y tiene fiebre.

El viejo reconoció en las palabras del muchacho la marca de la verdad.

—¿Y dónde has dejado a tu tío?

—A un par de horas de aquí, más allá de aquella colina.

—Está en la dirección opuesta a la mía —dijo el druida.

—Por favor, ayúdanos. Una vez curado, sabrá recompensarte.

—¿De veras? ¿De qué manera?

—Es rico y muy conocido y estimado en Camuloduno. Era un legionario, un centurión de la Vigésima Legión.

Ambigath sintió que se le helaba la sangre.

—Como he dicho, está precisamente en la dirección opuesta a la mía.

Comenzó a recoger sus cosas.

—¿Me he equivocado al decir algo?

—Vete, vete de aquí, joven Marcelo. Quizá tú no tengas la culpa de todo esto, pero los hombres como tu tío la tienen, y mucha. No puedo hacer nada por él.

El muchacho se agarró de su brazo.

—Te lo ruego, solo intenta comprobar si puedes hacer algo por él. Después te marcharás por tu camino.

Ambigath se liberó del apretón.

—Ahora basta. Si tuviera tiempo, te hablaría de la isla de la que he venido. Un lugar muy alejado de aquí, donde hombres como tu tío matan a chiquillos inermes como tú.

—¿Y tú quieres comportarte como ellos?

Ambigath pareció vacilar, ante aquellas palabras. Luego se puso la bolsa a la espalda y empezó a caminar.

—Te lo ruego.

—Ve a rogarle a tus dioses y, ya que estás, también a aquellos de tu tío, que los necesita. Y ahora, déjame en paz, ya he perdido bastante tiempo. Adiós y buena suerte.

Las palabras del viejo se transformaron en un rezongo airado, mientras se adentraba entre los helechos del sotobosque. Recorrió un breve trecho hacia abajo que conducía a un sendero frecuentado, después se volvió.

Marcelo lo seguía a poca distancia, con ojos llenos de desesperación.

—¡Te he dicho que te marches!

Marcelo sacudió la cabeza, con las mejillas sucias surcadas de lágrimas.

—No te ayudaré —repitió Ambigath, encaminándose nuevamente—. Te haces ilusiones si piensas que vas a conmovirme.

Llegado delante del río, el druida buscó un modo de cruzarlo. Empezó a bordearlo manteniéndolo sobre la izquierda, con la esperanza de encontrar un puente, o al menos un vado. Al no conocer aquel territorio, no sabía ni siquiera dónde se encontraba. Cansado y nervioso, comenzaba a sentir la punzada del hambre, pero en la bolsa no tenía más que hierbas curativas.

Se volvió de nuevo hacia el bosque y, a unos cincuenta pasos, vislumbró de nuevo a Marcelo. Furioso, cogió una piedra y se la arrojó, equivocando por completo el blanco.

—¡Vete!

Reanudó el camino, pero poco después fue él quien recibió una pedrada en medio de la espalda. Se volvió de golpe y vio que el muchacho gesticulaba para que se callara. Ambigath miró alrededor, pero no vio nada extraño. Marcelo lo alcanzó corriendo, sin hacer ruido.

—Dos hombres a caballo que conducen a otros tres sin jinete. Son soldados romanos.

Ambigath escrutó el bosque. No vio nada, pero actuó con cautela.

—Quizá te estén buscando precisamente a ti —dijo Marcelo.

—¿Por qué? De todos modos, yo no veo a nadie.

—Sube a aquella cresta, si no me crees, y mira.

El viejo lo observó, torvo. Después suspiró y trepó con esfuerzo por una prominencia rocosa excavada a lo largo del tiempo por las aguas del río. Una vez en la cima se asomó y, de inmediato, retrajo la cabeza. Perdió el agarre y se deslizó hacia abajo, excoriándose las manos y las piernas.

—Quizá sean los que te han robado los caballos y han matado a los esclavos.

El druida se miró las heridas, luego dijo a Marcelo que se mantuviera callado.

El muchacho sacudió la cabeza.

—Si me pongo a correr y a gritar —dijo—, quizá me oigan y vengan aquí.

—¿Por qué deberías hacerlo?

—Para salvar a mi tío.

—¿Qué te hace pensar que esos dos lo ayudarán?

—Les diré dónde se esconde el hombre al que están buscando.

—Basta ya, pequeño bribón. No me están buscando, ni siquiera saben que existo.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no se han marchado durante la noche? ¿Por qué están batiendo la zona, en vez de correr como el viento hacia Camuloduno?

—No lo sé ni me importa.

Marcelo trepó por el declive.

—Veremos.

—¡Detente! ¡Detente, en nombre de Arawn! Vuelve aquí.

El muchacho ya estaba sobre la cresta. Se llevó las manos a la boca, para dar más eco a sus gritos.

—¡Detente! ¡No lo hagas!

Marcelo lo miró.

—¿Curarás a mi tío?

Ambigath despotricó.

—¿Curarás a mi tío?

El druida apretó los dientes. Marcelo volvió a llevarse las manos a la boca.

—Sí, maldito seas.

El muchacho se detuvo a media altura.

—Retira lo que has dicho.

El viejo se levantó, agotado, sin saber cómo se había dejado enredar así por aquel insolente mocoso.

—Como quieras, retiro la maldición.

—Llegaremos a un acuerdo —dijo Marcelo, con una sonrisa.

—Lo dudo. De todos modos, dame una mano.

—¿Sabes? También mi tío es cojo.

Ambigath se apoyó en el muchacho y los dos se pusieron en marcha.

—A decir verdad, no es mi tío.

## Camulodunum

*Camuloduno, colonia romana  
Territorio de los trinovantes  
Principios de julio del 61 d. C.*

Así, cuando acudas a la batalla, acuérdate de tus antepasados y de tus descendientes.

PUBLICO CORNELIO TÁCITO

El tiempo, en Camuloduno, se había detenido de forma repentina, con el calor estival de las últimas horas de la mañana. Las calles, de costumbre abarrotadas de gente atareada, se encontraban silenciosas y vacías. Tito Ulcio Falcidio había dispuesto sus pocas fuerzas y mantenía bajo control los acordonamientos en las vías principales. De la ciudad salían y entraban continuamente exploradores a caballo, que lo mantenían informado sobre los movimientos de los rebeldes. Las noticias eran muy alarmantes.

Según los últimos reconocimientos militares, la estimación del número de probables asaltantes había pasado de algunos miles, como era con anterioridad, a algunas decenas de miles. Para agravar aún más la situación, estaba el hecho de que, además de los trinovantes provenientes del oeste, había también un nutrido grupo de icenos que llegaban del noreste. Amordazarían la ciudad. Quien había podido ponerse a salvo ya lo había hecho, quien no había creído que el peligro fuera tan grave e inminente, o había confiado en que se trataba de exageraciones, se había encerrado en casa o se había refugiado en la zona del templo, donde se estaban agolpando los civiles. Entre ellos, había varios nobles trinovantes, que se habían ofrecido a negociar con los rebeldes para pactar unas condiciones razonables. En efecto, muchos nativos de aquellas tierras no habían abandonado la ciudad porque se negaban a creer que los insurgentes podrían atacar a gente de su propia sangre, sobre todo en aquel lugar, que era una fuente de riqueza para toda la región.

Sobre el silencio irreal de las calles soplabla la brisa marina, que subía del puerto ya desierto. Hasta la más maltrecha de las barcas de pesca había zarpado para buscar en otra parte alguna esperanza más sólida. Ahora ya no era posible dejar la ciudad sin arriesgarse a tropezar con las bandas de rebeldes, y quien en los días precedentes había vacilado ahora era prisionero a su pesar de la colonia Claudia, la Ciudad de la Victoria.

Las noticias confusas y las opiniones encontradas no habían hecho más que sembrar dudas y atizar las controversias. En muchos existía, además, la convicción de que, con la inminente llegada de la Novena Legión, los rebeldes se dispersarían como hojas al viento y, de este modo, el peligro se desvanecería como un fuego de paja. Todos sabían que la Hispana estaba en marcha. Tito Ulcio Falcidio había mandado varios correos al legado, y de un momento a otro aparecerían a lo lejos las enseñas de la legión, que representaban a Neptuno. La evidencia ya se había difundido, solo era preciso sostenerla con la esperanza y con la voluntad de resistir durante el tiempo necesario.

Como soldado experto, Tito Ulcio Falcidio sabía que llega un momento en que las expectativas deben ajustar las cuentas con la realidad, en que el latido del corazón se hace más intenso por la repentina conciencia de las fuerzas que se ponen en liza. Y ese momento llegó cuando vio una nube de polvo que ondulaba en la brisa estival, llenando el horizonte. Por un instante sintió que todo estaba perdido y tuvo ganas de dejar que todo siguiera su curso.

No había rastro de las enseñas de la Novena, en aquella multitud en movimiento. Un centurión lo alcanzó a la carrera.

—¡Están llegando, prefecto!

Falcidio asintió. Luego miró a su subalterno. Era uno de los hombres que había dispuesto sobre el otro lado de la ciudad. Por lo tanto, se refería al propio sector y no a lo que se entreveía desde su punto de observación. Bajó del tejado y siguió al centurión, pasando por la explanada del templo hasta alcanzar el lado este de la ciudad. La gente corría desesperada y los soldados se apretaban, hombro con hombro, para bloquear el camino de acceso.

Y finalmente los vislumbró, en la llanura que bordeaba el río. Eran miles y estaban parados, dispuestos para el asalto final. En las primeras filas había carros y jinetes, el resto se perdía en una mole oscura punteada por el brillo de centenares de lanzas.

«Estamos rodeados —pensó Falcidio—. Estamos rodeados y somos demasiado pocos para intentar cualquier táctica.» Miró la calle desierta a sus espaldas, la que conducía al templo, y comprendió que, si los britanos hubieran penetrado incluso solo por una de las ocho vías en las que había puesto vigilancia, se habría producido un colapso completo. Con un nudo en la garganta, vio sobre los tejados a los pocos arqueros que tenía, más todos los civiles y muchachos que había conseguido reunir. Deberían lanzar algo contra los enemigos, empezando por las piedras que habían acarreado y acabando por las tejas, que desprenderían una a una. Solo un milagro podría salvarlos. Miró al centurión y asintió, luego le tendió la mano.

—No deben pasar. Cuento contigo y con los tuyos.

—Así será.

Tito Ulcio Falcidio se volvió y vio a Quinn, joven hijo de un acomodado comerciante de la ciudad, que no había querido abandonar a sus ricos clientes y su destino. Empuñaba una bella espada y un pequeño escudo de cuero. Le sonrió y le puso una mano en el hombro para darle las gracias, después se encaminó sin decir nada hacia el templo, con el amargo sabor de la muerte en la boca. He aquí su destino: mostrar cómo un romano sabía resistir y morir por su ciudad, por un fragmento de Roma que tenazmente quería germinar y florecer en aquella tierra, a miles de millas de la urbe.

Llegó a la escalera y subió. En lo alto encontró a Torcuato que, como un veterano lleno de condecoraciones, miraba las calles débilmente vigiladas.

—Hoy, Torcuato —le dijo con una media sonrisa—, puedes comprobar personalmente qué sucede cuando se atribuye un cargo importante a un idiota.

El decurión lo miró sin entender y Falcidio aclaró su pensamiento:

—Ese hijo de perra de Deciano tira la piedra y se esconde, dejando que sean otros los que mueran en la tempestad que ha provocado.

—¡El fuerte de Camulos! —gritó Boudica—. Es el nombre que los antepasados dieron a un pequeño fuerte, que surgía allí donde ahora sobresale una montaña de piedras blancas, excavadas con la sangre y el sudor de nuestra gente.

Miles de guerreros la miraron en silencio, el viento acariciaba sus espaldas desnudas y los pechos palpitantes, acalorados y nerviosos. Rostros pintados de turquesa, pelo embadurnado de cal que los hacía similares a espectrales puercoespines. Lanzas, espadas, horcones, escudos, hoces, cuchillos, piedras... todos blandían algo para golpear, herir, matar, para escribir su nombre con sangre en aquella historia. Boudica recorrió la alineación, conduciendo un carro de guerra. Junto a ella, sus inseparables hijas, que observaban a la multitud, mudas, como una advertencia viva.

—Aquella montaña de piedras blancas sobresale por encima de una montaña de muertos, nuestros muertos, que hoy al fin están aquí para vengarse.

Se elevó un estruendo de aclamaciones.

—Allí se anidan quienes han usurpado nuestras tierras, ultrajado a nuestras madres y esclavizado a nuestros padres. Allí anidan quienes quieren mandar a nuestros hijos a morir en tierras lejanas, por el emperador de Roma.

Los hombres agitaron las armas, lanzando insultos furiosos contra la ciudad, pero sus alaridos se aplacaron para dejar paso a la voz aguda de la reina.

—Allí anidan quienes me han azotado y quienes han violado a mis niñas.

Un rítmico redoble de armas golpeando los escudos se alzó en el aire, acompañado por el alarido de miles de gargantas. Boudica señaló la ciudad, con los ojos

verdes encendidos en el rostro pintado de azul, y aulló con todo el aliento que tenía en el cuerpo:

—¡Allí anidan todos esos, y nosotros estamos aquí para desanidarlos, y para luchar contra ellos, y, al luchar, encontrar la fuerza para gritarles a la cara que somos libres y que estamos orgullosos de serlo!

El fragor ensordecedor se extendió por la llanura, propagándose hacia la colonia. Ethrig desenvainó la espada e hizo encabritar el caballo. Entre relinchos nerviosos y resonar de cuernos, los jinetes partieron a la carga, los carros se movieron y los guerreros empezaron a correr, todos juntos, hacia la gloria que les esperaba, tan cercana que parecían sentir su respiración.

En el calor estival que se levantaba desde los campos aparecieron las siluetas temblorosas de los caballos lanzados al galope, con las crines ondulantes. Entre los terrones que saltaban de debajo de las ruedas, los carros de guerra se estremecían, cada uno con su auriga con el cuerpo pintado, que aullaba, azotando las bestias. El rumor llegó inmediatamente después, traído por el viento; ruidos sobre la tierra, gritos exaltados, latigazos y relinchos excitados, una extraña y terrible disonancia imposible que no se podía confundir con nada más.

Era el canto de guerra de los dioses.

Caballos y hombres en una carrera sin aliento, ansiosos por llegar todos juntos a la cita con el destino. Se empujaban hacia delante a miles, en una orgía de poder, valor y sed de sangre. Destinos venidos de lejos, esperanzados por una vida mejor, dispuestos a morir con tal de tenerla. Estos eran los hombres de Boudica que estaban atravesando aquel campo delante de la colonia Claudia. En la aglomeración de las primeras filas, montando sus magníficos sementales, Cathmor, Rhoadri y Ethrig estuvieron entre los primeros en saltar los recintos de los huertos e insinuarse entre las viviendas, las primeras salpicaduras de una inundación que borraría la Ciudad de la Victoria.

A cien pasos de ellos, el primer acordonamiento romano los esperaba con pie firme. Desde los tejados de las casas comenzó el lanzamiento de piedras sobre los atacantes, que llegaban al galope, incrustados en las calles.

El centurión gritó que prepararan los *pila*, pero cuando se volvió para dar la orden de tirar advirtió cierta confusión en las filas. Los nativos se habían separado de los veteranos. Un *optio* los alcanzó a toda prisa, como el perro pastor que reúne al rebaño asustado. Trató de que cerraran filas agitando el bastón de pomo plateado, pero uno de los britanos se volvió, de golpe, y le atravesó la garganta con la espada. Era Quinn, el Lobo Cazador. El *optio* lo miró, asombrado, con los ojos desencajados, vomitando sangre, luego cayó de rodillas, y un segundo guerrero le clavó la lanza en la espalda. El *optio* se abatió hacia delante sobre el empedrado. El charco de sangre bajo su cuerpo anunció al primero en caer en la toma de Camuloduno.

En el estruendo ensordecedor, las jabalinas se alzaron hacia el cielo y cayeron sobre los caballos que galopaban, diezmando a varios que se desplomaron en el suelo con sus jinetes. Bestias y hombres chocaron contra las primeras filas romanas, que resistieron con agitación el choque. Entretanto, a sus espaldas, buena parte de los soldados locales cambiaba de bando, poniéndose de parte de los insurgentes. Los caballos comenzaron a patear, aterrorizados; los asaltantes que no fueron atravesados o aplastados se levantaron y se abalanzaron contra sus escudos. Hubo unos pocos instantes de resistencia confusa y salvaje, apenas coordinada, después el bloqueo se disgregó, atrapado entre dos fuegos, el pánico se propagó entre las filas en un relámpago y la presión de los britanos lo arrolló todo y a todos, como la crecida de un río. Las calles se llenaron tanto que, en algunos tramos, los guerreros ya no podían avanzar, mientras piedras y tejas llovían desde lo alto. Furiosos, los atacantes empezaron a irrumpir en las casas, destruyéndolo todo y matando al instante a cualquiera que encontraran. Por doquier resonaban gritos de muerte y de triunfo, embestidas de cuerpos y de corazas, y chirridos de hierro contra hierro, confundidos con el salvaje relincho de los caballos espantados. Llantos de niños y gritos de mujeres se perdieron en el tumulto de hombres que desahogaban su deseo de revancha. Años de odio e intolerancia encontraban un contrapeso en aquella escalada de brutalidad, un primer sorbo de agua después de la travesía del desierto. Pero no podía bastar, la sed era demasiado grande, y se necesitaba más sangre para apagarla.

Los enfrentamientos se extendieron por los tejados y, a menudo, atacantes y defensores caían abrazados sobre la multitud. Algunos habitantes irreductibles que resistían fueron ofrecidos a las llamas, junto con sus casas. El cielo de Camuloduno comenzó a oscurecerse por el humo, mientras la humanidad se oscurecía por el odio. Odio que alimentaba una crueldad cada vez más perversa, que crecía desmesuradamente. Quien caía vivo en las manos de los asaltantes hallaba la muerte después de una agonía atroz, entre mutilaciones, torturas y vejaciones.

Tito Ulcio Falcidio conminó a los suyos para que se cerraran en el templo, mientras intentaba abrirse paso entre la multitud presa del pánico, dirigida al único refugio que podía ofrecer una esperanza de salvación. La defensa de la ciudad había cedido en pocos y febriles minutos y en las calles cobraba fuerza una trifulca confusa, en la que era imposible distinguir entre amigos y enemigos.

—¡Vamos, vamos, adentro, rápido! —gritó Falcidio, desde lo alto de la escalinata que subía al templo, señalando la puerta. Contempló con dolor la ciudad que le había sido confiada. Cada vez más casas estaban en llamas, las calles estaban invadidas por una horda asesina que hacía estragos entre sus soldados. Contempló, y vio, mudo e impotente. Vio a algunos de los soldados mandados por Deciano que buscaban en vano una escapatoria, rodeados y acosados por centenares de rebeldes. Más allá, vio a un grupo de veteranos, con las espaldas contra el muro de una casa, que vendían cara la piel, llevándose por delante la mayor cantidad de britanos posible antes de caer uno a uno. Una ráfaga de viento le echó en la cara el acre olor del humo. Falcidio se sacudió y se volvió hacia el teatro, que tenía el tejado envuelto en llamas. Ya no se podía hacer nada, solo dejar entrar al mayor número posible de gente en el templo. Miró a los supervivientes que huían y que estaban llegando e hizo un rápido cálculo de la capacidad del edificio: el templo era enorme, pero solo podría acoger a una parte de aquellos desesperados. Los demás solo encontrarían un portal atrancado.

Mientras estaba a punto de entrar, vio a una anciana enojada cayendo en medio de la escalinata. El prefecto envainó la espada, volvió atrás y bajó deprisa las escaleras, abriéndose paso entre la multitud. Se inclinó sobre la mujer, que tenía la boca ensangrentada y la mirada atónita. La anciana sintió que la levantaban dos brazos fuertes y notó el metal de la coraza. Miró al soldado que la había ayudado a levantarse y encontró la fuerza de sonreír en señal de gratitud por un pequeño gesto generoso en medio de tantos horrores. Falcidio la llevó consigo; después, sin volverse, dio la orden de cerrar el portal. Los soldados echaron a las personas de la entrada a golpes de lanza, entre gritos de desesperación. La enorme puerta de madera se cerró, dejando el estruendo en el exterior. El interior se llenó de llantos histéricos y de gritos de quienes esperaban encontrar allí, vivo, a un pariente o amigo.

Falcidio miró alrededor, hasta localizar a Torcuato.

—Ya sabes qué hacer —le dijo.

Después susurró algunas órdenes a sus hombres de confianza y, junto a ellos, alcanzó la escalera que conducía al sótano e hizo que un cordón de soldados la vigilara. El decurión de Deciano miró al prefecto desapareciendo entre la gente, luego reunió a un manípulo de asustados supervivientes y los dispuso delante del portal. Los hombres permanecieron con los ojos dirigidos hacia los grandes batientes en bronce y madera maciza, agotados, sabiendo qué les esperaba más allá de aquella efímera salvación.

Ayudando a la anciana, Tito Ulcio Falcidio bajó las escaleras de la galería que llevaba a los cimientos del templo. Al final de los peldaños atravesaron una maciza puerta de bronce, iluminada por una lámpara de aceite, y entraron en las visceras del templo, bajo bóvedas que sostenían el peso de enormes muros de al menos diez pies de espesor. Falcidio miró alrededor y llamó a su asistente.

—Cuarenta personas, no más —le dijo—. Los veteranos y sus familiares. Luego haz entrar a los nuestros y cierra.

El asistente salió, Falcidio y la mujer se quedaron solos, los ruidos se atenuaban por el espesor de los muros y por el laberinto de corredores.

—Gracias.

—Quisiera haber podido hacer más. ¿Y los tuyos? —le preguntó el prefecto.

La mujer inclinó la cabeza, sacudiéndola apenas.

—¿Moriremos todos?

Falcidio se pasó la mano por el corto cabello encanecido, buscando una respuesta.

—Si no llega pronto la Novena Legión...

Hizo un vago gesto con la mano, cuyo sentido era claro.

—¿Por qué has salvado a una vieja?

El oficial sonrió.

—Me has recordado a mi madre y a las damas que frecuentaban la casa de mis padres cuando solo era un niño. Nunca habría pensado, en un día tan terrible, que volvería a ver en la mirada de una desconocida los momentos más hermosos de mi infancia —dijo. Y al oír unos pasos que se acercaban a toda prisa, añadió—: Quisiera que alguien se detuviera e hiciera lo mismo por mi madre en un momento como este.

La mujer le cogió la mano y le acarició el dorso. Lo miró, conmovida.

—Estará muy orgullosa de haber engendrado un hijo como tú.

El asistente apareció en la luz amarillenta de la lámpara, seguido por algunos veteranos que avanzaban con la cabeza gacha, a causa de los techos bajos. Había algunas mujeres con sus hijos en brazos y varios hombres que tenían escritas en el rostro historias de una vida en las legiones. El aire húmedo se hizo cálido y pesado. Falcidio señalaba poco a poco a los presentes dónde podían sentarse. Cuando vio que ya no quedaba más sitio, hizo una señal a la guardia.

—Cerrad la puerta.

La llama de la lámpara tembló. Un ruido sordo señaló que la puerta de bronce había sido cerrada. Sobre las galerías casi oscuras cayó un silencio irreal, apenas roto por el llanto de un niño y los sollozos sofocados de algunas madres.

—Escuchadme bien —dijo Falcidio—. Necesitarán tiempo para abatir la puerta. Si los dioses quieren, Petilio Cerial llegará con sus legionarios antes de que lo consigan.

Algunos miraron, temerosos, los techos abovedados. Sabían que, un poco más arriba, en el interior del templo, aún se amontonaban centenares de personas. Animales atrapados, como ellos.

Cathmor subió a caballo la escalinata del templo y fue uno de los primeros en llegar a la majestuosa columnata que rodeaba la celda interior. Algunos empezaron a descerrajar hachazos sobre las columnas, con un inútil furor; otros treparon rápidos por un andamio junto al templo y, una vez alcanzado el tejado, gritaron exultantes. Camuloduno, observó, había caído en sus manos en menos de una hora. Había sido tan sencillo y rápido que aún le costaba creerlo. El rey Rhuadri lo alcanzó en la cima de la escalera, con una mueca de satisfacción en el rostro, y le ofreció un abrazo viril, mientras todo el sagrado recinto se llenaba de icenos y trinovantes. La ciudad se había convertido en una presa que había que descarnar hasta el hueso. Los nuevos amos de la ciudad se habían desperdigado por las casas y los edificios públicos en busca de botín. De vez en cuando descubrían algún superviviente escondido en un sótano y lo arrastraban fuera para torturarlo hasta la muerte entre el alborozo general.

De la multitud emergió la cabellera leonada de Boudica, que se abría paso conduciendo su carro, entre aclamaciones. Bajó de este y un grupo de jóvenes guerreros con el torso desnudo la escoltó hasta arriba de las escaleras. La mujer se dirigió a la heterogénea masa de guerreros que silabeaba su nombre. Abrió los brazos para estrecharlos a todos. El estruendo era ensordecedor, y de todos aquellos cuerpos emanaba un calor que casi amenazó con arrollarla. Apretó los puños y elevó la mirada al cielo, reclamando el testimonio de los dioses. El camino que Andrasta le señalaba, ahora, estaba al fin claro.

—¡Estoy orgullosa de vosotros!

Había gritado, pero pocos la oyeron. Se habían detenido a aclamarla, pero la mayoría ya habían vuelto a la caza de cabezas y botín. El sabor de la sangre enemiga había encendido los ánimos y se necesitaría tiempo para apagar el incendio. Boudica pensó que era justo que fuera así y que, después de diecisiete años, era preciso dejar que se ensañaran con los opresores y con sus posesiones.

La reina volvió la espalda a la multitud y por primera vez observó de cerca las altas columnas. Se detuvo como aturdida delante de aquella floresta de piedra blanca, que quería alcanzar el cielo a toda costa. Nunca había visto nada similar y, por un instante, se preguntó cómo había sido posible construirla. No terminaba de comprender la sabiduría arquitectónica que había detrás de aquella estructura compleja y equilibrada, pero percibió su inmensa fuerza y se espantó. Debía destruir aquella obra. Aunque fuera solo para demostrar que un pueblo al que le faltaba la capacidad de construir semejante monstruo de piedra no carecía de la fuerza de voluntad necesaria para abatirlo. Si lo conseguían, se sentirían más fuertes que quienes lo habían erigido. Estaba segura de que también Andrasta quería ver borrado aquel insulto a Camulos.

—¡Abatámoslo todo! —gritó Boudica, señalando el templo.

Una sensación de calor se deslizó de la garganta al estómago y luego se difundió por los miembros. Los dedos se estremecieron, y Aquila parpadeó repetidamente, pero sin conseguir ver. Una mano le estaba sosteniendo la cabeza y alguien vertía en su boca algo caliente y dulce. Cuando logró centrar sus ojos, vio el rostro de un viejo con barba que sostenía una escudilla junto a sus labios. El romano sintió en torno el calor de una capa de lana, oyó el chisporroteo alegre de un fuego y después vislumbró, más allá del humo, el rostro sonriente de Marcelo. Y, por primera vez después de mucho tiempo, tuvo una sensación de seguridad, como si finalmente pudiera bajar la guardia. Apenas terminó de beber, cerró los ojos y se acurrucó en la capa, durmiéndose casi de inmediato.

Lo despertó un escozor en el hombro. Eran las manos del viejo, que desprendían del hombro herido el trapo sucio, lleno de sangre coagulada.

—¿Quién eres?

El viejo no respondió.

—Te he preguntado quién eres.

—Alguien que está curando a un herido. Aprieta los dientes, ahora, porque vas a sentir dolor.

Una dentellada le atenazó el cerebro y Aquila gimió; después la sensación se atenuó, pero sin desaparecer.

—¿Qué es?

—Un ungüento que hará que salgan los fluidos malignos y se recomponga la carne.

Aquila se miró el hombro. El viejo le pasó un paño mojado sobre la frente, para limpiar y refrescar la livida hinchazón del ojo. Mientras el viejo seguía curándolo notó que conseguía sostenerse con el brazo. Debía de haber sudado mucho porque estaba empapado, pero se sentía mejor, como si le hubieran devuelto las fuerzas.

—¿Dónde está Marcelo?

—Le he pedido que vaya a buscar agua —respondió el viejo—. Debo prepararte otra infusión.

—Tu latín delata un acento de esta zona.

—Soy iceno.

Aquila lo observó mejor.

—Y también eres un druida, ¿verdad?

Ambigath apartó la mirada de la herida para fijarla en los ojos del romano.

—Mi nombre es Ambigath, de la tribu de los icenos. Solo soy un viejo mercader de caballos que ha visto de todo en este mundo y sabe cómo curar pequeñas heridas.

—Mi nombre es Aquila.

—Lo sé.

—También sabes preparar infusiones.

—¿Quién no sabe hacerlo?

—Yo.

Tras un rumor de pasos, Marcelo apareció entre los relucientes helechos y le sonrió.

—Bien despertado, comandante.

Tendió la cantimplora llena al viejo, que dio la espalda a Aquila y se puso a maniobrar a escondidas.

El muchacho se acurrucó delante del veterano.

—¿Cómo te sientes?

—Cansado, tengo sueño, pero estoy mejor.

Una sonrisa apareció sobre el rostro sucio.

—Él era el loco que había encendido el fuego. ¿Recuerdas?

El soldado asintió, con mirada cómplice.

—¿Quién es?

—Dice que es un mercader de caballos —respondió Marcelo en voz baja—, pero en mi opinión no es verdad. Está escondiendo algo, o escapando de alguien.

—¿Qué te hace pensarlo?

—Dice que viene de Deva, en las tierras de los cornovos, donde ha hecho un buen negocio con algunos mercaderes. Lo acompañaban dos hombres, que han sido asesinados la noche en que empeoraste, y alguien le ha robado los caballos. Lo he encontrado vagando solo, completamente desorientado. Pero no he conseguido mirarlo en su alforja.

El veterano reflexionó, impresionado por la precisión de las observaciones de Marcelo.

—¿Estás seguro de que no los ha matado él?

Ambigath ofreció a Aquila una escudilla llena de líquido humeante.

—Bebe, romano, y sabrás si soy un asesino.

Durante un instante, el veterano vaciló. Examinó de refilón los sencillos dedos del hombre, demasiado limpios para pertenecer a alguien que ocupaba su vida con caballos. Debería haberle pedido que lo probara él primero, pero renunció. Tendió la mano y bebió el mejunje denso y grumoso, de gusto áspero.

—Si fuera veneno, no tendría un gusto tan horrible.

Apoyó la cabeza sobre el camastro y el sueño se apoderó de él.

Ambos lo observaron durante un momento mientras dormía, luego el viejo miró al muchacho.

—Si mañana se levanta, estaré libre de mis obligaciones y me marcharé.

Marcelo asintió.

—Mi padre me ha enseñado que los pactos deben ser respetados.

Al caer la tarde, las vías de Camuloduno se tiñeron de naranja.

Los carros con las familias de los guerreros habían entrado en la ciudad después de la batalla y se habían desperdigado un poco por todas partes. A pocos pasos de las brasas aún calientes de las casas destruidas se montaban mesas y se festejaba, sirviéndose de todo aquello que la ciudad podía ofrecer. Ríos de vino, sidra y otras bebidas desconocidas provenientes de las Galias, aves de corral, salchichas y pan. Aquella tarde se había instaurado el reino de la abundancia y todo aquel que quisiera podía engullir desmesuradamente y emborracharse, y después cantar junto a cuerpos mutilados, colgados como bestias en el matadero. Algunas zonas del centro ya habían sido devoradas por las llamas, y todas las imágenes y las estatuas romanas habían sido destruidas. Incluso las lápidas del cementerio habían sido arrancadas. De vez en cuando, un alarido de triunfo anunciaba que había sido encontrado algún superviviente, pero al anochecer el hambre y las ganas de juerga habían vencido sobre las ansias de matar, por lo que los últimos prisioneros eran atados y obligados a asistir al banquete, a la espera de la ejecución, en vez de ser masacrados, como así había ocurrido durante la jornada. Después del cansancio y la excitación de los combatientes, había llegado el momento de disfrutar perezosamente de los frutos de la victoria.

Solo el templo no había sido asaltado aún y los más jóvenes trataban de forzar el acceso, como un depredador que merodea oliendo y excavando alrededor de la madriguera de la presa. Un grupo de icenos había amontonado contra el portal un cúmulo de madera traído de las casas y le había prendido fuego. Centenares de personas esperaban, bebiendo y cantando, que las altas llamas menguaran, para poder irrumpir en el interior. Cathmor había subido en persona sobre el tejado, y, después de haber mandado quitar las tejas en algunos puntos, había intentado prender el fuego desde lo alto.

En el interior del templo, inmerso en la oscuridad, el humo comenzó a saturar el aire. Torcuato sabía que pronto la puerta se transformaría en un montón de brasas ante sus ojos. El fuego que alimentaban desde el exterior debía de ser gigantesco. Durante el pánico general de las horas anteriores habían podido constatar escenas de histeria: un mercader y su mujer se habían quitado la vida cortándose las venas; un viejo le había pedido a un veterano que lo matara y este así lo había hecho. Hombres y mujeres, soldados y civiles, estaban aterrados y nadie sabía qué hacer. Todos esperaban desde hacía horas que sucediera algo, confiando en la única fuente de salvación posible: la llegada de la Novena Legión. Por la mente de muchos pasaban las imágenes de los últimos momentos vividos antes de encontrar refugio en el edificio sagrado. El pánico, la ciudad sometida a hierro y fuego, y los muertos, aniquilados, despedazados: camaradas, padres, hermanos, amigos. Las últimas palabras de una mujer a su marido o de un padre a una hija, antes de ser engullidos y separados por la lucha confusa, de la que pocos habían salido vivos. Algunos se habían reencontrado en el interior del templo y se habían abrazado, otros miraban en la oscuridad el techo, del que llegaban ruidos continuos e inquietantes, y los había que sufrían por el triste destino de quienes habían quedado fuera. Todos los veteranos supervivientes se habían alineado en semicírculo delante del portal que ardía. Si debían morir, mejor que fuera de inmediato y luchando. Pero la tensión comenzaba a extenderse también entre los más valientes, por el calor, por la sed y por el humo, y sobre todo porque ya no veían nada, aparte de los *lapilli* incandescentes que rodaban por debajo del portal.

Más abajo, los afortunados que habían encontrado una salida en los cimientos del templo estaban sentados en el suelo, en el aire estancado, en un silencio casi ensordecedor. Rezaban, con todos los sentidos puestos en la puerta y las paredes, para tratar de entender qué estaba sucediendo fuera. Falcidio y los suyos comenzaban a advertir un olor a humo, y, aunque por el momento era solo un indicio, algunos cayeron presa del pánico. Un colono perdió el control y empezó a aullar, mientras su mujer se abalanzaba contra la puerta, golpeándola con los puños.

Falcidio no intervino de inmediato. El aire era sofocante y la coraza parecía oprimirlo aún más, pero no se la quitaría. Se pasó los dedos dentro de la gola<sup>20</sup> que tenía al cuello, ya empapado de sudor, después se levantó y se acercó a la pareja. Los otros se preguntaban si lo castigaría de algún modo, para dar ejemplo y prevenir que se extendiera el pánico.

—No os he obligado a bajar aquí —dijo el prefecto—. Os he ofrecido este refugio, donde sé que está oscuro y falta el aire, pero donde también sé que podemos resistir durante algunos días. Podría haberlo llenado de víveres, encerrarme aquí dentro con cinco de mis mejores hombres y aguantar una semana. He decidido permitir entrar al mayor número de personas y así compartir su suerte.

Todos los ojos estaban puestos en él y también los dos que habían sido presa del pánico se pararon a escucharlo. Estaba claro que hablaba a todos, y no solo al colono y a su mujer.

—Por lo que sabemos —prosiguió—, ya podrían haber entrado en el templo y haberle prendido fuego. No sé qué está sucediendo más allá de esa puerta y, en cuanto a mí respecta, no la abriré hasta que lleguen Cerial y sus legionarios o cuando todos nos estemos muriendo de sed. Tenemos una esperanza, pero debemos permanecer sentados y ahorrar fuerzas y agua. Si mantenemos la calma y seguimos unas pocas y sencillas reglas, podemos confiar en salvarnos.

—¿Reglas?

Sonó una voz dura, probablemente de un veterano, desde el fondo de la galería.

—¿Y establecidas por quién?

—Por mí y solo por mí —replicó Falcidio, con dureza—. Te guste o no, soy el prefecto de esta ciudad y, en caso de emergencia, tengo la máxima autoridad. Aquí mando yo y mis hombres harán respetar mi ley.

Los dos se lanzaron una mirada desafiante, después el colono inclinó la cabeza.

—El agua será racionada —prosiguió Falcidio—. Los odres están sobre la pared, al fondo de la estancia, y solo se podrá beber un cazo cuando la mayoría quiera, pues aquí dentro no hay modo de calcular el paso del tiempo. Cuando alguien quiera beber, se someterá a votación.

El oficial miró a todos los presentes en la incierta penumbra del sótano y vislumbró algunos gestos de oposición, luego se desató la coraza y se la quitó. Se sentó y se secó la frente. Le faltaba el aire.

Murrogh y Rhiannon vagaron por las calles en busca de la reina y la encontraron en las inmediaciones de su carro, rodeada por sus fieles, con el rostro ennegrecido por el hollín. Fueron acogidos con alegría y con copas de un vino proveniente de quién sabe qué tierra. Pero el jefe de los trinovantes no estaba allí para celebrar una victoria, aunque esta hubiera sido demasiado fácil. En voz baja, pidió a Boudica poder conversar con ella.

—Percibo en tu rostro que algo te preocupa, Murrogh.

—Hace dos días detuve y maté a un jinete que se dirigía a Londinium, con un mensaje para Cato Deciano.

El trinovante tendió a Boudica el pergamino arrugado. Ella lo miró y se lo devolvió al momento, sacudiendo la cabeza.

—No sé leer.

Murrogh bebió un sorbo de vino.

—Se refiere a una petición de ayuda enviada a la Novena Legión. Podrían estar aquí de un momento a otro.

—Que lleguen.

El rey evitó mirarla a los ojos y observó el líquido en la copa.

—Si lo hicieran ahora nos matarían a todos.

—¿Cómo puedes decirlo con tanta convicción?

—Ha sido una gran victoria —respondió el rey de los trinovantes—, pero no hemos chocado aún con las legiones. No tenemos fuerza suficiente para enfrentarnos con ellos a campo abierto. Esta vez los hemos sorprendido, hemos sido hábiles y audaces. Pero de ahora en adelante será difícil engañarlos. Debemos estar donde no nos esperen, debemos hacerles creer que es verdad lo que no lo es.

Boudica se mostraba atenta. Por algún motivo, aun siendo un desconocido, Murrogh era quizás el que más confianza le inspiraba entre todos los nobles que la rodeaban.

—Tus palabras me hacen pensar que estás aquí para proponerme algo.

—Mañana debemos ponernos en camino sin falta —dijo el jefe de clan—. Debemos ir hacia el norte y tender una emboscada a la columna que no tardará en llegar.

—Aún aguardamos a algunos jefes de tribu que van a unirse a nosotros —objetó Boudica—, y estoy segura de que lo harán en cuanto sepan qué ha sucedido hoy. Necesitamos a todos los hombres.

—Sé que debemos engrosar nuestras filas —dijo Murrogh, sacudiendo la cabeza—, y muchos trinovantes acudirán en cuanto vean en el cielo el humo de Camuloduno. —Miró a la reina a los ojos—. Pero podría ser demasiado tarde.

—Somos ya muchos más de lo que esperábamos. Y mañana seremos aún más.

La mirada de Murrogh se perdió en el vacío. Sin el apoyo de aquella mujer, por la que cada britano parecía dispuesto a todo, no lograría convencer a los demás. Fue Boudica quien encontró la respuesta.

—Mañana por la mañana celebraremos un consejo y yo defenderé tu propuesta. Plantearé dividir a los guerreros en dos columnas. Una irá al norte, hacia la Novena Legión, la otra permanecerá aquí, con las mujeres, los niños y los carros. Así acabaremos de destruir la ciudad y convocaremos aquí a amigos y enemigos.

Murrogh la miró e inclinó la cabeza. Aquella mujer tenía una fuerza y una sabiduría que la llevarían lejos.

## Hispana

27 millas al norte de Camuloduno  
Territorio de los trinovantes  
Julio del 61 d. C.

Los dioses están del lado de los más fuertes.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO

Con las primeras luces del alba los hombres habían comenzado a desmontar el campamento y, en poco menos de una hora, estuvieron preparados para ponerse en marcha, con el estómago lleno. Petilio Cerial, legado de la legión Hispana, se había quedado parado mirando la columna mientras salía del *castrum* donde habían pasado la noche. Había desplazado a los suyos el día anterior, después de haber recibido un alarmante despacho por parte de Suetonio, que le ordenaba acudir inmediatamente a Camuloduno para defenderla o socorrerla del posible ataque de algunas tribus rebeldes que se habían unido. Antes de la partida, había dispuesto que las vexilaciones dispersas por el territorio se reunieran en el campamento permanente de la Novena. Después se había iniciado una marcha incesante y agotadora, con los hombres empujados hasta el límite. Si hubiera mantenido aquel ritmo, habría llegado a la colonia en dos días y, al tercero, habría estado dispuesto para dar la batalla. Se podía hacer, se debía hacer, aunque comportaba riesgos. Con la marcha continuada se exponían a dejar atrás algunas unidades y, sobre todo, los pertrechos, creando peligrosos vacíos en la columna. Cerial había encargado a parte de la caballería que colmara los vacíos y flanqueara las cohortes, y había organizado continuos relevos de exploradores para proteger la columna. Pero amenazaba otro peligro. Los hombres sabían adónde iban, porque gracias al mensajero se había divulgado la voz por todo el campamento, y solo esperaban enfrentarse al enemigo en las inmediaciones de Camuloduno. Como consecuencia aún no estaban alertas.

Mientras los legionarios dismantelaban el campo, Cerial había mandado en misión a los exploradores, con la orden de avistar Camuloduno. En el transcurso de un día los germanos irían y volverían con todas las informaciones necesarias para el comandante.

Pasaron los destacamentos de su escolta y también Cerial fue tragado por la serpiente de la columna. Detrás de ellos, iba el águila de la Hispana.

La puerta del templo se derrumbó al amanecer, tras arder durante toda la noche. Más allá de las llamas, en el aire caliente, aparecieron las siluetas de los britanos, de nuevo exaltados. El fuego los mantenía en el exterior, pero dentro del templo la gente se había amontonado contra las paredes y gritaba llena de pánico, consumida por el cansancio y la sed.

Torcuato, con la garganta seca, incitó a sus hombres a defender la entrada, pero la mayor parte de los que se encontraban en torno a él habían perdido el valor ante la mera visión de los enemigos. Se sentían ya, y estaban, desahuciados. Muchos, también entre los civiles, se quitaron la vida para escapar de las torturas, bajo la mirada aterrada de los otros. Después comenzaron a caer trozos del techo. Los britanos habían abierto una brecha en la parte superior de la estructura y por los huecos cada vez más amplios arrojaban todo lo que podían sobre los supervivientes llenos de pánico. Ya nadie pensaba en sobrevivir. Entre las llamas llegó una lluvia de lanzas, seguida por piedras, y cayeron las primeras víctimas. Los defensores reaccionaron arrojando, a su vez, todo lo que encontraban, y esto aumentó la rabia de los britanos, que esperaban destrozarse aquel lugar sagrado, más allá de la puerta reducida ya a cenizas.

El humo comenzó pronto a llenar el templo, entre *lapilli* ardientes que aleteaban sobre las cabezas. Dentro solo se oían alaridos y llantos desesperados, mientras que fuera resonaban injurias, carcajadas y gritos de guerra.

—¿Habéis escuchado?

Todos, en el sótano, permanecieron en silencio, aguzando el oído. Falcidio se puso de pie y se acercó a la puerta.

—Creo que se ha derrumbado el portalón.

Los rostros se ensombrecieron aún más. Algunos bajaron la mirada, otros la alzaron hacia las bóvedas de ladrillos. Los veteranos, impotentes, rechinaban los dientes, sus mujeres lloraban estrechando a sus hijos contra el pecho. En un rincón, un veterano de rostro coriáceo sonreía a su hijo de pocos años, que, ignorante, jugaba entre los brazos de su padre. Falcidio los observó, entristecido. Un padre que regalaba una tranquila sonrisa a su hijo en sus últimas horas de vida. Los alcanzó y acarició la cabeza del niño, que lo miró con curiosidad, agitando su pequeña espada de madera.

—Mi padre fue un legionario de la Vigésima Valeria y de mayor yo lo seré también.

El prefecto sonrió.

—Entonces crece deprisa, así quizá podremos servir juntos en la Vigésima.

—Lo intentaré. Y no tengas miedo, mi padre me ha dicho que nos pondrá a salvo, fuera de aquí.

Falcidio asintió, notando el estremecimiento en los labios del exlegionario.

—Estaba seguro, muchacho, ¿te has dado cuenta de que no lloro?

Se obligó a sonreír y se alejó unos pasos, grabando en su mente la imagen de los dos que jugaban a la guerra, mientras la verdadera guerra arreciaba sobre sus cabezas. Cerró los ojos, y rogó a los dioses que le mandaran a Cerial.

Algo despertó a Aquila, que abrió los ojos, pero permaneció inmóvil durante algunos instantes. Todavía se sentía débil, aunque la fiebre parecía haber bajado y las heridas le dolían menos que el día anterior. Se volvió en dirección al ruido, y vio al viejo que lo había curado concentrado en ordenar su hatillo. Había extraído una túnica corta y un par de calzones, y los había plegado y dejado junto al fuego. Marcelo aún dormía, envuelto en una capa que debía de haberle dado el britano.

—¿Cómo puedo mostrarte mi agradecimiento, mercader?

Ambigath se detuvo al oír la voz y se volvió.

—Dejándome marchar —respondió.

El romano se sentó y se pasó una mano por el rostro, frotándose los ojos.

—Puedes marcharte cuando quieras. Pero me parece poco, después de lo que has hecho por mí.

—A mí me basta.

—¿Puedo preguntarte por qué lo has hecho?

—Se lo prometí al muchacho.

Aquila asintió.

—Lo que te diré ahora no cambiará lo que pienso de ti. Eres un iceno y creo que eres un rebelde. Puede ser que algo de tu historia sea verdad, quizá vengas del norte, pero con seguridad no eres quien dices ser. Tus manos, tus conocimientos médicos me dicen que eres un druida, no un mercader. —Extendió los brazos en un gesto de paz—. Puedes incluso no decir nada, yo, de todos modos, no te haré nada. Druida o mercader, para mí cuenta el corazón de los hombres. Y eso sé reconocerlo, estén donde estén. Vete, eres libre de hacer e ir como desees.

Ambigath volvió sobre sus pasos, con un destello de orgullo en los ojos.

—Yo soy el que sabe —dijo, y asintió—. Si, soy un druida, he intercedido por ti ante los dioses y he aplazado el momento de tu reencarnación.

—¿Por qué? Pertenezco a los mismos enemigos que te dan caza, y tú lo sabías.

—Porque he visto en tu mirada lo que tú ahora ves en la mía.

Aquila se levantó lentamente, apoyándose en el tronco de un árbol con una mueca de dolor. El viejo se acercó a él y echó un vistazo a la frente y al hombro.

—Te curarás.

—¿No es más sabio continuar juntos un poco, dado que vamos en la misma dirección?

—No sé nada de esta rebelión —respondió Ambigath—. Ha sido Marcelo quien me ha hablado de ella. Creo que mi rango me pone al abrigo de los peligros, al menos por parte de mi pueblo. Pero no sé si conseguiría explicarles por qué viajo con un soldado de Roma.

—También podrías encontrar a algunos romanos. Colonos evacuados o soldados. Con ellos te sería útil mi presencia.

—Creo que en este momento tienen mejores cosas que hacer que perseguir a un pobre viejo. Correré el riesgo.

El veterano asintió y le tendió la mano.

—¿Y si quisiera verte cuando todo esto se haya aplacado?

El druida sacudió la cabeza.

—Si la insurrección es de veras tan amplia, temo que solo uno de nosotros podría confiar en ver su final.

—¿También has visto eso en mis ojos?

—No —respondió Ambigath, apretando entre las suyas la mano de Aquila—. Por desgracia, lo siento en el corazón.

Los dos hombres permanecieron un momento en silencio, después Aquila señaló al muchacho que dormía aún envuelto en la capa.

—¿No quieres despedirte de él?

—Mejor que no. Me seguiría como un perro de presa, y es astuto y veloz.

Aquila esbozó una sonrisa.

—Tienes razón —dijo.

—Pero hay algo que quisiera saber —añadió el viejo—. Me ha dicho que su padre y su madre lo esperan en Camuloduno. ¿Es verdad?

El romano tragó saliva y, lentamente, sacudió la cabeza sin pronunciar palabra. El viejo asintió con los ojos cerrados.

—¿Qué estáis diciendo de mí?

Cogidos por sorpresa, los dos se dieron cuenta con retraso de que Marcelo estaba despierto desde hacía un rato, espiando lo que decían. Ambos confiaron en que al menos no hubiera escuchado aquella última y silenciosa respuesta.

—Ambigath se va, Marcelo —dijo Aquila, con sosiego—. Tiene que reunirse con los suyos.

—¿No podemos viajar juntos?

—¿Sabes? Con mis heridas, soy demasiado lento para él.

El viejo miró al muchacho, luego se inclinó y le dio una afectuosa palmada en los hombros.

—Eres un joven espabilado y valeroso. Harán falta muchos como tú, cuando todo haya terminado.

—Gracias por lo que has hecho —dijo Marcelo—. Hasta la vista, Ambigath.

—Adiós, hijo.

La mano ensangrentada de Torcuato se abrió, dejando caer el *gladius*.

Los otros veteranos ya estaban en el suelo, sin vida. El decurión se había batido como un león hasta el final, matando a varios icenos. Cuando se desplomó, los enemigos se ensañaron con su cadáver, como muestra de desprecio. Después pasaron por encima de aquel cuerpo destrozado y expresaron su furia homicida con los otros ocupantes del templo. Espadas, hachas y hoces acabaron rápidamente con las últimas y débiles resistencias. Entre montones de cadáveres que yacían como islas en un mar de sangre, las pocas mujeres que habían sobrevivido a la *matanza* fueron arrastradas fuera por los britanos vencedores, ansiosos por desahogar sus más bajos instintos.

En el caos orquestado por el dios de la muerte, todos trataban de apropiarse de una cabeza, para jactarse de haber participado triunfalmente en la victoria. Trasladaron fuera los cuerpos de los odiados opresores y los hicieron rodar por la escalinata, que se tiñó de rojo entre el alborozo general.

—¡Mirad!

El que lanzó el grito fue un robusto iceno, con el tórax cubierto por una mezcla azul y roja. Había aferrado por los pies a uno de los últimos cadáveres, un mercader con el pecho destrozado, y, al volverse, había visto, detrás de la columnata, la escalera por la que los últimos habitantes de Camuloduno habían alcanzado el sótano.

Un joven guerrero trinovante subió por ella dando algunos saltos y halló una pequeña puerta de bronce, cerrada por dentro. Resonaron gritos de alarma y uno de los primeros en llegar fue Cathmor. Una sonrisa salvaje atravesó el rostro desfigurado. La fiesta de sangre aún no había terminado. Detrás de aquella puerta, otros romanos esperaban su destino.

—Rápido, traed aquí troncos y vigas firmes. ¡Tenemos que abatir esta puerta!

Falcidio y los otros escucharon, mudos, bajo la trémula luz de las últimas dos lámparas que aún tenían un poco de aceite, los gritos que se oían más allá de la puerta. Los rebeldes habían entrado en el templo, los habían masacrado a todos y habían encontrado también el último refugio de los supervivientes de la ciudad.

Ante el primer y violento choque contra los batientes, Falcidio se puso de pie, seguido por todos los demás. Una mujer empezó a gritar, pero fue silenciada de inmediato por su marido. El prefecto y algunos de los suyos se acercaron a la fría superficie de bronce. Del otro lado, los asaltantes discutían airadamente sobre la manera más rápida de resolver aquel último obstáculo.

Falcidio miró a los suyos y les ordenó en voz baja que estuvieran preparados.

—Que los veteranos se aproximen aquí. Haremos una última línea de defensa.

Una de las dos lámparas se apagó y dejó la galería a oscuras.

Resonó un segundo golpe y todos se sobresaltaron. Falcidio miró a la anciana a la que había ayudado y al veterano con su hijo en brazos. Incluso en la penumbra, vio que el pequeño ya no sonreía.

Como si le hubiera leído el pensamiento, el hombre confió el niño a la elegante matrona, y se acercó a Falcidio.

—Puedes quedarte con tu hijo, si quieres —le susurró el prefecto.

El veterano sacudió la cabeza. Tenía los ojos húmedos. Detrás de él, a pesar de las caricias de la mujer, su hijo tendía las manos al padre, sin entender.

El exsoldado volvió a comportarse como cuando combatía por el águila de Roma. Habló al oído del prefecto de Camuloduno, descerrajado, entre un embate y otro, sobre la puerta.

—Sería mejor que de las mujeres y los niños nos ocupáramos nosotros, antes de que sea demasiado tarde.

—Lo sé —dijo Falcidio—, sería mejor, pero yo no puedo ordenar a nadie que...

—Debes hacerlo —exclamó el otro—. Tú eres la máxima autoridad aquí dentro, ¿recuerdas?

Solo entonces Falcidio reconoció la voz de aquel que en la tarde anterior había puesto en entredicho su autoridad.

—No dejaremos que sufran. Esos bastardos harán estragos.

Se miraron a los ojos y el prefecto sintió algo húmedo deslizándose por su mejilla, pero prefirió pensar que se trataba de sudor.

—Llévalos al fondo de la galería —le susurró, cogiéndolo con fuerza de un brazo—, y cuando echen la puerta abajo, si ves que no conseguimos rechazarlos líquida a las mujeres y a los niños. ¡Deprisa!

El veterano asintió y se dispuso a marchar, pero Falcidio lo detuvo.

—Espera hasta el último momento, ¿entendido?

—¿En qué confías, prefecto? ¿Aún no has entendido que nuestras sombras ya caminan por el Hades?

Falcidio tragó saliva y llevó la mano derecha al pomo del *gladius*.

—Resistiremos hasta el final. Tenemos el deber de intentarlo.

El otro se encogió de hombros.

—¿Puedo dar de beber al niño?

Falcidio asintió.

—Bebed todos, bebed cuanto queráis.

Un nuevo empujón hizo temblar la puerta y los corazones de los últimos defensores de la Ciudad de la Victoria.

Petilio Cerial alzó los ojos hacia el cielo límpido y sintió que lo atravesaba un largo escalofrío.

En el horizonte, más allá de las colinas boscosas, el cielo aparecía ensombrecido por una columna de humo, que también habían advertido los jinetes a su lado. Muy pronto todos comenzaron a señalar aquella nube oscura contra el cielo claro.

Para que se pudiera ver desde tan lejos, tendría que tratarse de un incendio de enormes proporciones. Quizá todo un bosque. «O una ciudad», pensó el legado.

Uno de los hombres del prefecto de campo llegó al galope y le advirtió que ya se había localizado el área donde se podía montar el campamento nocturno, casi una milla más adelante. En lo más profundo de su corazón, el legado habría querido dar la orden de proseguir, pero después pensó en el camino que habían recorrido aquel día. Los hombres comenzaban a presentar señales de nerviosismo y de cansancio. Estaban dando el máximo desde primera hora y en la columna se habían creado huecos cada vez más amplios y cada vez más peligrosos. Era preciso darles un respiro.

Cerial volvió a mirar el humo. Aquella era Camuloduno, que ardía, habría apostado su semental. Un pensamiento repentino, hijo de una suposición unida a un presagio. Un presagio oscuro, que se hacía mucho más fuerte, mientras la legión avanzaba exhausta hacia el sur y el legado esperaba impaciente la llegada de los exploradores que habían partido aquella mañana y que aún no habían regresado.

Como fuegos fatuos, los últimos resplandores del sol al atardecer se deslizaban sobre las corazas de los gigantes jinetes. El terreno temblaba a su paso, señalado por la densa nube de polvo que dejaban a sus espaldas. En el centro del grupo, Suetonio espoleaba sin tregua su cabalgadura, mientras que Vindilo, a la cabeza, indicaba la dirección que debían seguir. El gobernador había mandado a las tropas que recogieran lo antes posible todo el material y que abandonaran la isla para dirigirse al sudeste, hacia Camuloduno. Entretanto, Vindilo y él estaban acudiendo a comprobar el alcance de la rebelión escoltados por tres *turmae*.

Los legados de la Gemina y de la Valeria habían dado la orden de repliegarse y los legionarios habían desmantelado los campamentos, después de prender fuego a todo lo que veían. Extensas áreas de bosque ardían, mientras las principales aldeas alcanzadas por la avanzadilla ya habían sido destruidas. Para los ordovicos que habían conseguido sobrevivir, aquel fue un momento de alivio. El águila de Roma ya estaba a punto de alzar el vuelo e irse con sus garras a otra parte.

El día anterior, aventurándose fuera de la gruta, Moreen había encontrado el cadáver de Govran entre las frondas del gran fresno que los romanos habían abatido. Aterrorizada, había corrido a ocultarse de nuevo en el refugio con su pequeño. Había salido de él a la mañana siguiente, dudando qué hacer. Los víveres se acababan y debía procurarse, de algún modo, algo que comer.

Pasando junto al cuerpo del viejo druida, se detuvo a recoger algunas ramas frondosas y lo cubrió como pudo. Después, en busca de un punto elevado desde el que otear el horizonte, trepó por una cresta rocosa.

Columnas de humo se alzaban desde los bosques, empujadas por el viento, mientras algunas nubes amenazantes caían sobre la isla desde el norte. Muy pronto una lluvia torrencial apagaría los incendios, pero lo más urgente, para ella, era encontrar comida. Decidió explorar la zona sin alejarse demasiado de la gruta. Descendió hacia el oeste y se adentró en el bosque. Después de vagar largamente, se detuvo a amamantar a Kedyr y se adormeció bajo un espino blanco.

En la duermevela, oyó que una rama se partía. De inmediato se movió y se puso de pie, apretando a su hijo contra sí.

A pocos pasos de ella, un hombre barbudo de largo pelo sucio y rostro ennegrecido por el humo la estaba mirando, inmóvil.

Estaba vestido al estilo britano, su túnica estaba mugrienta y los calzones hechos jirones. La miraba con desconfianza, empuñando una espada, listo para golpear.

Kedyr comenzó a llorar.

—¿Quién eres? —preguntó el hombre, en el dialecto local.

—Me llamo Moreen, soy de la tribu de los cornovos.

El hombre envainó la espada y le hizo un gesto de saludo, inclinando la cabeza.

—Soy Lorcan, de los ordovicos.

Moreen se echó a llorar y lo abrazó.

—Me has asustado, Lorcan.

—Puedo decir lo mismo de ti.

De un matorral de helechos salieron dos niños y una muchacha, Lorcan les hizo señas para que se acercaran.

—Mi familia. Nos habíamos refugiado en una gruta, a poca distancia de aquí, pero hemos salido cuando hemos visto que se estaban marchando.

—¿Quiénes se estaban marchando?

—Los romanos.

La muchacha se acercó y miró el hatillo que cubría a Kedyr.

—Hemos visto que las naves embarcaban a los soldados y se los llevaban. ¡Se marchan!

Moreen se quedó sin palabras, miró a Lorcan y lo vio asentir. De pronto, rompió a llorar de alegría y todos, grandes y pequeños, se abrazaron. Moreen cogió al pequeño y lo levantó hacia el cielo, feliz.

Gotas de lluvia le cayeron sobre las mejillas, mezclándose con las lágrimas. El talismán de Govran, el huevo de serpiente colgado del cuello de Kedyr, había surtido efecto. Recordó con añoranza las palabras del viejo druida.

«Ahora nada os puede suceder.»

Se desencadenó la lluvia, como si quisiera lavar las cenizas y el dolor. La invasión de la isla había terminado.

Sobre las calles de Camuloduno cayó la segunda noche después de la conquista. Muchos edificios ardían aún, e icenos y trinovantes se habían desplazado fuera del poblado debido al humo y al calor del incendio que había devorado la ciudad.

Solo el templo parecía no querer morir. Arruinado, ennegrecido, sucio de sangre, permanecía en pie. Los britanos habían intentado desmantelarlo a toda costa.

Habían destruido el interior, arrancado las piedras de los peldaños y roto el tejado. Incluso habían intentado derrumbar una columna mediante sólidas cuerdas aseguradas a un tiro de seis caballos, pero sin resultado.

En el vientre de la construcción, guerreros llenos de sudor empujaban con rabia un tronco para tratar de desfondar la puerta de bronce que conducía a las galerías de los cimientos. Habían demolido el revestimiento de madera a hachazos, después se habían empeinado inútilmente en desquiciarla con unas barras de hierro. Pero ahora el choque repetido del pesado tronco parecía por fin haberla agrietado.

En el interior, la segunda lámpara también se apagó. La luz se había desvanecido y, con ella, toda esperanza de salvación.

—Tengo miedo, padre.

En la galería, el veterano acarició el pelo de su hijo.

—No tengas miedo. Verás, ahora nos sacarán fuera. Están intentando abrir la puerta.

—No me gusta estar aquí, padre.

El veterano cogió en brazos a su hijo, apretándolo contra sí. La oscuridad estaba poblada de suspiros y llantos cada vez más afligidos. La anciana que había tenido en brazos al pequeño mientras el colono hablaba con Falcidio se acercó al exsoldado, que estaba sentado al comienzo de la galería. El hombre sujetaba a su hijo con la mano izquierda y la espada, con la derecha.

—¿Es a ti a quien el prefecto ha dado la orden? —susurró la mujer, palpándole el hombro en la oscuridad.

—Sí.

La mujer tragó saliva con dificultad.

—Quisiera que comenzaras por mí.

El hombre permaneció en silencio un instante.

—Está bien.

—No me hagas sufrir, si puedes.

—Sé cómo hacerlo.

—Espera a que se abra la puerta.

Un ruido, luego otro, luego el sonido de las sólidas placas que cedían.

—Quédate aquí un momento, mi pequeño, solo un instante, tu padre vuelve enseguida.

—Sí, padre.

El veterano se adentró en la galería con el fin de mantener la promesa realizada a la matrona. Trató también de no hacer sufrir a los otros cuerpos temblorosos, que se abandonaron casi con gratitud a sus cuchilladas bien dirigidas. Pidió perdón a las divinidades, por no haber esperado a que la puerta cediera.

—Padre, ¿dónde estás? —De un salto volvió a donde se encontraba su hijo.

—Aquí, no temas. Ahora tu padre te ayudará a salir.

Se sentó, de espaldas al muro, y abrazó de nuevo al niño. Pecho contra pecho, corazón contra corazón.

—¿De verdad nos vamos?

—Sí, mi pequeño. Tú y yo, juntos.

La puerta cedió de golpe, con un horrible fragor seguido de alaridos.

El veterano empujó el *gladius* hacia sí. La hoja atravesó el corazón del hijo y continuó hasta el suyo.

Camuloduno había caído.

La trompeta sonó por segunda vez. Después de desmontar las tiendas, los legionarios de la Hispana cargaron las mulas. Tomaron un rápido tentempié y estuvieron preparados para partir. El tercer toque puso en movimiento a la columna de los adormilados legionarios de la Novena. Cada uno ocupó su puesto con absoluta precisión en medio de aquel desfile, que se mantendría durante una milla.

Petilio Cerial había celebrado el consejo con los centuriones. Estaba seriamente preocupado porque los exploradores no habían vuelto todavía al campamento, algo que no hacía presagiar nada bueno. Les había ordenado que evitaran cualquier contacto con el enemigo, que observaran desde lejos la situación de Camuloduno y que volvieran deprisa a presentar su informe, pero aún ninguno había regresado. Y el legado se disponía a afrontar, con aquel peso en el corazón, una jornada de marcha en dirección al humo del horizonte, que se cernía sobre su camino como una maldición.

Aunque la marcha solo duraría dos días, el paso continuado ya había hecho que los primeros hombres se desplomaran, quizá porque ahora resistían menos debido a la vida de campamento que habían llevado durante los últimos tiempos. Y, por si esto no fuera suficiente, tampoco ayudaba la sequedad del terreno. Al final de la columna destacaban ya muchos casos de infección de ojos producida por el polvo.

Cerial estaba absorto en estos pensamientos, cuando vislumbró un grupo de jinetes que avanzaba al galope, en sentido opuesto a la dirección de la legión. Se levantó sobre la silla para ver mejor. Eran sus exploradores, finalmente. El jefe del pelotón lo alcanzó, con el rostro morado.

—Camuloduno está en llamas, legado. Por lo que hemos podido ver, los icenos están acampados fuera de la ciudad. No sabemos si hay supervivientes.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—Nos han visto, y un grupo de ellos nos ha perseguido. Hemos ido hacia el oeste, para no darles a entender que veníamos del norte. Después de un tiempo han desistido y entonces hemos vuelto a tomar la dirección correcta, pero esto ha hecho que nos retrasáramos.

—¡Maldición! —gritó Cerial—. Sois unos ineptos. Os había dicho que no os dejarais ver.

El auxiliar lo miró con gesto torcido.

—Los britanos están por doquier, comandante. Muchas tribus llegan de todas partes para unirse a los insurgentes.

—¿Habéis conseguido saber cuántos eran?

—Muchos miles. Incluso sin contar a los que no combaten, que son numerosos, creo que podrían acercarse a unas diez legiones.

Cerial sacudió la cabeza, incrédulo.

—No digamos tonterías.

—Son muchísimos, comandante, hasta donde llega la vista.

El legado comenzó a pensar en qué hacer. En su interior, no quería creer en lo que acababa de oír. Sintió deseos de ir a verlo en persona. Habría podido separar la caballería de las vexilaciones y adelantarse, pero se preguntó si avistar al enemigo antes de que llegara la columna cambiaría algo.

—Está bien —dijo en tono más conciliador—. Ponte a la cabeza de la columna y llévanos allí. —Se volvió hacia el tribuno que iba a su lado—. Aceleremos el paso.

La columna se alargó, con lo que, inevitablemente, se hizo más estrecha. Los carros avanzaban como podían, con dificultad para seguir el ritmo de los legionarios, que marchaban con la cabeza gacha bajo el peso de los *impedimenta*, mascullando imprecaciones.

Petilio Cerial contempló el humo de otra manera. Ahora sabía que no era la señal de un asedio, de una lucha en curso, incluso desesperada, sino de una destrucción y de una matanza ya cumplidas. Era la señal de la caída de la capital de Britania. Recordó la última vez que había sido huésped de la colonia, llena de vida y comercios, y trató de imaginar cómo eran ahora las calles del centro, escombros carbonizados y cadáveres por doquier...

De golpe, unos agudos gritos se elevaron de la columna, distrayéndolo de la imagen de una Camuloduno devastada.

Su caballo hizo un extraño movimiento, inquieto, y el germano que estaba a su lado acabó encima de él, traspasado por una lanza. Entre las nubes de polvo que se abrían al paso de la columna, Cerial vislumbró una oleada de hierro que se estrellaba sobre los legionarios. Sintió un vacío en el estómago.

—¡Estrechaos en cohorte, estrechaos en cohorte! —gritó, desvainando la espada. Se volvió, pero la situación a sus espaldas no era mejor. Aquel presagio de

muerte lejana, marcado por el humo, se había hecho realidad de forma brusca y próxima bajo sus ojos.

La Novena Legión había caído en una emboscada.

De la vegetación habían surgido centenares de carros de guerra britanos. Se habían arrojado sobre la columna acribillándola con las lanzas, y después la habían atravesado con los caballos al galope, desordenándola. Inmediatamente detrás habían aparecido, hasta donde alcanzaba la vista, los guerreros de infantería, una masa de rostros azules furiosos que hacía girar las armas que había quitado a los legionarios, dispersos y desorientados, que habían perdido la formación. En pocos minutos los aurigas cambiaron el rumbo de los carros y una estampida se abatía ya sobre la legión.

La columna había sido rota en varios puntos por los asaltantes, que se habían dirigido a los centuriones y a las enseñas, dejando sin guía en muchos casos a los hombres. La confusión, la sorpresa y los alaridos de los heridos se propagaron a lo largo de aquella milla de hombres, ahora convertidos en una multitud caótica en busca de salvación. A la grupa de su caballo, Cerial había cogido a sus *singulares* y contraatacado fulminantemente a un grupo de britanos, que ya habían diezmado a la mitad de los legionarios de su guardia personal. Con la espada chorreando sangre, había espoleado al caballo arrojándose a la contienda, había reorganizado una cohorte y había arrancado un estandarte a un jinete iceno, mientras sus germanos hacían el vacío en torno a él. Muchos de los legionarios de la Novena habían sido empujados hasta el bosque y se encontraban luchando solos, o en pequeños grupos aislados. Toda la columna cedía rápidamente. Hacia donde mirara, Cerial veía caer a los suyos, muertos o heridos.

Con un alarido de furia Murrough arrojó con fuerza la lanza, que traspasó la loriga anillada de un legionario para hundirse en su espalda. El rey de los trinovantes se agarró al puntal y su auriga alejó con un extraño giro repentino el carro de la columna con el fin de unirse a los otros. El jefe de clan extrajo del carcaj otra lanza y recuperó la posición de ataque, mientras el cochero cargaba de nuevo sin necesidad de que se lo ordenaran. El carro aceleró, se tambaleó sobre el cuerpo sin vida de un romano y fue derecho hacia un pequeño núcleo que se protegía detrás de escudos aún envueltos en las fundas de piel de ternero. El guerrero soltó un grito y fingió que golpeaba, pero retuvo la jabalina y la arrojó poco después, esperando que alguien hubiera bajado el escudo. El ruido del metal contra la madera le anunció que había fallado el tiro.

El conductor hizo girar de nuevo, bruscamente, los caballos, pero un obstáculo imprevisto hizo fracasar la maniobra. La rueda de la izquierda pasó sobre un caballo en el suelo que pateaba herido y el carro de guerra se volcó sobre un costado. Murrough fue desarzonado violentamente y acabó bajo las gigantescas patas de un semental negro con los ojos inyectados en sangre. El animal se encabritó relinchando y su jinete asestó un mandoble al auriga que se estaba levantando, partiéndole la espalda como un fruto maduro. La mirada de Murrough y la del temible bátavo, que lo observaba desde debajo del yelmo, se cruzaron. El primero vislumbró una mueca entre la barba rubia y trató de rodar, alejándose, mientras la hoja roja del guerrero a caballo se alzaba, dispuesta a caer sobre su cabeza. Luego el bátavo rugió, sus ojos azules se apagaron y vomitó sangre por la boca. Del pecho del jinete había emergido la punta roja de una lanza.

Murrough tomó las riendas del semental sin jinete y entrevistó a Ethrig, que le sonreía desde su carro. Le había salvado la vida con un golpe perfecto. Alcanzó la silla de un salto, el caballo corcoveó, inquieto, y trató de desmontarlo, pero el viejo rey tiró de las riendas y apretó con fuerza las piernas para controlarlo, mientras alrededor arreciaba la tempestad. Un *pilum* le pasó por encima del hombro. Murrough abrió desmesuradamente los ojos, desenvainó la espada y dirigió el caballo contra un grupo de legionarios que retrocedían, acosados por una nube de trinovantes. Los romanos se batían como leones, y uno de los legionarios se llevó al otro reino a tres jóvenes guerreros, antes de que Murrough, con un mandoble, le cortase de cuajo el brazo. Al momento, los otros estuvieron encima de él y, un instante después, la cabeza del romano, aún con el yelmo, fue levantada hacia el cielo. Los britanos parecían exultantes, pero Murrough les gritó que avanzaran para aprovechar hasta el final la ventaja que propiciaba la sorpresa. Todavía no había llegado el tiempo de las celebraciones. Mientras hubiera legionarios vivos habría batalla.

Cerial consiguió reagrupar a las unidades de caballería y las lanzó a la carga contra los asaltantes, dejando a sus espaldas una estela de cadáveres. Se dio cuenta de que la Hispana se reducía a una delgada línea de hombres que caían combatiendo, mientras otros intentaban salvarse entre los bosques.

—Replegaos —gritó el legado, alzando la espada—. ¡Replegaos hacia el norte!

Algunos carros se abalanzaron sobre la caballería, arrastrando a los gigantescos bátavos a una nueva y frenética contienda. Un decurión que estaba al lado de Cerial fue golpeado por una lanza en pleno rostro y cayó del caballo con un alarido inhumano. Dos bátavos fueron tras el carro del que había partido la jabalina y lo alcanzaron mientras maniobraba para volver al asalto. Una cuchillada cortó el brazo del auriga bajo el codo. El britano cayó bajo los cascos del caballo de su atacante y fue embestido por el caballo del perseguidor. Ethrig trató de coger las riendas, pero el segundo jinete le hundió la hoja en el hombro, penetrando tan profundamente que le rompió el hueso. El noble rodó hacia abajo, aullando de dolor. Estremecido, con la espalda bañada en su propia sangre, trató de levantarse sin conseguirlo y alzó la mirada. Desde lo alto de su cabalgadura, el germano lo miró, dominante, a los ojos, después envainó la espada para extraer una lanza del carcaj que llevaba atado a la silla. Ethrig apretó los dientes, pero no bajó la mirada, que continuaba fija en la del jinete. Entrevió el destello de excitación, un momento antes de que la lanza se dirigiera hacia su garganta, y pensó en Boudica. Luego, hierro, dolor, sangre y oscuridad.

Los bátavos maniobraron al unísono y con la enésima carga se abrieron paso entre los asaltantes. El portaestandarte de la Tercera Cohorte, ya sin aliento, traspasó a un britano y miró a Cerial, que se retiraba solo con la caballería.

—¡Cobarde! —le gritó—. ¡No nos dejéis aquí!

Los caballos chocaron contra los carros, atropellándolos, y asaltantes y asaltados acabaron indistintamente bajo sus cascos. El ímpetu salvaje de los bátavos delató la determinación de los britanos. Demasiada sangre costaría detener aquella carga. Icenos y trinovantes cedieron, al menos en aquel frente, abriendo un paso a los jinetes que se alejaron junto a los legionarios que luchaban hasta el final.

En cuanto la vía estuvo libre, los auxiliares se lanzaron en una carrera desenfrenada en dirección al campamento que habían dejado tres días antes. Entretanto, los restos de la legión Hispana se rendían definitivamente.

Con el rostro manchado de sangre y la espada aún en el puño, Petilio Cerial cabalgaba entre los suyos, pero sus ojos, en vez del camino, veían a los legionarios caídos. Y en sus oídos resonaba sin pausa el alarido desesperado de la Novena Legión.

*¡No nos dejéis aquí!*

Murrough caminó largamente entre los muertos y moribundos, en busca de su fiel auriga. La batalla lo había arrojado de aquí para allá, como una nave en el mar tempestuoso y ahora no conseguía encontrar el punto en donde su carro había volcado. La Hispana había sido una presa magnífica, una victoria que valía por tres.

La legión más cercana al foco de la rebelión había sido aniquilada, y esto, por un lado, sembraría la desconfianza entre los romanos, y, por otro, ayudaría a que tribus enteras se sumaran a las filas de los rebeldes, que a su vez aumentarían aún más. En segundo lugar, a pesar de las pérdidas sufridas, la moral de los vencedores era altísima, y estos arremetían contra cualquier enemigo aún con vida encontrado en el campo —durante el robo a los cadáveres— que de inmediato era rematado sin piedad. Y, en último lugar, el botín de las bajas de la Novena Legión empezaba a suministrar a los insurgentes las mejores armas y defensas que los britanos hubieran tenido jamás. Miles de escudos, espadas, lanzas, yelmos y corazas acababan en manos de los rebeldes, que ahora sabían que los temibles legionarios no eran inmortales. Víveres, sandalias, túnicas, capas... Todo, de los carros al más pequeño trozo de hierro, era recogido en la exhausta euforia de una batalla acabada, donde incluso los compañeros muertos conferían un embriagador sentimiento de fuerza a los vivos.

Murrough se detuvo. Había vislumbrado un rostro familiar.

Con una lanza clavada en el cuello, la cabeza de Ethrig estaba casi separada del cuerpo. La última vez que lo había visto, el iceno le había sonreído después de haberle salvado la vida. Murrough aún sujetaba por las bridas el caballo del bátavo. Él podría hallarse en el lugar de su salvador, con la boca obscenamente abierta y las moscas alimentándose de su sangre.

—¿Y este es el fin que corresponde a un rey?

El jefe de clan se giró y vio a Rhiannon cubierta de sangre, polvo y sudor.

—¿Estás herida, hija?

—No es mi sangre. —Miró el rostro de su padre, lleno de manchas rojas—. He participado en el asalto, pero casi de inmediato se me han acabado las lanzas, y en

ese caos no sé si le he dado a alguien...

—No importa. —La abrazó tiernamente, consciente de la profunda emoción que la embargaba.

—No se veía nada, sentía los alaridos y los relinchos de los caballos... y el olor de la sangre.

El padre la estrechó con más fuerza aún.

—Para asegurarnos de que todos nosotros, hoy, estábamos unidos como en una hermandad, me han obligado a matar a los heridos.

Murrogh asintió y, cerrando los ojos, dijo:

—Valor, ahora todo ha terminado.

—Yo creo que apenas ha comenzado, padre.

Él la miró, pensativo, sin replicar. Después llamó a dos de los suyos, que estaban despojando a un legionario de la coraza, y les ordenó que cargaran el cuerpo de Ethrig sobre su carro.

—Lo devolveremos a su tribu como un rey, lo que era.

—Diremos que se ha batido con la fuerza de un oso.

El rey asintió, se quitó el vetusto yelmo de los antepasados y se pasó la mano entre el cabello, de pronto viejo y cansado.

—Diremos que ha muerto como un hombre libre.

## Londinium

*Segunda ciudad romana de Britania  
68 millas al sudoeste de Camuloduno  
Territorio de los cantiacos  
Julio del 61 d. C.*

Asustado por la derrota y el odio de la provincia, que su codicia había empujado a la guerra, el procurador Cato pasó a la Galia.

PUBLICO CORNELIO TÁCITO, *Anales*, XIII, 32

Cato Deciano se dirigió nerviosamente hacia delante y hacia atrás con visible premura, después se detuvo delante del jinete sucio y agotado que tenía delante.

—¿Estás seguro de lo que dices?

El hombre asintió.

—Las vexilaciones de la Novena Legión enviadas para auxiliar a Camuloduno han sido aniquiladas. El legado Petilio Cerial se ha replegado hacia el campamento permanente de la Hispana, al norte, ha pedido ayuda a todos los destacamentos y ahora está a la espera de recibir órdenes por parte del gobernador.

El procurador se secó el sudor, imprecando en voz baja. Miró a los oficiales que había convocado.

—¿Qué ha ocurrido con los hombres que he mandado a Camuloduno?

—Los exploradores han dicho que Camuloduno había sido destruida —respondió el jinete, encogiéndose de hombros—. Por lo tanto...

—No es posible —estalló Deciano—. ¡Un ataque a una colonia romana es algo inaceptable, un insulto al mismo emperador!

—Haríamos mejor disponiéndonos para un posible ataque —replicó, sosegado, uno de los militares—, y mandando de inmediato una petición de ayuda a la Gallica, al oeste.

—Haced lo que os parezca —zanjó Deciano, presa del pánico—. Yo me marchó.

Entre las miradas incrédulas de los oficiales, el procurador llamó a dos sirvientes y ordenó que prepararan de inmediato su equipaje personal, luego ordenó a uno de los centuriones que tuviera lista, para partir lo antes posible, la galera de guerra fondeada en el puerto. El oficial vacilaba y Deciano repitió la orden gritando.

El tribuno que había hablado poco antes intervino de nuevo.

—¿Estamos abandonando la ciudad al enemigo?

—Nadie ha dicho que se estén dirigiendo hacia aquí. Puede ser que permanezcan en Camuloduno o que vayan a buscar a Cerial en su campamento, a miles y miles de millas de aquí —respondió el procurador en tono mordaz—. No estamos abandonando nada al enemigo. Vosotros permaneceréis aquí, solo yo y mi escolta partiremos. Mi obligación es ir a informar directamente al emperador de la gravedad de la situación en la provincia de Britania.

—Llegarán aquí dentro de poco —le respondió indignado el tribuno—, y tú lo sabes bien, Deciano. Toda esa gente deberá comer, antes o después, y aquí encontrarán todos los víveres necesarios y pocos soldados para defenderlos, como en Camuloduno.

—Entonces echad al fuego las reservas.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Cuidado con lo que dices, tribuno, o mencionaré tu nombre al divino César Augusto, pero no para una promoción.

Los militares hicieron frente común y lo observaron, amenazantes. Uno de los guardias de Deciano se puso rígido y se llevó la mano a la espada. Antes de que la situación se enturbiara, el tribuno replicó con frialdad.

—No me importa qué digas. Mi deber es quedarme aquí a defender la ciudad y eso es lo que haré. El tuyo es informar y constato que no ves la hora de cumplirlo. Ve, pues. Allá cada uno con su conciencia.

Deciano se acomodó la toga para recuperar el aplomo, después dio la espalda a los oficiales y se alejó con la cabeza alta, como siempre.

Entre los oficiales serpenteó un murmullo, al que alguno dio voz.

—Deberíamos matar a ese cerdo cobarde, en vez de dejar que se marche.

—La posteridad lo juzgará —dijo el tribuno—, y su desprecio lo matará mil veces.

Después de varias horas de camino, Ambigath encontró finalmente un arroyuelo. Dejó caer la alforja y se inclinó para llenar la calabaza que usaba como cantimplora. Bebió un largo trago, después la llenó de nuevo, se mojó el rostro y se sentó sobre una roca, con la mirada inmersa en la corriente, el estómago exigía comida. Sin el pequeño Marcelo y sus liebres, no era nada fácil procurarse alimento, pero había recorrido bastante camino. Camuloduno, según sus cálculos, debía de encontrarse justo en el punto desde el que subía aquel penacho de humo lejano. Decidió rodear la ciudad porque aquella, desde todos los puntos de vista, era una señal de indudable peligro.

Oyó relinchar un caballo y se volvió.

Al otro lado del arroyuelo había dos soldados que, desde hacía días, batían la zona. Ambigath calculó la distancia. El curso de agua no era muy profundo y por lo tanto no los habría detenido, además estaban demasiado cerca. No, no podía huir. Permaneció sentado, mirándolos, mientras atravesaban con calma el arroyuelo, seguidos por otros tres caballos sujetos por las bridas.

Ambigath reconoció su caballo y a aquellos dos muchachos. Los que tenía enfrente eran los asesinos de Arch y Caradoch. Los dos se detuvieron a pocos pasos de distancia. Sus miradas eran duras y hostiles.

—¿Hablas latín?

El viejo asintió.

—¿Quién eres y adónde vas?

—Mi nombre es Ambigath, soy un mercader de caballos.

—Vaya, según parece, la zona está llena. El otro día matamos a dos, pero nos faltaba el tercero.

El viejo se esforzó por mantenerse impasible.

—¿También tú eres un ordovico?

—Soy iceno.

Tauro enarcó una ceja.

—Peor aún.

Molerato desenvainó el *gladius*, pero el *optio* le hizo señas de que se detuviera.

—Estamos buscando a un oficial romano que camina cojeando. ¿Lo has visto?

Ambigath respiró hondo.

—Si su nombre es Aquila, lo he dejado esta mañana, más allá de las colinas al oeste.

Era su única posibilidad de salvación.

Los dos se quedaron boquiabiertos. Tauro saltó al suelo y lo aferró por la túnica, sin demasiadas consideraciones. El romano acercó su rostro al del viejo, amenazante.

—Si estás mintiendo, iceno, juro que te destriparé como a un cerdo.

—Sé su nombre. ¿Cómo puedo mentirte? Estaba herido y lo he curado. Lo he dejado con un muchacho llamado Marcelo. Su granja había sido destruida por los rebeldes y Aquila lo ha llevado consigo.

—Monta a caballo y llévanos con él.

El druida se agachó para coger su alforja, pero Tauro lo detuvo.

—De esa me ocupo yo, tú monta a caballo y no te hagas el listo. Si intentas escapar, te perseguiremos hasta el Hades, si es necesario, aunque tengamos que atravesar a nado la laguna Estigia, el Aqueronte y clavar esta hoja a Cerbero, Minos y Caronte en la garganta.

Ambigath asintió, había escapado de una muerte casi segura, pero ahora su salvación dependía de si conseguía hallar al oficial que había curado. Subió al caballo y rogó que los dioses lo ayudaran a encontrar a Aquila y a Marcelo.

Tauro abrió la bolsa y sintió una cuchillada en el estómago cuando vio las hierbas, la hoz y las ampollas. Acababa de amenazar a un druida.

—¿Algo interesante? —preguntó Molerato.

—No, pero debemos mantener los ojos bien abiertos.

Murrough llegó a Camuloduno a última hora de la tarde, bajo un cielo plomizo. Conducía personalmente el carro de guerra de Ethrig, al que habían fijado el asta con el águila de la Hispana. Lo seguían los quince mil hombres que habían aniquilado a la Novena Legión, con el mayor botín de guerra que jamás se hubiera visto. Si no hubiera sido por las largas cabelleras y los calzones multicolores, muchos guerreros habrían parecido desde lejos legionarios, pues llevaban yelmos emplumados y corazas.

El campamento de los sublevados se había ensanchado aún más durante la ausencia de Murrough. Entre dos alas de multitud exultante vislumbró también a varios jefes de clan trinovantes. Debían de haberse reunido con los otros precisamente en aquellos días, señal de que la noticia de la aniquilación de la legión ya se había extendido por todo el oeste de la isla.

Se abrió paso con dificultad entre la muchedumbre que lo aclamaba como a un héroe. Al fondo, Camuloduno acababa de arder, alimentando la gigantesca columna de humo que subía hasta formar una nube negra en el cielo. Se detuvo delante de la reina, bajó del carro y le ofreció el símbolo de la Novena Legión.

—*Buidheachas* —gritó Boudica alzando el águila, y el entusiasmo se convirtió en una ola de miles de brazos armados que recorrió el inmenso campamento que se agolpaba en torno a ella como única criatura viviente. Aquellos hombres repetían el nombre de Boudica como un himno a la victoria. Muchos de ellos eran conscientes de que Camuloduno había sido una presa suculenta e importante, pero demasiado fácil, sin muros y defendida por un puñado de hombres. Pero ahora los guerreros que estaban volviendo al campamento habían masacrado a los veteranos de la Hispana, habían derrotado a toda una legión. Ahora eran un ejército victorioso. Los hombres la izaron alborozados sobre un gran *scutum*. Boudica sonreía y la multitud la aclamaba. Una vez en pie alzó de nuevo el águila legionaria al cielo y se dirigió a aquel mar de hombres y mujeres.

—Ahora tienen miedo.

Todos gritaron un «sí», y acto seguido sobre la multitud descendió un silencio roto solamente por la brisa y el olor a lluvia cercana.

—Se dice que su jefe ha huido gañendo como un perro asustado, con la cola entre las patas.

Estallaron las carcajadas. Aquel gentío estaba pendiente de sus labios.

—Cuatro legiones ocupaban el territorio de Britania, ahora son tres —continuó la reina—. Hay muchas avanzadillas, pequeños campamentos y destacamentos esparcidos por todas partes, pero los colosos que nos esclavizan son solo tres, porque uno ya ha sido abatido. La libertad está más cerca, aún tendremos que luchar, pero podemos conquistarla. Estoy segura de que están afilando las armas para vengar esta afrenta, pero ahora tienen miedo. Porque saben que no nos volveremos atrás. Nuestro destino está marcado, solo podemos vencer o morir.

—*Ar Buidheachas* —gritó un guerrero entre la multitud, seguido por otros miles.

—Estoy orgullosa de vosotros y feliz por estar aquí para ser vuestra voz. El día en que el látigo de los romanos me laceraba las carnes y mis hijas violadas gritaban en vano mi nombre, me pregunté por qué Andrasta me había reservado un destino tan duro. Hoy, de pie sobre este escudo, símbolo de su fuerza, y con esta enseña en la mano, sé por qué los dioses me han elegido y me siento honrada. —El silencio la animó a continuar—. Debían arrojarme a la desesperación, para que después asistiera a esto. —Abrió los brazos, como para estrecharlos a todos—. ¡Mirad! ¡Mirad cuántos somos! ¡Pensad dónde estábamos cuando todo comenzó, y qué fuertes y numerosos somos ahora! Esta águila —exclamó, agitando la enseña— se convertirá en el símbolo de la victoria, de la revancha del bien sobre el mal.

Alaridos, exclamaciones y fragor ensordecedor de armas batidas sobre los escudos. No le fue fácil restablecer el silencio y volver a tomar la palabra.

—Pero esto es solo el comienzo, guerreros. —Boudica pasó revista a la multitud, mientras comenzaban a caer las primeras gotas de lluvia—. Hay dos legiones en el norte, en las tierras de los ordovicos, que están combatiendo en la isla de Mona y una más al oeste, en las tierras de los durotrigos. Debemos impedir que se reúnan y adelantarnos a sus movimientos. Los ordovicos ya han luchado contra las legiones y, muy probablemente, no podrán ofrecernos ayuda, pero los durotrigos braman por la presencia de los romanos y pueden detener a esa legión, si tienen nuestro apoyo. Ya he mandado jinetes a que les avisen. —Miró a los suyos e hinchó el pecho—. No podemos quedarnos quietos esperando al enemigo. Debemos movernos y cogerlo por sorpresa. Haber exterminado a la Novena Legión nos abre el camino para la segunda ciudad romana de Britania. —La reina dirigió el águila al oeste—. ¡Ahora le toca a Londinium!

—¿Has visto?

—¿Qué? —preguntó Marcelo, mirando alrededor.

—Allá abajo, aquella columna de humo oscuro, justo enfrente de nosotros.

—¿Debajo de aquellos nubarrones? —Marcelo aguzó la vista—. Sí, hacia donde nos dirigimos. ¿Qué será?

—Algo muy grande que arde.

—Parece el humo de la granja.

En las últimas horas habían sucedido tantas cosas que Aquila casi se había olvidado de Fibreno, clavado a las tablas de la granja, y de su mujer, decapitada. En un destello vio de nuevo aquellos momentos que parecían lejanos, pero que hacía solo pocos días que habían pasado. Le vino a la mente *Hiberico*, su semental, desangrado. Y luego su pensamiento corrió hacia ella, hacia Rhiannon, y aquella noche mágica en la villa, en la que todo y nada había ocurrido. Sí, la villa. ¿Era aquella, la que estaba ardiendo allá abajo? No, si su sentido de la orientación no lo engañaba, su granja se encontraba al norte, mientras que aquel humo venía del oeste. Y además había demasiado humo para surgir de una sola casa.

Quizá la que ardía era precisamente su meta, Camuloduno. Y si Camuloduno ardía y el humo se veía desde aquella distancia, quería decir que no había quedado mucho de la ciudad.

—Sí, allá abajo está ardiendo algo grande, Marcelo.

—¿Vamos a ver?

—Está muy lejos, a nuestro ritmo llegaremos dentro de varios días. Como aún no me he recuperado, *optio*, y hoy me has hecho caminar todo el día, te propongo que nos paremos aquí a pasar la noche.

—Pero aún hay luz.

—La necesitamos. Yo me detengo aquí para montar un refugio, porque dentro de poco esos nubarrones en el horizonte nos arrojarán encima un mar de lluvia. Tú, entretanto, buscarás un poco de caza e intentarás apresar algo distinto de la acostumbrada liebre. Estoy destrozado y tengo muchísima hambre.

—Si no hubiera perdido los arcos y las flechas por tu culpa, podría cazar incluso un ciervo.

—¡La historia de siempre! No son los arcos y las flechas los que ganan las batallas, sino las espadas de los legionarios. Pásame la cantimplora.

—Está vacía.

Aquila sonrió. Quería mantener alta la moral del muchacho y, por el momento, lo estaba consiguiendo.

—Qué mala suerte, ahora también tendrás que encontrar un río o un torrente, y, ya que estás, pescar un par de peces.

Marcelo bufó y Aquila comenzó a arrancar ramas frondosas, para disponerlas encima de una roca que haría de pared.

—Piensa que tengo tanta hambre que sueño incluso con el pan negro del legionario. Pero, dado que soñamos, que sea a lo grande: quisiera una hogaza con olivas, buen vino, después un caballo y a mis legionarios.

—¿Y nada más?

—Sí, Marcelo. Querría a Rhiannon.

—¿A quién?

Aquila le desordenó el pelo.

—Una espléndida muchacha de ojos oscuros, con el porte de una reina. Monta a caballo como un germano, su piel es de seda y sus labios suaves como una fruta madura.

Marcelo hizo una mueca.

—¿Quieres decir que es... una mujer?

Aquila sonrió.

—Claro, pero de mujeres hablaremos dentro de algunos años.

—No me interesa. Yo quiero ser legionario, no alguien que habla de... ¿piel de seda? ¡Bah!

—Déjalo correr y vete de caza.

—Fruta madura... —repetió el muchacho, imitándolo.

—Vete, *optio*, o te degrado.

—¡Sí, te he salvado la vida y aún soy *optio*!

No era fácil arrancar las frondas para el refugio con las manos desnudas, pero no tenía nada más para cortarlas. No se había sentido con ánimos de quitarle a Ambigath la hoz o el cuchillo, y prosiguió, maldiciendo cuando una rama se resistía más de lo debido. De vez en cuando se detenía para tomar aliento y miraba el humo en el horizonte. Era Camuloduno, que ardía, estaba seguro. Días y días de marcha hasta la colonia Claudia, solo para encontrarse delante de restos carbonizados. Y quién sabe cuántos rebeldes armados invadían el territorio... Debían de haber establecido campamentos en torno a la ciudad destruida. Procuró identificarse con el enemigo, como hiciera tantas veces en el pasado.

¿Qué habría hecho si hubiera estado a la cabeza de una rebelión de semejantes dimensiones, después de haber atacado Camuloduno? ¿Cuántos eran los rebeldes? Y, sobre todo, ¿adónde querían llegar? Pensó en el único guerrero que conocía en la alineación opuesta: Murrough, de los trinovantes. ¿Por qué alguien como Murrough dejaba su aldea próspera y tranquila para lanzarse a semejante empresa? La reacción de Roma a esta afrenta sería devastadora, y un guerrero y gobernante experto como él no podía ignorarlo. No habían saqueado un puñado de granjas para luego huir como rateros, habían atacado el corazón de Roma en la colonia. Ahora ya no podían volver atrás, porque la apuesta era demasiado alta. Murrough y aquellos como él irían hasta el fondo, combatiendo hasta el final. Porque Camuloduno era el principio, no el fin.

Un rumor repetido en el bosque lo sobresaltó. Por un instante, conteniendo el aliento, pensó que era Marcelo. No, eran varios caballos. Aquila se agazapó debajo de las frondas y permaneció inmóvil.

Ruido de cascos, ramas partidas y voces. Alguien se acercaba a su escondite, que estaba muy lejos de cualquier otro sendero. Pero, escondido allí debajo, no estaba en condiciones de comprobar si eran amigos o enemigos.

Después oyó algunas palabras, una voz profunda y el corazón le dio un vuelco. Apartó con fuerza las frondas y salió fuera, pero no vio a nadie. Tropezó, cayó, se levantó, ignorando las punzadas de las diferentes heridas. Estaba seguro de no haberse equivocado. Se montó sobre una roca y aulló.

—¡Tauro! ¡Tauro!

Un instante después advirtió que lo llamaban desde la hondonada. Luego oyó que los caballos avanzaban al galope. Aquila cerró los ojos y se dejó caer de rodillas, dando gracias a los dioses y al destino. No lo habían dejado solo.

El yelmo emplumado de su *optio* emergió entre las ramas verdes. Aquila lo llamó de nuevo a voz en cuello, mientras el jinete espoleaba el caballo colina arriba. Se levantó cuando lo vio llegar a la grupa de su semental, con el rostro sudado bajo el yelmo. Tauro tiró de las riendas y desmontó de un salto, antes aun de que el animal se detuviera. Se quitó el yelmo y los dos soldados se abrazaron, frente contra frente, con los ojos brillantes de emoción.

—Sabía que estabas vivo, *centurio*.

—Y yo sabía que me encontrarías, *optio*.

Su fiel ayudante lo miró mejor, como para asegurarse de que aún estaba entero. Se oyó un estruendo entre las ramas y otro caballo irrumpió en el pequeño claro. El gigantesco Molerato se precipitó hacia su comandante y lo levantó con todo su peso. Los tres rieron como chiquillos, para tratar de esconder su mutua conmoción.

—¡Sabíamos que no había ningún britano capaz de matar al gran Aquila!

—Sí, pero han estado cerca —dijo Aquila—. ¿Cómo me habéis encontrado?

—Alguien nos ha ayudado.

Tauro se apartó a un lado y Aquila vio llegar a Marcelo y Ambigath, también ellos a caballo.

—Desatad a ese hombre, Tauro.

—Creo que es un druida.

—Claro que lo es, Tauro, pero me ha salvado la vida. No quiero que esté atado.

—¡Acabamos de vernos y ya estás dando más órdenes que el propio Suetonio!

Rompieron a reír. Marcelo bajó del caballo y fue a abrazar a Aquila, mientras Molerato desataba las muñecas de Ambigath. Un trueno anunció la lluvia y el grupo volvió a montar un refugio, esta vez con la ayuda de hojas bien afiladas.

Tenían muchas cosas que contarse y, gracias a Tauro y a Molerato, que durante días habían saqueado la zona, pudieron hacerlo con la barriga llena. Marcelo se ocupó del fuego. Era el momento de concederse un merecido descanso. La rebelión de Boudica esperaría hasta el día siguiente, aquella era la noche de los veteranos de la Vigésima Legión.

Ambigath, un poco apartado, observaba por primera vez de cerca a los sanguinarios *milites* de Roma, con una mezcla de repulsión y curiosidad. Odiaba a los dos soldados a los que había guiado, porque habían matado a sus dos muchachos y, sin embargo, no podía dejar de estar impresionado por cómo se movían al unísono, casi sin necesidad de palabras. Se dividían las tareas, se ayudaban a quitarse las corazas y depositaban espadas, yelmos y *cingulum* junto a su camastro en la misma posición. Miró cómo comían como lobos y escuchó cómo hablaban de viejas batallas, recuerdos de tiempos felices. Observó a Aquila, advirtiendo cómo la llegada de sus dos amigos lo había cambiado. De vez en cuando el veterano trataba de implicarlo en la conversación, y lo mismo hacía Marcelo, pero evitando hábilmente los posibles escollos. Ambigath se limitó a algún escueto comentario y el romano tuvo la prudencia de no insistir. Sí, Aquila ya no parecía el hombre débil y cansado al que había curado. Había vuelto a ser lo que era: un jefe, un hombre nacido para guiar a otros.

El druida se durmió y pasó la noche acurrucado en la capa, tratando de protegerse de la lluvia que se había infiltrado entre las frondas, empapando el terreno.

Cuando volvió a abrir los ojos, vio que el mal tiempo había pasado. Los otros aún dormían, salvo Aquila, que lo miraba como si solo estuviera esperando a que

despertara.

—Ven conmigo, druida.

Ambigath se levantó y se alejaron algunos pasos.

—Ya he hablado con mis muchachos —dijo Aquila—, y estamos todos de acuerdo. Puedes coger el caballo y la comida que necesites y marcharte con toda libertad cuando quieras.

—No necesito la comida, Aquila, pero el caballo lo acepto con gusto.

—Llévate también algunas hogazas, nunca se sabe.

El druida inclinó la cabeza en señal de gratitud.

—Sí, en cambio, prefieres hacer un trecho de camino con nosotros, y sabes que eres bienvenido.

—Creo que debemos separarnos, romano. ¿Cuánto falta para Camuloduno?

—Si sales ahora, britano, estarás allí mañana por la tarde.

—Partiré de inmediato, entonces.

—Gracias por todo lo que has hecho, Ambigath. Los dioses me quieren, si te han enviado en mi ayuda.

—A veces son imprevisibles —rebatió el druida—. A mí me han arrancado a dos jóvenes en la flor de la edad. Creo que prefiero no viajar con el arma de la que se han servido.

—Los dioses tienen designios que no conocemos, contra los que no podemos hacer nada.

Ambigath asintió. Recogió sus pocas pertenencias y el veterano lo ayudó a acomodarlas sobre el caballo. El britano y el romano se saludaron con un gesto y Aquila se quedó mirándolo mientras se alejaba, hasta que el viejo druida fue tragado por el denso manto de humedad de la mañana, que gravitaba sobre aquella ladera de la colina.

Despertó a los otros y juntos tomaron un bocado. Ayudó a los suyos a ponerse las corazas y se apropió de las armas de Arch, agradeciéndole para sus adentros. «Los dioses tienen designios que no conocemos.»

Pocos instantes después partieron espoleando los caballos en dirección este, donde el humo ya no subía hacia el cielo, sin saber que en aquel momento más de cien mil britanos se estaban dirigiendo hacia Londinium.

La segunda ciudad de la Britania romana estaba viviendo los mismos momentos de pánico y terror que habían caracterizado los últimos días de Camuloduno. La guarnición de la ciudad erigía apresuradamente fortificaciones que deberían, en teoría, desbaratar el ímpetu de los asaltantes. Después de la caída de Camuloduno, la aniquilación de la Novena Legión y la partida o, mejor, la huida de Cato Deciano, en la ciudad se había extendido el miedo. Varios soldados de la guarnición habían desertado y muchos ciudadanos se habían embarcado hacia el mar abierto siguiendo la corriente del Támesis, mientras otros habían partido hacia el sur, a las tierras de los cantiacos y de los regnenses. La situación había empeorado en los últimos dos días, es decir, desde que los exploradores habían informado que trinovantes e icenos se dirigían hacia Londinium.

Aquella mañana, los toques de trompeta que señalaban la llegada de un contingente de caballería desde el noroeste fueron acogidos con creciente aprensión y gritos de pánico. No era la dirección desde la que podían llegar los rebeldes, porque Camuloduno estaba del lado opuesto, sin contar con que la lenta masa de britanos habría necesitado algunos días de marcha, antes de divisar la ciudad. ¿Se trataba de otra tribu que había entrado en guerra al lado de los britanos rebeldes? ¿Y si, en cambio, era la vanguardia de Suetonio?

Vindilo fue el primero en avistar a lo lejos las casas de Londinium, con el barrio romano asomado a la ribera norte del río. Detrás de él venían los *singulares* de Suetonio, que protegían al gobernador. El extenuante viaje estaba concluyendo. El primer trecho había sido recorrido a bordo de una veloz galera empujada por los vientos del oeste, seguido de cuatro días ininterrumpidos al galope, con breves paradas para poner en alerta a todas las unidades y destacamentos encontrados a lo largo del camino. Suetonio había alcanzado Londinium en muy poco tiempo. Si hubiera mandado un mensajero a anunciar su llegada, este último no habría conseguido mantener semejante ritmo de marcha.

Soldados y civiles afluyeron a las calles en cuanto reconocieron a los auxiliares de caballería del Imperio. Sudados y descompuestos por el cansancio, los jinetes se reunieron en el centro de la ciudad, delante del palacio de gobierno, la única construcción de cierto relieve, aparte de los almacenes y las casas de los comerciantes ricos que se alineaban a lo largo del río.

—¿Dónde está el procurador? —preguntó Suetonio, bajando del caballo entre la multitud que lo aclamaba. A pesar del rostro demacrado por el viaje, mostraba la energía de un león hambriento.

—Requisó una nave y se marchó, anteayer.

—¿Tú quién eres?

—Mi nombre es Quinto Curio Rufo y soy el oficial de más alta graduación que ha quedado en la ciudad.

—Bien, tribuno, despeja a la multitud y muéstrame las defensas.

El oficial llamó a sus hombres e hizo que apartaran a los numerosos habitantes que habían acudido. Suetonio, junto con Cayo Antonio Vindilo, miraba alrededor para hacerse una idea de Londinium. A pesar de que era la segunda ciudad y el primer centro comercial de la provincia, estaba formada por poco más que una aglomeración de casas de madera, muchas de las cuales se hallaban en ruinas. El tribuno los acompañó por las calles de tierra batida que había comenzado a asentar, luego señaló las torres y los baluartes de los que disponía y los que había hecho levantar. Durante todo el trayecto los soldados contuvieron el entusiasmo de los ciudadanos, que alababan al gobernador como liberador de Londinium. Al final de la ronda de reconocimiento, Rufo los condujo de nuevo al palacio e hizo traer a Suetonio y Vindilo copas de vino y paños de lino húmedos, para refrescarse.

—Entonces, tribuno, ¿cuántos hombres tenemos aquí?

—Gobernador, las tropas consisten en setecientos setenta y cinco hombres, entre los cuales hay doce centuriones. Pero faltan los cuarenta y dos guardias personales del procurador, que partieron con él; doscientos catorce hombres enviados a Camuloduno, entre los cuales hay dos centuriones y un decurión, que debo considerar perdidos; doce correos, que se encargan del servicio de transmisión de mensajes. Once hombres no han regresado.

—Por lo tanto, ¿en total tenemos quinientos hombres en servicio?

—Cuatrocientos noventa y seis, de los que veintiuno están enfermos y seis, heridos. Los aptos para el servicio son cuatrocientos sesenta y nueve.

Suetonio echó un vistazo a Rufo, luego vació la copa en dos sorbos.

—Ordena a los hombres que se preparen de inmediato. Mañana al amanecer abandonaremos la ciudad.

El tribuno se quedó boquiabierto. Miró al gobernador y a Vindilo, que no parecía sorprendido por las palabras de Suetonio y seguía sorbiendo su vino.

—Veo que dudas, Rufo. ¿Algo de lo que he dicho no ha quedado claro?

—¿Abandonamos la ciudad... en las manos de los britanos? —preguntó el tribuno, vacilante.

—Sí, amigo mío, así es.

El oficial de la guarnición permaneció en silencio, casi incrédulo. No era lo que esperaba oír.

—Mira, tribuno —continuó el gobernador—, creo que la provincia vale mucho más que la ciudad, aunque hablemos de Londinium. En este momento necesitamos reunir todas nuestras fuerzas para, más adelante, tomar la iniciativa. Y preciso al menos quince días para pasar a la ofensiva. Y me urge reclutar a todos los hombres aptos: dile a los tuyos que habrá que hacer mucho camino, y deprisa; por lo tanto, que no carguen con cosas inútiles. Hazles enterrar sus bienes en alguna parte, pues deberán llevar consigo solo armas y comida.

Curio Rufo asintió, atónito.

—Ahora —prosiguió Suetonio—, dime dónde puedo convocar a la población para explicarles cómo están las cosas.

De pie, con una mano en el pomo de la espada, el gobernador esperó a que los ciudadanos de Londinium se reunieran delante del palacio. A su lado, Vindilo escrutaba a la multitud con ojos impasibles. Suetonio habló decidido y con voz clara. Como de costumbre, fue directamente al grano.

—He pensado qué debemos hacer durante el viaje y creo que, para empezar, será necesario delimitar todo aquello de lo que me han informado los correos. De Venta Icenorum ha partido una rebelión capitaneada por una reina de los icenos. Parece que su nombre es Boudica, pero esto no tiene importancia. Lo que cuenta, en cambio, es que, según parece, las filas de los rebeldes han aumentado enormemente durante el desplazamiento de Venta a Camuloduno, que ha sido asediada y saqueada. Por desgracia, la Novena Legión, que iba en auxilio de los ciudadanos de Camuloduno, ha sido víctima de una emboscada y su comandante ha sido obligado a retirarse al norte, a su campamento fortificado. Yo he venido hasta aquí con mi escolta, después de haber dado órdenes a las legiones Gemina y Valeria de que abandonaran la isla de Mona, para llegar a marchas forzadas precisamente a Londinium. —Por los rostros de los más cercanos percibió una expresión de alivio y pensó que duraría poco—. Mi idea era transformar esta ciudad en la avanzada para la reconquista de los territorios perdidos. Sería perfecta, como base logística. Está a la orilla de un río de grandes dimensiones, desde el que podemos alcanzar las Galias con una cierta facilidad a través del estuario del Támesis. Desde aquí, además, parten todas las vías de comunicación de sur a norte, y de este a oeste. Por eso es el centro comercial más próspero de toda la provincia.

Muchos de los presentes asintieron ante aquellas palabras del gobernador.

—Pero, por desgracia —continuó—, no puede defenderse. No tengo ni el tiempo ni los hombres para fortificarla. Se necesitarán aún muchos días antes de que mis veteranos lleguen. Ahora, ¿qué haríais, decidme, si debierais llevar con vosotros un carro pesado y no tuvierais ni siquiera un mulo para arrastrarlo?

Un rumor confuso se elevó desde la multitud; alguien estaba comenzando a entender.

—Lo abandonaríais, os guste o no. Vuestra ciudad, en este momento, es como ese carro. —Hizo una pausa—. Es demasiado pesado. Y no hay mulos. Por eso debemos abandonar el carro y proseguir a pie. Amarga decisión, pero es la única, si queréis salvar al menos la vida.

El rumor se convirtió en vocerío, gritos, protestas indignadas. Vio caras decepcionadas, furiosas, espantadas. Varias voces le suplicaron que reconsiderara su posición. Suetonio impuso el silencio con un gesto imperativo. Después mostró la mano derecha cerrada en un puño y alzó el dedo índice y el medio.

—Dos días —dijo Suetonio—. Si hoy partiera de Camuloduno hacia Londinium, haría que mis legionarios caminaran deprisa y, con solo dos días de marcha, estaría a la entrada de la ciudad. Si fuera la reina de los icenos llevaría a cabo todo esto. Tomaría por asalto Camuloduno y después me dirigiría de inmediato hacia Londinium, antes de que vosotros pudierais daros cuenta de qué estaba sucediendo, y me apoderaría de todas vuestras reservas de comida, armas, naves, hierro y oro. Y os exterminaría a todos, soldados y civiles. —Pasó revista a los rostros horrorizados por aquella simple constatación—. Los habitantes de Camuloduno no han podido elegir. Aprovechaos enseguida del error de los britanos y de estas horas que nos han concedido, e id hacia el noreste hacia las legiones que están llegando, a una zona que, por el momento, es mucho más segura que esta. Todos los veteranos y los colonos podrán encontrar sitio en aquellos que eran sus destacamentos. Los otros decidirán si prefieren seguirme o quedarse. La única alternativa es dirigirse al sur, a la región de los regnenses. Cogidumno, su rey, es nuestro aliado desde los tiempos del divino Claudio.

—Pero no nos puedes abandonar aquí sin hacer nada —dijo un hombre pequeño y grueso, con aire de mercader bien alimentado.

—Mi misión no es defender Londinium, sino pacificar y hacer segura la provincia, reprimiendo lo antes posible la rebelión. Desde aquí, con un puñado de hombres, no puedo hacerlo. Además, es mucho mejor enfrentarse a los britanos a campo abierto, si queremos tener alguna esperanza.

—¿Cómo garantizarás nuestra seguridad? —preguntó un anciano colono de las primeras filas.

—De ningún modo —respondió Suetonio, tajante—. Si me seguís, quizá consigáis salvaros, pero no aminoraré la marcha para esperaros ni enviaré a un solo hombre a protegeros. Vosotros debéis mantener mi paso y confiar o combatir. La partida está prevista para mañana al alba. No tengo más que decir.

Comenzaron una serie de peticiones y reclamos de ayuda. Gente desesperada se acercó al cordón de jinetes de la escolta de Suetonio. Vindilo vigiló que nadie lo superase, después susurró al oído al gobernador.

—Lo único que sabe hacer esta gente es lamentarse. Creo que es mejor no perder más tiempo.

—Estoy de acuerdo. Mañana al alba partiremos. Es hora de tomar la iniciativa.

Aquila alzó la mano para detener a los suyos que lo seguían al galope. A lo lejos, entre los árboles, vislumbraron la silueta de un jinete, rodeada por la luz del sol. Quienquiera que fuese los había visto, pero no parecía hostil. Cuando se acercaron, reconocieron con cierto estupor al viejo druida que los había dejado. Ambigath levantó una mano para detenerlos.

—Vuelve atrás, Aquila.

El romano lo miró, luego miró a los otros.

—Vuelve atrás —repitió Ambigath—. De aquí en adelante no encontrarás un romano en muchas millas. Vivo, al menos.

Marcelo se agitó.

—Tengo que reunirme con mis padres.

El druida hizo caso omiso.

—Aún falta bastante para Camuloduno, pero ya me he tropezado con dos grupos acampados a poca distancia de aquí. Son jóvenes guerreros que recorren la zona en busca de presas fáciles, granjas aisladas y viandantes como vosotros, que aún no saben qué ha sucedido. Según parece, circulan mensajeros que están pidiendo a todo el mundo que vaya a Camuloduno, incluso me lo han dicho a mí.

—¿Estás seguro?

Ambigath asintió.

—He preguntado si hay guerreros suficientes para asaltar Londinium y se han echado a reír. Me han dicho que son tantos que no se pueden contar. Por lo que concierne a Camuloduno, no han quedado más que cenizas. Volved atrás, marchaos.

El veterano trató de leer en los ojos del druida.

—¿Es verdad?

—¿Por qué iba a mentirte?

Aquila se volvió hacia los otros.

—Volvamos atrás, hacia el oeste, y mantengámonos al norte de Londinium.

—¡No! —gritó Marcelo, obstinado—. Yo iré a Camuloduno.

—No discutamos, ya lo has oído, Camuloduno no existe. Debes venir con nosotros.

—¿Por qué? ¿Por qué no permites que me vaya? Me has obligado a seguirte desde que me hiciste subir a tu caballo. Déjame, no tienes obligaciones hacia mi padre.

Aquila lo cogió con delicadeza del brazo.

—Tampoco tú tenías obligaciones para conmigo, y aun así no me has abandonado.

—Debo ir con mi madre y mi padre. —El muchacho se apartó—. Quiero verlos. Habías dicho que me esperarían en Camuloduno, ¡y dentro de pocas horas tendremos la ciudad al alcance de la vista!

—Díselo, Aquila —terció el druida.

Marcelo miró a Ambigath, después al romano.

—¿Qué? ¿Qué debes decirme, Aquila?

El veterano agachó la cabeza, suspiró, y a sin fuerzas, y miró al muchacho a los ojos.

—Los tuyos terminaron en la granja, Marcelo. Yo los enterré.

—¡No es verdad! —exclamó con voz temblorosa y el sucio rostro surcado de lágrimas—. ¡Mentiroso! ¡No te creo!

—Fui a la granja de tu padre en busca de ayuda, pero una banda de rebeldes me había precedido. ¿Qué debería haber hecho, abandonarte allí? Te habría llevado conmigo aunque no hubieras sido el hijo de Fibreno. Y él se habría comportado igual en mi lugar. Tienes razón, debería haberte dicho la verdad. Pero en aquel momento, herido y exhausto, preferí aplazarlo. ¿De qué servía quitarte toda esperanza?

—¡Eres un traidor! —El muchacho rompió a llorar abiertamente—. Me has mentido durante todo este tiempo... ¡Te odio!

—Ya es algo, para empezar —intervino Tauro en tono sereno—. ¿Sabes, muchacho? También yo lo odiaba, al principio.

Marcelo trató de soltarse y huir, pero Molerato le agarró las bridas. El muchacho saltó abajo y se puso a correr, perseguido por Aquila con su semental. Como en la granja, el veterano lo alcanzó y con una firme llave lo levantó, poniéndolo en la grupa del caballo.

—¡Déjame! ¡Déjame marchar! ¿Qué quieres de mí?

Aquila lo empujó y luego lo miró a los ojos.

—Debes entender algo, y de inmediato. —Le acarició la cabeza con dulzura—. Estamos en medio de una guerra, que se ha llevado las vidas de tus padres. Tú ya no tienes a nadie en el mundo, salvo a mí. Y tampoco yo tengo a nadie. Salvo a ti.

El auriga tiró de las riendas y señaló a Boudica la ciudad de Londinium, plácidamente recostada a la orilla del río. La reina alzó la lanza, indicando a los suyos el objetivo, y su armada avanzó al paso. Jinetes, carros de guerra y guerreros a pie prosiguieron, adelantando en media jornada a la gran masa de no combatientes, que viajaban amontonados sobre pesados carros con los rebaños detrás. Ahora el número de los insurgentes era tan elevado que se podían dividir las fuerzas, haciendo avanzar a los guerreros mejor armados sin equipo, para que cayeran antes sobre la presa. En aquel momento, los guerreros dispuestos para asaltar Londinium, guiados por la cabellera roja de su reina, eran unos treinta mil.

Las calles de aquel floreciente cruce comercial se habían vaciado, respecto de algunos días antes. La guarnición había abandonado la ciudad según las disposiciones de Suetonio, si bien algunos ciudadanos habían permanecido en Londinium. La mayoría de la población se había dirigido al sur, hacia las tierras del aliado Cogidumno, pero muchos se habían replegado sobre Verulamio, una ciudadela en el territorio de los catuvelaunos, la tribu que primero había colaborado con las águilas imperiales en los tiempos de la invasión del emperador Claudio. La ciudadela estaba solo a dos o tres días de camino. Lo ideal para quien no quería alejarse demasiado de Londinium y de sus propios negocios.

En la ciudad habían quedado los comerciantes ricos y los autóctonos de las tribus de los catuvelaunos, los cantiacos y los atrebates, que no se habían marchado porque estaban convencidos de que la situación no era tan desesperada. Muchos creían que, una vez que los romanos se habían marchado, los rebeldes ya no tendrían ningún motivo para ensañarse con Londinium, que solo era un centro comercial, no una ciudad fortificada. Y muchos mercaderes parecían seguros de que los insurgentes icenos y trinovantes se estaban dirigiendo a Londinium solo para tomar el camino al norte, el camino hacia Verulamio. Con su estatus de municipio romano, aquella ciudadela era un símbolo del poder de Roma, mucho más de lo que pudiera serlo Londinium. ¿Por qué atacar a sus propios vecinos? Esto pensaban los jefes de clan, que habían decidido mandar una delegación a la entrada de la ciudad, en el camino hacia Camuloduno, para acoger de algún modo a la marea de britanos que llegaban. El grupo estaba compuesto por una veintena de ricos comerciantes y por los mismos jefes de clan, todos bien vestidos y acicalados para la ocasión.

Fueron al encuentro de su destino en estupendos caballos con jaecces bordados de plata. En cuanto se acercaron a Boudica, fueron rodeados por un denso grupo de icenos que iban a la carga. Los britanos masacraron a los enviados en pocos instantes, sin dejarles escapatoria. La multitud de Londinium que observaba la escena fue de inmediato asaltada por el pánico y buscó refugio en las casas, mientras un puñado de jóvenes, saltando encima, trataba inútilmente de hacer frente a la horda que hacía temblar el terreno. Rápidamente caballos y carros entraron en las calles, pisoteando a cualquiera que encontraran en su camino.

Londinium cayó en un santiamén y la suerte de sus habitantes no fue muy distinta de la de Camuloduno. En la ciudad no había grandes edificios de piedra con tejados, templos o palacios en los que refugiarse para prolongar la resistencia y las esperanzas de vida. Las casas fueron barridas en un instante, el fuego se propagó aún más velozmente y las vejaciones fueron igual de crueles. Atrebates, cantiacos y catuvelaunos cayeron del mismo modo y fueron destrozados de la misma manera. No habían entendido que, al haber gozado de las ventajas del comercio y de la cercanía con los romanos, a los ojos de los rebeldes eran tan enemigos como los propios romanos. Por eso, el destino que les estaba reservado era el mismo. Ninguna negociación, ninguna piedad. La única suerte era morir deprisa, combatiendo.

Londinium comenzó a arder, con un humo negro y denso. Era el humo de la revancha de los opresores que se cernía en el cielo como un castigo divino, el humo de la rabia de un pueblo, de la libertad sobre la esclavitud, de la venganza de una madre. Ese humo era el alarido de muerte de Londinium y llegó lejos. Fue visto por los habitantes huidos hacia las lejanas colinas que delimitaban las tierras de Cogidumno y por aquellos que atravesaban las selvas del norte para llegar a Verulamio. Y fue visto por Quinto Curio Rufo, que aceleró el paso de sus quinientos hombres dirigidos al noroeste, con la esperanza de encontrarse cuanto antes con las legiones de Suetonio.

—¡Mira!

Aquila sofrenó el caballo y elevó la vista al cielo.

—Es Londinium.

—¡Maldición! ¿Qué hacemos ahora? ¿Vamos al norte, hacia Verulamio? Está aquí cerca.

—No, creo que lo mejor es mantenerse lejos de las ciudades y dirigirnos hacia el territorio de los ordovicos, al noroeste. Sabemos que la Gemina y la Valeria estaban allí, antes de que sucediera todo esto. Si contara con los hombres que tiene Suetonio, preferiría combatir en una posición favorable a campo abierto. Y si me viera obligado a encerrarme en alguna parte, preferiría un campamento fortificado, desde luego no una ciudad sin muros, donde el enemigo puede entrar por todas partes.

—Confiemos entonces en que el gobernador piense como tú, porque tendremos que caminar bastante por un territorio nada seguro.

—Me juego todo lo que tengo.

Tauro miró a su excomandante.

—No es una gran apuesta, dado lo que se te viene encima.

Aquila rio.

—Ánimo, soldados, cambiamos de dirección.

Molerato farfulló una maldición.

—Vamos. En el fondo sabemos que hemos nacido para combatir. No podemos escapar a nuestro destino, solo podemos ir a su encuentro.

Los tres espolearon los caballos, seguidos por el joven Marcelo.

En cuanto a Ambigath, había seguido la dirección opuesta y quizás en aquel momento ya estaba mirando la columna de humo junto a aquellos que habían provocado el incendio.

## Verulamio

28 millas al norte de Londinium  
Territorio de los catuvelaunos  
Julio del 61 d. C.

En efecto, los bárbaros no hacían prisioneros para venderlos como esclavos o para cualquier otro comercio bélico, sino que se apresuraban, en un frenesí de matanzas y ahorcamientos, de hogueras y crucifixiones, casi previendo que deberían pagar ellos también por todo, aunque tomándose entretanto una anticipada venganza.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO, *Anales*, XIII, 33

Suetonio se dejó caer sobre la silla delante del escritorio iluminado por la lámpara de aceite, mientras en la noche arreciaba el temporal y la lluvia caía ruidosamente sobre la piel de su espaciosa tienda de campaña. Había recorrido una cantidad impensable de millas alertando a todas las guarniciones y a los destacamentos diseminados por la zona. La consigna era abandonar inmediatamente las posiciones, para reunirse con la Gemina y la Valeria, que desde la isla de Mona estaban yendo hacia el sudeste a marchas forzadas. El gobernador había alcanzado las dos legiones justo cuando estaban montando el campamento provisional para la noche. A pesar de su ausencia, el prefecto de campo había mantenido la costumbre de erigir en primer lugar la tienda del gobernador.

Finalmente se había quitado la coraza y se había enjuagado con agua caliente, luego su sirviente le había ayudado a ponerse la primera túnica limpia después de varios días. El gobernador apoyó los codos sobre el escritorio y hundió el rostro en las manos. Agotado, se impuso dejar estar los despachos sellados que se habían acumulado durante su ausencia para ir a descansar a la cama. Su regreso al campamento no modificaría la hoja de ruta que había impuesto a sus hombres. Al día siguiente, los *cornicines* tocarían la diana al alba, y la Decimocuarta y la Vigésima se pondrían en marcha hacia el sudeste. Estaba a punto de llegar a su cómoda cama, pero con el rabillo del ojo percibió un símbolo que atrajo su atención. Uno de los pergaminos estaba sellado con un cuerno de cabra, símbolo de la Segunda Legión Augusta, y Suetonio no pudo por menos de leerlo. Su mirada se encendió al instante. El gobernador llamó a su asistente y le dijo que convocara de inmediato a Cayo Antonio Vindilo y al legado Publio Tutilio, comandante de la Segunda Cohorte de la Augusta.

Los dos se presentaron poco después, envueltos en las mantas, con los ojos enrojecidos, aún turbados por el sueño. Suetonio miró a Tutilio y le tendió el documento. Este comenzó a leerlo, después miró a Suetonio, atónito y preocupado. El gobernador, entretanto, resumió el contenido del mensaje a Vindilo.

—El prefecto de campo de la Segunda Augusta, Penio Póstumo, se ve obligado, por una insurrección de los durotrigos,<sup>21</sup> a mantener su posición defensiva en el interior del campamento fortificado de Isca Dumnorium.<sup>22</sup> Por lo tanto, se niega a mandar a sus hombres a reunirse con la fuerza principal, como le ha sido ordenado.

Cayo Antonio Vindilo se restregó el rostro para despertarse.

—¿Por qué nos escribe el prefecto de campo? ¿Dónde están el legado y el tribuno laticlavio?<sup>23</sup>

Fue Publio Tutilio quien respondió.

—Ambos están aquí al mando de dos cohortes quingenarias que controlaban los territorios fronterizos de los siluros. Hemos alcanzado de inmediato al gobernador con los hombres que teníamos.

—Puedo ir enseguida a Isca para cerciorarme de la situación.

—Si la zona está fuera de control puede ser muy peligroso —dijo el legado—. Conozco bien a Póstumo, no es un tipo que se deje atemorizar por cualquier delincuente. Si estima peligroso moverse, tendrá sus buenos motivos.

—O quizás —exclamó Suetonio, presa de la ira— no tenga ganas de abrirse camino a espada para alcanzar a alguien al que ya considera vencido y prefiere estar agazapado, a salvo, en el interior de su fortificación.

Tutilio aventuró una débil defensa de su subordinado, pero se le obligó a callar de inmediato.

—Tonterías, la verdad es que Póstumo es un imbécil. Yo he atravesado Britania de norte a sur con cien germanos en cuatro días y tengo a mi disposición una sola legión completa y un destacamento de veteranos de la Valeria para afrontar a cien mil bárbaros, ¡y este incompetente teme moverse de su campamento!

—También la Novena Hispana se ha arriesgado...

—Eso es, *agmen incautum*,<sup>24</sup> excelente consideración, Tutilio. Una legión en marcha es vulnerable, pero hay medios para protegerse. Está la caballería, se trata de usarla bien, y tampoco la prisa debe hacernos olvidar las reglas básicas para el desplazamiento de tropas en territorios no controlados. La aniquilación de la Hispana no es un éxito de los icenos, es un fracaso de Cerial.

Suetonio despejó todos los despachos del escritorio y desplegó un mapa. Examinó los territorios que se extendían sobre aquel pergamino amarillento.

—Está bien —dijo Suetonio—, es casi un alivio saber que todos piensan que los icenos ya me han puesto de espaldas contra la pared. Póstumo me da claramente por muerto y gana tiempo. Los rebeldes se permiten atacar ciudades indefensas y estar de jaleo durante días, desperdiciando un tiempo valioso para adiestrarse y coordinar fuerzas. Entretanto esperan que otros se sumen a la horda. Han reunido una masa de gente que cada día se vuelve más lenta e incontrolable y que pronto mirará en el plato en que come y lo encontrará vacío. —Se volvió hacia Tutilio—. ¿Cuánto comen al día cien mil hombres? ¿Y sus caballos?

—Se han llevado consigo los rebaños, gobernador.

—Legado, cada día debo suministrar a una legión seis toneladas de comida, sin contar los caballos. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que se coman todo lo que tienen, sin una organización adecuada de las provisiones?

—Han tomado Camuloduno y Londinium, los depósitos estaban llenos —dijo Tutilio.

—Sí, pero no son eternos. Cien mil hombres y quizá diez o quince mil caballos, bueyes, vacas y cabras. ¿Durante cuánto pueden avanzar? ¿Un mes? Si no les dan forraje, las bestias no caminan, mueren y tienen que comérselas. ¿Y después?

—No obstante, pueden desplazarse por doquier y sin correr riesgos.

Suetonio suspiró.

—Ese es un punto clave —dijo—. También nosotros nos estamos alejando de nuestras bases logísticas y, si nos desplazamos demasiado hacia el sur, alargaremos peligrosamente nuestra línea de suministros. Ya he dado orden de que las naves que hemos usado en Mona se dediquen al transporte de vituallas, con base en Deva. Desde el campamento fortificado, las provisiones serán llevadas al campamento permanente de la Gemina, y desde allí enviadas a las unidades que se dirigen al sur para interceptar a los rebeldes. —Dio un puñetazo sobre la mesa—. Soldados disciplinados y saciados contra bárbaros indisciplinados y al borde del hambre... Los controlaremos a distancia con patrullas de la caballería que harán de cebo, les haremos creer que nos pueden acorralar y los obligaremos a pelear.

—Exacto, gobernador —dijo Vindilo—. Creo que tendremos que encontrar un lugar donde establecernos a la espera de que llegue la mayor cantidad de refuerzos posible, incluidas las cohortes de la Augusta que aún están en los territorios de los siluros.

El gobernador hizo señas a los dos oficiales de que se acercaran y señaló un punto del mapa.

—Manduessedum.

Los dos examinaron el mapa.

—Ostorio Escápula<sup>25</sup> —añadió el gobernador— había mandado erigir un campamento aquí para una vexilación, con el fin de controlar el territorio de los icenos al

este. El campamento fue desmantelado a continuación, pero creo que merece la pena echar un vistazo a la posición. Según el mapa, el río delimita unas colinas boscosas que permiten el control de la llanura subyacente.

Vindilo asintió.

—Conozco el sitio. Debemos encontrar un trecho en que el terreno juegue a nuestro favor, impidiéndoles usar los carros de guerra. Si tú lo ordenas, partiré mañana con un par de *turmae* de caballería.

—Considera la orden ya impartida, Cayo Antonio.

Hacia dos días que Aquila y los suyos habían dejado a sus espaldas Londinium y habían forzado la marcha, avanzando hacia el oeste. A lo largo del camino se habían encontrado con varios prófugos, que se trasladaban con todo lo que habían podido llevar consigo. Habían comprado queso y vino a un mercader y habían escuchado varios relatos sobre lo que había sucedido en Londinium. Sobre todo, se habían hecho una idea de dónde podía encontrarse el gobernador y, por consejo de los fugitivos, habían atajado hacia el noroeste, en busca de la guarnición de la ciudad destruida, que iba a reunirse con las fuerzas de Suetonio.

Cuando la vislumbraron a lo lejos, el corazón les dio un vuelco. Hacia años que no veían una alineación en marcha. El cansancio y el dolor de la cabalgada se desvanecieron y los cuatro espolearon los caballos para alcanzar la columna en la hondonada. Algunos auxiliares de caballería que escoltaban al convoy se dirigieron inmediatamente hacia ellos, mientras la unidad se detenía para disponerse en formación de defensa. Aquila vio brillar las corazas escamadas de los arqueros, que cargaban las flechas. Hizo señas a los suyos para que se detuvieran y mantuviesen las manos completamente descubiertas.

A simple vista, los que se acercaron parecían galos romanizados. Uno de ellos llevaba un yelmo emplumado de alto oficial y Aquila y los suyos se llevaron la mano derecha a la frente, en señal de saludo. El oficial puso al paso el caballo y se abrió camino entre sus hombres. Respondió al saludo y se dirigió al veterano.

—Identificaos.

—Soy Marco Quintinio Aquila, centurión, en la reserva, de la Vigésima Legión. Él es Pablo Celio Amplio, *exoptio* de la Primera Cohorte, mientras que este hombretón es Cayo Gicio Molerato, veterano de la Primera Cohorte. Somos colonos y antes de la rebelión vivíamos en la región en torno a Camuloduno. Fue un viaje largo, pero finalmente hemos encontrado a alguno de los nuestros.

—Creo que en la columna hay otros de los vuestros. Si estáis intentando alcanzar a vuestra vieja unidad, vais en la dirección correcta.

Los tres sonrieron.

—¿Vas a unirte a las otras legiones?

—Sí, a la Gemina y a la Valeria —respondió el oficial—. Mi nombre es Quinto Curio Rufo, tribuno y comandante de la guarnición de Londinium, a la que tengo orden de llevar a Viroconio. —Los miró—. ¿Y este muchacho?

—Se llama Marcelo, es hijo de Aulo Tranio Fibreno, veterano de la Vigésima.

—Mi padre murió defendiendo su propiedad de los rebeldes.

El tribuno asintió.

—Lo siento. Uníos a la vanguardia de la columna, así no os perderé de vista.

Aquila espoleó el caballo poniéndose al costado del tribuno.

—He oído a algunos prófugos que decían algo sobre que la Hispana cayó en una emboscada. ¿Es verdad?

—Sí. Los supervivientes de la Hispana están atrincherados en su campamento permanente lamiéndose las heridas.

—¿Y la Augusta?

—No sé nada de ella, pero sí que Suetonio ha interrumpido la campaña en la isla de Mona para montar una ofensiva contra los icenos y los trinovantes. Disponía de la Gemina al completo y de buena parte de la Valeria, y ahora está rastreando toda la zona, para reunir al mayor número de hombres. —El tribuno dirigió una mirada rápida a Marcelo—. Apuesto a que él también se enrolará.

El grupo llegó a la cabeza de la columna. Aquila y los suyos intentaron buscar rostros conocidos entre las filas, pero los veteranos estaban al fondo. Prosiguieron el viaje al paso, siguiendo la pista que llevaba al norte y a lo largo del trayecto Quinto Curio Rufo los puso al corriente de lo que había sucedido, a partir del día en que Cato Deciano había ido a resolver ciertas cuestiones hereditarias con una tribu de los icenos, guiada por la viuda de un rey del que no recordaba el nombre.

—Hay un hombre que pide verte con urgencia, Boudica.

La reina abrió los ojos, deslumbrada por la luz de la lámpara de aceite del guardia. Por la oscuridad que había fuera de la tienda comprendió que aún era noche cerrada y se preguntó qué podía ser tan importante para que la despertaran a esa hora.

—¿Quién es?

—Un druida que dice llamarse Ambigath.

La mujer se estremeció.

—No puede ser —musitó, incrédula—. Que entre, quiero verlo. Pero tú quédate aquí.

La cortina se abrió y en la luz amarillenta de la lámpara apareció el rostro cansado del viejo druida. Verdaderamente era él, la duda de Boudica de que pudiera tratarse de un impostor se desvaneció y la mujer despidió al guardia. Después abrazó calurosamente al recién llegado.

—¿Cómo has logrado llegar hasta aquí?

El viejo la observó, con los ojos brillantes por la emoción.

—Aún no sé cómo, pero ciertamente debo agradecerélo a los dioses. De todos modos, ahora estoy aquí.

La reina le pidió que se sentara.

—¿Qué ha sucedido en la Isla Sagrada? Los rumores dicen que los romanos los han masacrado a todos, sin excepción.

El druida sacudió la cabeza.

—No lo sé —respondió—. Partí justo antes de la invasión. Govran, el sabio, quería que al menos uno de nosotros dos se salvara.

—Govran... ¿Qué habrá sido de él?

—Lo ignoro. Pero si una sacerdotisa de Andrasta consigue hacer lo que has hecho tú, entonces todo es posible.

—Puede que sí, Ambigath —dijo Boudica, y al druida le pareció captar un cierto cansancio en su voz—. Ha ocurrido todo tan deprisa que aún no consigo darme cuenta. Antes era una persona, solo debía ser una buena esposa y una madre para mis hijas. Con la muerte de Prasutagus he tenido que ocuparme de los clanes, las cosechas y los impuestos. He tratado de hacerlo lo mejor posible. Y un día, como un rayo del cielo, llegan unos soldados guiados por una innoble carroña y mi pequeño mundo se derrumba. —Bajó la cabeza, y de sus ojos brotaron nuevas lágrimas—. Los azotes, la humillación, el dolor... Aine y Mor violadas... Créeme, Ambigath, aquel día sentí que mi espíritu moría y he deseado que lo hiciera también mi cuerpo. —Cogió las manos de su viejo preceptor—. Después desperté con la espalda cubierta de heridas y mi clan se había convertido en una manada de lobos. Desde todas las tierras llegaban mensajes de apoyo, y hombres dispuestos a luchar para defender mi honor. Mi honor era también el suyo. Y he entendido que formaba parte de un designio de Andrasta. Quizá la mujer azotada aquel día ha muerto de verdad y la que tienes delante es un ser enviado por la diosa con un único fin. Vengar a Boudica.

El druida la cogió por los hombros con dulzura.

—Tú estás viva —dijo—, eres fuerte y valerosa, y un ejemplo para todos nosotros.

—Creo que cada día es un don por parte de Andrasta. Me ha confiado una misión y debo cumplirla.

—Todos nosotros tenemos nuestra misión, Boudica. Nada ocurre por casualidad.

La reina sonrió. Eran muy pocos los hombres cuyas palabras podían tranquilizarla. Ambigath era uno de ellos y, de inmediato, pensó en otra cosa.

—Estoy muy contenta de que estés aquí, también porque hay alguien que necesita tu ayuda. —Boudica se levantó y se envolvió en la capa—. Ven, solo tú puedes hacer algo.

Ambigath la siguió fuera de la tienda. Vio el águila de la Novena Legión y los otros estandartes caídos en manos de los guerreros rebeldes, dispuestos frente a un gran brasero que ardía en el centro del inmenso campamento. A lo lejos, las últimas llamas acababan de devorar Londinium.

La mujer lo guió hasta un carro cubierto. En el interior, un hombre reposaba en un camastro. Boudica encendió una lámpara, iluminando un rostro alterado por una mueca de sufrimiento y empapado de sudor helado y, sin embargo, aún en condiciones de transmitir un aura de espiritualidad.

—Miridin.

Al oír la voz de la reina, el anciano consejero abrió los ojos, mirando cansadamente al vacío.

—Miridin, hay alguien que ha venido a verte.

El viejo miró a Boudica. La mujer sonrió y se apartó, mientras el druida inclinaba la cabeza. El consejero tendió una mano temblorosa.

—¿Ambigath? ¿De verdad eres tú?

El druida le cogió la mano. Estaba fría y a la vez ardía por la fiebre.

—Soy yo, Miridin. —Sonrió—. Cuánto tiempo ha pasado, ¿verdad?

—La última vez que nos vimos, el rey Prasutagus aún estaba fuerte y saludable.

—Sí, lo recuerdo, amigo mío, y necesitaba tus consejos para administrar la paz, no para hacer una guerra.

Miridin trató de mover la cabeza, pero incluso hacer aquel gesto le suponía un esfuerzo enorme.

—En tiempos de guerra, mis consejos no sirven para nada. Solo soy una boca más a la que hay que saciar. Por eso me voy.

Boudica ahogó un sollozo.

—Te prepararé una poción, después te sentirás mejor —sugirió el druida.

—No lo creo, amigo mío. Sé que tus pociones son milagrosas, pero creo que los dioses me reclaman. Ya es hora de que abandone este cuerpo para ir al otro reino.

Boudica le cogió la mano y la apretó.

—No hables así, Miridin, te lo ruego. Sabes que no debes dejarme sola.

—Quisiera quedarme —dijo el viejo consejero—, al menos hasta que se cumpla la voluntad de los dioses, que te han llamado para realizar esta gran empresa, pero siento que ya no me quedan fuerzas. Tu mano me dice que tú tienes todas las energías necesarias para ello. —Se interrumpió, presa de un ataque de tos—. Por lo tanto, puedo marcharme tranquilo.

—Ha empeorado día tras día. Desde que tomamos Camuloduno no ha probado bocado.

Ambigath puso la mano sobre la frente del enfermo.

—Dejémoslo reposar, está muy cansado.

La reina se levantó, humedeció un trozo de tela y se lo pasó por la frente de Miridin. Después le acomodó un mechón de pelo y le cogió la mano, besándole los nudillos. El viejo esbozó una sonrisa.

—La fuerza y la dulzura. Gracias, reina, pero también tú debes descansar. Tienes un pueblo al que conducir hasta la victoria.

A la mujer le temblaron los labios.

—Mira hacia delante, Boudica. Escucha a tu instinto y no te rindas. No te rindas nunca. Andrasta está contigo.

Un destello iluminó los ojos verdes de la reina, que se separó de Miridin y bajó del carro. El druida se disponía a seguirla, pero Miridin lo llamó con un gesto de la mano.

—Escúchame, Ambigath.

—Sí, Miridin.

—Es importante que hayas vuelto.

El druida acercó el oído a los labios del viejo consejero, para atender a su último y débil susurro.

—En torno a este carro hay cien mil hombres dispuestos a morir, pero ella está sola, como todos los elegidos por el destino. —Ambigath asintió—. Hace días que trato de resistir, no por miedo a marcharme, sino porque no podía soportar el pensamiento de dejarla sola.

Los dos permanecieron en silencio.

—Ahora sé que estás tú y mi ánimo queda en paz. El designio de los dioses ha concluido. Nos veremos en el otro reino, Ambigath.

El druida inclinó la cabeza.

—No pasará mucho tiempo antes de que me reúna contigo.

Bajó la luz de la lámpara y en silencio descendió del carro.

El anciano consejero asintió, con la mirada perdida en el vacío.

Boudica alzó al cielo el precioso *torques*<sup>26</sup> de oro en la luz del ocaso.

—No ha sido la tuya una empresa fácil —dijo—. Siempre has actuado con juicio para dar paz y serenidad a tu gente. Ríndanse honores a tu virtud y a tu devoción por el pueblo de los icenos. Ve a las tierras de Arawn, sabio y puro, tal como nos has dejado. Que tu sabiduría pueda iluminar tu camino y el de nuestros hijos. —Puso el *torques* en el cuello de Miridin y le acarició el rostro céreo—. Te echaré de menos —añadió en voz baja, con los ojos arrasados en lágrimas.

El *torques* recitó una plegaria fúnebre dirigida a los dioses, mientras las personas queridas por el viejo sabio le ofrecían el último adiós y le dejaban al lado un objeto simbólico. Una vez terminado el homenaje de los icenos, el druida cogió una antorcha y prendió fuego a la pira funeraria colocada sobre una balsa construida para la ocasión.

Los guerreros empujaron la balsa en la corriente lenta del río. El canto triste de los bardos la acompañó largamente, hasta que las llamas se propagaron en una enorme hoguera que iluminó el agua negra, antes de ser tragada por ella.

Transcurrieron otros dos días, antes de que Boudica y los suyos decidieran moverse hacia el norte. La cabeza del gigantesco convoy de los rebeldes se puso en camino en el alba de una cálida jornada estival, entrando en el territorio de los catuvelaunos, en dirección a Verulamio, la ciudad más rica y odiada por los britanos.

Verulamio era peor que una ciudad romana, estaba habitada por britanos que querían ser romanos. El antiguo asentamiento transformado en ciudad había surgido durante el avance de las legiones de César, hacía más de cien años de la primera rebelión. Se habían establecido algunas poblaciones venidas de la Galia. No era raro que los recién llegados se integraran entre sus antiguos enemigos, como sucedía con los catuvelaunos. Pero, en Verulamio, los inmigrantes siempre habían mantenido, generación tras generación, un vivo resentimiento hacia los autóctonos. Un rencor que los había empujado a acoger con viva alegría la invasión de Britania por parte del emperador Claudio, al que habían suministrado un amplio apoyo. La administración romana los había recompensado mandando a las legiones a erigir casas, calles y confiriendo a la ciudad el estatus de municipio. Los habitantes de Verulamio eran libres para gobernarse y para disfrutar plenamente de los derechos de la ciudadanía romana, en una tierra en donde todos los demás contaban poco o nada. Su comunidad era una de las más ricas de Britania. Habría bastado mucho menos para desencadenar el deseo de venganza de icenos y trinovantes.

Después de lo que había sucedido en Camuloduno y Londinium, la población no vaciló en abandonar totalmente la ciudad, en cuanto supo que la horda bárbara se estaba acercando. Habían tenido noticias de los habitantes de Londinium y, conscientes del odio que muchos albergaban por ellos, abandonaron Verulamio mientras las vanguardias de la reina alcanzaban las cumbres circundantes.

Ante la imposibilidad de perpetrar nuevas matanzas, los rebeldes se ensañaron con las casas de ladrillos, con los templos, las pequeñas plazas y las lujosas villas

de los suburbios, y hasta con el cementerio. En busca de botín, aquí y allá fue descubierto algún desesperado, que pagó con atroces torturas el hecho de que la mayoría se hubiese salvado. Algunos grupos de guerreros avanzaron hacia el noroeste y consiguieron dar con varios centenares de habitantes huidos, que no habían renunciado a sus carros pesados en exceso. Otros, en cambio, se cruzaron con patrullas de bátavos que recorrían la zona, y volvieron atrás, hacia la columna de humo en el horizonte, el enésimo gran incendio producido por la guerra de los icenos.

Pero, entretanto, el tiempo pasaba.

## Viroconium Cornoviorum

*Campamento fortificado de la Decimocuarta Legión Gemina  
148 millas al noroeste de Verulamio  
Territorio de los cornovos  
Comienzos de agosto del 61 d. C.*

Tito Flaminio, de la tribu polentina de Faenza, cuarenta y cinco años con veintidós de servicio como soldado de la Gemina, aquilífero. He pasado ahora a una recta y mejor vida; mientras en el mundo de abajo se tienta a las personas a beber, aquí los dioses prohíben los frutos del vino y del agua, con el fin de llevar una larga vida, como las estrellas, pasando el tiempo con honor.

Epitafio de un aquilífero de  
la Legio Gemina en Viroconio (Wroxeter)

Las torres del campamento permanente de la Gemina aparecieron a última hora de la tarde como mudos centinelas. Para Aquila fue una visión impactante. Observó la larga empalizada delante de la cual surgían dispersas las viviendas del *vicus*, que abrazaban todo el costado izquierdo del campamento, extendiéndose más allá del lado oeste. Sobre la explanada delante del fuerte había algunas unidades adiestrándose. El veterano cerró los ojos, alzando el rostro al sol. Nunca habría pensado en volver a un sitio como aquel, en especial después de los recientes acontecimientos. Sonrió a los suyos, pero notó que el tribuno, en cambio, no parecía contento de pasar de la pacífica vida de guarnición en Londinium a la dura realidad de un campamento fortificado.

Un grupo de jinetes salió por la puerta pretoria en dirección al este, mientras que Aquila y los suyos se adentraban por las casas del *vicus*, atestadas de gente y de un gran número de legionarios de permiso. Los soldados debían obtener un pase especial para concederse un poco de esparcimiento antes de la partida. Algunos veteranos sobre la puerta de una taberna empezaron a burlarse de la columna de Rufo. Este los ignoró, al contrario de Tauro y Molerato, que respondieron con una mirada amenazante.

—Estamos en casa —dijo Aquila disfrutando de aquel baño de multitudes, de los puestos de los mercaderes, del olor de las hogazas de pan y de todos aquellos hombres, duros rostros de combatientes que abarrotaban las calles del mercado. Bajo un pórtico de madera había un armero, ocupado en forjar los anillos de metal de una *lorica hamata*. Detrás del puesto exponía espléndidas corazas de placas y varias espadas muy relucientes. El veterano pensó en ir a echar un vistazo de cerca, pero luego recordó que no tenía un sueldo y prosiguió, cruzándose con una patrulla del servicio de orden de aspecto marcial, que daba vueltas entre la multitud en busca de algún legionario que hubiera empujado demasiado el codo.

Los guardias los detuvieron a la entrada de la puerta principal y el centurión de servicio examinó la documentación que el tribuno le entregó.

—Se ha sumado más gente a lo largo del trayecto —dijo Rufo—. Veteranos de la Valeria y prófugos de los suburbios de Londinium y Verulamio.

El centurión asintió y se puso de lado para observar la columna. Gritó a los civiles que no se habían desperdigado por el *vicus* que salieran de la columna, después señaló al tribuno la calle principal.

—Atraviesa el campo y sal por la puerta opuesta, a la explanada más allá de la empalizada. Allí se encuentra el campamento de la Vigésima, de los auxiliares y de todos aquellos que aún deben ser asignados a una unidad. El prefecto de campo te dirá dónde montar las tiendas y un centurión se ocupará de poner en formación a los recién llegados. Los civiles deben permanecer fuera, a excepción de los que se quieran enrolar.

El tribuno asintió.

—Pero no tenemos tiendas.

—Eso es asunto vuestro.

Rufo lanzó una mirada molesta a aquel insolente, habituado a tratar con la soldadesca de la frontera, y ordenó a su ayudante que alejara a los civiles de la columna.

El centurión vio a Marcelo y, señalándolo, preguntó:

—¿Y él qué hace aquí?

—Viene conmigo —respondió Aquila.

El centurión examinó al veterano. Era un buen espectáculo, con la barba larga, la cicatriz que le atravesaba el rostro y la herida en la frente todavía sin curar del todo, sin contar la capa a rayas y los calzones de britano.

—¿De veras? ¿Y tú quién eres?

—Marco Quintinio Aquila, excenturión de la Vigésima. El muchacho es hijo de un veterano de esta, que he tomado bajo mi protección.

—Lo siento, centurión, pero no estoy autorizado a dejar entrar civiles.

—No puedo dejarlo aquí fuera, solo. Te pido que me dejes hablar con tu superior.

El centurión lo ignoró e hizo señas a la columna para que entrara, después de haber hecho que Marcelo abandonara las filas. Aquila salió, a su vez, de las filas y se puso al lado del muchacho. Detrás de él, Tauro y Molerato, observaron al oficial con mirada torva.

—¿Y vosotros?

—Vamos con él.

El centurión volvió a mirar a Aquila.

—Lo lamento, pero he recibido órdenes explícitas de Cayo Antonio Vindilo.

—¿Cayo Antonio Vindilo? —repitió Aquila—. ¿El que sirvió a las órdenes de Plinio en Germania?

—El mismo. ¿Lo conoces?

El veterano sonrió. Sí, estaba de veras en casa.

Después del baño caliente, Aquila había encontrado sobre el *subsellium* una túnica inmaculada, que le había devuelto una sensación de limpieza que tenía ya casi olvidada. El médico del campamento se había ocupado de sus magulladuras, con un ungüento de eneldo.

—¿Mejor, centurión?

El veterano miró a Vindilo, que acababa de entrar en la enfermería.

—¿Es así como se hace la guerra ahora? ¿Ungüentos y paños calientes?

—Aquí en la frontera nos concedemos algunos vicios.

—¿Has hecho azotar a aquel centurión?

El oficial se puso a reír.

—He puesto a tus lobos entre los veteranos de la Vigésima, junto con el muchacho. Si no se lo comen, podría incluso ser la mascota de la unidad. Repítame quién es.

—El hijo de uno de mi centuria, un excelente soldado —respondió Quintinio, pasándose la mano por la mejilla rasurada—. A su padre lo encontré yo. Lo quemaron vivo y lo clavaron en la pared de su casa.

Vindilo asintió, con expresión severa.

—Fue una rebelión inesperada —dijo—, una oleada de odio que nos ha cogido por sorpresa. Hemos perdido a varios como él.

—¿Cómo ha podido suceder, Antonio? ¡Tres ciudades destruidas, miles de colonos masacrados, y, por si no fuera suficiente, también el desastre de la Novena!

—Creíamos que éramos superiores, Aquila —repuso el comandante de la caballería—. Hemos actuado sin pensar en las consecuencias que podrían tener a largo plazo algunas decisiones. Hemos usado el puño de hierro con los enemigos, pero hemos desconfiado de los aliados y hemos desarmado a unos y otros sin distinción. Y ahora lo estamos pagando.

Aquila reflexionó sobre esas palabras.

—¿Qué haremos?

—Provocaremos una batalla campal.

—¿Cuándo llegarán los refuerzos?

—Han llegado hoy.

El veterano rio.

—Entonces, ¿somos solo nosotros?

Vindilo hizo una mueca.

—Si debemos morir derrotados, somos incluso demasiados. Si debemos vivir, y vencer, mayor será el trozo de gloria para cada uno.

El veterano sacudió la cabeza.

—¿De cuántos hombres podemos disponer?

—Tenemos a la Gemina, varias cohortes de la Valeria, cerca de tres mil auxiliares bien formados, las distintas unidades y vexilaciones llegadas un poco de todas las guarniciones, incluidas un par de cohortes de la Augusta y un millar de germanos a caballo. —Vindilo rio sarcásticamente—. Ah, me olvidaba, también hay un tropel de veteranos, colonos y britanos recién llegados, a los que hay que incluir en la alineación.

—¿En total, cuántos?

—Doce mil hombres, quizá más.

—¿Y los verdaderamente útiles? ¿La mitad? ¿Siete mil?

—Tal vez ocho mil.

Aquila asintió con la cabeza y permaneció unos instantes en silencio.

—Si tienes dudas, *centurio*, puedes continuar hacia Deva y embarcarte para las Galias.

El veterano miró a su viejo amigo.

—¿Y perderme el espectáculo? De eso nada.

—No tenía dudas. Tú y yo somos iguales. Podemos criar ganado o cultivar trigo, durante un tiempo, pero, si olemos la batalla, no somos capaces de mantenernos alejados.

Se dieron un apretón de manos.

—Ayúdame a vender mi caballo —continuó Aquila—. Debo equiparme y he visto a un armero aquí fuera que tenía piezas interesantes.

—¿Un hombre rico como tú debe cambiar el caballo por una armadura?

—No tengo un sueldo. He enterrado casi todo lo que tenía, pero recibí un golpe en la cabeza y ya no recuerdo dónde.

Los dos rompieron nuevamente a reír, mientras el médico se secaba las manos y los miraba, escéptico.

—A veces me pregunto qué tenéis en la cabeza, vosotros os creéis inmortales.

—¿Cómo va mi hombro?

—Aún no está curado —respondió el médico—, pero imagino que decirle a alguien que se llama Aquila que se cuide sería como hablarle a una pared.

—El nombre no tiene nada que ver —intervino Vindilo, con un tono falsamente amenazante—. Como has dicho tú, matasanos, es lo que tenemos en la cabeza.

Hubo otra carcajada, mientras el médico salía, resentido.

—Ya pienso yo en tu chatarra, conserva el caballo.

—Gracias, Cayo Antonio.

—Bien, diría que podemos ir a descansar. Mañana salgo en una partida de reconocimiento. Solo debo encontrar el campo de batalla más adecuado para despedazar a esos bárbaros. Y me gustaría que vinieras conmigo.

El veterano miró a su amigo.

—Dame un yelmo crestado, Cayo Antonio. Quiero guiar una centuria.

El oficial vaciló durante un momento, antes de responder.

—Todas las unidades ya tienen un mando, Marco. Y quizá tú no estés en forma, ¿no crees?

Aquila lo cogió de un hombro.

—Necesitas oficiales que agrupen a todos los recién llegados, Cayo Antonio. No puedes quitarlos de las otras unidades, como has dicho, ya tienen un comandante.

Dame algunos buenos veteranos y a esos prófugos dispersos, y yo te los transformaré en un destacamento compacto y dispuesto a morir hasta el final.

La mirada de Vindilo se detuvo en el hombro vendado de Aquila, dudó. Después pasó a los ojos.

—En el fondo —concluyó—, ¿por qué no?

Marcelo empujó a Tauro, que roncaba ruidosamente con la boca abierta.

—Si me tocas una vez más, chaval, te aplasto como una mosca.

—Ven aquí fuera, no te lo vas a creer.

—¿Qué?

—Ven.

El *optio* se desperezó, farfullando una sarta de maldiciones, luego dio un codazo a Molerato.

—Despiértate, elefante, que aquí también los niños dan órdenes, ahora.

Se levantó y salió de la tienda. Aquila estaba frente a él, en uniforme de batalla.

—Una vez conocí a un *optio* muy competente, capaz de sacar de la cama a toda una unidad y ponerla en formación en el tiempo que necesitaba su centurión para mear.

—¿Qué? —masculló Tauro—. ¿Qué unidad?

—La que está a punto de convertirse en la última centuria de Aquila.

El veterano rubio se puso a gritar órdenes de una tienda a otra, en algunos casos secundando los alaridos con una buena patada. Parecía haber renacido.

En poco tiempo el *intervallum*<sup>27</sup> se llenó de hombres adormecidos y confusos, que temblaban de frío en la frescura del alba. En general, habían llegado en los días anteriores y aún no habían sido asignados a ninguna unidad. Aquila pasó revista. Aquila pasó revista, batiendo su vara de vid en la palma de la mano. Llevaba una *lorica hamata* apretada en la cintura por un *cingulum* con placas de plata, y un espléndido yelmo de *praefectus alae*,<sup>28</sup> coronado por una cresta blanca de crin de caballo, que permitiría que fuera

reconocible por cualquiera de los suyos.

—Sabéis mejor que yo —empezó el centurión— qué ha sucedido y qué está ocurriendo en esta provincia. Y, si estáis aquí, significa que lo habéis perdido todo, o casi. Tal como me ha ocurrido a mí. —Algunos veteranos asintieron, con la mente en las imágenes de casas abandonadas y ahora destruidas—. La furia de los icenos se ha desencadenado sobre nosotros sin avisar. No sé quién es el culpable de todo esto, no es mi deber establecerlo. Lo que cuenta, en este momento, es que a pesar de los duros golpes sufridos, Roma se prepara para responder. Y la respuesta comienza aquí, en Viroconium Cornoviorum, porque desde este lugar partirán los hombres que se enfrentarán a los rebeldes y los derrotarán.

Aquila hizo una pausa y los miró a la cara, uno a uno.

—He pedido que se me permitiera conducir una centuria, como tantas veces hice en el pasado, porque quiero estar entre aquellos que conquistarán sobre el terreno el derecho a recuperar lo que les pertenece. De este fuerte deberán salir solo hombres que puedan combatir hasta el final, y seleccionarlos es mi tarea. Hombres dispuestos a pagar con sangre las propias tierras, hombres que no se rendirán, hombres que morirán de pie, no de rodillas. ¡Hombres que, como yo, no quieren escapar a su destino, sino vencerlo!

Por el tono de los murmullos, y, observándolos a la cara, se dio cuenta de que sus palabras les había llegado al corazón.

—No sé qué sucederá después de que los *cornicines* hayan dado el toque de inicio de la batalla. No sé si seremos aplastados por los enemigos o si marcharemos sobre sus cadáveres, pero sé que deseo estar ahí. ¿Vosotros también queréis estar conmigo?

Rhiannon salió del arroyuelo goteando, perlas de luz constelaban su piel de mil pequeños reflejos.

Estrujó varias veces el largo cabello, después alzó el mentón hacia el cielo y pasó las manos sobre el rostro para quitarse el agua, bajó por el cuello hasta rozar los pezones turgentes por el frío y prosiguió a lo largo del abdomen plano y esbelto, que dejaba entrever los músculos bajo la piel suave. Aquel baño junto a los de su clan le había hecho recordar los días despreocupados en el estanque, de niña, más allá de los bosques de su aldea. Se inclinó para recoger la túnica, se la puso y se extendió bajo las frondas de un plátano para saborear la brisa estival, con el corazón que aún latía con fuerza por el vigoroso chapuzón. Cerró los ojos y, como siempre, su pensamiento volvió a Aquila.

Lo vio otra vez ensangantado a sus pies, mientras los demás miembros del clan le escupían encima, lo oyó espolear al caballo herido y percibió el dolor que le había producido la piedra que lo había golpeado en la sien. Sí, sintió el dolor y se le hizo un nudo en la garganta, como si una mano áspera le apretara el cuello. Recordó cómo, al quedarse sola, había descubierto los dedos manchados de su sangre y se los había llevado a los labios...

El recuerdo de la sangre la devolvió bruscamente a Camuloduno, a la mujer del colono torturada por la multitud y arrastrada desnuda por el polvo, a sus tres niños asesinados y decapitados, a los soldados masacrados incluso después de muertos... Después vino el asalto a la legión, y el herido que dos guerreros sujetaban, mientras ella le hundía la hoja en la garganta. Durante muchas noches aquel rostro contraído por el miedo a la muerte había vuelto a manifestarse en sueños, y del rostro despuntaban una, dos, diez manos, y cada mano sostenía una espada y la boca se abría en un alarido mudo, y diez manos hundían diez espadas en las carnes indefensas de Rhiannon, y de cada una ella sentía el dolor... En aquel punto se despertaba, gritando e invocando el nombre de su padre, y él llegaba y la consolaba, como cuando era niña.

En Londinium había matado por segunda vez, a un viejo que se escondía, tembloroso, detrás de la puerta de una casa. Lo había golpeado por la espalda y había evitado mirarlo a la cara. Él no había vuelto a atormentarla en sueños, no, pero en su lugar había reaparecido Aquila. La llamaba, herido, lacerado y sucio de sangre como aquel día... Quién sabe dónde estaba, en aquel momento.

—Te has cansado pronto.

Rhiannon abrió los ojos y se vio delante de Quinn, el joven guerrero que comenzaba a gozar de una cierta fama entre los trinovantes. Fue hacia ella, desnudo y musculoso, reluciente de agua, con el largo cabello dorado pegado al cuerpo. Se sentó a su lado y echó un vistazo a los otros aún enfrascados en jugar a la lucha en el agua. Luego la miró y su sonrisa ávida le transmitió toda la juvenil y salvaje insolencia de aquel que era para todos el Lobo Cazador.

—Y tú, ¿por qué has salido?

—No quería dejarte sola.

—He venido aquí precisamente para estarlo.

Quinn rio, pero le molestó la respuesta. Ella lo miró con atención. El rostro liso y bronceado, los ojos azules risueños y los dientes blancos y afilados, de lobo. Y se preguntó por qué un guerrero tan joven, guapo y valiente, deseado por tantas muchachas del clan, le resultaba, en cambio, tan desagradable.

—Confío en que, cuando todo haya acabado, dejarás de tener ganas de estar siempre sola. —Le rozó una mano—. Quizá deseas celebrar la victoria conmigo.

Ella se retrajo.

—¿Cuándo llegará la victoria, Quinn?

—Pronto, Rhiannon, pronto. Las legiones no pueden escapar siempre. Dentro de poco nos enfrentaremos a ellas.

—Es lo que temo.

Él la miró altivo.

—¿Por qué? Les vencimos ya una vez. Los soldados de la Hispana que aún pueden contarlos se están lamiendo las heridas, encerrados en su fuerte. Los otros son pasto de cuervos y lobos. ¿Crees que eran novatos, o gordos mercaderes indefensos, como los de Camuloduno?

—No creo nada, Quinn, solo estoy confusa. Vivimos como nómadas, saqueando todo lo que se nos pone a mano. Hasta ahora el hecho de que seamos tan numerosos ha prevalecido, pero antes o después tendremos que regresar a nuestras tierras, a nuestra vida de antes.

—Aún no es el momento, mi bella guerrera. Todavía debemos echar a los romanos al mar y, después, ocuparnos de esos siervos vendidos, los regnenses, que siempre han apoyado a Roma y, por eso, deben acabar como los catuvelaunos de Verulamio.

—La gente querrá volver a casa.

—Hará lo que los jefes de clan decidan.

—¿Y quién obligará a los jefes de clan a que acaten las decisiones? ¿Por qué los trinovantes o los icenos han de luchar contra los regnenses, que viven al sur, tan lejos?

—Para dar ejemplo, será una advertencia para todos aquellos que, en el futuro, apoyen a otros invasores.

—Así aumentaremos su sentimiento de odio y, antes o después, pedirán ayuda a otros contra nosotros. Mi padre dice que nuestras continuas hostilidades con los catuvelaunos han sido las que lo han empujado a los brazos de Roma, hace veinte años.

—Si es así, lo han pagado caro. Su hermosa ciudad romana está allí, ardiendo.

Señaló el humo que aún se elevaba de los escombros de Verulamio.

—Sí, pero ellos se han marchado y un día se lanzarán a tu yugular, y entonces serás tú quien la pague. —Con un gesto de ira, recogió un guijarro y lo lanzó al agua—. Mi padre sostiene que sus guerreros están marchando con las legiones de Suetonio. Había que salvar Verulamio y para ello era preciso atacar a los romanos antes de que se reunieran.

Quinn soltó un bufido.

—Tengo un gran respeto por tu padre, Rhiannon, que ha hecho mucho por su pueblo. Pero también sé que él es viejo, y ya es hora de que nuevos jefes tomen el poder, más jóvenes, capaces de mandar sobre tribus unidas ya por haber echado al mar a los romanos.

—¿En quién piensas? ¿En ti?

—Camuloduno ha caído también gracias a mi ayuda —rebatía él, molesto por el matiz despreciativo del tono de la muchacha—. Y en la emboscada contra la Hispana fui el primero en penetrar en sus filas, y en Londinium guie la carga de los jinetes. Mi valor será premiado por los jefes de clan.

—No dudo de que te enriquecerás y de que conquistarás botín y fama. Pero nunca serás jefe de clan.

—Ya hablaremos cuando arroje la cabeza de Suetonio a los pies de Boudica.

Rhiannon se encogió de hombros.

—Ese día se premiará a los que han actuado como yo, y acaso se les entregue como esposa a la bella hija de un rey.

Ella lo fulminó con la mirada y se levantó de golpe.

—Mi padre nunca lo permitirá.

—Un rey debe anteponer el bien de su clan a los caprichos de su única hija.

—En efecto, es lo que haré.

Murrogh estaba al lado de ellos. Su mirada severa, enmarcada por las trenzas plateadas que se unían a la densa barba, hizo que el muchacho se ruborizara.

—Pero antes deberemos derrotar a los romanos. Con las armas, no con chácharas. Después los reyes se sentarán a la mesa de los vencedores y decidirán qué hacer.

Si eres invitado a esa mesa, podrás hablar.

Quinn asintió, sin atreverse a rebatir.

—Mientras, te daré un consejo: después de la batalla, trata de llevar a Boudica, aún pegada al cuello, al menos tu cabeza.

Marcelo había sido el primero en ser ignorado por los veteranos de la centuria. Después, en recuerdo de su padre, los *milites* habían empezado a tratarlo como a la mascota del grupo y lo habían apodado Catulo, «el cachorro». Pero su ascendencia no lo había salvado del duro trabajo. Debía correr como una liebre con los odres de agua para dar de beber a los hombres durante el riguroso adiestramiento que Aquila impartía cada día a la unidad.

Edad, buena salud, altura mínima, los parámetros habituales de alistamiento, se habían obviado. No había que pasar un examen, sino combatir en una batalla. Y por eso incluso un cojo desfigurado lleno de magulladuras servía, si sabía sostener un arma y clavarla en la barriga de un trinovante. Y Aquila sabía hacerlo, incluso con una mano atada a la espalda.

Los veteranos que lo habían seguido eran hombres de probada experiencia y confianza. Aguantarían cualquier enfrentamiento, aunque su condición física distaba de ser la misma de hacía cuatro años, cuando se licenciaron. Sin embargo, a pesar de algunos achaques y de algunos kilos más, tenían en el cuerpo una rabia y un ansia de venganza de los que no todas las unidades podían jactarse. Como colonos, habían perdido el fruto de su duro trabajo. Muchos de ellos habían visto las casas destruidas y a sus familiares masacrados. Algunos habían perdido aquel hijo que ahora veían en Catulo, pero incluso quien había conseguido salvar a su familia albergaba un deseo de revancha sobre los insurgentes. Y para muchos volver a combatir bajo las enseñas de la legión representaba un retorno a los años hermosos y terribles de la juventud, volver a tener esa fuerza que habían perdido cultivando la tierra o criando ovejas.

Aquila contaba con estos veteranos también para conseguir adiestrar a los otros. Eran principalmente prófugos de Londinium, entre otros, varios jóvenes que querían vengar el saqueo de su ciudad con la sangre de icenos y trinovantes. Hijos de ricos mercaderes que habían permanecido allí para proteger sus comercios e hijos de campesinos de los alrededores. Pasaban las jornadas golpeando palos de madera con el *rudis*<sup>29</sup> y defendiéndose con pesados escudos de mimbre, bajo el ojo crítico de Aquila, Tauro y Molerato.

—¡No, no, no! —gritó el centurión a un muchacho—. Nada de movimientos holgados. Estaremos en formación en poco espacio, ¡debéis golpear de lado, maldición, solo de lado! No quiero ver mandobles, porque corremos el riesgo de herirnos entre nosotros. ¡Vuelve a intentarlo! ¡Ánimo!

Aquila los hizo detener a todos, llevó aparte al joven *tiro*<sup>30</sup> y se colocó delante de él en posición de guardia, para que todos lo pudieran ver.

—El *scutum* debe mantenerse pegado al cuerpo, debéis tenerlo metido contra vosotros, si no no os protegerá, es más, servirá de arma para los enemigos.

Dio un ligero empujón al escudo del muchacho. La pesada protección se inclinó hacia atrás y el borde superior lo golpeó en la boca. El muchacho gritó y dejó caer el *rudis*, llevándose la mano al labio partido y sangrante.

—¿Has visto?

Los otros permanecieron en silencio mirando los efectos de un pequeño golpe.

—Pensad en si le hubiera dado con todas las fuerzas, con el peso del cuerpo en plena carrera. Le habría partido la mandíbula y se habría creado de inmediato un punto débil en la alineación. Y tú, deja de lamerte el labio, mujercita. ¡En posición!

El muchacho escupió al suelo, con el rostro enrojecido, y se inclinó a recoger el *gladius* de madera, después se puso en posición, con el hombro firmemente anclado en la pared interna del escudo, el borde inferior apoyado en la tibia izquierda y el yelmo en el ángulo superior. Aquila le asestó una poderosa patada pero el muchacho no se movió. El centurión probó con un empujón, y el muchacho aguantó el choque.

—Esta es una buena guardia —dijo—. ¡Ánimo, tomad ejemplo y volved a intentarlo, todos!

Dio una palmada en el hombro del recluta e hizo señas a Tauro y Molerato de que continuaran.

—¡Catulo!

El muchacho llegó corriendo, con las cantimploras y botas colgando por todas partes.

—Aquí estoy, Aquila.

—¿Has dado de beber a Tauro y Molerato?

Marcelo se miró los pies.

—Vamos, os he visto desaparecer detrás de la tienda. ¿Les has dado de beber?

—Eh...

—Nada de favoritismos. Somos todos iguales, aquí, salvo yo, porque soy el que dice cuándo se puede beber y cuándo no.

—Sí.

—No te oigo.

—¡Sí, señor!

Aquila le lanzó una mirada torva, pero dentro de sí estaba encantado con el muchacho. Se convertiría en un excelente soldado.

—Ahora, prepárate, dentro de poco podrás entrar en formación. En cuanto a Tauro y Molerato, dado que ya han bebido, pasan de ronda.

Aquila ordenó detenerse y concedió a los hombres que se sentaran en el suelo. Pero nadie podía quitarse el yelmo, la coraza o la almilla de cuero. Debían habituarse a las largas esperas bajo el sol.

Aguardó a que todos hubieran bebido y dijo:

—Con toda probabilidad, se nos colocará detrás de una unidad de veteranos de la Gemina o de la Valeria. Si fuera el comandante, mantendría las unidades como la nuestra en el interior de la formación. Por lo tanto, tendremos delante de nosotros manípulos muy bien adiestrados, al menos en la primera fase del enfrentamiento. Después, pueden suceder varias cosas. —Se aseguró de que todos estuvieran bien atentos, y prosiguió—: Nuestra primera línea cede, y entonces nos toca a nosotros sostener el choque del enemigo. Si, en cambio, la que cede es la primera línea enemiga, nosotros, que estamos frescos y reposados, relevamos al manípulo que nos precede para avanzar. O bien se ensancha la línea del frente, por cualquier motivo, y de golpe nos encontramos también nosotros en primera línea. —Hizo una pausa y los miró, esperando que todos hubieran entendido—. No puedo saber cuál de estas situaciones se concretará, pero sí que combatiremos, incluso aunque se nos coloque al fondo. Por eso, ahora aprenderemos a movernos como manípulos y a afrontar al enemigo con una primera línea siempre fresca y lista para combatir.

—¿Aún hay un puesto libre en esa primera línea?

Aquila reconoció la voz aún antes de volverse. Era Marco Ferrio, cubierto de polvo y con una larga barba. Tauro y Molerato se le acercaron. No habían vuelto a verlo desde que se separaron después de la baladronada de Camuloduno. Los apretones de mano transmitieron todo el calor del encuentro. Ferrio parecía trastornado, después de quién sabe cuántas millas al galope embutido en la pesada coraza de placas de la infantería.

—¿Qué ha sido de Durio?

Fue Tauro quien puso voz a lo que todos se preguntaban.

El veterano sacudió la cabeza.

—Nos asaltaron los rebeldes el mismo día en que nos despedimos. Mi caballo se desplomó al suelo, caí y me disloqué una muñeca. No podía sostener la espada.

Durio me dio su caballo, y se quedó protegiendo mi fuga. «Si te quedas», me dijo, «no los detendrás, moriremos los dos». Gracias a su sacrificio he conseguido alcanzar a mi familia y los he puesto a buen recaudo en el sur, en las tierras de Cogidumno.

Aquila lo miró.

—¿Y por qué has vuelto atrás, si estabas tan lejos?

—La muñeca está curada —respondió el veterano, tajante. «Y se lo debo a Durio», añadieron sus ojos—. ¿Dónde me pongo?

—En primera fila, Ferrio —respondió Aquila, señalando la centuria—. En primera fila.

El borde de la cortina se apartó para dejar entrar a Cayo Antonio Vindilo, mientras un sirviente despojaba de la cota de malla a Aquila.

—Ya estamos. Hemos dejado Verulamio. Mañana prepararemos la partida y pasado mañana al alba saldremos.

Aquila se pasó la mano sobre el rostro cansado.

—¿Conseguiremos llegar antes que ellos?

—Según mis cálculos, cubriremos la distancia en tres días a paso militar. Ellos tardarán entre diez y doce días para entrar en contacto. Teniendo en cuenta que partieron ayer, aún les sacamos al menos cuatro días de ventaja.

Vindilo desplegó un mapa sobre la mesa del centurión.

—El sitio es tácticamente perfecto. Por aquí, en la hondonada, corre un río. En esta época se puede vadear y no tiene fuertes corrientes, pero no deja de ser un río y ralentiza los movimientos. Al este del mismo el terreno sube, formando una especie de garganta cerrada por densos bosques a derecha y a izquierda. Si quieren permanecer unidos, a los carros y a los caballos no les queda más remedio que pasar por este corredor. Es difícil atravesar los bosques sin dividir a las unidades. Y una unidad separada ya está medio vencida.

—¿Conseguiremos cubrir la línea del frente?

—Si llegamos antes, podremos distribuirnos en el mejor lugar y elegir las distancias exactas con la caballería a los lados.

El centurión estudió el mapa.

—Si de verdad conseguimos tomar esta posición, podremos disminuir drásticamente nuestra desventaja numérica.

—No, Aquila. —Vindilo dio un puñetazo sobre el mapa—. Yo creo que podemos anularla.

Aquila lo miró en silencio. Se limitó a memorizar ese nombre.

Manduessedum.

## Manduessedum

*El sitio de los carros de guerra  
94 millas al norte de Verulamio  
60 millas del campamento fortificado de Viroconio  
Territorio de los coritanos  
Finales de agosto, año 61 d. C.*

Pensad en cuántos estamos combatiendo y por qué, entonces venceréis esta batalla o moriréis.

PUBLIO CORNELIO TÁCITO,  
«Discurso de Boudica», *Anales*, XV, 35

En el corazón de la noche, Quinn Lobo Cazador llegó al galope con sus jinetes y, enseguida, fue a ver a Cathmor, que velaba junto al fuego, envuelto en la capa. La mirada de hielo del iceno de rostro desfigurado siguió al muchacho mientras bajaba del caballo, cansado y con el cabello empapado de polvo y sudor.

—Hemos seguido a distancia a algunos exploradores. Han remontado el río por el norte, después han desaparecido detrás de un recodo, más allá del cual hemos entrevisto miles de fuegos. Los hemos encontrado.

—¿Estás seguro de lo que dices?

Quinn cogió una cantimplora de sidra de la tosca mesa de madera y bebió con avidez, luego se secó la boca con la mano y examinó a Cathmor.

—Si no me crees, ¿por qué no te acercas a verlo tú mismo? Si partes ahora y vas deprisa, quizás estés allí al alba.

Cathmor volcó la mesa de una patada, se abalanzó sobre el joven guerrero y lo tiró al suelo con un violento empujón. Uno de los jinetes desenvainó la espada, pero los icenos, que acudieron de inmediato, rodearon al grupo en un círculo de lanzas. Cathmor levantó a Quinn como una pluma, agarrándolo por la garganta con su mano de piedra.

—Pequeño insolente, te aplastaré como...

—¡Quietos!

Los hombres reconocieron la voz de Boudica y al instante el círculo de lanzas se abrió.

—¡Cathmor, deja al muchacho!

El guerrero la miró, con dos cuchillas ardientes en vez de ojos.

—Te lo ordena la reina. Y te lo pide, como favor, la esposa de tu antiguo soberano.

—Así está mejor —gruñó Cathmor. Dejó la presa, mientras Quinn jadeaba, casi agonizando.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Boudica.

—Me ha insultado —respondió Cathmor.

—¿El motivo?

—Afirma haber encontrado a las legiones.

—¿Dónde?

Lobo Cazador se dirigió a la reina, pasándose la mano por el cuello dolorido.

—Quiero que se me trate con el debido respeto.

—No hagas que me enfade, muchacho. ¿Dónde las has visto? —espetó Boudica con los ojos muy abiertos.

—Al norte, donde el camino hacia Deva se encuentra con el río. Hay varias colinas boscosas.

—¿Tienen un campamento fortificado?

—No lo sé, pero he visto miles de fuegos a lo lejos.

—¿Nada más? ¿No podías haberte detenido y tratar de recabar más información, en vez de correr hasta aquí para hacerte el gallito? —La reina estaba preocupada y trató de esconderlo bajo la irritación—. Miles, dices, ¿cuántos miles?

Quinn tuvo un arrebató de ira.

—¿Qué importa? El territorio está lleno de pequeñas patrullas a caballo que huyen en cuanto nos avistan, como si quisieran mostrarnos el camino que debemos seguir para alcanzar sus guarniciones, al norte. ¿Qué más da si están atrincherados en un fuerte o si luchan a campo abierto? Nosotros iremos, de todos modos, a encontrarnos con ellos, con miles de carros y de bueyes.

Boudica miró a Cathmor.

—¿Crees que nos están esperando?

—Es posible.

—No, seguro que sí —intervino el rey Rhuadri, abriéndose paso entre el círculo en torno a la reina—. Los romanos ya han elegido el lugar, nos corresponde ahora a nosotros decidir cuándo. En cuanto a su número, si la legión establecida en el sur se ha unido a las otras dos, podrían ser unos quince mil hombres, más la caballería, los auxiliares y nuestras tribus aliadas a ellos. Si han encontrado otros refuerzos y aliados, podrían ser, como máximo, el doble, unos treinta mil.

—Treinta mil hombres son muchos —señaló la reina.

—Incluso así seguimos siendo tres contra uno.

—El asunto no es cuántos son ahora —intervino Murrogh, que se había unido al grupo—. El asunto es que, cuanto más esperemos, más llegarán. Nos hemos equivocado deteniéndonos en Londinium y en Verulamio, y dándoles tiempo para reorganizarse. Apuesto a que el astuto Suetonio nos lo está agradeciendo.

—Esto sirve también para nosotros —rebatió Cathmor—. ¿Cuántos guerreros se nos han unido después de la destrucción de Londinium y Verulamio?

—Sí, pero les hemos ofrecido la posibilidad de escoger el lugar en el que enfrentarnos.

—Solo han elegido el sitio donde los enterraremos. ¡Gracias al hecho de ser tan numerosos, rey Murrogh!

Suetonio vadeó el río al galope y, llegado a la orilla opuesta, bajó de la silla. Miró atentamente el barranco que subía y se adentró a pie entre la hierba alta.

—En la guerra, la valentía de los hombres cuenta más que cuántos sean estos.

—No hay duda —dijo Cayo Antonio Vindilo, que caminaba a su lado.

—Pero el lugar en el que se combate aún es más importante que su valentía —prosiguió el gobernador, admirando la extensión de yelmos de sus legionarios que centelleaba sobre la colina—. Ah, y coloquemos en lo alto también las balistas y carguémoslas con piedras. Gracias al desnivel, las lanzas llegarán lejos y podremos golpearlos también en la retaguardia.

Vindilo valoró las distancias y asintió. Detrás de él un amanuense apuntaba las indicaciones de Suetonio.

—Quiero los bosques laterales llenos de arqueros. Pongamos las dos legiones y las vexilaciones de la Augusta en el centro, con los auxiliares a izquierda y a derecha. En los extremos se situarán los aliados, y después, para cerrar, la caballería. Tú estarás al frente del ala izquierda. Y te ruego que elijas un buen comandante para la derecha. Quiero una carga perfectamente coordinada, una enorme tenaza que estreche a esa jauría de salvajes en el centro, donde será acribillada por una lluvia de piedras.

Un pequeño grupo de jinetes llegaba al galope. Inmediatamente los *singulares* dispusieron una defensa en torno al gobernador, mientras una *turma* iba al encuentro de los jinetes empuñando las armas. Eran los exploradores enviados por Suetonio, de regreso al campamento. El decurión que los guiaba se acercó al gobernador y desmontó.

—Creo que el pez ha mordido el anzuelo, gobernador.

—¿A qué distancia están?

—Son tan lentos que tardarán al menos dos días.

—¿Cuántos son?

El decurión se encogió de hombros, para excusarse.

—Perdóname, pero es una masa tan enorme y confusa que es imposible decir cuántos son. Además, viajan con centenares de carros y miles de cabezas de ganado.

Parecen un pueblo en busca de una nueva tierra, más que un ejército que va hacia la batalla.

Suetonio reflexionó.

—Creo que llegarán y acamparán más allá del río. Se proveerán de agua, después darán de beber y de comer a los caballos y al resto del ganado. Al alba del día siguiente, estarán listos para atacarnos.

—¿Y si excaváramos un foso a media altura, provisto de trampas?

El gobernador miró de nuevo la posición.

—No, porque podría complicar la vida de nuestra propia caballería. No, debemos seguir hostigándolos para que retrocedan. Si ceden, será el río el que retardará su fuga y dará lugar a la contienda. Mientras tanto seguimos teniéndolos bajo el tiro de los *tormenta*.

Suetonio cogió el mapa y pidió que le entregaran los apuntes del amanuense.

—Probemos la posición, mi guardia permanece aquí y, bajo mi mando, la carga de la caballería ensaya. Entretanto hagamos entrar a todos los hombres para ver cuál es el mejor punto del barranco en el que alinearnos. Una vez elegida la posición de la infantería, dispondremos las máquinas. Quiero que los hombres intenten alinearse hasta el límite y que avancen hasta donde estamos nosotros. Disponemos de hoy por la tarde y de mañana para probar. Pasado mañana los hombres deberán descansar. Los quiero frescos para el día del enfrentamiento.

El grupo de oficiales montó en la silla y comenzó a subir la montaña. Suetonio señaló a Vindilo el bosque situado a los lados.

—No debes introducirte entre ellos, solo empujarlos al centro, siguiendo el terreno.

El comandante de la caballería asintió.

—Recuerda que el resultado de la batalla dependerá de ti.

—Es una gran responsabilidad, gobernador, pero la asumiré con gusto.

Los dos llegaron a los alrededores del campamento provisional. El adiestramiento avanzaba de forma continuada: un grupo estaba probando el lanzamiento simultáneo de los *pila*, otros se ejercitaban en el combate cuerpo a cuerpo, mientras algunos manipulos desfilaban siguiendo las órdenes de los centuriones.

Suetonio ordenó a los *cornicines* que llamaran a reunión. Las unidades se alinearon y, cada una a su vez, fueron en formación al propio destacamento. Después los dos aquilíferos de la Decimocuarta y de la Vigésima avanzaron sobre el campo, hasta la mitad de distancia entre el río y el campamento romano sobre la colina. Teniendo en cuenta la posición de las águilas pusieron en fila todos los portaestandartes, para que los comandantes valoraran los espacios en los que operar sin perder tiempo en mover hacia delante y hacia atrás grandes formaciones de hombres. Cuando los lábaros estuvieron situados, los comandantes de las cohortes alcanzaron sus enseñas con las unidades a sus órdenes. Así, como en un gran cuadro viviente, la alineación cobró forma bajo la mirada atenta del gobernador, que estudiaba y desplazaba la disposición de las cohortes.

—Y los de allá abajo, sin una enseña, ¿quiénes son?

Vindilo levantó la mirada hacia la colina.

—Son los que acaban de llegar a Viroconio, veteranos de la Vigésima en la reserva y algunos prófugos dispersos.

—Ponlos a la izquierda, detrás de los auxiliares.

—Sería una lástima. Los he confiado a Marco Quintinio Aquila, excenturión de la Vigésima en la reserva, que los ha puesto en formación en pocos días. Lo han perdido todo en la rebelión y están aquí para vengarse. Quieren combatir, gobernador.

—Me complace. Por el momento, haz que se alineen detrás de la Sexta Cohorte de la Vigésima. Ah, y que ese Aquila se presente ante mí al final del día.

—Así se hará —dijo Vindilo.

—Y ahora, continuemos. Alinea a tus salvajes bátavos a los lados y hagamos que retrocedan hasta que las alas no rocen el bosque.

—A tus órdenes, general.

Cayo Suetonio examinó al hombre que acababa de entrar en su tienda. Porte marcial, el yelmo contra el costado y una vistosa venda que le cruzaba la frente. De aquella se liberaría pronto, pero no así de la vieja cicatriz que tenía sobre el ojo.

—¿Un poco de vino?

—Gracias, general.

—Así que tú eres Aquila, antiguo centurión de la Vigésima.

—Sí, señor. Marco Quintinio Aquila. Primero aquilífero y después centurión. Más tarde, un día, una lanza me estropeó la rodilla.

Suetonio, al que no había escapado el paso claudicante del veterano, echó un vistazo a la pierna tullida.

—Vindilo me dice que has prestado servicio también en Germania.

—Sí, a continuación fui asignado a la Vigésima Legión, cuando llegamos aquí.

—Eres uno de los desembarcados en Britania en tiempos de Claudio, pues.

—Como muchos otros de la centuria.

Suetonio asintió.

—Vindilo me ha hablado de ello. Parece que en muy poco tiempo has formado una unidad muy respetable, tanto que me ha aconsejado mantenerte en el centro de la alineación.

—La mayor parte de esos hombres tiene veinte años de experiencia en la Vigésima, general. Saben cómo moverse aun antes de haber recibido la orden. Los otros son muchachos fuertes, pero sin experiencia, más adecuados para las últimas filas. Se sentirán más tranquilos, detrás de dos o tres filas de veteranos.

—¿Y si tuvieran que entrar en contacto con el enemigo?

—Con todo respeto —respondió Aquila—, creo que el empleo de las últimas filas de una unidad que se encuentra en el corazón de la alineación solo se confirma en el caso de una derrota total, o de una aplastante victoria. En ambos casos, su contribución no será decisiva.

Suetonio esbozó una sonrisa que habría querido contener.

—Veo que conoces el oficio, centurión —dijo—. Por lo tanto, es mejor que sepas que entrarás en contacto. —Extendió el mapa del campo de batalla—. Después de que la caballería inicie el movimiento sobre las alas, la Gemina avanzará con una formación en cuña que presionará su centro, ya bajo el tiro de las balistas. Las

unidades alineadas en profundidad encontrarán, sin duda, terreno para avanzar. Si su centro cede, los britanos empezarán a retroceder bajo la presión de la cuña y de la caballería a los lados. Sin embargo, existe el peligro de que se produzcan vacíos en los laterales de la formación, en las posiciones dejadas libres por la caballería. Los que se muevan para colmar estos vacíos serán los auxiliares alineados en profundidad. Tú, en cambio, entrarás en liza más o menos a esta altura. —Señaló un punto en el mapa—. Cuando hayamos llegado hasta aquí, la batalla ya estará decidida y los enemigos estarán derrotados.

Aquila había seguido la maniobra sobre el papel, impresionado por la lucidez y la extrema seguridad en sí mismo de Cayo Suetonio.

—Pero, como ves —continuó el caudillo—, el valle se ensancha hacia abajo y por inercia es necesario mantener el frente compacto, con el fin de evitar que grupos enemigos se introduzcan entre las unidades. —Miró a Aquila—. Dejo a tu juicio la elección de los que pondrás tanto en la primera como en la última fila, pero, en cualquier caso, quiero un avance enérgico. Tu unidad no debe permanecer atrás y tampoco adelantarse a las otras. Mantener la alineación es muy importante.

Aquila asintió.

—¿En qué línea nos detendremos?

—Por el momento, vuestra meta es el río. Los tribunos valorarán más en detalle lo que debe hacerse sobre la marcha. Ten en cuenta que, cuando la infantería esté en el río, la caballería ya deberá haberlo pasado hace rato.

El veterano reflexionó, observando el mapa.

—¿Y si algo no funciona?

—Haréis desfilar a la Sexta Cohorte de la Vigésima, y protegeréis su retirada.

Hubo un instante de silencio.

—¿Está todo claro, Aquila?

—Sí, general.

—Bien. Ah, me olvidaba, debes hacerte con un estandarte, de otro modo no seríais visibles en el campo.

—Trataré de encontrar algo.

—Entonces que Marte se presente en tu camino, Aquila.

El centurión saludó a su superior.

—Haré para que así sea.

Por orden de Suetonio, aquella mañana los hombres durmieron hasta más tarde. Después desmontaron las tiendas, dispusieron con cuidado el equipaje en los carros y asistieron en silencio a la muerte del toro ofrecido en sacrificio a Marte.

El día anterior, todas las unidades habían ido hacia delante y hacia atrás en el campo de batalla, ensayando y volviendo a ensayar su posición en la alineación. La caballería había cargado varias veces. Los auxiliares habían ocupado el puesto de los jinetes y la Gemina había ensayado la formación en cuña, mientras los exploradores habían vigilado durante todo el día la posición del enemigo. Al final de la jornada los centuriones habían despedido a los hombres con las órdenes para la mañana siguiente.

Todas las unidades debían estar dispuestas en formación de guerra.

La suerte estaba echada, solo había que aguardar al enemigo. Una agotadora espera, en el calor de un día de agosto, en que se lustraban armas y corazas, se comprobaban lazos y protecciones, y se trataba de no pensar en el inminente enfrentamiento.

Tauro observaba escéptico la enseña preparada por el centurión. Un largo bastón, en lo alto del cual Aquila había atado un manojo de heno y la túnica desgarrada y sucia de sangre que llevaba el día en que todo había comenzado.

—¿Y eso te parece una enseña? —dijo Tauro.

—Claro. Es un estandarte, para reconocer nuestra centuria.

Molerato parecía preocupado.

—¿Ya has decidido quién la llevará?

—Claro —respondió Aquila—. Tú.

—¿Qué? No, yo no... yo no quiero llevar eso.

—Eres perfecto, alto, corpulento y valiente. Nunca hubo un portaestandarte mejor. Tú pégate a mi trasero y verás cómo todo irá de maravilla.

—Aquila tiene razón —dijo Tauro—, y seguro que nunca hubo un portaestandarte más corpulento.

Rieron. Después Tauro se dirigió a Aquila.

—Oye, está claro el asunto del centro, el desfondamiento, la caballería y el río, pero sabemos que incluso los mejores planes no resisten al contacto con el enemigo. Si algo fuera mal, ¿hay una escapatoria?

—La Gemina y la Valeria probablemente deberán retirarse para llegar al campamento.

—¿Y nosotros?

Aquila lo miró.

—Suetonio me ha hecho saber que se espera que nosotros combatamos hasta el final, para garantizar que ellos se salven.

El *optio* estaba a punto de hablar, pero Aquila se volvió para llamar a Catulo.

—Dime, Aquila.

—Escucha, Marcelo. —El veterano se inclinó y le puso una mano sobre el hombro—. Todo irá bien, solo debes hacer lo mismo que ayer. Seguimos con las cantimploras, junto con los demás muchachos.

—Sí, *centurio*.

—Una batalla no es más que un entrenamiento pero con sangre, hijo. Hemos ensayado tanto que no podemos equivocarnos.

—Está bien, Aquila.

—Recuerdas lo que te dije ayer, ¿verdad?

—Sí, si las cosas se complican debo correr al campamento, coger el caballo e ir al oeste, y atravesar el bosque hasta Deva.

—En la alforja del caballo hay dinero. Es el de los muchachos, el dinero de Tauro y Molerato, además del que Ferrio ganó a los dados la otra tarde. Te bastarán durante un tiempo.

Marcelo asintió, con un fondo de angustia en el rostro. El veterano le guiñó el ojo y le desordenó el pelo.

—Hermoso —dijo, señalando el puñal en el cinturón del muchacho—. ¿Quién te lo ha dado?

—Molerato. Asegura que él no lo necesita.

Aquila asintió con una sonrisa.

—Estate tranquilo —dijo, otra vez serio—, no habrá necesidad de que huyas. Desde hoy dejaremos de escapar.

—¿Es una promesa?

—Sí.

Los dos se dieron un apretón de manos, luego Marcelo se arrojó sobre Aquila y lo abrazó. Sus ojos ya no podían contener el llanto.

—Permanece atento, acuérdate de mí.

—Puedes contar con ello —repuso el *centurio*, abrazándolo—. Pero recuerda no dejarme sin agua.

La gran mano de Molerato se apoyó sobre el hombro del chiquillo.

—Catulo, ten cuidado de no pisar a algún britano aún vivo. Sigue mis pasos y estarás seguro.

Marcelo rio, mientras una lágrima resbalaba por su mejilla. Al cabo de un instante llegó Tauro y lo levantó en el aire.

—¿De quién es este *pilum*?

Ferrio alzó la mano.

—¡Es mío, espera que lo lanzo!

El muchacho se secó las lágrimas, y por un momento los cuatro veteranos cubiertos de hierro, con sus alegres bromas y sus rudas caricias, lo distrajeron del pensamiento de la batalla.

Luego se arrodillaron todos juntos y Aquila abrió la palma de la mano. Marcelo apoyó en ella la suya, y así los otros, hasta que el excenturión cerró sus manos entre las suyas.

—Yo aquí te prometo que nosotros vengaremos hoy a nuestro hermano, Aulo Tranio Fibreno.

—*Iuro!* —respondieron a coro.

El sonido de un cuerno procedente de la hondonada interrumpió el rito. Los cuatro se levantaron y, por turno, estrecharon la mano de Marcelo, que miraba a su nueva familia con los ojos brillantes.

—Sigue a nuestro estandarte. Nosotros estaremos allí.

Le hicieron el saludo militar y se colocaron los yelmos.

En torno a ellos, el sonido metálico de los yelmos y las corazas, puestos y atados. Los soldados se ayudaron mutuamente a ordenar el equipo, mientras los portaestandartes llegaban a la posición, entre los alaridos de formación de los centuriones. Aquila se ató el barboquejo, echó un vistazo a Catulo, que desaparecía en la retaguardia, y después pasó revista a su unidad.

Escudos rojos, azules y negros de diferentes formas, que se confundían entre corazas, túnicas y torsos desnudos. Había situado a los mejor armados en las dos primeras filas y les había dado el escudo, luego los había adiestrado en la *mutatio* hasta el agotamiento, para poder intercambiar sin errores las filas de los combatientes cansados por los frescos. Repasó mentalmente el movimiento de la primera fila, que pasaba a la tercera, con la segunda, que avanzaba, y la tercera, que cogía los escudos de la primera y se convertía en la segunda. Quizá funcionaría. Estrechó la mano de Tauro y solo en aquel momento recordó el ritual respetado durante años por la Primera Cohorte de la Vigésima Legión.

—Por Fibreno —dijo.

El *optio* asintió. Era costumbre recordar, antes de combatir, el nombre de un camarada caído.

—Por Fibreno —respondió Tauro, antes de alcanzar la posición que le competía.

Ferrio tendió la mano a Aquila.

—Por Durio.

—Por Durio.

Aquila siguió con la mirada a los portaestandartes de las distintas cohortes que comenzaban a desfilar, separándose de la masa de las unidades. Tribunos y centuriones se transmitían las órdenes, poniendo en movimiento las propias unidades en el momento establecido, como una máquina bien aceitada. Volviéndose, el centurión constató que Molerato estaba en su puesto, con el estandarte en la mano.

—Por el *signifer* Quinto Curio Fidio —dijo Molerato—, que por primera vez no está entre nosotros.

La mente de Aquila volvió al funeral del signífero en el hielo del invierno anterior. ¡Cuántas cosas habían cambiado, desde aquel día!

—Por Fidio.

Después buscó con la mirada al portaestandarte de la sexta columna, que debería señalarle el camino que tendría que seguir y, en cambio, vio el yelmo crestado de Vindilo, que guiaba a sus bátavos en el centro de la alineación delante de las águilas.

El grupo que abría el camino estaba formado por algunos centenares de jinetes que avanzaban al trote. Cathmor cabalgaba un espléndido semental negro que había aprehendido en Camuloduno y llevaba una bellísima coraza musculada de bronce sobre una almilla de cuero con protecciones en los hombros y los muslos. Los calzones a cuadros y los brazos desnudos con los dibujos turquesa hacían estrafalaria, es más, deliberadamente blasfema aquella panoplia de oficial de rango ecuestre, completada con el yelmo crestado en torno a un rostro también rayado de azul.

Lobo Cazador llevaba el yelmo de su primera víctima. Un legionario al que había asaltado junto a sus compañeros, a poca distancia de Camuloduno. La cabeza de aquel soldado había quedado atada desde entonces a los jaeces de su caballo, junto a otras que se habían ido añadiendo a lo largo del camino hasta Manduessedum.

A poca distancia, entre los jinetes, Murrough avanzaba sobre su carro de guerra, con el torso desnudo cubierto por garabatos tribales de color azul. Llevaba el yelmo de sus antepasados, con la crin de caballo al viento, y sobre los hombros, como capa, la piel de león del portaestandarte de la Novena Legión, cuya águila estaba firmemente atada a su carro, una advertencia bien visible incluso desde lejos.

El rey Rhuadri cabalgaba un fogoso semental que él mismo había seleccionado, cruzando las razas de sus criaderos. Llevaba la coraza de anillos de un auxiliar al que había matado en tiempos de la primera rebelión de los icenos, mantenida oculta durante años. Del cuello, le colgaba un trofeo arrancado a un oficial muerto en el templo de Camuloduno, después de que la puerta fuera destruida por las llamas. No sabía que el decurión Torcuato lo había cogido, a su vez, de un enemigo, caído en combate.

Cathmor rodeó un matorral de bosque que delimitaba un gran recodo del río, hacia la izquierda. Más allá, según las indicaciones de Quinn, se abría una planicie en rampa. El guerrero espoleó al caballo, superando a los otros, y, un instante después, a lo lejos, más allá del río, vio al ejército romano alineado a lo largo del declive.

Lobo Cazador señaló a los otros la dirección y el grupo se dirigió al río, para tratar de obtener una idea más precisa de la formación romana.

Llegados a la ribera guijosa del curso de agua, los britanos se detuvieron para examinar el terreno. Sin duda, los romanos habían elegido una posición inusitada, que solo se podía atacar desde un lado. Rodearlos era difícil, si no imposible: deberían, por lo tanto, desperdigarse por el bosque, sin poder usar los carros de guerra y los caballos. Cathmor se volvió, para discutir con Murrough, que llegaba ahora, seguido por la reina en su carro. Oyó el grito de Rhuadri y de nuevo dirigió su mirada hacia los romanos.

La caballería de Suetonio se había lanzado a la carga.

Cathmor gritó que retrocedieran, justo cuando el grueso del grupo lo alcanzaba. Quinn chocó contra el carro de Murrough y cayó del caballo, mientras que los otros se agitaban entre la masa de jinetes britanos que acudían, sin darse cuenta del movimiento del enemigo.

Vindilo enfiló la espada, con Lugoallos que clamaba a su costado, guiando la carga de mil jinetes que volaban al galope por la pendiente.

Lobo Cazador montó otra vez en la silla. Boudica permaneció atrapada con su carro en medio de los otros; Rhuadri acudió y la subió a la grupa de su caballo. Un instante después, otro carro embistió el de la reina, volcándolo. Cathmor consiguió apartarse del desorden, seguido por una nube de jinetes a lo largo de un camino en círculo en la hierba alta, que le permitió encontrar una escapatoria sin chocar con el resto de los suyos. Poco después se volvió y lo que vio le hizo tirar de las riendas.

Los jinetes romanos habían interrumpido la carga y se habían detenido en la ribera del río sin atravesarlo.

Cathmor maldijo.

—Esos bastardos quieren tomarnos el pelo.

También Rhuadri aulló con rabia.

—Es una trampa —gritó Murrough—. No desperdiciemos hombres y caballos, lo han hecho aposta, para ponernos nerviosos.

—Murrough tiene razón —dijo Boudica—. Somos muchos, estamos bien armados y dispuestos a cualquier cosa. Alineémonos y esperemos a que estemos todos.

¿Por qué atacar ahora con mil jinetes, cuando deben llegar cincuenta mil?

Cathmor mascó su rabia, después con un gesto airado mandó a Lobo Cazador a indicar a la columna que llegaba que se mantuviera alejada del río.

—Se están riendo de nosotros —gruñó el guerrero, señalando a los romanos que estaban en la ribera opuesta.

Vindilo remontó la columna con los suyos después de un par de horas y alcanzó a Suetonio, entre el clamor de los legionarios que aplaudían a los bátavos.

—Han escapado como conejos, general.

—¿Has advertido algo que nos pueda ser útil?

El prefecto de la caballería permaneció un instante en silencio, luego musitó una frase.

—He visto el águila de la Novena atada a un carro y varios yelmos de los nuestros.

El gobernador no hizo comentarios, observando la llegada de los enemigos al fondo de la llanura, que se iba llenando de hombres, carros y caballos. Eran interminables.

—Esta noche quiero turnos de guardia reforzados y una ronda continua del río por parte de los auxiliares.

Cayó la noche y los legionarios montaron las tiendas. Los turnos de guardia vigilaban sobre la línea de combate y las cohortes de auxiliares patrullaban el río. Armados con hondas, lanzaban continuamente piedras desde el otro lado. Todo el bosque que bordeaba el río estaba patrullado por los bátavos, hasta un largo tramo más allá del campamento de los britanos, que se extendía hasta donde llegaba la vista en la llanura al otro lado del río. Suetonio estaba firmemente decidido a no dejarse rodear.

Más allá del silencioso curso de agua convertido en frontera de guerra, miles de fuegos iluminaban la noche. Alborotados, los guerreros brindaban y cantaban insultando a los romanos. Muchos, en su entusiasmo, se habían acercado al río para instigarlos. Casi todos habían sido golpeados por piedras o flechas. Los jefes de clan habían intervenido varias veces para contenerlos, pero el enemigo había cambiado de táctica. Los romanos tiraban algunos dardos incendiarios y las patrullas de britanos que se aproximaban para vigilar eran acribilladas por un continuo y letal lanzamiento. A pesar de las órdenes, muchos jóvenes icenos y trinovantes de sangre caliente caían en la provocación e intentaban golpear a los agresores de la otra orilla arrojándoles las lanzas. Pero su tiro era desordenado e impreciso. No como el de los romanos, que siempre conseguía que alguna víctima cayera en las hordas de Boudica.

Exasperado, Cathmor ordenó que se formaran patrullas que vigilaran a los romanos de la otra orilla, y, al mismo tiempo, mantuvieran alejados a los otros guerreros de las flechas enemigas.

La vestidura blanca de Ambigath estaba empapada de sangre. Trataba de sacar la punta de una flecha del muslo de un joven guerrero. El muchacho se revolvía de dolor, sujetado con fuerza por tres compañeros. El druida consiguió extraer la punta, tras haber practicado una ligera incisión y haber lavado y curado la herida, pero poco después un violento estremecimiento sacudió al joven y este murió.

El anciano recordó las palabras de Aquila. «Los dioses me aman, si te han mandado en mi ayuda.» ¿Por qué no habían amado también a aquel muchacho, cuya madre lloraba? Ambigath se levantó y se lavó las manos, pensando en aquella joven vida que ya había pasado a otro ciclo de reencarnación.

—Tengo que hablarte, Ambigath.

El druida se giró y vio a Boudica, envuelta en su capa. Sin vacilar, la siguió hasta su tienda.

Entraron y se sentaron bajo la débil claridad de una lámpara de aceite.

—Por un momento, hoy, he temido que me atraparan de nuevo.

—Eso me ha parecido.

La mujer cerró los ojos.

—Los he visto tan cerca que he creído sentir de nuevo su olor, como aquel día en la aldea —dijo. El druida le cogió una mano y Boudica susurró—: No debe volver a ocurrir.

Ambigath permaneció en silencio, admirando su perfil y los reflejos cobrizos del pelo bajo la pálida luz.

—Debes ayudarme, Ambigath. Prepárame algo que pueda beber enseguida, por si durante la batalla, de nuevo, me encuentro rodeada.

—¿Un veneno?

—Sí, un veneno potente, que tenga un efecto inmediato.

El druida suspiró.

—Lo que puedo ofrecerte actúa con celeridad, pero es doloroso.

—Si es rápido —dijo Boudica—, no importa el resto.

—Mañana por la mañana estará listo.

—Gracias.

El viejo druida le apoyó la palma de la mano sobre la frente, cerró los ojos y recitó con un hilo de voz algunos versos en una lengua antigua. Boudica repitió las mismas palabras y, al término de la plegaria, lo miró.

—¿Mi fin está cerca, verdad, Ambigath?

El druida le sonrió.

—Tu fin no llegará nunca.

—¿Y mi vida?

—Es un relámpago de luz en la oscura eternidad, como todas las vidas, pero la tuya brillará eternamente. Lo quieras o no, tu destino no es convertirte en una sombra fugaz que se desvanezca al caer la noche.

—Dime con sinceridad, druida. ¿Crees que he tomado la decisión correcta para toda esta gente?

Ambigath asintió.

—A veces la vida nos obliga a decidir trascendiendo nuestra propia voluntad. Y lo que preferimos hoy podríamos no haberlo elegido hace un año, y dentro de un año podría ser otra vez distinto. El tiempo avanza, nunca se detiene, y deja todo atrás, pero hay instantes que permanecen. No sé cómo acabará la batalla, pero creo que este momento perdurará, porque mañana, gracias a ti, miles de hombres lucharán por ser libres, serán dueños de su propio destino, y esto no podrá ser olvidado tan pronto.

—Gracias, Ambigath, necesitaba estas palabras.

La reina se deslizó fuera de la tienda, pasando entre hombres y mujeres que la miraban como si fuera la encarnación de una diosa.

Ambigath le había anticipado que sería inmortal y ella sabía que para serlo debería morir.

Llegó a la tienda de sus hijas y permaneció inmóvil, observando cómo dormían, una emoción indecible que le provocaba un nudo en la garganta. Sentía que aquella noche era distinta. Al día siguiente, de un modo u otro, su larga agonía, iniciada con la entrada en la aldea de Cato Deciano, terminaría.

Se recostó entre las hijas que dormían y comenzó a acariciar a la pequeña Mor, apartándole el pelo de la frente.

—Si supieras con cuánta alegría he seguido tus pasos —le murmuró—, con qué ternura te he visto crecer, con cuánta fuerza he intentado preservarte del mal, entonces comprenderías que, suceda lo que suceda, yo te llevaré siempre dentro de mí.

Apretó a la pequeña y la besó sin poder contener el llanto, luego oyó un susurro.

—Ven, Aine, ven conmigo. —La hija mayor se acercó a ella—. Sí. Me puedes abrazar. Las heridas ya están curadas. Todo ha pasado.

—¿Por qué lloras, madre?

—Porque me gustaría mucho verte convertida en mujer y madre feliz y que envejecieras con serenidad en una casa tranquila entre los árboles, a la orilla de un río.

—Estamos aquí para eso.

Boudica asintió, secándose los ojos.

—Sí, claro, por eso soy feliz. Estréchame contra ti, estréchame con fuerza.

—Sé que has escondido tu dolor bajo tu sonrisa por nosotras, madre. Sé que has sufrido y quisiera... —A Aine se le quebró la voz, y se echó a llorar.

—Cuando seas madre, hija mía, comprenderás que, incluso en el peor momento, la mirada de tu hijo es un rayo de sol en la noche más oscura. Mi gran tormento es no haber podido hacer más para aliviar tus sufrimientos.

Aine la estrechó con fuerza y sollozó.

—No sé cómo has podido darnos fuerza para seguir viviendo y, a la vez, ofrecer una nueva esperanza a toda esta gente. Pero lo has conseguido, has aliviado mi dolor y mis temores. Y también los de todos los que están a tu alrededor y que, sin ti, no estarían hoy aquí. ¡Estoy orgullosa de ti, reina Boudica!

Boudica la acarició.

—Ni siquiera yo sé cómo lo he logrado. No sé si debo agradecerse a mi corazón o a la voluntad de los dioses. Pero es un lastre muy pesado y desde ahora ruego para que no tengas que enfrentarte a él.

—Desde mañana todo será distinto, ¿verdad, madre?

—Sí, Aine. Pero debes saber que, suceda lo que suceda, mi amor por vosotras cuenta más que cualquier otra cosa. Más que la angustia de la derrota y que el miedo a morir.

—Quiero que mañana permanezcas detrás y que no cruces el río.

Rhiannon miró, contrariada, a su padre.

—¿Por qué?

—Porque mañana muchos guerreros no volverán de aquella colina.

—Yo quiero estar allí. Quiero vivir libre sobre esta tierra o morir.

Murrogh se le acercó y le acarició la mejilla.

—Te entiendo, pero puedes esperar a que termine la batalla. Obtener la libertad a costa de tu joven vida es un pensamiento que no puedo soportar. Deja que yo me ocupe de ello. Tú tendrás un deber mucho más difícil, guiar a la próxima generación de trinovantes, hombres libres sobre su propia tierra.

—Es una decisión cobarde.

—Es sabia. Ven aquí, pequeña guerrera, y abraza a tu padre.

Rhiannon se dejó coger entre los fuertes brazos del viejo rey.

—Mañana guiaré la carga contra los romanos. Me lanzarán encima de todo, y puede que una piedra, una lanza o una flecha me golpeen antes de alcanzar a los enemigos. No se tratará de valor o de cobardía, sino de suerte, azar y fatalidad. La de mañana será una jornada arriesgada, en la que el valor y el coraje servirán de poco sin la suerte y el favor de los dioses. Puedo pensar en morir en la batalla, pero no puedo ir a la batalla con el temor de que te ocurra algo también a ti. Tú representas mi inmortalidad, Rhiannon. Si me ocurre algo, sabré que lo he hecho por ti y por tus hijos, y por los hijos de tus hijos, que crecerán libres. —La estrechó con fuerza—. Escucha mi súplica. Podría ser la última.

—Todos querrán combatir, mañana.

—Los romanos son astutos, han elegido esa posición precisamente para no dejar sitio a todos y, al mismo tiempo, para tenernos a tiro a todos. Cada uno de sus golpes dará en el blanco, mañana. Solo el número y la voluntad de echarlos para siempre podrán jugar a nuestro favor. Es inútil que tú estés en la multitud bajo una lluvia de flechas y de piedras, sin poder hacer nada. Permanece fuera, y un día, cuando tu hermano regrese, le contarás esta batalla y cómo el viejo Murrogh la ha ganado. ¿Me lo prometes?

Rhiannon se lo prometió.

Una ráfaga de aire gélido atravesó la llanura de Manduessedum en los instantes previos al alba. Recorrió el inmenso campamento britano, arrancando cualquier chispa a las hogueras, para subir por la cuesta hasta rozar los cuernos de cabra de la Gemina.

Cathmor acabó de acomodar la coraza, con la mirada dirigida hacia la colina, y, cuando la oscuridad dejó sitio a la luz evanescente del alba, los escudos rojos de las legiones alineadas aparecieron en la bruma como espectros surgidos de la nada. El iceno se tranquilizó al ver al enemigo situado en las mismas posiciones del día anterior. Comprobó que la espada se deslizaba bien en la funda, después se puso el yelmo romano y montó a caballo. Miró el inmenso campamento que ondulaba. Todos estaban alcanzando su posición, como habían establecido.

Los guerreros se alinearían delante del río. Los jinetes y los carros, a los lados, superarían a la carrera a los soldados de a pie, los unos para enfrentarse a la caballería, los otros para sembrar el caos en la línea de la infantería. Las tiendas y los carros de transporte habían sido dispuestos en un gigantesco semicírculo que abrazaba buena parte de la llanura, llegando a lamer el río que separaba las dos alineaciones. De hecho, el campo de batalla era un gigantesco círculo, a medias circunscrito por los carros de los rebeldes, donde se estaban refugiando las familias de aquellos padres, hijos y hermanos que dentro de poco combatirían. La otra mitad del círculo estaba señalada por los bosques que protegían a Suetonio, y, al mismo tiempo, lo encerraban en un cerco sin salida.

Rhiannon acabó de pintar el pecho y el rostro de su padre con los dibujos tribales, para que este tuviera el favor de los dioses y espantara así a los enemigos. Durante todo ese tiempo la mirada de Murrogh no se había apartado del rostro de su hija. Para él, la batalla era ella. Rhiannon representaba toda su esperanza, cualquier sueño futuro. Quería un mundo mejor para ella y por eso había declarado la guerra al más poderoso de los enemigos.

La hija le acomodó la capa y lo miró. Llevaba el que desde siempre había sido el amuleto de su padre, un antiguo broche de oro con la cabeza de un caballo. Murrogh se puso el yelmo de los antepasados.

—Volveré con tu libertad o nunca volveré.

—Yo te esperaré, padre —dijo Rhiannon—, te esperaré siempre.

Murrogh subió al carro de guerra, los trinovantes gritaron su nombre y el rey ordenó al auriga que marchara. Mientras el carro se movía, observó por última vez, con todo su amor, a su hija.

Rhiannon permaneció mirando hasta que la capa verde de su padre desapareció entre la multitud. Un instante después, vio acercarse a Quinn. El joven le ofreció un collar de oro.

—Era de mi padre —le dijo—. Ya no tengo a nadie y quisiera que lo tuvieras tú durante la batalla. Y, si no regresara, te ruego que se lo ofrezcas a los dioses.

La hija del rey se lo puso al cuello.

—Volverás —le respondió—, y yo estaré aquí para devolvértelo.

Quinn inclinó la cabeza y montó a caballo.

Boudica se arrodilló, estrechando a sus hijas.

—Estamos aquí para recuperar un mundo que nos han arrebatado, para recobrar la libertad de poder elegir nuestro propio destino, nuestro modo de vida. Y, si fracasamos, siempre podremos decir que lo intentamos. Recordadlo siempre, hijas. La única derrota es renunciar a los propios sueños.

Ambigath apareció en el umbral.

Boudica besó a sus hijas.

—Vuestra madre os ama más que a cualquier otra cosa en el mundo y siempre estará con vosotras, por lo que no debéis temer nada.

La reina se desplazó hasta el umbral y tendió la mano.

—He aquí tu amuleto.

El viejo druida le ató al cuello un cordoncito de cuero, del que pendía un colgante metálico. Lo que a ojos de todos parecía un talismán sagrado, en realidad era una minúscula ampolla que contenía la sustancia que Ambigath había preparado durante la noche. Ella se apartó el cabello y lo acomodó para poder llegar a él con facilidad.

—Basta un sorbo —murmuró el druida.

La reina asintió y se movió para ir al encuentro de su destino, ocultando la angustia detrás de los labios apretados. Estaba sola —Ambigath lo percibió—, a pesar de la multitud que la rodeaba, la aclamaba, la envolvía como un manto.

—*Ar Buidheachas.*

A la victoria, ahora y siempre.

La reina se acomodó el *torques* de oro y la fiel Alis, que había estado cerca de ella durante todo el viaje siempre dispuesta a ayudarla, le aseguró la capa con el broche que Boudica había recibido precisamente de Ambigath, cuando se había convertido en sacerdotisa de Andrasta. Alis le puso en bandolera un talabarte que sostenía una corta espada, y encima de este un cinturón de cuero salpicado de tachuelas de bronce y decorado con dijes tintineantes. Por último, la mujer le tendió el enorme y pesado yelmo de hierro que había pertenecido a Prasutagus. Boudica rogó a su difunto marido que la apoyara en todo lo que le esperaba una vez que hubiera abandonado aquella tienda. Después devolvió el yelmo a Alis y llamó a sus hijas.

—Venid conmigo.

La reina salió, junto con sus hijas, y la luz le acarició el rostro. Decenas de miles de manos y espadas se alzaron hacia el cielo y su nombre resonó entre la multitud como una corriente marina, que lo arrastraba todo.

—Boudica, Boudica, Boudica.

Las espadas comenzaron a golpear contra los escudos, en una confusión ensordecedora. Cathmor y sus icenos escoltaron a la reina hasta su carro de guerra. Una vez arriba, Boudica contempló el mar de cabezas, de yelmos y de lanzas que llenaba la llanura hasta donde alcanzaba la vista. Y la sola visión de su cabellera roja desencadenó un estruendo aún más fuerte que hizo que la tierra temblara.

Ella misma cogió las riendas, mientras Aine y Mor subían a los lados.

—*Ar Buidheachas.*

El carro se apartó de la multitud y pasó por delante de la alineación. Boudica sentía en sus adentros que la fuerza le crecía cada vez que su nombre remontaba el cielo. Desfiló delante de miles de guerreros, con el estómago contraído y el corazón en la garganta. Ojos inyectados en sangre, venas hinchadas bajo los dibujos tribales, rostros turquesa, cabelleras blancas empastadas con cal. Eran poderosos, duros, salvajes, quién semidesnudo y quién cubierto de hierro. Solo pedían combatir para poder liberarse para siempre del yugo de Roma.

—Boudica, Boudica, Boudica.

Boudica alzó las manos al cielo, pidiendo silencio. Y su gesto recorrió la alineación como la sombra del vuelo de un ave rapaz.

—No estoy aquí como descendiente de nobles antepasados para reivindicar un reino que me han arrebatado —empezó con voz aguda, mientras, lentamente, la multitud se apaciguaba como un mar en el que amainaba la tormenta—. Estoy aquí como una mujer que quiere redimir la pérdida de la propia libertad. Estoy aquí para redimir mi cuerpo azotado hasta la sangre y para vengar el pudor violado de mis niñas. —La reina puso las manos sobre los hombros de las pequeñas—. Mirad y ved en la suya la mirada de vuestros hijos. Recordad qué ha sucedido y pensad que es también por vuestros hijos y por vuestras hijas por lo que estamos hoy aquí, para que ya no sufran ningún ultraje. Y a quien tiemble ante el pensamiento del enemigo, le digo que cuente cuántos de los nuestros tienen yelmos, escudos y espadas cogidos a la legión que se ha atrevido a desafiarlos. Y que recuerde que la orgullosa águila de aquella legión está atada al carro de Murrough de los trinovantes. Juzgad nuestro número y el suyo. ¿Cómo van a poder resistir nuestro ataque?

Un trueno resonó acompañando sus últimas palabras. Boudica, la reina de los icenos, desenvainó la espada, la levantó hacia el cielo y clamó a la multitud con toda la fuerza de su aliento.

—Pensad en cuántos de nosotros están combatiendo y por qué, entonces venceréis esta batalla o moriréis.

Otra vez el clamor de un trueno; todo estaba listo, también el cielo. Boudica regresó a donde había dejado a Ambigath. Hizo que las muchachas descendieran y se las confió; después hizo subir al auriga y le cedió las riendas.

Boudica miró a sus hijas, y aquella fue la última mirada de amor de la jornada. Luego se volvió hacia el destino y su voz rompió el silencio, mientras remontaba el barranco que llevaba hacia la colina.

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí delante de vosotros! Ahora vuestra sangre aplacará la sed de los dioses infernales y me recompensará con la más que esperada venganza.

Vindilo señaló a Lugoallos la inmensa multitud de guerreros alineados que gritaban en la hondonada.

—¿Ves ese carro con el águila de la Novena? —El germano miró durante algunos instantes hacia esa dirección y después asintió—. Bien, tráeme el águila y la cabeza de ese bastardo sobre el carro.

—¿Y la mujer?

—Quiero el águila, y también a él. Si ella fuera tan importante, la enseña ondearía en su carro.

Boudica lanzó su grito de guerra que, multiplicado, resonó mil veces.

—¡Este es el momento de la verdad! ¡Es aquí cuando se distinguen los hombres libres de los esclavos!

Un rugido se alzó desde su ejército, mientras el sonido de decenas de cuernos daba la señal de ataque. Boudica se agarró al carro, que saltó hacia delante. Comenzaba a caer una lluvia rala pero constante. Los caballos descendieron al galope por el cauce del río, cuyo lecho estaba, a trechos, seco. La vigilancia de la caballería romana del día anterior y las patrullas nocturnas habían impedido que los britanos liberaran buena parte de la ribera de troncos y de grandes ramas, dificultando el paso de los carros. Los jinetes, en cambio, esquivaron los obstáculos y miles de caballos entraron en el río levantando altas salpicaduras de agua, después remontaron la orilla haciendo temblar el terreno.

Boudica se aferró a los apoyos laterales del carro. La tierra saltaba alrededor. Los violentos vaivenes del carro le dejaban atisbar cómo ondulaban los centenares de hombres a caballo que había en torno a ella, que gritaban empuñando las armas. Ya no veía a los romanos ni a los suyos, tan solo contemplaba una sucesión de imágenes distorsionadas y fragmentadas, confundidas en una ensordecedora oleada.

Cuando la furiosa carga lanzada contra la inmóvil alineación romana estuvo a mitad de la pendiente, los jinetes comenzaron a caer. Cerca de Boudica la cabeza de un caballo se hizo papilla como por ensalmo, proyectando salpicaduras de sangre, después el animal fue tragado por la multitud, junto con su jinete. La reina vio a otros que llegaban al galope chocando contra el obstáculo, para convertirse a su vez en un escollo cada vez más grande, sobre el cual se estrellaban aquellos que venían de abajo. Lluvia. Junto a las gotas de agua, caían piedras del cielo con una fuerza inusitada. Un chasquido, y otro jinete fue desazonado, y luego otro y otro más, todos engullidos por la carga salvaje e incontrolable.

—Mantened las distancias. El brazo derecho sobre el talabarte del compañero de delante —repetió otra vez Aquila. La balista a sus espaldas martillaba continuamente el campo de batalla, el silbido de los proyectiles a algunos palmos por encima de sus cabezas—. ¡Los oídos pendientes de mí y los ojos del estandarte, siempre!

Cathmor superó ileso una salva de piedras e inmediatamente después vio el cielo estriado por centenares de flechas. No se detuvo, siguió avanzando, y por un momento se sintió invencible. Llegó casi solo a la vista de las alineaciones auxiliares sobre el lado del barranco. Extrajo una lanza del carcaj y se dispuso a tirarla, pero fue embestido por un jinete gigantesco que lo tumbó junto con su caballo. Una nube de jabalinas cayó del cielo y una de ellas atravesó a su semental, clavándolo contra el suelo. Cathmor trató de liberarse del animal, que le aprisionaba bajo el costado la pierna izquierda. La coraza no le permitía doblarse hacia delante. Vio caer a dos icenos que avanzaban a toda prisa a pie, después fue superado por algunos jinetes y por un carro, cuyas ruedas pasaron por encima de las patas de su caballo. El animal pateó, agonizante, liberándole la pierna. Cathmor se levantó renqueante y la cresta de su yelmo reapareció en la contienda. Se dirigió hacia el centro del barranco para alejarse de la zona batida por los jinetes romanos y unirse a los guerreros apeados que estaban viniendo con rapidez, jadeando, después de haber vadeado el río.

Del otro lado del campo de batalla, Quinn Lobo Cazador se había lanzado contra la caballería enemiga, siguiendo la carga del rey Rhoadri. La vehemencia de los britanos resistiría solo durante poco tiempo la perfecta disposición de los germanos, que avanzaban desde una dirección expresamente estudiada para atrapar sobre el flanco a los atacantes. Quinn vio que los enemigos se enfrentaban siempre a un solo grupo a la vez y que sus ataques se orientaban hacia los hombres mejor equipados. Comprendió que se dirigían hacia los jefes para dejar a los demás sin mando. Trató de alcanzar a Rhoadri para defenderlo, pero precisamente en aquel momento una lanza golpeó al rey, que se encorvó, ofreciendo el costado a un bátavo. El jinete no falló el blanco. Su hoja entró de lado en el pecho de Rhoadri partiendo las escamas de la coraza. A pocos pasos de distancia, Quinn oyó el alarido de dolor del rey entre el clamor de la contienda. Con la espada aún en el cuerpo de Rhoadri, el bátavo vio a Quinn y sus trofeos colgados de los jaeces del caballo. Desenvainó el arma y con un alarido lanzó un violento mandoble que el muchacho detuvo de plano en el último momento. La sangre del rey le salpicó la cara y la hoja de su espada se dobló, mientras que el semental de Lobo Cazador se encabritaba, pateando. El caballo pareció primero suspendido, luego cayó hacia atrás, relinchando. Quinn acabó en el suelo, entre las patas de otro caballo y trató de alejarse, rodando. Golpeó la cabeza contra la rodilla de alguien que llegaba con rapidez, se levantó atontado y salió corriendo. Otro choque, otro y de nuevo estuvo en el suelo, mientras varios de ellos se desplomaban sobre él. Al poco tiempo se levantó, un guerrero lo ayudó y le dijo algo señalándole la hondonada, pero Quinn oía solo a medias sus palabras y un instante después el guerrero, con las manos agarradas a la jabalina que le asomaba del pecho, ya no hablaba.

Quinn se quitó el yelmo y lo arrojó al suelo, se pasó la mano sobre el rostro y lo vio rojo de sangre, pero sabía que no era la suya. Ya no tenía la capa y la mano con la que había sostenido la espada temblaba aún por el golpe sufrido. Río arriba contempló una contienda descomunal, río abajo, otros miles de hombres subían. Tambaleándose, se encaminó en la dirección opuesta.

Yorath, el bardo, tocó a todo pulmón por enésima vez, en los ojos se reflejaba la visión de aquel río de gente que remontaba, aullando, la cuesta. Recuperó el aliento y, un instante después, se encontró en el suelo, gritando de dolor. Se tocó la pierna derecha, destrozada por algo caído del cielo. Su aullido se perdió entre los otros cien que resonaban en torno. Alaridos de guerra, gritos de auxilio, lamentos de dolor que saturaban el oído. Vislumbró el rostro de Borvo, acurrucado en posición fetal, los ojos cerrados y la boca abierta en un clamor ya mudo. Yorath reunió fuerzas y trató de levantarse, pero ya no podía moverse. Alargó la mano, cogió su cuerno, lo llevó hasta la boca e hizo lo que había hecho durante toda su vida. Tocó para los demás.

Una vez más, Cathmor se encontró en la zona golpeada por las piedras, que se hundían con ruidos sordos entre las filas cerradas de los guerreros que trepaban por la colina. Los hombres continuaron su frenética carrera y Cathmor, transportado por su propio ímpetu, los condujo contra el muro de escudos que esperaba inmóvil a unos cincuenta pasos. El guerrero desfigurado apretó los dientes y se dispuso a hundir el primer escudo enemigo con un poderoso espadazo. Mientras buscaba a su presa, vio cómo se levantaba en el aire una nube de jabalinas. Los hombres que se dieron cuenta buscaron refugio bajo los escudos, para evitar las letales y agudas puntas, mientras que aquellos que iban detrás se desplomaron enseguida. Los *pila* cayeron con el rumor de una granizada sobre madera, hierro y carne, desencadenando una sucesión de alaridos de dolor. Quienes no consiguieron ponerse a salvo y quienes pensaban que estaban resguardados descubrieron la penetrante fuerza de aquellas lanzas que perforaban la madera, clavando los miembros en los escudos. Cathmor pasó por encima de un hombre que estaba en el suelo y que se revolvió, aullando, con una lanza clavada en la clavícula. Después alzó la mirada y vio llegar una segunda oleada de jabalinas, que diezmó a un gran número de guerreros, completamente amontonados en una carga desordenada. El iceno recibió un empujón desde atrás y cayó, se levantó con un alarido de rabia y se puso a correr entre el caos total, justo para ver entre los rojos escudos el resplandor de las espadas de los romanos, que estaban cargando.

El choque fue violento. Cathmor quedó encastrado contra su escudo, intentando arrancarlo con la mano izquierda mientras con la derecha se disponía a asestar el golpe. Los suyos llegaron desde atrás aplastándolo contra los romanos, luego el terrible golpe de un *scutum* de la segunda línea, surgido de la nada, le rompió la nariz. El gigante vaciló agarrándose al escudo que lo separaba del odiado enemigo, e inmediatamente después un dolor lacerante hizo que perdiera el apoyo de la pierna izquierda, pero, en la multitud, el guerrero permaneció en pie, aplastado entre amigos y enemigos. Sentía la sangre caliente que le bajaba a chorros por la pierna herida. El soldado que estaba frente a él había levantado el escudo y había hecho pasar por debajo su hoja, cortándole con precisión quirúrgica los tendones de la rodilla. Cathmor sintió cómo era arrastrado por la fuerza de la multitud, cómo le faltaba el aliento y gritó con el rostro turquesa que se llenaba de sangre roja. Por último se desplomó como engullido por la tierra y se encontró exánime, entre las piernas de decenas de combatientes de ambas partes, presa de una furia homicida. El salvaje iceno recibió un fuerte golpe en la nuca y a punto estuvo de perder el sentido, pero un momento antes notó una punzada en la espalda y una hoja le atravesó el pecho. La batalla de Cathmor había terminado.

El centurión de la Primera Cohorte de la Gemina oyó en el aire el sonido del cuerno y dio orden de avanzar haciendo una cuña. Centenares de hombres se pusieron en formación y empezaron a presionar, como habían hecho en los innumerables ensayos realizados durante los días precedentes. Después de una primera resistencia, irrumpieron en la alineación de los britanos como el mascarón de proa de una nave de guerra destripa el costado de una nave enemiga.

Cuando comprendieron que no podían contener el empuje de los legionarios dispuestos en cuña, los jefes de clan gritaron que retrocedieran para poder reordenar las filas. Pero en aquel momento miles de britanos estaban aún remontando el despeñadero creando un gigantesco amontonamiento de hombres que ya no podía ir ni hacia delante ni hacia atrás. Un blanco perfecto para las balistas, que reanudaron su tiro letal y diezmaron a centenares de hombres, que cayeron muertos o gravemente mutilados.

Murrough vio una hoja reluciente que le pasaba al lado. El auriga consiguió esquivar el golpe, pero durante la contienda los carros se habían atascado. Por todos los medios había que encontrar un terreno más abierto, para aprovechar así su capacidad de ataque. Entretanto, el espacio que había delante de ellos estaba lleno de bátavos que cargaban sobre el costado, aumentando la presión en el centro, ocupado ya por miles de guerreros que huían a pie, amontonados y confusos. El auriga hizo lo que pudo, fustigando a los caballos para espolearlos, pero ya no quedaba espacio para maniobrar. Debía forzar el bloqueo de los germanos. Murrough extrajo una lanza y la tiró contra el montón de jinetes que avanzaban, arrollando y pisoteando hombres y caballos. Después juzgó sus movimientos y comprendió que se dirigían hacia él. Sacó otra lanza y gritó el nombre de su hija, que se perdió en el ensordecedor estruendo de la batalla. Murrough estaba a punto de morir en la contienda, como sus progenitores, y como ellos llevaba aquel yelmo maldito. Recordó que su clan, al final, había ganado todas las batallas en las cuales sus antepasados habían perdido la vida. Si aquel era el precio de la victoria, estaba dispuesto a pagarlo.

Lugovalos empujó su enorme caballo contra el carro con el águila de la Hispana. Uno de los hombres, con una precisa lanzada, atravesó el cuello de uno de los animales negros que tiraban del vehículo, haciendo que este se detuviera al instante. Un segundo jinete bátavo mató al auriga con una brutal cuchillada, destrozándole la espalda. Murrough gritó y, como respuesta, arrojó su lanza, dándole de pleno en el pecho. Después desenvainó la espada y se volvió del lado opuesto para enfrentarse a Lugovalos, que había aferrado el asta del águila. El trinovante cubierto de símbolos tribales lanzó un mandoble al vacío, mientras el germano, con violentos tirones, trataba de desencajar la enseña de su apoyo. Otro jinete apareció detrás de Murrough, que se sintió rodeado. Intentó mantener apartado al recién llegado, luego saltó del carro con el escudo y la espada y se abalanzó contra el enemigo que había matado al caballo. Murrough golpeó, el otro lo detuvo, los escudos chocaron y el rey recibió, quién sabe desde dónde, una descomunal embestida en la espalda, después un golpe en el hombro, la sangre caliente en el rostro y los ojos azules del germano bajo el yelmo. Y luego el cielo, la tierra, los caballos, los alaridos y un absurdo e increíble instante de pausa. Los tres jinetes retrocedieron dejando al trinovante en el centro, tambaleándose sin aliento. Murrough los miró apretando los dientes, después se giró y vio que el coloso se había apoderado del águila y lo miraba. El germano levantó la enseña como si fuera una jabalina y la lanzó con todas sus fuerzas. La enorme punta destrozó el esternón del rey de los trinovantes, que se desmoronó hacia atrás sin respirar. Lugovalos bajó con un salto del caballo, desenvainó la espada y sonrió al trinovante, antes de acercarse a él.

Vindilo rodeó a los auxiliares, cruzó por los pasillos despejados para los correos, galopó detrás de la alineación y alcanzó a Suetonio, blandiendo el águila de la Novena. En la otra mano sostenía el penacho de crin de un viejo yelmo con la cabeza de Murrough. El oficial clavó el estandarte en el suelo, frente al gobernador, y dejó

caer al lado la cabeza. Suetonio la miró, impasible, mientras Vindilo giraba el caballo y volvía a la contienda.

Cayo Suetonio volvió a examinar durante unos instantes su batalla, después llamó al legado de la Vigésima y le ordenó que se colocara en cuña y que forzara el frente enemigo, avanzando en paralelo con la Decimocuarta. El punto de ruptura estaba a un paso. Por último, dispuso que se detuviera el lanzamiento de las balistas.

La Sexta Cohorte avanzó y Aquila gritó a los suyos que marcharan manteniendo la formación. Continuamente recorría con la mirada su línea, la de la cohorte de delante y el movimiento de la horda enemiga. Los veteranos comenzaron a caminar sobre un campo de batalla lleno de cadáveres y Aquila aulló a los de las últimas filas que recogieran los escudos de los muertos y que se realinearán de inmediato. Hizo que aceleraran el paso porque los hombres de delante avanzaban más rápido; por último, oyó el toque de los cuernos y vio a los de la Vigésima que empujaban hacia delante, dejando un hueco precisamente sobre la derecha de la línea del frente.

—¡Dirigíos hacia la derecha! —clamó el centurión—. ¡Dirigíos hacia la derecha! ¡Mantened la alineación! —Continuó rápido, sin preocuparse por su pierna tullida, atento a que la formación permaneciera compacta. Estaban alineados, acompañaban el ritmo. Lanzó una mirada a la cresta blanca de Tauro, allá abajo, que mantenía su rebaño en el ángulo opuesto al suyo—. ¿Estás listo, Ferrio?

—Lo estoy, *centurio*.

—¿Molerato?

—Estoy listo.

Pocos pasos más y alcanzarían la posición. Caminaban entre lanzas partidas, flechas, espadas y escudos rotos. Y muertos, tantos muertos que no se veía la hierba de abajo. Aquila gritó a voz en cuello.

—¿Quiénes están delante de nosotros?

—¡Enemigos! ¡Siempre y solo enemigos!

—¿Quiénes están detrás de nosotros?

—¡Muertos! Siempre y solo muertos.

—¿Quiénes están a nuestro lado?

—¡Mis hermanos! ¡Siempre y solo legionarios!

—*Impetus!*

Quinn Lobo Cazador oyó cómo se aproximaba el griterío y cómo este se hacía más ensordecedor, se volvió pocos pasos antes del cauce, ya sin aliento, y contempló la masa ondulante. La caballería presionaba sobre los flancos a los fugitivos, empujándolos hacia las legiones. Sacudió la cabeza, incrédulo, y se tambaleó mientras en torno a él los hombres ensangrentados corrían para lanzarse al agua intentando encontrar una escapatoria. La batalla había terminado, ahora comenzaba la *matanza*.

Dio la espalda a todos los sueños y se puso a correr, entró en el agua, nadó hasta la otra orilla, salió empapado y continuó su carrera bajo una lluvia persistente. Un jinete lo alcanzó a su derecha, era un báltavo, se giró y vio a otros diez, quizá cien, quizá mil, llegaban como una avalancha para arrasarlo todo.

—¡Rhiannon! —gritó, mirando el inmenso campamento que había dejado poco antes—. ¡Rhiannon! —repitió mientras corría muy deprisa entre las tiendas, los carros, los alaridos de las mujeres y los niños que huían en todas direcciones.

Después quedó sin aliento, cayó al suelo rodando sobre el fango, un tremendo dolor se expandía por todo su cuerpo. Permaneció inmóvil en el suelo, sintió que la sangre le llegaba a la garganta y salía por la boca, y tocó con las manos la punta de una lanza que le salía por el vientre. La charca de fango se volvió roja.

—Rhian...

Cuando llegaron a la orilla del río, la orden fue de detenerse. Solo los legionarios de la Gemina pasaron al otro lado, siguiendo a la caballería. Aquila recordó que se había apoyado en el escudo, sin aliento, jadeando en la humedad producida por el temporal, que el sol se había convertido en bochorno. Delante de él, un guerrero iceno yacía medio caído en el agua del río, que, al correr, hacía que su larga cabellera ondulara. Los suyos habían cumplido con su deber, el último tramo de aquel largo camino hacia abajo del despeñadero había correspondido a los muchachos de Londinium, que habían relevado a los veteranos de las primeras filas. Y no habían dejado de vengarse por la afrenta.

Más allá del río, la caballería continuaba persiguiendo a la masa de britanos derrotados. Detrás de ellos, el monte aparecía cubierto por una multitud de cuerpos desgarrados.

Ferrio y Molerato lo abrazaron, Tauro le lanzó una mirada cómplice desde el ángulo opuesto de la alineación, después vino el turno de Marcelo, que le ofreció una cantimplora, con la mano temblorosa y la mirada extraviada. No habría podido suceder de otro modo. También para Aquila aquel campo de batalla superaba con mucho todos los que había visto antes. El comandante del manipulo salió del grupo y pasó lista. Todos estaban presentes.

Un tribuno de la Vigésima Legión, a la que habían sido destinados, dijo a Aquila que debían atravesar el río, llevando todo el equipo. La tarea de hostigar a los icenos fugados se asignó a los auxiliares y a los aliados. Suetonio retuvo las dos legiones y las vexilaciones de la Augusta sobre el terreno, para no cansar a los suyos y recoger los frutos de la victoria. Se dieron órdenes precisas para el reparto del botín, que debía ser dividido de manera equitativa entre todos los que habían participado en la batalla. Todo debía ser entregado y llevado al campamento. Los enemigos con heridas graves debían ser rematados sobre el terreno; los supervivientes, entregados para ser vendidos como esclavos. Todo lo obtenido, como el botín, sería dividido entre los combatientes. En realidad, después de haber transmitido la voluntad del gobernador, los tribunos y los legados dieron la espalda y fingieron no ver ni oír. La rebelión había sido demasiado salvaje y, entre los vencedores, aún no se había apagado el deseo de venganza. De aquella jornada no todo sería entregado a la historia.

—Molerato.

—Dime, Aquila.

El veterano se quitó el yelmo y se pasó la mano por el ojo que palpataba bajo la cicatriz, como siempre cuando se ponía nervioso o estaba cansado.

—Si la ves, llámame enseguida.

El gigante asintió. Pasó por encima del cuerpo de un niño de rostro tumefacto y continuó hacia delante. Aquila apoyó el yelmo en el escudo, alineado junto a los otros. Habían recibido la orden de no quitarse las corazas y debían mantener siempre un cuarto de los efectivos dispuesto para combatir. Los otros podían apoyar escudos y yelmos y comenzar a preparar las piras. Después había que limpiar los cadáveres, desnudarlos y amontonarlos. En teoría, cada centurión debía llevar la cuenta de los muertos y asegurarse de que los hombres entregaran cuanto encontrasen. Siempre se aumentaba el número de muertos, con el fin de demostrar que los hombres se habían esforzado mucho, y, con respecto a los regalos de sus subordinados, los centuriones casi siempre hacían la vista gorda sobre los objetos hallados y no entregados.

Aquila se percató de que Marcelo miraba a un herido que gritaba de dolor y le puso una mano en el hombro.

—Vete al río a rellenar las cantimploras, Catulo, dentro de poco se encenderán los fuegos y los hombres tendrán sed.

El muchacho obedeció, el veterano habría querido enviarlo lejos, pero el campo de batalla era demasiado extenso y no se fiaba de los numerosos buitres que ya estaban vagando en busca de alguna presa. Aquila mandó de inmediato a Tauro a ocuparse del hombre que se lamentaba. Después notó la descomunal cantidad de mujeres y niños muertos y pensó que solo era el principio.

El *optio* llamó a su comandante y Aquila, paso y medio paso, se abrió camino entre los cuerpos y lo alcanzó. Junto al britano al que Tauro había rematado, vio a Ambigath, con las ropas blancas sucias de sangre y fango. El rostro había conservado el sufrimiento del último instante de vida, la boca y los ojos abiertos. El *centurio* se inclinó y observó la posición poco natural de las piernas. Ambas estaban rotas, quizá por los cascos de un caballo o por el peso de la multitud presa del pánico.

—Tenías razón —susurró—, solo uno de nosotros vería el fin de todo esto.

Con un gesto compasivo le cerró los ojos y pensó que, sin aquel anciano, quizá nunca lo habría conseguido. Permaneció mirándolo largamente y, en su corazón, le auguró buen viaje; después se levantó y contempló el cruel espectáculo de una batalla ganada.

El sol comenzaba a descender. La jornada había terminado.

Y con ella la rebelión de Boudica también había acabado.

## Fragmentos de existencia

*Territorio de los trinovantes  
13 millas al oeste de Camuloduno  
Otoño, año 61 d. C.*

La única esperanza de los vencidos es no esperar ninguna salvación.

PUBLICO VIRGILIO MARÓN

Me quité la capucha del *sagum* empapada de agua.

—Hemos avanzado demasiado, *decurio* —dije, pasando la mano sobre el pelo aún empastado de polvo y sudor, después de los enfrentamientos y las cacerías humanas de los últimos días.

Al final Vindilo me había convencido para que permaneciera un poco más. El destino me había querido de nuevo en el ejército, a pesar de mi minusvalía. Tauro y Molerato se habían quedado por tiempo indeterminado en las filas de la Vigésima en calidad de veteranos reincorporados. Había un vasto territorio que despoblar y nadie mejor que ellos se habría dedicado con tanto empeño a aquella tarea. Los había dejado hombro con hombro mientras me saludaban, con su pesada carga de condecoraciones al valor y aquella mirada propia de los legionarios que han combatido juntos durante tanto tiempo.

En cuanto a Ferrio, después de Manduessedum había cogido su caballo, lo había cargado con la parte del botín que le correspondía y había partido hacia el sur, para reunirse con su familia. Había hecho todo ese camino para pelear su batalla y marcharse con su tajada de gloria. Nos había saludado con una sonrisa y con el compromiso de que lo llamáramos, si no lo conseguíamos sin él. «Después de esto —nos dijo—, está claro que mi destino no es morir en una batalla.»

Marcelo se había instalado en Viroconio, donde se había montado un vasto campo que alojaría temporalmente a los prófugos de la rebelión. Le había prometido por mi honor de soldado que volvería a buscarlo en cuanto la zona de Camuloduno estuviera pacificada y que después nos trasladaríamos juntos a mi propiedad para comenzar una nueva vida. En realidad, aún no sabía qué hacer con mi futuro y ni siquiera sabía qué había quedado de mi propiedad, pero la posibilidad de criar a Catulo no me disgustaba. Por primera vez en la vida, me ocuparía de alguien.

¿Y yo? Yo había sido equipado con una espléndida panoplia de alto oficial, encontrada encima de un gigantesco bárbaro de rostro desfigurado, muerto en el campo de batalla. Solo después de habérmela puesto varios días me había acordado de dónde la había visto antes. Era la de Tito Ulcio Falcidio, que tanto le había envidiado el día del funeral de Fidio.

Para subsanar mi medio paso, Cayo Antonio me había obsequiado con un magnífico semental, uno de aquellos que, después de la batalla, vagaban sin jinete por la región. Por último, se me encomendó una misión en Durobrivae, uno de los grandes puertos al sudeste de las tierras de los cantiacos. Debía esperar a los nuevos contingentes que venían desde Germania y guiar a las columnas que deberían llenar los vacíos dejados por la Hispana, al norte, en el corazón de las tierras de los icenos.

Llegado al fuerte de la Novena, me enteré del suicidio de Penio Póstumo, el prefecto de campo de la Segunda Augusta. Según parece, el sentimiento de culpa por no haber ejecutado las órdenes del gobernador lo había llevado a quitarse la vida. En realidad, todos pensaban que el gesto era adecuado, debido al resultado de la estrategia de Suetonio y a su manifiesta violación de la disciplina militar.

Después volví a las vexilaciones dejadas en Manduessedum, donde encontré un despacho que Vindilo me expedía desde Verulamio. Se estaban organizando unas unidades de jinetes auxiliares convocados desde Germania. La zona se había convertido en tierra de conquista y de correrías para cualquiera que tuviese una espada y un caballo. Muchos grupos de icenos y trinovantes, huidos después de la batalla, se habían organizado en bandas que saqueaban las granjas aisladas. Un vastísimo territorio entre Verulamio y la costa oriental de la isla estaba aún fuera de control. Había que perseguir a los fugitivos, sacarlos de su guarida y eliminarlos sobre el terreno, a excepción de aquellos de pelo rojo que eran mandados a los fuertes de la retaguardia para ser embarcados para Roma como prisioneros de la rebelión. Los crueles rebeldes exóticos eran exhibidos y subyugados, a pesar de su corulencia y de su ferocidad. Se prestaba particular atención a las mujeres, porque la reina de los icenos aún no había sido atrapada y su captura sería recompensada espléndidamente.

Así, me pusieron al lado de un decurión recién llegado del Rin, con su destacamento de esbirros, y comencé a rastrear la zona al este de la ciudad, adentrándome cada vez más en el interior de aquellas tierras que antaño habían sido de los trinovantes. El inicio del otoño nos había sorprendido en los territorios cercanos a Camuloduno, que me costaba reconocer. El cielo bajo y plomizo entristecía aún más aquellos lugares de los que la vida parecía haber desaparecido para siempre. Los que antes fueran campos cultivados se habían convertido en páramos abandonados. Las zonas aún no alcanzadas por las vexilaciones de infantería, por su parte, eran las preferidas por los fugitivos, que salían de los bosques en busca de presas fáciles y desaparecían de nuevo en ellos inmediatamente después. Nuestro exiguo número y el empecinamiento de quien nos dirigía habían conseguido que avanzáramos mucho más allá de la línea de las otras unidades de caballería. De cazadores habíamos pasado a ser presas. Hacía apenas unos días, un denso grupo de rebeldes nos atacó en la linde de un bosque y mató a cinco de los nuestros.

—Hemos avanzado demasiado, *decurio*.

—Tranquilo, Aquila, nos han ordenado que matáramos a todos los que pudiéramos y eso estamos haciendo.

Desde la cresta que había delante de nosotros la silueta de un jinete bátavo corrió a nuestro encuentro, deslizándose entre las olas dibujadas sobre la hierba. Mi caballo agitó el cuello para sacudirse la lluvia y luego se detuvo desganado sobre el borde del sendero a contemplar el trigo que se podría en los campos infestados de pasto. Llovía despacio, pero con insistencia, llovía sobre todo y los dedos fríos tardaron en desatar el nudo del cordoncito de cuero del yelmo colgado del *cingulum*. Había devuelto aquel de oficial recibido de Vindilo para coger este, que había encontrado en el suelo, cerca del águila de la Novena Legión. Pasé las yemas por el metal abollado del yelmo de los antepasados y pocos instantes después vi en el reflejo lechoso del bronce el rostro exánime de Murrogh, tal como cada noche lo veo en sueños, con los ojos vidriosos y la barba sucia de sangre. Me puse el yelmo apretando el barboquejo, seguro de oír, como siempre, el eco de su último aliento. Bajo este yelmo, el rey de los trinovantes había vuelto a la madre tierra, entre destellos de espadas y fragmentos ondulantes de guerreros a la carrera. «Fragmentos de existencia», eso es lo que quedará de cada uno de nosotros. Vidas lejanas, de las que no sobrevivirá más que algún objeto para testimoniar una mínima parte de lo que hemos sido y hecho.

El jinete de pelo de color de trigo maduro nos alcanzó.

—Más allá de la colina hay un sendero que lleva a una granja destruida. Están allí, revolviendo entre las ruinas.

El decurión dio el orden de acelerar la marcha.

—Pillémoslos por sorpresa.

—Bordeando la colina llegaremos mucho más cerca de la granja —dije—, podemos cogerlos por la espalda.

—¿Conoces la zona?

—Sí —respondí, sin precisar que aquella «granja destruida» en otro tiempo era de mi propiedad.

—Entonces, hagamos como dices.

Salimos del bosque al galope, entre altas salpicaduras de agua, como espectros férreos envueltos en capas chorreantes. Cuando nos vieron se dispersaron en todas direcciones. Algunos subieron a caballo, a otros no les dio tiempo. Me encontré persiguiendo a un bátavo que cargaba contra tres fugitivos, que, a su vez, intentaban alcanzar los bosques que bordeaban el sendero. Dos de ellos corrieron a la izquierda hacia el matorral; seguido por el germano, otro continuó corriendo derecho tan rápido como podía y yo elegí a mi víctima. Estuve encima de él enseguida. Lo flanquéé entre el jadeo del semental, que chapoteaba en el terreno cenagoso. El hombre

cambió de rumbo para evitarme y se deslizó en la hierba, cayendo al suelo entre salpicaduras de agua. Se levantó a duras penas, mientras aflojaba las riendas del caballo e invertía la dirección. Me miró apretando los dientes con una mueca y volvió a correr, cojeando de una pierna. En un instante lo alcancé de nuevo y una vez más se giró, evitando mi golpe, que fue hueco y contra la lluvia. Desenvainó la espada y, ya sin aliento, se quedó esperándome, sosteniéndola con ambas manos. Dudé durante un instante, después me acerqué rodeándole para confundirlo, manteniéndolo a mi derecha: su larga espada era un problema, y estar a caballo en un frente a frente no suponía ninguna ventaja. Yo tenía siempre la mano izquierda empeñada en conducir el caballo, él no. Me gritó algo, jadeando, con el cabello pegado al rostro. Por último dio un salto hacia delante, hundiendo la espada. Aparté a la bestia, desvié el golpe empujando su hoja hacia abajo y con el mandoble de vuelta lo cogí desequilibrado. Le pegué entre el mentón y el cuello, di un golpe con los talones y el caballo se alejó de pronto, después me volví una decena de pasos y vi que me miraba. Dejó caer la espada y se llevó la mano al cuello, el corte lo estaba convirtiendo en una fuente de sangre. El bátavo que había cargado contra mí salió del bosque con la espada enrojecida, me alcanzó y me sobrepasó al galope para dirigirse de nuevo hacia los otros que combatían allí alrededor. Ví al britano caer de bruces contra el fango y enrojeció al caballo en la misma dirección.

A lo largo del trayecto vi tres cadáveres de fugitivos boca abajo entre la hierba alta. Uno era una mujer de pelo rubio, atado con una trenza. Alcancé a un puñado de jinetes que habían desmontado alrededor de un hombre caído y advertí que era el decurión. Había sido golpeado por una lanza en pleno vientre y se estaba retorciendo en el fango con los germanos que, de algún modo, trataban de socorrerlo. Le quitaron el yelmo y la malla, que nada habían podido contra aquel violento embate desde abajo. El vientre estaba destrozado y el hombre se estremecía entre dolorosos espasmos. No quedaba más que esperar algunos instantes, no duraría demasiado.

Bajé del caballo y me acurruqué a su lado.

—¿Tienes alguna orden, *decurio*?

Me miró, temblando bajo la lluvia, ni siquiera entendía si podía verme. Le aferré la mano.

—¿*Decurio*?

Los músculos se tensaron en una contracción dolorosa.

—¿Debo decirle algo a alguien?

Ví el miedo en su mirada, después el cuello se tensó, su mano dejó de estrechar la mía, dejó de temblar y puso los ojos en blanco. La larga lista de las víctimas de la rebelión de Boudica tenía un nombre más, que nadie recordaría. Era solo alguien que había venido de lejos para servir a las enseñanzas, que se marchaba. Otro trozo de hierba britana enrojecido de sangre. Observé a mi alrededor entre las miradas indiferentes de los bátavos y me di cuenta de que me había convertido en el jefe de aquella manada.

—Lo enterraremos aquí —dije, quitándome el yelmo—. ¿Estamos todos?

—No, Larus ha continuado la persecución con Yorn y los suyos, más allá de la colina.

Un poco más allá, un germano sentado en el suelo maldecía, mientras su compañero le vendaba como mejor podía un corte en el brazo. Me acerqué para echarle un vistazo.

—Este debe ir lo antes posible a un médico —dije—. ¿Hay otros heridos?

No obtuve respuesta, pero aún faltaban varios hombres de los veintitrés del grupo. Vi llegar a dos al trote desde aquella que debía de haber sido la puerta de la villa, reducida a unas pocas tablas contra el cielo, como una mano esquelética.

Me puse otra vez el yelmo y monté a caballo para rondar la zona. Necesitaba estar solo, me alejé bajo aquel tétrico y susurrante cielo gris, mirando, con el corazón dolorido, mi villa o, mejor, sus restos. Dejé lo que quedaba de la entrada, más allá de la cual los escombros ennegrecidos me esperaban como mudos testigos de una furia devastadora ya pasada. Vi las dos columnas, una de las cuales aún estaba sujeta con las cuerdas, en medio del pavimento del tan deseado pórtico en estilo italiano. Las habíamos izado con Antio, el capataz, con su barba hirsuta emblanquecida por el polvo de mármol, durante aquella mañana en que todo comenzó. El portal desfondado de la cuadra me recordó a un muchacho joven, al picapedrero que había gritado que ensillara los caballos. Quién sabe qué fin habían tenido todos los obreros. Dos palos de los andamios puestos en cruz se recortaron detrás de la columna. Di un pequeño golpe con los talones al costado del caballo, no deseaba ver a quién pertenecía aquel cuerpo reducido a un esqueleto escondido por las tablas. A pesar del estado, por el cabello reconocí a Owen, el comerciante en madera que decidió quedarse, y me detuve a sus pies. Confiaba en su gente, en la posibilidad de discutir y hacerse escuchar. Le había salido mal. Con el odio no se discute.

No sé cuánto tiempo permanecí allí, ausente y alejado, bajo el estruendoso silencio de la lluvia que me daba la bienvenida a casa. De vez en cuando, los vientos del norte se alejaban de las colinas para convertirse en olas que se deslizaban por la hierba alta hasta atravesarme y desaparecer después en la nada. Había dejado aquel sitio lleno de vida en una maravillosa jornada estival, volvía en otoño para hallar muerte, destrucción y frío.

Durante todo el tiempo había esperado regresar allí y encontrar una señal, algo que me diera un indicio de vida, algo por lo que valiera la pena volver a empezar.

Miré la que había sido mi casa. Las paredes habían resistido, el techo se había derrumbado, pero, con toda probabilidad, desplazando los escombros, recuperaría mi dinero. Quizás aún era un hombre rico, aunque en aquel momento no tenía fuerzas para considerar este hecho como una buena noticia. ¿Era este el resultado de una vida llena de luchas en tierras extranjeras? El manuscrito nunca redactado de mi vida me describiría como este trigo, que ha alcanzado su máximo esplendor y después se ha marchitado en el suelo bajo su propio peso, sin que nadie pueda ya disfrutar de la cosecha.

Un silbido dirigió mi atención hacia la colina. Desde la cima, Larus me hacía amplios gestos. Asentí y empujé el caballo en aquella dirección, a través del campo que, durante aquel año, no alimentaría a nadie, como, por lo demás, sucedería con todos los de la región. Un golpe de talones y el caballo atravesó el aguazal cenagoso que me separaba del cerro para luego remontar la cuesta. El bátavo me esperaba sin preocuparse por la lluvia, con el largo cabello cayéndole sobre los hombros, un puño sobre el costado y una sonrisa soberbia.

—¿Qué sucede, Larus?

—Los hemos cogido allá abajo, cerca del río. Esperamos al *decurio* para que nos diga qué hacer con las mujeres, a los hombres ya los hemos liquidado.

—El *decurio* ha caído en combate. Yo he asumido el mando.

Con el rabillo del ojo vi cómo se encogía de hombros, ni siquiera le dirigí una mirada de desdén porque no la habría entendido. El relincho de un caballo me guio hacia el río, donde entreví a Yorn, que sostenía la espada bajo el mentón de una mujer arrodillada delante de él. Pasé junto al cadáver de un guerrero golpeado en la espalda y alcancé al bátavo, rodeando a la mujer que me daba la espalda para mirarla a la cara. Podía tener treinta y cinco años, pero aparentaba cincuenta, cabello negro pegado al rostro sucio, del cual dos ojos cerúleos mostraban odio y piedad al mismo tiempo.

—El *decurio* ha muerto, Yorn, yo he asumido el mando hasta que volvamos al campamento.

El germano asintió y me planteó la misma pregunta que habría hecho al comandante.

—¿La mato?

La miré a los ojos. «No te preguntes nada de ella —pensé—, no te preguntes cómo ha llegado aquí, de dónde ha partido y a quién ha dejado a lo largo del camino.» Yorn hizo que alzara el rostro empujando con la punta bajo el mentón. Deslicé la mirada sobre la hoja plana, donde las gotas danzaban sobre el metal frío y subí por el brazo hasta encontrar la mirada del bátavo concentrado en observarla, saboreando el placer que le daría hundir su espada.

—¿Quién está ahí detrás?

Yorn me miró sorprendido, mientras un sollozo se alzaba más allá de los helechos entre el monótono rumor de la lluvia.

—He preguntado quién está ahí detrás.

—Maldita perra —gruñó el germano, que no había conseguido esconder su botín personal.

Fulminé a Yorn con una mirada que acentuaba mi autoridad sobre él. No tenía ninguna intención de dejar libre a aquella manada de fieras.

—Tráela aquí.

—¿Y esta?

—¡Tráela aquí! —grité.

La espalda cubierta de hierro de Yorn desapareció en el matorral. Su rostro barbudo apretado dentro del yelmo desapareció poco después. Sujetaba por el pelo a una muchacha medio cubierta de fango, que se revolvió, furiosa, con las manos atadas a la espalda. Con un gesto de ira la empujó entre las patas de mi caballo, que

retrocedió. La mujer permaneció en el suelo jadeante. Yorn apareció desde atrás, la cogió por el pelo y la obligó a ponerse de rodillas para mostrarme su rostro.

Rhiannon me miró con los ojos entornados, la sangre le brotaba de la nariz y los labios y se fundía con las gotas de lluvia.

Aflojé las riendas y salté del caballo.

—¡Déjala! —grité. Me arrodillé delante de ella y permanecí allí, sin atreverme a tocarla, mirando su rostro demacrado y tumefacto, el pómulo reventado por un violento golpe. Extraje el *pugio* y la desaté. Temblando, comencé a masajearle las muñecas. Su mirada se deslizó sobre el yelmo que había sido de su padre y vislumbé en sus ojos un destello de agresividad. Con un grito desesperado se levantó de repente y me arañó el rostro, sin que yo hiciera nada para detenerla—. ¡Quietos! —aullé dirigiéndome a Yorn, que estaba a punto de agarrarla, y en ese instante ella me golpeó contra el yelmo. Dejé caer el *pugio* y le cogí la muñeca para detenerla, mientras ella me asestaba un diluvio de patadas y puñetazos—. Cálmate, Rhiannon.

Continuó, hundiéndose en un abismo de locura histérica y tuve que empujarla de espaldas contra el fango para poder detenerla. Parecía un animal salvaje lleno de rabia. Sabía que, si se me escapaba, Yorn y Larus no perderían ocasión de matarla solo por el placer de hacerlo. Un grito lacerante salió de sus labios y arqueó la espalda varias veces, mientras le apretaba con fuerza las muñecas tratando de aplacar su alma desesperada. Traté de encontrar palabras con las que calmarla, pero solo conseguí mantenerla quieta hasta que se quedó sin fuerzas. Entonces la hija de Murrough estalló en dolorosos sollozos, que herían como espadas. Sus ropas ya no eran más que un delgado e impalpable velo que traslucía todo, y sentí bajo la coraza que su pecho se agitaba acompasadamente, presa de la angustia. Crucé su mirada una vez más, doblegada pero no derrotada, que excavaba dentro de mí con una rabia inmensa. Dos ardientes lágrimas se deslizaron por sus mejillas arañadas. Aflojé el agarre de las muñecas. Ya no tenía fuerzas para oponerse; su respiración jadeante se veía interrumpida por los sollozos. Cuando cerró los ojos y abandonó su resistencia la dejé allí, inmóvil, temblando; después traté de ayudarla a levantarse.

—¡No me toques!

Con un movimiento fulminante había agarrado el puñal y lo había dirigido hacia mi garganta. Larus desenvainó la espada espoleando al caballo hacia nosotros y Yorn avanzó, también él con la hoja limpia.

—¡Quietos! —grité—. Tocadla y os mato. ¡Juro que os mato!

Pasé la lengua sobre el labio palpitante y sentí el sabor de la sangre. La obstinación del cielo se estrellaba contra el suelo en una lluvia de gélidos alfileres.

—Como aquella tarde, Rhiannon, ahora como entonces, tú tienes el cuchillo por el mango.

Una fuerza que no podía controlar sacudía su mano. El odio contra Roma hacía que su mirada se trastornara. Deseaba matar y que la mataran, deseaba odiar y ser odiada. Ansiaba con todas sus fuerzas destruir, consciente de que, acabando conmigo, se aniquilaría finalmente a sí misma.

—Demasiadas cosas han cambiado desde entonces.

—Hay algo que no, Rhiannon, lo que siento por ti, por tu mirada. Lo único que me ha animado a continuar hacia delante durante todo este tiempo ha sido la esperanza de verte de nuevo. Y ahora, después de haber perdido todo y a todos, después de haberme quedado solo en el mundo, me encuentro helado, bajo la lluvia y con un cuchillo en la garganta, y, por primera vez, desde que todo esto comenzara, deseo vivir. Ya no tenemos nada, Rhiannon, pero tampoco podemos perder ya nada. Desde aquí solo nos queda volver. Tú y yo, juntos.

Sentía que sus ojos me atravesaban como la punta afilada del *pugio* que apretaba, temblando, sobre mi yugular.

—Yo, por ti, lo haría, Rhiannon. Destruiría el mundo, por ti.

—Ya lo has hecho.

—No, nos hemos encontrado atrapados en algo terrible, que no hemos querido pero que hemos tenido que sufrir. Ambos habríamos deseado haber muerto, para no ser testigos de esto, pero los dioses han querido que sobreviviéramos y que de nuevo nos encontráramos.

Sacudí la cabeza.

—Te odio, Aquila. A ti, a tu gente, a todo aquello que sois y a todo aquello que hacéis.

—Entonces hunde esa hoja.

—¡Te odio con todo mi ser!

—Hunde esa hoja.

Permanecí inmóvil durante unos instantes interminables marcados por el rumor de la lluvia.

Dejó caer el cuchillo. Y como si aquella fuera su última fuente de energía, se acurrucó sobre las rodillas, con los brazos a lo largo del cuerpo, del que descendían regueros de agua.

—Dime que tú también me odias, Aquila. —Los alaridos se habían convertido en un susurro.

Tendí los brazos hacia su rostro, le aparté el pelo y le besé los ojos hinchados por el llanto. La estreché contra mí, emocionado y con un nudo en la garganta. Dejé caer la cabeza sobre mi hombro, golpeando cansadamente, por última vez, el puño sobre la coraza.

—No puedo decirtelo, Rhiannon. Porque te amo.

Permaneció allí, en el fango, indefensa, entre los brazos de un hombre llegado de otro mundo. Un hombre que habría querido ver muerto, pero por el cual querría morir.

Este libro habría podido terminar a orillas del río Anker, en las inmediaciones de la actual Manchester, en Warwickshire, en el que se ha identificado, presumiblemente, como el campo de la última batalla de Boudica, porque el epílogo de la rebelión de los icenos coincide con aquella «matanza». O bien habría podido proseguir con la incesante persecución de la caballería contra los prófugos, que buscaban una salida hacia el este, y contar los últimos momentos de la reina acorralada en los bosques.

Tácito escribe que «la gloria de aquel día fue espléndida, a la altura de las victorias de antaño» y declara la desconcertante cifra de ochenta mil bajas por parte de los insurgentes y de solo cuatrocientas por parte romana. Pero, por *par conditio*, es necesario precisar que, siempre según Tácito, a dichas bajas deben añadirse las setenta mil víctimas diezmadas por la reina guerrera durante su marcha hacia el destino que le esperaba en Manduessedum. Dado que, de todos modos, las únicas fuentes escritas que han llegado hasta nosotros son romanas, existen diferentes opiniones respecto al terrible y quizás excesivo número indicado por Tácito y que los hallazgos, hasta el día de hoy no confirman. Parece, en cambio, que la posterior expedición de castigo de Suetonio despobló durante varias generaciones la zona ocupada por los icenos antes de la rebelión. En efecto, el gobernador persistió en su política agresiva hasta la llegada de Julio Clasiciano, nuevo responsable de la administración civil, que ocupó el puesto de Cato Deciano. Los dos entraron de inmediato en desacuerdo y Clasiciano señaló a Roma los brutales métodos de represalia empleados por Suetonio contra las tribus locales, sosteniendo que el único remedio para pacificar la provincia sería sustituir al gobernador mismo y atenerse a una línea más suave con sus habitantes. Nerón mandó entonces a Britania a un liberto, Policlito, personaje respetable que contaba con la máxima confianza del emperador, el cual realizó una encuesta que, en resumen, arrojó un resultado favorable a Suetonio. En efecto, este permaneció todavía en el cargo hasta que perdió algunas naves con su tripulación y el caso fue tratado como si aún no hubiera terminado la guerra. Suetonio recibió entonces la orden de traspasar el mando a Petronio Turpiliano que, según Tácito, «no provocó al enemigo ni fue provocado por él; y a una deplorable inacción confirió el nombre de paz».

Qué lejos estamos de nuestra época.

Por lo que respecta a Boudica, en cambio, los escritos de Tácito afirman que esta se envenenó, los de Dión Casio que murió tras la batalla debido a una enfermedad. No podemos confirmar ni desmentir estas hipótesis, aunque ambas parecen creíbles. Boudica podría haber sido herida en Manduessedum y haber fallecido durante los días siguientes o bien habría podido morir en el campo de batalla y, por algún motivo, no haber sido identificada, al igual que sus hijas. Quizá la tesis que más se ajusta a la imagen que se nos ha transmitido de ella es la de que se envenenó, después de constatar que el sueño de libertad del pueblo iceno se había desvanecido para siempre. Lo que sabemos con seguridad es que no cayó viva en manos de Suetonio, pues este la habría enviado a Roma para exhibirla como prisionera de guerra, al igual que se había hecho con otros rebeldes antes que ella.

La escena de la reina acorralada en los bosques, que se envenena después de haber matado a sus hijas entre los pocos y desesperados supervivientes, habría tenido sin duda un fuerte impacto emocional en la narración, pero he preferido dejar deliberadamente como última imagen de Boudica aquella en la que aparece a la cabeza de sus icenos en un carro de guerra, mientras reclama al mundo su derecho de venganza, con la cabellera roja al viento. He preferido dejar como leyenda lo que sucedió después, así como todo aquello que, más tarde o más temprano, la arqueología revelará.

La rebelión de Boudica concluye con el amor recobrado entre Aquila y Rhiannon, que el destino había situado en frentes opuestos, y con la salvación de Marcelo, un vástago al que el fuego no consiguió matar. Aquila, que al principio era rico, pero que estaba solo y era terriblemente infeliz, abandona este desastre con fuerzas para empezar una nueva vida. Rhiannon odia con vehemencia el sistema romano que le ha arrebatado todo, pero al mismo tiempo ama a su fruto más puro, un legionario.

Me agrada pensar que para alguien todo pudiera haberse resuelto de verdad así. Pero, dado que he inventado a los personajes, al menos, para ellos, puedo decidirlo yo.

**Ad signa:** orden de formar las filas junto a los estandartes.

**Ad testudo:** orden de formar el testudo.

**Ala:** unidad de caballería constituida por 16 *turmae*, compuestas a su vez por 30 jinetes cada una.

**Ar Buidheachas:** Graham Webster ha escrito en su *Boudica: The British revolt against Rome AD 60* que, durante el viaje de la reina Victoria, al norte de Escocia, en 1872, le fueron dedicadas muchas inscripciones en gaélico con el siguiente texto: AR BUIDHEACHAS DO'N BHUADAICH: «A (la) Victoria, nuestra gratitud.» Aquí el gaélico muestra su vínculo con la lejana lengua celta en la palabra «Victoria», *bouda*, que en el moderno galés se ha convertido en *buddug*. La palabra aparece de diferentes formas en muchas inscripciones, la más interesante de ellas fue hallada en 1921 en Burdeos en un altar dedicado a Tutela Boudiga, divinidad local descrita como «la victoriosa». Tácito latinizó el nombre añadiendo la doble «c» y, en la Edad Media, debido a un error de transcripción, una de estas «c» se convirtió en «e» y una «u» pasó a ser «a», transformando el nombre en Boadicea. Cualquiera que haya sido su verdadero nombre, su significado es, con toda probabilidad, «Victoria» y, por lo tanto, he supuesto que las formaciones de guerreros del séquito de Boudica la aclamaban con un *Ar Buidheachas*.

**Cingulum:** cinturón de los legionarios, formado por piezas de cuero y placas de bronce adornadas que, además de sujetar el arma, aligeraba y distribuía en la cintura todo el peso de la cota de malla. Tenía también la función simbólica de identificar como militar a la persona que lo llevaba y constituía un motivo de orgullo para los combatientes, que gastaban elevadas sumas para embellecerlo.

**Contubernium:** unidad básica del ejército romano compuesta por ocho hombres que compartían la misma tienda.

**Decimocuarta Legión Gemina:** constituida por Julio César en el 58-57 a. C. Su nombre significa que, en un determinado período de su historia, se unieron a ella una o más legiones disgregadas. En el 43, la Decimocuarta Legión Gemina formó parte del cuerpo de invasión de Britania. Se estableció desde el 48 en Manduessedum, desde donde se desplazó en el 49 a Letocetum y, en el 56, a Viroconium Cornoviorum, antes de participar en las operaciones contra el enclave druida de Mona y, después, contra los icenos en el 61, durante la rebelión de Boudica. Tras esta operación, la legión fue distinguida con el título honorífico de *Martia Victrix*, «Victoriosa, bendecida por Marte», y su fama le llevó a ser considerada como una de las mejores legiones del Imperio. Sus símbolos eran el cuerno de cabra (signo zodiacal de Augusto) y el águila.

**Decumbere testudo:** orden de deshacer la formación en testudo.

**Gladio:** espada de doble filo, de 40 a 55 cm de largo, con hoja ancha y muy puntiaguda, que usaban los legionarios. Sus especiales medidas la hacían ideal para los combates cuerpo a cuerpo, pues no entorpecía los movimientos de las formaciones muy compactas. Los legionarios se adiestraban para utilizarla «de punta», uso que con un mínimo esfuerzo conseguía la máxima capacidad mortal del arma.

**Honesta missio:** licencia de honor como conclusión del período de servicio militar.

**Milla romana:** la palabra «milla» deriva de la expresión latina *milia passuum*, «mil pasos», que indicaba la unidad equivalente a mil pasos: 1.480 metros.

**Missio causaria:** licenciamiento a causa de enfermedades o heridas que hacían que el soldado no fuera apto para el servicio.

**Novena Legión Hispana:** es posible que tenga su origen en la Novena Legión de César, que ya estaba establecida en la Galia en el 58 a. C. Fue disuelta y, después, reformada en el 40 a. C. por Octaviano, que la trasladó a Hispania, donde participó activamente en las campañas de Augusto del 24 a. C. En el 43 d. C. tomó parte en la invasión romana de Britania bajo el mando de Cesio Nasica. En el 57 d. C. truncó la primera rebelión de la tribu de los brigantes y fue establecida en Logthorpe, desde donde partió bajo el mando de su legado, Petilio Cerial, para prestar ayuda a Londres durante la rebelión de Boudica. Antes de alcanzar la ciudad, la legión cayó en una emboscada y sufrió una dura derrota. Los supervivientes se retiraron a su punto de partida. Después de la rebelión fue reforzada con nuevas tropas provenientes de las provincias germánicas. Símbolo desconocido.

**Numeración:** el sistema de numeración romano utilizado en el libro es el aditivo empleado en la época. Los valores de los símbolos siempre son sumados y nunca restados. El número 4, en consecuencia, se escribe IIII y no IV.

**Sagum:** capa de fieltro, pesada y áspera, utilizada por los soldados.

**Segunda Legión Augusta:** constituida en el 43 a. C. por Octaviano. Participó en la invasión de Britania del 43 d. C. al mando del futuro emperador Tito Flavio Vespasiano hasta el 51 d. C. Durante la rebelión de Boudica su prefecto de campo, Penio Póstumo, que la dirigía por un breve período, quizás en sustitución del legado adscrito a Suetonio Paulino, desobedeció las órdenes de este y no se sumó a las fuerzas ya reunidas para afrontar la rebelión. Después de la derrota de los icenos, Póstumo se suicidó. Durante los años siguientes la legión dio pruebas de ser una excelente unidad. En el período abordado en el libro utilizaba como símbolo el cuerno de cabra (signo zodiacal de Augusto).

**Signa inferre:** orden de marcha siguiendo los estandartes.

**Tormenta:** máquinas de lanzamiento (catapultas, balistas, etc.).

**Vigésima Legión Valeria:** el nombre de Valeria tiene un origen incierto. Podría referirse al «valor militar» de la unidad o a un vínculo con la *gens* Valeria. Esta legión fue una de las cuatro con las que Claudio invadió Britania en el 43. Se estableció inicialmente en Camuloduno, donde dejó un gran número de veteranos en la reserva. Participó en las campañas contra las tribus occidentales y algunas de sus vexilaciones, en las que combatían los mejores veteranos, contribuyeron a sofocar, junto con la Decimocuarta Gemina, la rebelión de la reina Boudica. Sabemos que ambas legiones fueron distinguidas con honores por su conducta y es probable, por lo tanto, que recibiera el apelativo de *Valeria Victrix*, «Valerosa y victoriosa», precisamente tras la campaña contra los icenos. Sus símbolos eran el jabalí y el cuerno de cabra.

1. Jinetes que servían bajo la tutela de Roma y que provenían de tribus orgullosas y guerreras que estaban establecidas en la parte meridional de los actuales Países Bajos. De imponente aspecto físico, incansables guerreros sedientos de sangre, a menudo se les confundía con las hordas germánicas.
2. Hoy Colchester. Camuloduno era el asentamiento romano por excelencia en Britania, capital de la isla y centro en plena expansión durante aquel período.
3. Entre los años 20 y 40 del siglo I d. C. hubo una guerra intestina de expansión entre los catuvelaunos, guiados por el rey Cunobelino, y los atrebatas y trinovantes. Este conflicto obligó a Verica, rey de los atrebatas y antiguo rey cliente de Roma, a pedir ayuda al emperador Claudio, y trajo consigo, en el 43 d. C., la invasión de la isla por parte de los romanos.
4. La descripción del yelmo se inspira en una serie de esculturas provenientes del relieve triunfal de Aquileia decoradas con panoplias de la época republicana tardía. *De Bello Gallico* (I, 10) refiere que las unidades de César hibernaban en las inmediaciones de Aquileia en el 58 a. C., y, con toda probabilidad, estas esculturas representan armaduras usadas en las legiones que posteriormente participaron en las campañas de la Galia y de Britania. Se trata de un modelo Agen/Port del siglo I a. C., con paragnátides falciformes y un refuerzo a la altura de la frente que bordea el yelmo, al cual se añade un ala metálica que lo rodea por completo para preservarlo de los espadaños dados con el filo de arriba abajo. Una particularidad del Agen/Port es la cánula portapenacho a la que, sin embargo, en los relieves de Aquileia, se añaden dos laterales.
5. Tribu celta establecida en el sudeste de Inglaterra, que se opuso, con el rey Casivelauno, a la primera invasión de Britania por parte de los romanos en el 55 y en el 54 a. C. Antes de la segunda expedición de César, el señor de la guerra Casivelauno destronó y mató al rey de la tribu de los trinovantes, Imanuencio. El hijo de este último, Mandubracio, se dirigió a la Galia para pedir protección al general romano. Casivelauno guió después la resistencia britana contra la invasión romana, pero fue traicionado por los trinovantes y asediado por el ejército cesariano. Al final tuvo que rendirse. César puso a Mandubracio en el trono de los trinovantes.
6. Lo que sigue remite a diversas alocuciones extrapoladas de las *Historiae* de Tácito, III, 73-74. El discurso de Petilio Cerial expresa el punto de vista romano.
7. La carrera de Cayo Antonio Vindilo (personaje imaginario) se inspira en un fragmento de una estela, de probable proveniencia milanesa, en la cual se honra a un soldado que ha sido ascendido a la carrera ecuestre por méritos militares.
8. En el 47, el sur y el este de Britania estaban firmemente vigilados y se habían estrechado alianzas con algunas tribus localizadas fuera de la zona controlada por los romanos. En cambio, otras tribus hostiles continuaron resistiendo, desencadenando ataques e incitando rebeliones. Escápula reaccionó con fuerza y decisión y aplacó las rebeliones con la intención de desarmar a todos los britanos que vivían al sur y al este de los ríos Trent y Severn. La tribu de los icenos, que se había aliado voluntariamente con los romanos, se opuso al plan y se sublevó contra los romanos. Fue derrotada por el propio Escápula, aunque después se concedió a los icenos el derecho a conservar su independencia (probablemente porque pusieron al mando de la tribu al regente filorromano Prasutagus).
9. *Onager* u onagro recibe su nombre del asno salvaje y este remite a la potencia de la coz. Consiste en la clásica catapulta de un brazo asegurado a un mecanismo de torsión que más adelante se usaría a gran escala durante la Edad Media. Era ya conocido en el siglo I d. C., pero no se utilizaba mucho, quizá porque debía ser fijado firmemente en el terreno debido a su potencia —podía lanzar rocas de cincuenta kilos a cuatrocientos metros de distancia— y era, por lo tanto, más adecuado para asedios que para el campo de batalla. Según Vegecio, cada legión llevaba consigo diez onagros arrastrados por caballos o bueyes. Las máquinas más grandes se construían a menudo sobre el lugar o eran transportadas en piezas y montadas después sobre el terreno. El empleo de los onagros para el asedio en la isla de Mona es una conjetura del autor.
10. Las balistas palintonas permitían desplegar mucha mayor fuerza con respecto a las balistas tradicionales y podían aumentar el tiro útil de 200 a más de 400 metros.
11. Avanzar, seguir las enseñas.
12. Esclavo encargado de alumbrar las estancias con una linterna de aceite.
13. El nombre ficticio inventado por el autor se refiere a la actual Thetford, que en el siglo I d. C. era un asentamiento acondicionado para celebrar asambleas o encuentros para un gran número de personas. En él se han hallado restos de un enorme sitio amurallado de 32.000 metros cuadrados protegido por trincheras y vallas con un único acceso. En la actualidad han sido hallados cuarenta y siete broches de la época de la rebelión, quizá perdidos de forma fortuita, lo cual nos permite conjeturar que el sitio fue testigo de una concentración durante aquel período.
14. Tácito, *Agrícola*, XXXI, Discurso de Calgaco a los caledonios.
15. Dió Casio, *Historia romana*, LXII: «La atrocidad más cobarde e inhumana cometida contra quien capturaban era la siguiente: desnudaban a las mujeres más nobles y refinadas y les amputaban los pechos, que eran cosidos en sus bocas para que pareciera que se los estaban comiendo.» Tácito, *Anales*, XIII, 33: «En efecto, los bárbaros no hacían prisioneros, para venderlos como esclavos o para algún otro comercio de guerra, sino que se entregaban a un frenesí de «matanzas» y ahorcamientos, de hogueras y crucifixiones, casi a la espera de tener que pagar por todo, pero tomándose entre tanto una venganza anticipada».
16. En la época romana no existía el denominado «cara o cruz», puesto que este dicho es típicamente medieval. Los romanos usaban la frase *capita aut navia*, o sea «cara o nave», porque las primeras monedas mostraban en el anverso de las mismas la proa de una nave.
17. Destacamentos de legiones utilizados como unidades eventuales. El término *vexillatio* deriva de *vexillum*, la enseña con el nombre de la legión matriz llevada por los destacamentos.
18. Una legua romana = 2.220 metros.
19. Término latino que significa «poner un clavo». Por extensión, pasó a ser la acción de hacer daño a alguien a través de invectivas y maldiciones, generalmente grabadas sobre una tablilla de plomo que luego era clavada.
20. Pañuelo que se llevaba en torno al cuello y que se utilizaba para proteger la parte del borde de la armadura.
21. Tribu asentada en la costa sur asomada sobre la Manga en la actual Dorset.
22. Actual Exeter.
23. Tácito señala que fue el prefecto de campo Penio Póstumo quien comunicó a Cayo Suetonio Paulino la imposibilidad de reunirse con las dos legiones a las órdenes del gobernador. Al ser el prefecto de campo el tercero en la escala jerárquica al mando de la legión, se supone que los dos oficiales superiores estaban ausentes y, con toda probabilidad, ya formaban parte de los efectivos de Suetonio, quizá como comandantes de algún destacamento incorporado precisamente a la Augusta.
24. Formación de marcha carente de precauciones.
25. Gobernador de Britania en el 47 d. C., que se enfrentó por primera vez a los icenos aquel mismo año y los derrotó.
26. Típico collar celta entrelazado al que se le atribuían poderes mágicos y protección divina.
27. Espacio —de unos sesenta metros de ancho— que se dejaba entre la última fila de tiendas y la empalizada y que hacía de perímetro al campamento y protegía los *contubernia* de eventuales lanzamientos desde fuera. El *intervallum* era utilizado para las concentraciones y las maniobras.
28. Comandante de una *turma* de caballería.
29. Gladio de madera que pesaba el doble que el mismo de hierro que se usaba en los combates.
30. Recluta.

## Agradecimientos

Las personas a las que agradezco el que haya escrito este libro son, ante todo, aquellas que se pusieron en contacto conmigo después de leer *La legión de los inmortales* y que me han animado a que continúe. Espero no haber decepcionado sus expectativas en el comprometido relato de esta lucha entre romanos e icenos.

Entre ellos, en primera persona, debo mencionar a Cesare Rusalem, al que conocí, durante una cena, un frío enero de 2007, del que nos defendimos con relatos de la rebelión de Boudica y con algo más, me parece que grapa. Desde entonces me ha ayudado, dándome valiosos consejos para la redacción de este libro y me ha incitado siempre a avanzar.

A ellos se suma Filippo Crimi, prefecto de campo del grupo de evocación histórica Legio I Italica, que me ha animado desde la primera hasta la última línea, proporcionándome su valioso tributo de investigador e historiador. Gracias a él y a la cortesía de Corrado Perelli, legado del mismo grupo de reconstrucción, he podido ponerme las lorigas de mis amados legionarios y respirar el aire de la Roma antigua dentro de una coraza, en un inolvidable amanecer, en el bosque de la Panfilia.

Se suma a la lista otro amigo experto en historia romana, Marco Lucchetti, propietario de la firma Soldiers, que me ha proporcionado material sobre la historia de la Britania romana del siglo I d. C. y con el cual, en más de una ocasión, me he perdido en consideraciones estratégicas. Marco también me ha ayudado durante la primera revisión de los textos.

Añado a esta lista los valiosos consejos de Samuele Sicchio y del experto en epigrafía Roberto de' Sanna referentes a la utilización de los nombres usados en la Britania romana.

Reconozco haber aprovechado, en beneficio de quien lea el libro, el profundo conocimiento histórico de Elisa Caimi, sin la cual esta historia nunca habría sido «verdadera». Elisa me ha proporcionado anécdotas, que sin duda los lectores más atentos apreciarán, sobre los detalles de la vestimenta, la curación de las heridas, los ritos mágicos secretos y misteriosos del mundo druida, la conjuntivitis de los legionarios y los talismanes fabricados con huevos de serpiente. Espero haberlo dicho todo, conjurando una *defixio*.

Termino con Andrea Giannetti, siempre a mi lado, también durante el vado nocturno de la caballería auxiliar antes del ataque.